

ARQUEOLOGÍA

32

♦ *Secuencia cultural para el Formativo en la cuenca baja del río Pánuco*

♦ *Santiago Tepeticpac, Tlaxcala: importancia arqueológica*

♦ *Análisis tecnológico y funcional de algunos artefactos de hueso humano de Mundo Perdido, Tikal, Guatemala*

♦ *¿Huracán o Quetzalcóatl? Dios de El Tajín*

♦ *Vecinos cercanos*

♦ *Los entierros de la capilla abierta de Dzibilchaltún, Yucatán: condiciones de vida y salud del pueblo maya al inicio de la Colonia*

♦ *Reflexiones en torno a los chocho, nonoualca o popoloca: su definición*



ARQUEOLOGÍA



í n d i c e

EDITORES:

Ana María Álvarez

Ángel García Cook

COMITÉ EDITORIAL:

Margarita Carballal

Robert H. Cobean

Annick Daneels

Joaquín García-Bárcena

Dan M. Healan

L. Alberto López Wario

Rubén Maldonado

Alejandro Martínez Muriel

Dominique Michelet

Carlos Navarrete

Jeffrey R. Parsons

Otto Schöndube

Barbara L. Stark

Elisa Villalpando

PRODUCCIÓN EDITORIAL:

Benigno Casas

CUIDADO DE LA EDICIÓN:

Zazil Sandoval Aguilar

Gustavo F. Guzmán

Impresa en los Talleres Gráficos

del INAH, av. Tláhuac 3428,

col. Los Reyes Culhuacán,

México, D. F.

Distribuida por la Coordinación

Nacional de Control y Promoción

de Bienes y Servicios del INAH,

Nautla 131-B, col. San Nicolás Tolentino,

CP 09850, México, D.F.

Número de certificado de reserva

otorgado por Derechos de autor:

04-2001-021910574600-102.

Número de certificado de

licitud de título y contenido

en trámite.

ISSN 0187 - 6074

Diseño de cubierta: Efraín Herrera

Ilustración: Representación de un jugador

de pelota (700 a.n.e.), procede de

Altamirano, Veracruz. Fotografía

proporcionada por Ángel García Cook.

3 **Presentación**

5 Ángel García Cook y Beatriz Leonor Merino Carrión
Secuencia cultural para el Formativo en la cuenca baja del río Pánuco

28 Francisco Beristain Bravo
Santiago Tepeticpac, Tlaxcala: importancia arqueológica

48 Ma. Elena Salas Cuesta, Juan Martín Rojas Chávez, Arturo Talavera González y Luis Alfonso González Miranda
Análisis tecnológico y funcional de algunos artefactos de hueso humano de Mundo Perdido, Tikal, Guatemala

61 Sara Ladrón de Guevara y Vladimir Hernández
¿Huracán o Quetzalcóatl? Dios de El Tajín

71 Diana Zaragoza Ocaña
Vecinos cercanos

94 Rubén Maldonado Cárdenas, José Manuel Arias López y Beatriz Repetto Tió
Los entierros de la capilla abierta de Dzibilchaltún, Yucatán: condiciones de vida y salud del pueblo maya al inicio de la Colonia

114 José de Jesús Alberto Cravioto Rubí
Reflexiones en torno a los chocho, nonoualca o popoloca: su definición

Comentarios y debates

- Blas Román Castellón Huerta
Comentarios a un texto de Francisco Rivas Castro: "Cartografía antigua y sitios arqueológicos en la región de Reyes Metzontla, sureste de Puebla"

Noticias

- Guillermo Pérez Castro Lira (1952-2003)
In memoriam
- Homenaje a José Luis Ramírez

Informes del Archivo Técnico

- Eduardo Noguera
Exploración del montículo de San Pedro de los Pinos, 1921

Reseñas

- Robert H. Cobean
Un mundo de obsidiana. Minería y comercio de un vidrio volcánico en el México antiguo
por Ricardo Leonel Cruz Jiménez

Invitación a los colaboradores

ARQUEOLOGÍA recibirá artículos originales, noticias y reseñas bibliográficas referidas a temas teóricos, metodológicos y técnicos sobre el patrimonio arqueológico. Las colaboraciones se dirigirán a los editores, la revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo al Comité Dictaminador. Si los dictaminadores consideran necesario modificar o corregir algún texto, se proporcionará copia al autor de éste para que realice los cambios pertinentes. Aceptada la contribución, se informará al autor y se enviará un formato de cesión de derechos, que deberá regresar debidamente firmado a la Dirección de Publicaciones en un plazo no mayor de 30 días, anexando copia de identificación oficial vigente con fotografía. El autor recibirá diez ejemplares del número de la revista que incluye su trabajo, y cinco cuando se trate de más de tres autores. Los dictámenes son inapelables, y los trabajos no aceptados podrán ser devueltos, a solicitud expresa del autor o autores.

Requisitos para la presentación de originales:

1. La presentación de los textos propuestos deberá ser impecable. Se proporcionarán tres copias impresas en papel, acompañadas de su archivo electrónico en disquete o disco compacto (CD), en programa word (versión 6 en adelante). Las gráficas e ilustraciones incluidas serán entregadas en archivos separados al de los textos.

2. Los artículos tendrán una extensión mínima de 15 cuartillas y máxima de 40, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones; las noticias no excederán las 15 cuartillas y su contenido reflejará sobre todo hallazgos recientes y resultados técnicos; las reseñas no excederán las 10 cuartillas. Los textos deberán entregarse en cuartillas de 1 700 caracteres aproximadamente, a doble espacio y escritas por una sola cara. Artículos y noticias deberán acompañarse de un resumen de media cuartilla (850 caracteres), y de la traducción de éste al inglés.

3. Los originales se presentarán en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, verbigracia, licenciado, doctor.

4. En caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto con sangría en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al principio ni al final (con excepción de comillas internas).

5. Los guiones largos para diálogos o abstracciones se harán con doble guión.

6. Los números del cero al quince deberán escribirse con letra.

7. Las referencias bibliográficas deberán ir intercaladas en el texto y citadas entre paréntesis. Contendrán sólo el primer apellido del autor, seguido de *et al.*, en caso de que hubiera más autores, año de publicación; dos puntos y página inicial y final de la fuente, separadas por un guión corto, ejemplo: (Raab *et al.*, 1995: 293-294). La referencia deberá aparecer completa en la bibliografía. El uso de abreviaturas deberá ser homogéneo a lo largo del texto.

8. Los símbolos de asterisco (*) se usarán únicamente para indicar la dependencia o institución de adscripción de los autores, así como agradecimientos, aclaraciones u observaciones generales sobre el artículo. Notas de otro carácter deberán ir a pie de página con numeración corrida.

9. Para elaborar la Bibliografía deberá seguirse el siguiente modelo:

MacNeish, R.S., A. Nelken-Terner e I.W. Johnson
1967 *The Prehistory of Tehuacan Valley*, vol. II. *The non-ceramic artifacts*, Austin, The University of Texas Press.

Lorenzo, J. L. y L. Mirambell (coords.)
1986 *Tlapacoya: 35 000 años de Historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Científica, 155).

Limbrey, Susana
1986 "Análisis de suelos y sedimentos", en J. L. Lorenzo y L. Mirambell (coords.), *Tlapacoya: 35 000 años de Historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Científica, 155), pp. 67-76.

Oliveros, J. Arturo y Magdalena de los Ríos
1993 "La cronología de El Opeño, Michoacán:

nuevos fechamientos por radio-carbono", *Arqueología*, núms. 9-10, México, INAH, pp. 45-48.

Lechuga Solís, Martha Graciela
1977 "Análisis de un elemento de la estructura económica azteca: la Chinampa", tesis de licenciatura en Arqueología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

González, Carlos Javier
1988 "Proyecto Arqueológico 'El Japón' ", México, Archivo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH, mecanoscrito.

10. La foliación deberá ser continua y completa, incluyendo índices, bibliografía y apéndices.

11. Las gráficas e ilustraciones deberán ser originales. No se incluirán fotocopias, copias en acetatos ni archivos en disquetes de 3.5 pulgadas. Deberán ser numeradas consecutivamente y con referencia o llamada en el texto, descritas todas como figuras. Todas deberán ir acompañadas de su pie de ilustración.

Los mapas y dibujos se entregarán en papel *bond*, con líneas en negro. En el caso de fotografías, diapositivas u otro material gráfico, se sugiere entregar los originales o bien archivos digitalizados en escáner, con las imágenes amplificadas en tamaño carta y digitalizarlas con una resolución de 300 dpi. Sólo se aceptarán archivos con formato TIF o BMP.

12. Los autores proporcionarán lugar de adscripción, número telefónico y dirección de correo electrónico de al menos uno de ellos.

13. Editados los textos en pruebas de imprenta, los autores serán convocados para dar su visto bueno, mediante la lectura de los mismos, en un plazo no mayor de los cinco días hábiles.

Correspondencia:

Revista Arqueología
Coordinación Nacional de Arqueología del INAH
Lic. Verdad núm. 3, col. Centro
06060, México, D.F.
Tels. 5522 4241
Fax
Correo electrónico:
revistarqueologia@inah.gob.mx

p r e s e n t a c i ó n

Estimados colegas: en este número les ofrecemos una serie de contribuciones que ejemplifican los avances de las investigaciones sobre problemas de la arqueología mesoamericana, a escala suprarregional, regional y de sitio.

Tres trabajos aportan información e interpretaciones sobre la costa del Golfo y la Huasteca, desde el Preclásico hasta el Posclásico tardío. El primero es una revisión de la secuencia cronológica del Formativo en la parte baja del río Pánuco, de García Cook y Leonor Merino —a quien recordamos de manera muy afectuosa.

Por su parte, Ladrón de Guevara y Hernández proponen una interesante colaboración al reinterpretar la deidad principal de El Tajín, a quien identifican como Quetzalcóatl, por iconografía y correlación con eventos climáticos. El tercer trabajo, “Vecinos cercanos”, de Diana Zaragoza, explora la posibilidad de interacciones a gran escala en la Huasteca, integrando información sobre la porción sur del Sureste de Estados Unidos.

El artículo de Francisco Beristáin recupera la información sobre la secuencia de ocupación del sitio de Tepetipac en Tlaxcala.

Ma. Elena Salas y sus colaboradores estudian una colección de artefactos de hueso humano procedentes de Tikal y, para contrastar la validez de su propuesta clasificatoria, realizan experimentos tecnológicos y funcionales que redundan en un interesante ejercicio multidisciplinario.

Continúan las colaboraciones de otros especialistas, como la contribución de Maldonado, Arias y Repetto sobre la recuperación y el análisis de contextos funerarios de la colonia temprana en Dzibilchaltún, en donde se proponen interpretaciones de las condiciones de vida de la población-muestra.

Cierra Alberto Cravioto, en una de sus frecuentes incursiones en las fuentes utilizadas por los arqueólogos, para ofrecernos una reinterpretación sobre la identificación de los popoloca y sus constantes movimientos.

En esta ocasión nos complace incluir la primera aportación de “Comentarios y debates”, en la que Blas Román Castellón discute el artículo de Francisco Rivas sobre la región de Los Reyes Metzontla, publicado en el número 29 de *Arqueología*. Para el avance de la disciplina es esencial la expresión abierta de opiniones y comentarios fundamentados sobre los trabajos de nuestros colegas, en un ámbito de discusión clara y mesurada, aportando información y fomentando el desarrollo de una vida académica más intensa e interactiva. Mandamos nuestra sincera felicitación al doctor Castellón y reiteramos la invitación a todos nuestros lectores para que colaboren, en especial con esta sección y con la revista en general.

Es necesario aclarar que el “Índice General 1987-2003” que aparece en *Arqueología* 31, aparenta no tener un autor específico; sin embargo dicho índice fue realizado por Ana María Álvarez Palma.

Los editores



*Ángel García Cook * y Beatriz Leonor Merino Carrión***

Secuencia cultural para el Formativo en la Cuenca Baja del río Pánuco***

Con base en las investigaciones realizadas en el noreste de México —cuenca baja del río Pánuco— en un área de 9 500 km², a finales de los años setenta y principios de los ochenta, por el Proyecto Arqueológico Huasteca y por el Proyecto Definición del Formativo en la Cuenca Baja del Río Pánuco, se elaboró y propuso una secuencia cultural para el periodo Formativo para esta región. La cronología está basada en 47 fechamientos por carbono catorce (C¹⁴) y en el análisis tipológico y comparativo de los materiales culturales obtenidos en las exploraciones de superficie y en las diversas excavaciones efectuadas en sitios previamente seleccionados. Esta secuencia cultural cubre casi dos milenios —del 1700 a.n.e. al 200 d.n.e.— y está representada por siete fases culturales sucesivas, independientes entre sí pero interrelacionadas. La secuencia cultural que proponemos, modifica y amplía la originalmente propuesta para finales de los años ochenta (1987-1989). Además de indicar la forma de ubicar temporalmente cada una de las fases culturales que integran la secuencia, se otorga cierta información respecto al modo de vida, patrón de subsistencia, diversos eventos sociales y sobre las relaciones observadas al interior del área de estudio y con otros grupos fuera del área, de regiones cercanas o a gran distancia.

De acuerdo con los resultados de las investigaciones realizadas por el Proyecto Arqueológico Huasteca, durante los años 1978 a 1982, incrementados con la documentación obtenida en las exploraciones arqueológicas del Proyecto Definición del Formativo en la Cuenca Baja del Río Pánuco (1984 a 1989), llevadas a cabo por los firmantes en el noreste de México —extremo norte de Veracruz, sur de Tamaulipas y sureste de San Luis Potosí—, se ha elaborado una cronología relativa para el periodo Formativo de esta región de la cuenca baja del río Pánuco. Por otra parte, los hallazgos no sólo reflejan la presencia temprana de grupos cultivadores sedentarios, sino que infieren también un intercambio de ideas y de mercancías a través de la costa del Golfo hasta regiones distantes, como es la costa del Pacífico en Chiapas, desde esta época.

Con motivo de las obras de riego que la Secretaría de Recursos Hidráulicos llevaba a cabo en la cuenca baja del río Pánuco, se planteó un programa de salvamento arqueológico con el fin de proteger, rescatar y obtener la mayor información posible en relación con nuestro pasado prehispánico. Así surgió el Proyecto Arqueológico Huasteca que abarca un área de 9 500 km², comprendida entre las coordenadas geográficas 21°30' a 23°05' latitud norte, y 97°55' a 99°15' longitud oeste. Los trabajos de exploración en campo se llevaron a cabo

* Subdirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico, DEAH-INAH. agarcia.dea.cnar@inah.gob.mx.

** Arqueóloga del INAH (1952-2002).

*** Trabajo elaborado con base en una ponencia presentada en el 5º Coloquio Pedro Bosch-Gimpera, UNAM, junio del 2001.

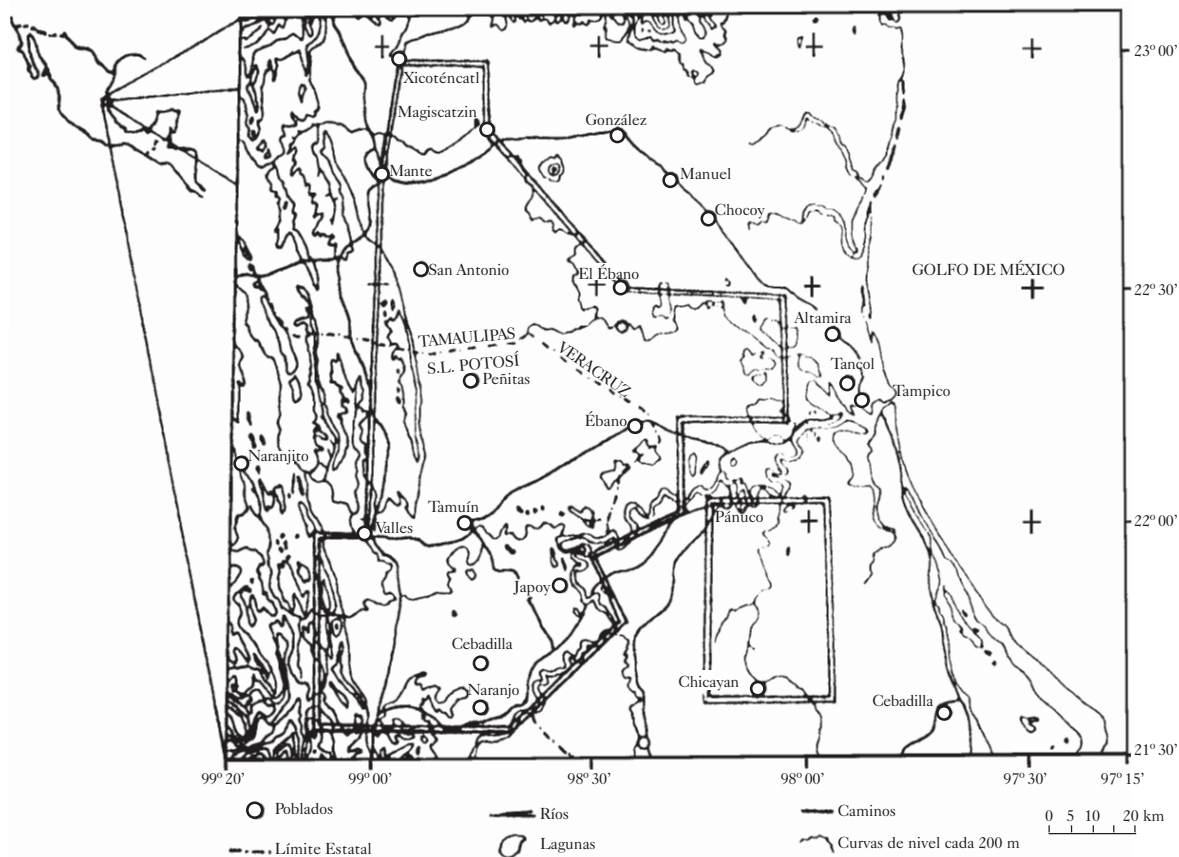
entre 1978 y 1982, y fueron dirigidos por Beatriz Leonor Merino Carrión y coordinados a distancia por Ángel García Cook (fig. 1).

Durante el Proyecto Arqueológico Huasteca (PAH) se localizaron 525 asentamientos humanos prehispánicos, correspondiendo 483 a grupos sedentarios y 42 a evidencias de grupos nómadas (García Cook y Merino Carrión, 1977, 1979, 1989 y Merino Carrión y García Cook, 1984, 1985, 1987 y 1989). Con base en el análisis de la documentación obtenida durante los trabajos de campo se logró establecer una secuencia cultural, integrada por tres periodos para los grupos precerámicos y/o acerámicos y por ocho fases culturales correspondientes a los grupos humanos sedentarios. Secuencia apoyada, en su momento, en 44 fechamientos de C¹⁴, además del riguroso análisis comparativo

con materiales culturales conocidos para otras regiones.

Para el caso del Formativo, cuatro fueron las fases culturales propuestas: Pujal, de 1600 a 1100 a.n.e.; Tampaón, de 1100 a 650 a.n.e.; Tantuán I de 650 a 350 a.n.e., y Tantuán II de 350 a.n.e. a 200 d.n.e. (figs. 2 y 3).

Los estudios del PAH permitieron contar con una idea de la evolución cultural de las sociedades que habitaron durante la época prehispánica en esta región noreste de México y hasta cierto grado las interrelaciones con otros grupos fuera del área base de estudios. Igualmente se lograron observar los cambios sufridos a través del tiempo, y se trató de delimitar las diversas culturas existentes en el área tanto espacial como cronológicamente.



● Fig. 1. Área del Proyecto Arqueológico Huasteca (PAH).

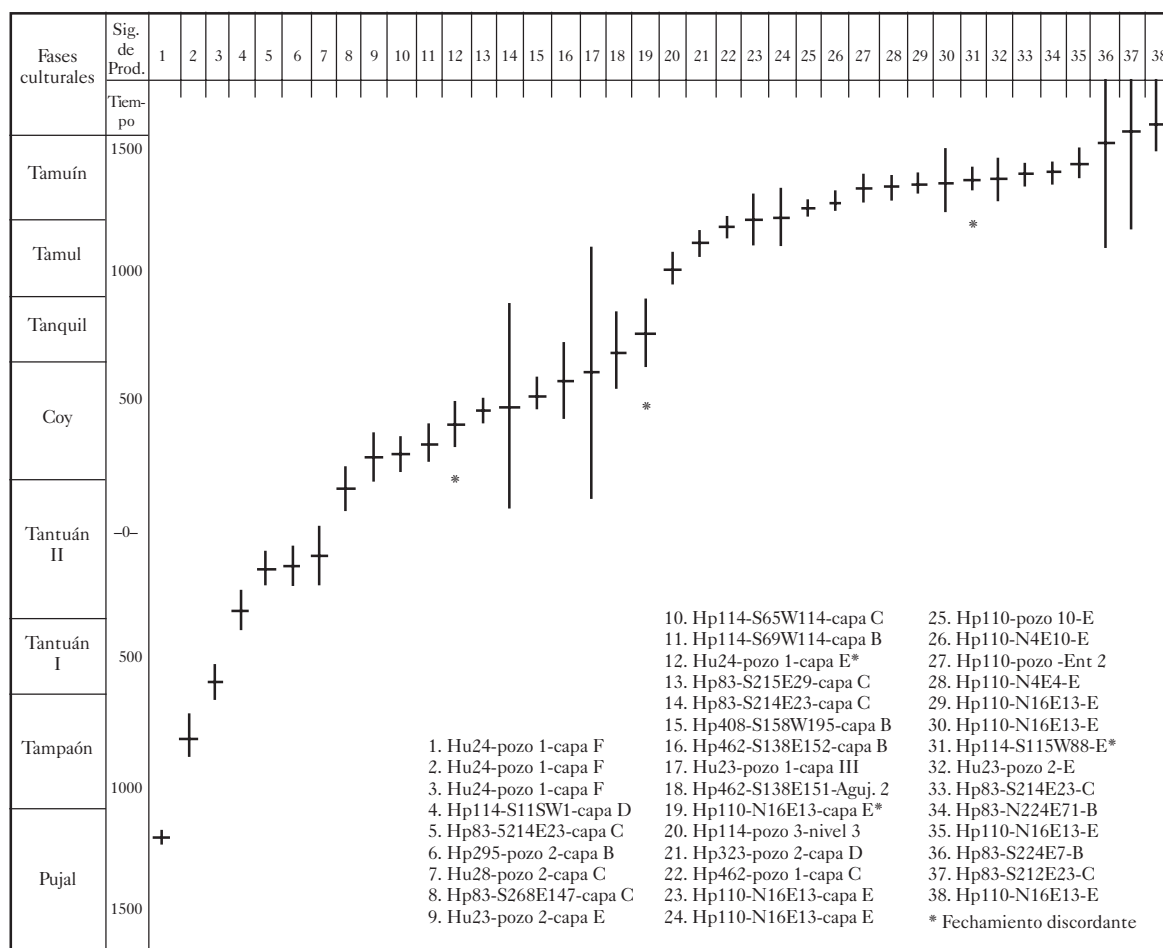
Áreas Tiempo	Centro-norte de Veracruz (Wilkerson)	Tampico-Pánuco (Ekholm- MacNeish)	Cuenca baja del Pánuco (García Cook- Merino)	Sierra de Tamaulipas (MacNeish)	Suroeste de Tamaulipas (MacNeish)	Áreas A. P. Tiempo
1500	Tapia				San Antonio	500
	Cabezas	Pánuco VI	Tamuín	Los Ángeles	San Lorenzo	
1000	El Cristo					1000
	Isla B	Las Flores V	Tamul	?	?	
500	Isla A	Zaquil IV	Tanquil			1500
	Cacahuatal	Pitahaya III	Coy	La Salta	Palmillas	
d.n.e. o a.n.e.	Tecolutla					2000
	Arroyo Grande	El Prisco II	Tantuán II	Eslabones		
500	Esteros B	Chila I				2500
	Esteros A	Aguilar	Tantuán I	Laguna	?	
1000	Ojite		Tampaón			3000
	Montegordo	Ponce			Mesa de Guaje	
1500	Almería	Pavón	Pujal			3500
	Raudal				(García Cook, 1983)	

● Fig. 2. Secuencias culturales del Noreste de México (para grupos sedentarios).

Con la finalidad de conocer a detalle y tratar de afinar esta secuencia cultural establecida con base en los resultados del PAH, en 1984 se propuso la realización de otro programa de investigación dedicado a la obtención de un conocimiento más amplio de los inicios del sedentarismo y en general del Formativo regional. De esta manera surgió el Proyecto Definición del Formativo en la Cuenca Baja del Pánuco (PDFCBP), dirigido por los firmantes (Merino Carrión 1984, 1985; Merino Carrión y García Cook, 1989). Este programa dio inicio en 1984 y concluyó en 1989 con la última temporada de campo. En cinco temporadas se exploraron seis sitios con presencia de materiales preclásicos —El Sacrificio, Tantojón, Altamirano, Vichinchijol, La Reforma, Tierrita Blanca—, además de contar con la información de los sitios correspondientes a

este periodo —Preclásico o Formativo— excavados en años anteriores por el PAH: El Círculo, Agua Nueva, El Lomerío, Tancuiche, Tamacuiche, Oviedo, etcétera (fig. 4).

De los sitios explorados por el PDFCBP, destaca el Hv-24, sobre el cual fue ubicado el actual ejido de Amado Flavio Altamirano, lugar en el que se llevaron a cabo cuatro temporadas mayores de campo. La idea base del proyecto fue determinar el modo de subsistencia de los primeros grupos sedentarios de la región, además desde luego, de contar con mayores elementos culturales y de ecofactos para caracterizar mejor el periodo Formativo regional. Precisamente en Altamirano logramos obtener una amplia documentación, la cual nos ofrece una visión más clara de su desarrollo cultural; aun cuando no



● Fig. 3. Proyecto Arqueológico Huasteca. Gráfica fechamientos C¹⁴ (toda la secuencia).

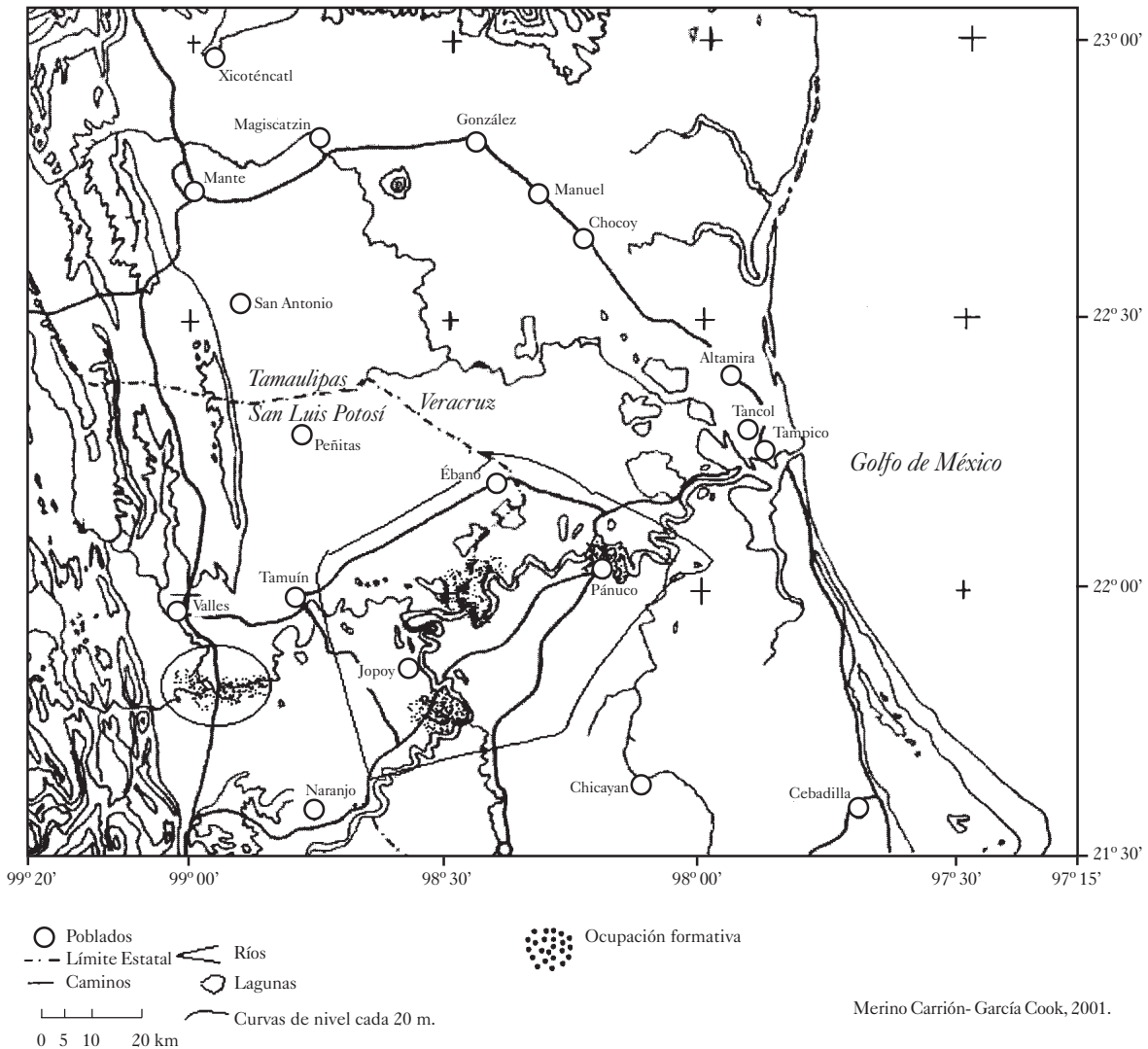
fue posible la obtención de polen en las muestras de sedimentos ni de restos vegetales dadas las características y composición de los suelos de la planicie costera,¹ las evidencias en la cerámica, de los artefactos líticos y de los objetos de concha y hueso obtenidos, nos ayudaron a tener una idea más clara del comportamiento humano para el periodo Formativo.

Por otro lado, Altamirano tuvo una ocupación continua durante el Formativo —de 1700 a.n.e., al 200 d.n.e.— con presencia esporádica posterior —del 500 al 600 d.n.e.—, así como algunas evidencias de ocupación precerámica —alrede-

dor del año 3500 a.n.e.— que lo hacen un buen asentamiento para observar el desarrollo cultural del Formativo. Además, salvo la afectación agrícola actual, no existe algún otro daño posterior a su abandono, ya que el sitio en el que se localiza el asentamiento prehispánico sólo fue colonizado hasta 1965, momento de reubicación del Ejido Altamirano, que se encontraba a la orilla del río Pánuco a escasos 500 m al norte.

Con base en la información recuperada por el PDFCBP —cuatro temporadas en Altamirano (una en El Sacrificio [Hp426] y una en Tantojón [Hp427]) sondeos efectuados en 1979 y 1980, en El Sacrificio y en Altamirano, un número mayor de fechamientos, entre ellos 40 correspon-

¹ Sólo se pudieron recuperar algunos ejemplares de frijol (carbonizado) así como algunas raspas de maíz.



● Fig. 4. Áreas con ocupación del Formativo.

dientes a la secuencia de Altamirano—, se logró afinar la secuencia cultural correspondiente al Formativo de esta región del noreste de México y ubicarla con mayor precisión temporal —basada en 47 fechamientos por C^{14} —. Pudimos conocer un amplio número de elementos culturales —artefactos y ecofactos— lo cual nos otorga una visión cada vez más amplia del comportamiento humano durante el Formativo en la cuenca baja del río Pánuco (figs. 5 a 7).

La secuencia de cuatro fases culturales —para el Formativo— propuesta originalmente por el

PAH se vio incrementada por tres fases más, las cuales se intercalan con las ya conocidas y así, quedan de la siguiente manera (Merino Carrión y García Cook, 1997, 1998, 2002; Castañeda, 1992, en prensa):

- Fase Chajil (1700 a 1400 a.n.e.)
- Fase Pujal (1400 a 1150 a.n.e.)
- Fase Chacas (1150 a 900 a.n.e.)
- Fase Tampaón (900 a 650 a.n.e.)
- Fase Tantuán I (650 a 350 a.n.e.)
- Fase Tantuán II (350 a 100 a.n.e.)
- Fase Tantuán III (100 a.n.e. a 200 d.n.e.)

Fechamientos para el sitio HV-24 Altamirano					
Muestra del Proyecto	Número de muestra de laboratorio	Unidad de excavación, nivel y capa	Edad antes de 1950	Edad en relación con nuestra era	Comentario
92-8	INAH 1134	N74E13, n28-K	3595+/.60	1645+/.60 a.n.e.	
91-11	A-6390	N73-74E16-17, n32-M	3185+/.65	1235+/.65 a.n.e.	
82-43	INAH 190	Pozo 1, n10, capa F	3169 +/.25	1219+/.25 a.n.e.	
88-20	INAH 926	N60E20, n12-K0	3165+/.90	1215+/.90 a.n.e.	
91-3	A-6382	N73-74E16, -L	3095+/.80	1145+/.80 a.n.e.	
91-8	A-6387	N72-74E16, K	3075+/.60	1125+/.60 a.n.e.	
92-1	INAH 1127	N70E15, n26-K	3035+/.110	1085+/.110 a.n.e.	
91-1	A-6380	N70E18, L	3030+/.55	1080+/.55 a.n.e.	
91-2	A-6381	N73-74E16, L	2980+/.65	1030+/.65 a.n.e.	
92-4	INAH 130	N73-74E16, n27-K	2940+/.70	990+/.70 a.n.e.	
91-4	A-6383	N73-74E16, J-K	2935+/.60	985+/.60 a.n.e.	
88-21	INAH 927	N61-62E21, n9-K0	2910+/.85	960+/.85 a.n.e.	
92-16	INAH 1142	N65E19, I-J	2875+/.80	925+/.80 a.n.e.	
91-5	A-6384	N75E14-15, K	2860+/.70	910+/.70 a.n.e.	
88-18	INAH 924	N61E21, n18- J	2860+/.55	910+/.55 a.n.e.	
91-13	A-6392	N74E14, K	2820+/.45	870+/.45 a.n.e.	anómala
92-2	INAH 1128	N73-74E16, n28-L	2795+/.40	845+/.40 a.n.e.	anómala
85-6	INAH 427	N66E23, J	2781+/.67	832+/.67 a.n.e.	
82-14	INAH 71	Pozo 1, n10-F	2771+/.84	821+/.84 a.n.e.	
92-7	INAH 1133	N71E15-17, n26-J elementos 13	2745+/.40	795+/.40 a.n.e.	
91-12	A-6391	N68E10-12.50, K (o G)	2745+/.60	795+/.60 a.n.e.	
92-3	INAH 1129	N71E15, n27-K	2740+/.45	790+/.45 a.n.e.	anómala
92-15	INAH 1141	N66E23, J (piso 5)	2740+/.43	790+/.43 a.n.e.	
91-9	A-6388	N68E12, G	2730+/.65	780+/.65 a.n.e.	
85-5	INAH 426	N65-66E23, J (piso 5)	2727+/.44	777+/.44 a.n.e.	
91-7	A-6386	N69-71E18, n15-G (K)	2705+/.70	755+/.70 a.n.e.	
88-25	INAH 931	N69E19, J	2700+/.105	750+/.105 a.n.e.	
92-10	INAH 1136	N70E15, n27-K	2690+/.45	740+/.45 a.n.e.	anómala (truncocónica de G)
91-10	A-6389	N68E12, G	2660+/.60	710+/.60 a.n.e.	
88-13	INAH 920	N61E21, J	2600+/.105	650+/.105 a.n.e.	
88-13	INAH 70	Pozo 1, n10-F	2556+/.77	606+/.77 a.n.e.	
88-23	INAH 919	N61E21, n7-J	2430+/.165	480+/.165 a.n.e.	anómala
88-19	INAH 925	N60E20, I	2420+/.95	470+/.95 a.n.e.	
85-2	INAH 423	N65-66E22, G (elemento 4)	2225+/.80	275+/.80 a.n.e.	
85-8	INAH 432	N69E19, n11-E	2045+/.90	95+/.90 a.n.e.	
92-13	INAH 1139	N71E18, F	2005+/.55	55+/.5 a.n.e.	
82-45	INAH 192	Pozo 2, n7-D	1546+/.96	404+/.96 d.n.e.	
85-1	INAH 422	N66E21, B	1446+/.42	504+/.42 d.n.e.	
92-9	INAH 1135	N70E11-12.50, n23	5005+/.50	3055+/.50 a.n.e.	evento anterior
91-6	A-6385	N70317, K	28920+/.880/790	26970+/.880/790 a.n.e.	sin ocupación humana

● Fig. 5. Cuadro de fechas de C¹⁴ de Hv-24, Altamirano, Veracruz.

Conviene aclarar que los fechamientos por C¹⁴ fueron logrados a partir del año 1980 y hasta 1992, año este último al que corresponden las últimas dataciones. En su mayoría (32 de los 47 fechamientos) fueron realizados en el Laboratorio de Fechamiento del INAH, a cargo de la química Magdalena de los Ríos. El fechamiento de doce muestras se llevó a cabo en Estados Unidos de Norteamérica: nueve procesados en Arizona y tres realizados en la Universidad de Austin Texas, por Austin Long. Estos últimos

fechamientos (de Arizona y de Texas) fueron enviados sin calibración alguna, posteriormente Magdalena de los Ríos los actualizó al corregirlos con dos calibraciones utilizando el programa Calimater Nacional. En los cuadros y gráficas correspondientes (figs. 8 y 9) se presenta la información existente, para entender con mayor claridad todos los fechamientos con que contamos, los cuales consolidan la secuencia de siete fases culturales propuestas para el Formativo de la Cuenca Baja del río Pánuco (fig. 10).

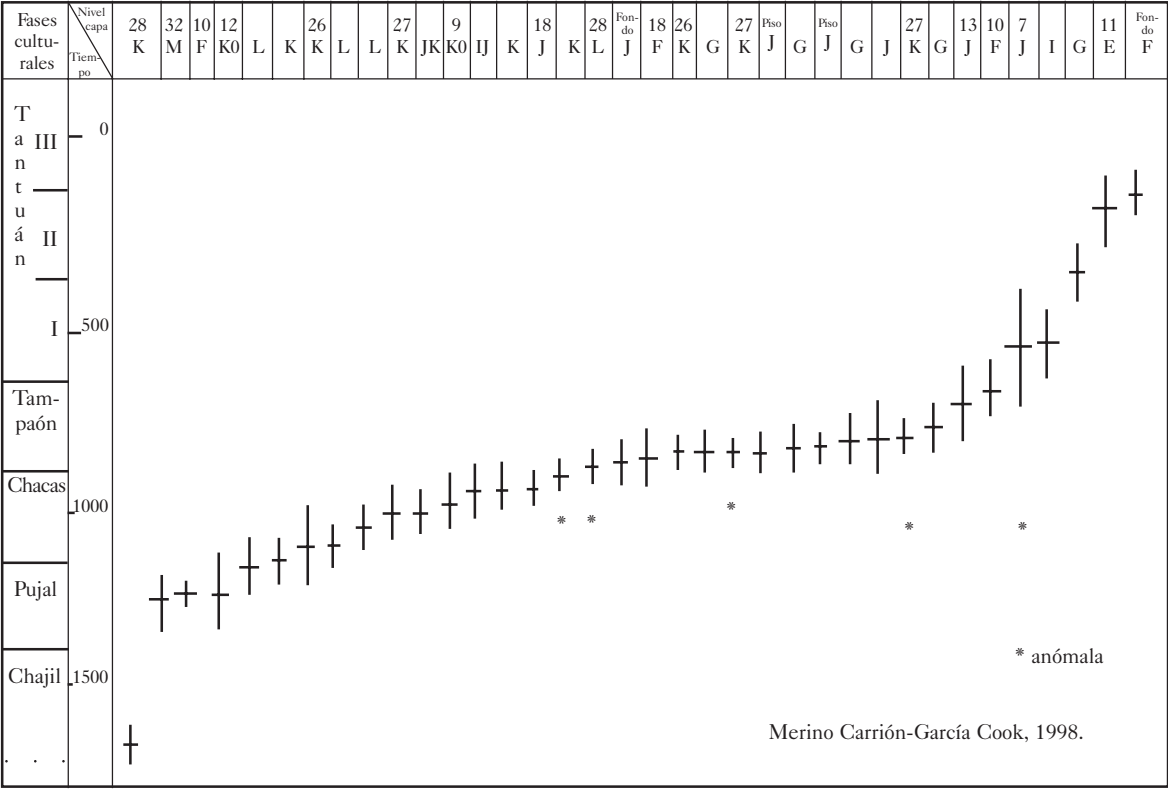


Fig. 6. Gráfica de fechas de C¹⁴ de Hv-24, Altamirano, Veracruz.

De esta manera, la primera fase para grupos sedentarios en la región, nombrada Chajil, que hemos ubicado entre el 1700 y el 1400 a.n.e., cuenta con cinco fechamientos; uno de éstos coloca su inicio bastante más temprano —por 1971 a.n.e.—, lo cual nos indica que con mayores investigaciones en la región pueda confirmarse esta mayor antigüedad para la presencia de los primeros grupos sedentarios. Por el momento y con base en el análisis comparativo de los materiales, preferimos colocar el inicio de Chajil alrededor del año 1700 antes de nuestra era.

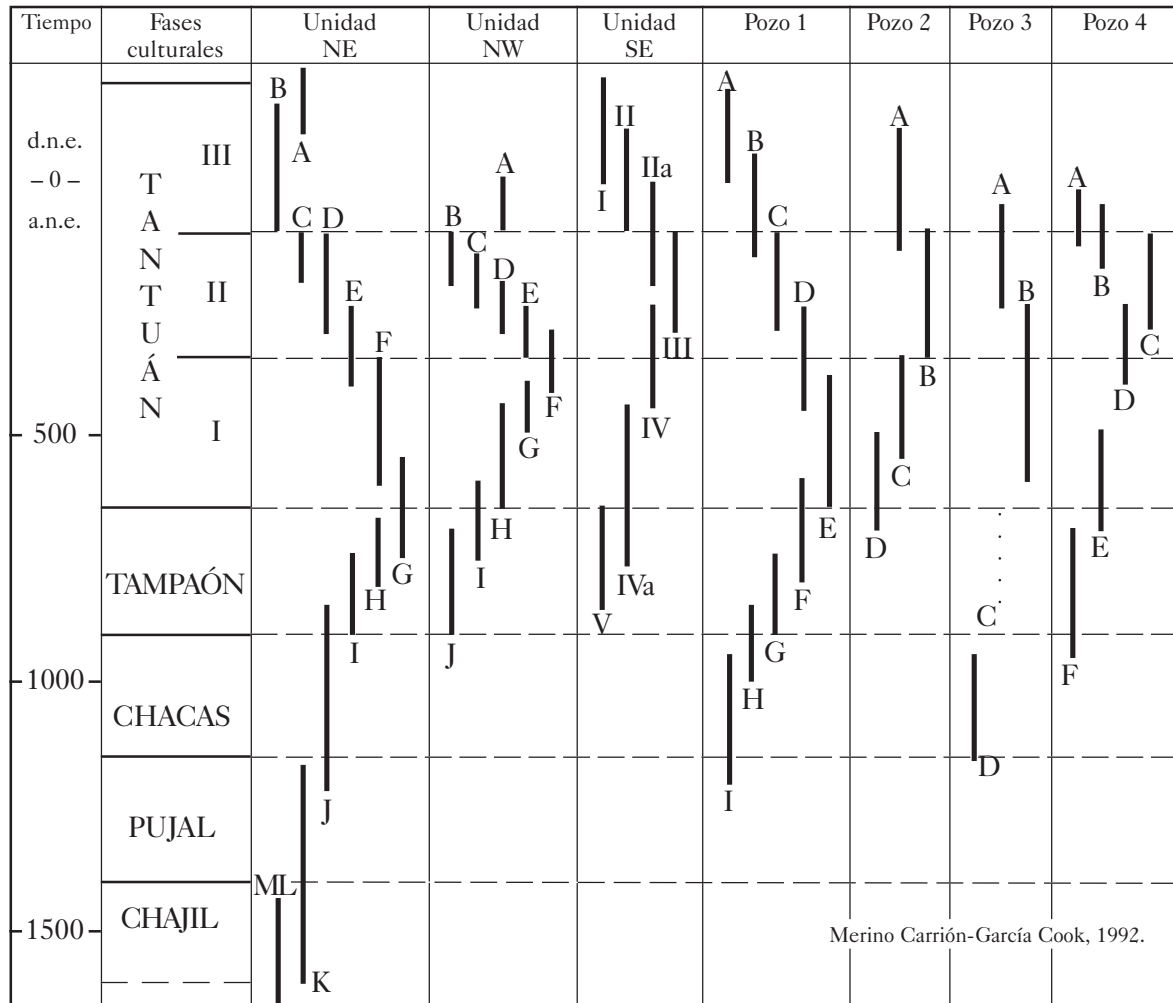
Pujal, segunda fase cultural de la secuencia, está consolidada por cinco fechamientos. Chacas, cuenta con doce fechamientos de C¹⁴. La fase cultural siguiente, Tampaón está consolidada con once fechas, y para Tantuán I únicamente la fechan tres dataciones; mientras que Tantuán II cuenta con seis, y también tres fechas corresponden a Tantuán III, además de dos fechamientos más (para capas D y B de Hv-24)

que la separan perfectamente de la presencia ocasional de Altamirano durante la fase Coy regional, correspondiente ya con etapas consideradas como “clásicas”.

Desde luego que toda la secuencia fue armada con la seriación de los materiales procedentes del PAH, y de toda la documentación obtenida en contextos de las 33 excavaciones mayores efectuadas por dicho programa de investigaciones. Asimismo se tomó en cuenta la rigurosa tipología efectuada con los elementos culturales obtenidos en las excavaciones de algunos de los sitios correspondientes al Formativo explorados por el PDFCBP (cerca de 250 000 elementos culturales), y sobre todo con los materiales procedentes de las exploraciones en Altamirano.

En la figura 10 se puede observar la ubicación de las fases culturales que para el Formativo propusimos desde el año 1992, y es la que en

Hv-24 Altamirano: correlación temporal de los diversos estratos culturales excavados (1980-1989)



● Fig. 7. Correlación temporal de los diversos estratos de Hv-24, Altamira, Veracruz.

esta ocasión exponemos indicando una de las maneras como fue “amarrada” cronológicamente —con base en los fechamientos de C¹⁴— y es, asimismo, la secuencia cultural que venimos manejando para el Formativo en esa región de la cuenca baja del río Pánuco.

En la figura 10 se presenta también, la secuencia establecida por Jeffrey Wilkerson (1981) para la región de Santa Luisa en el centro-norte de Veracruz, y las fases propuestas por Gordon Ekholm en sus exploraciones de 1944 y las de Richard Stockton MacNeish (1954) quien incrementa en tres fases más tempranas el

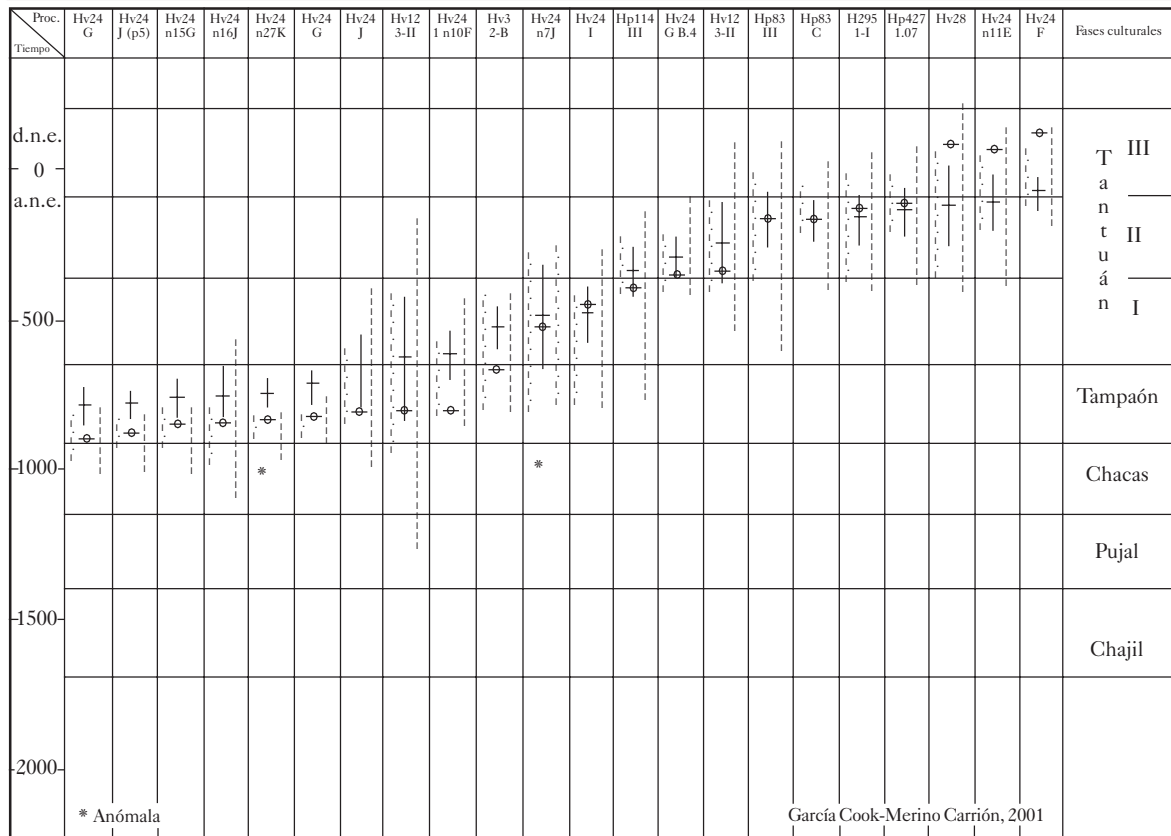
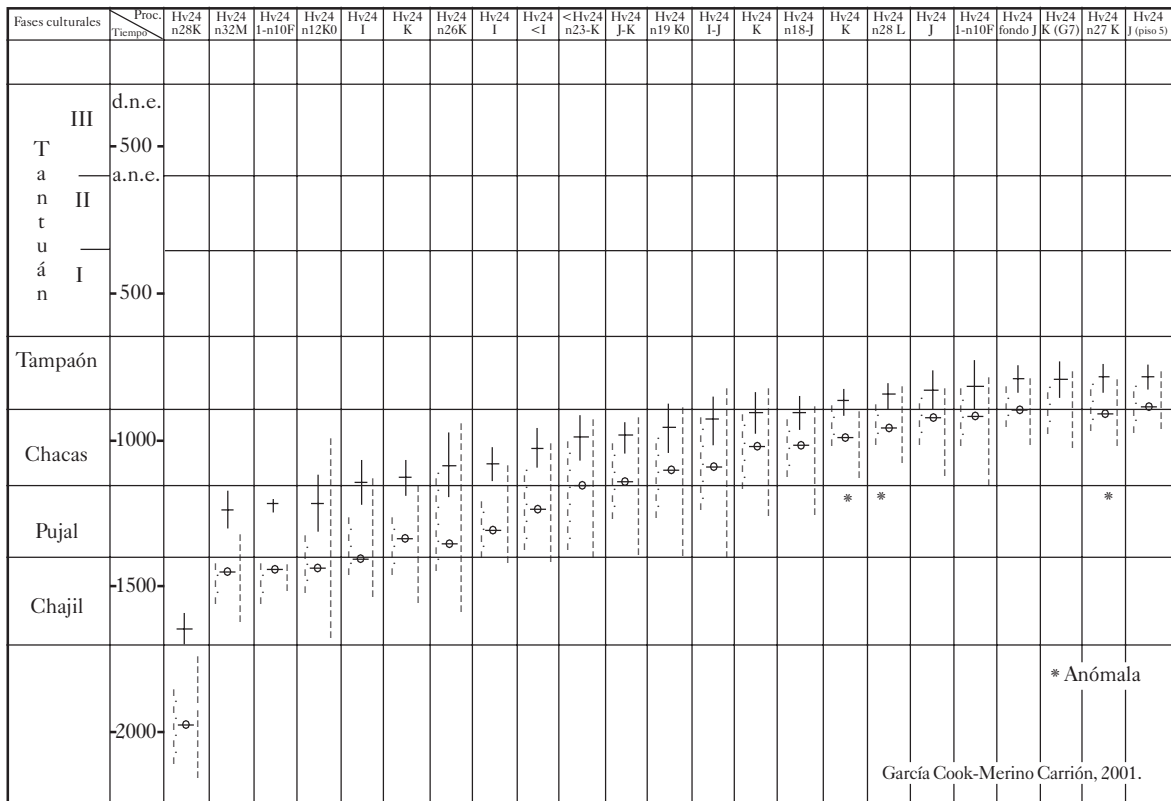
Formativo con sus investigaciones en esa región —Tampico-Pánuco— del noreste de México. Se incluyen, igualmente, parte —la correspondiente al Formativo— de las dos secuencias establecidas para el suroeste y para la sierra de Tamaulipas, como resultado de los trabajos en esas regiones realizadas por Richard S. MacNeish en la década de los años cincuenta (MacNeish, 1958).

Para evitar confusiones y como existen algunas publicaciones sobre nuestras exploraciones llevadas a cabo en esa región del noreste de México, se incluye también las fases culturales

Fechamientos de C¹⁴ para el Formativo de la Cuenca Baja del Pánuco

Muestra del proyecto	Número de de laboratorio	Sitio, nivel y capa	Fecha antes de 1950	Con relación a nuestra era	Fechas calibradas (2 correlaciones)
92-8	INAH 1134	Hv24 n2 28k	359+/-60	1645+/-60 a.n.e.	2109-1835 a.n.e. y 2188-1751 a.n.e. (1971)
91-11	A-6390	H24 n32 M	3185+/-65	1235+/-65 a.n.e.	1521 (1448) 1415 y 1620 (1448) 1319 a.n.e.
82-43	INAH 190	Hv24 p.1 n10 f	3169 +/-25	1219+/-25 a.n.e.	1500 (1438) 1425 y 1515 (1438) 1413 a.n.e.
88-20	INAH 926	Hv24 n12 K0	3165+/-90	1215+/-90 a.n.e.	1522 (1436) 1327 y 1670 (1436) 1227 a.n.e.
91-3	A-6382	Hv24 L	3095+/-80	1145+/-80 a.n.e.	1442 (1403) 1267 y 1520 (1403) 1133 a.n.e.
91-8	A-61387	Hv24 K	3075+/-60	1125+/-60 a.n.e.	1422 (1391, 1334, 1327) 1256 y 1503 (1391, 1334, 1327) 1167 a.n.e.
92-1	INAH 1127	Hv24 n26 K	3035+/-110	1085+/-110 a.n.e.	1440 (1352) 1112 y 1583 (1352) 946 a.n.e.
91-1	A-6380	Hv24 L	3030+/-55	1080+/-55 a.n.e.	1398 (1310) 1222 y 1430 (1310) 1105 a.n.e.
91-2	A-6381	Hv24 L	2980+/-65	1030+/-65 a.n.e.	1373 (1258, 1235, 1226) 1103 y 1410 (1258, 1235, 1226) 1010 a.n.e.
92-4	INAH 1130	Hv24 n27 K	2940+/-70	990+/-70 a.n.e.	1309 (1156) 1020 y 1393 (1156) 932 a.n.e.
91-4	A-6383	Hv24 J-K	2935+/-60	985+/-60 a.n.e.	1262 (1156, 1144, 1134) 1039 y 1380 (1156, 1144, 1134) 947 a.n.e.
88-21	INAH 927	Hv24 n19 K0	2910+/-85	960+/-85 a.n.e.	1262 (1100) 995 y 1394 (1100) 900 a.n.e.
92-16	INAH 1142	Hv24 I-J	2875+/-80	925+/-80 a.n.e.	1238-932 y 1371-833 a.n.e.
91-5	A-6384	Hv24 n15 K	2860+/-70	910+/-70 a.n.e.	1154 (1021) 926 y 1260 (1021) 847 a.n.e.
88-18	INAH 924	Hv24 n18 J	2860+/-55	910+/-55 a.n.e.	1121 (1021) 937 y 1256 (1021) 900 a.n.e.
*91-13	A-6392	Hv24 K	2820+/-45	870+/-45 a.n.e.	1031 (993) 917 y 1102 (993) 896 a.n.e.
*92-2	INAH 1128	Hv24 28 L	2795+/-40	845+/-40 a.n.e.	1010 (960) 901 a.n.e. y 1079 (960) 833 a.n.e.
85-6	INAH 427	Hv24 J	2782+/-67	832+/-67 a.n.e.	1008 (922) 845 y 1123 (922) 810 a.n.e.
82-14	INAH 71	Hv24 p.1 n10 f	2771+/-84	821+/-84 a.n.e.	1014 (916) 831 y 1160 (916) 800 a.n.e.
92-7	INAH 1133	Hv24 n26 J	2745+/-40	795+/-49 a.n.e.	971-832 y 1010-811 a.n.e.
91-12	A-6391	Hv24 K (o G) EL.13	2745+/-60	795+/-60 a.n.e.	982 (903) 830 y 1030 (903) 810 a.n.e.
*92-3	INAH 1129	Hv24 n27 K	2740+/-45	790+/-45 a.n.e.	971-831y 1010-800 a.n.e.
92-15	INAH 1141	Hv24 J (piso 5)	2740+/-43	790+/-43 a.n.e.	971 (898, 858, 850) 831 y 1010 (898, 858, 850) 806 a.n.e.
91-9	A-6388	Hv24 G	2730+/-65	780+/-65 a.n.e.	972 (897) 820 y 1020 (897) 800 a.n.e.
85-5	INAH 426	Hv24 J (piso 5)	2727+/-44	777+/-44 a.n.e.	916 (895, 872, 863) 829 y 992 (895, 872, 863) 800 a.n.e.
91-7	A-6386	Hv24 n15 G	2705+/-70	755+/-70 a.n.e.	918 (840) 808 y 1010 (840) 790 a.n.e.
88-25	INAH 931	Hv24 n16 J	2700+/-105	750+/-105 a.n.e.	981 (838) 800 y 1100 (838) 569 a.n.e.
*92-10	INAH 1136	Hv24 n27 K	2690+/-45	740+/-45 a.n.e.	898 (831) 806 a.n.e. y 971 (831) 795 a.n.e.
91-10	A-6389	Hv24 G	2660+/-60	710+/-60 a.n.e.	893 (818) 801 y 920 (818) 780 a.n.e.
88-13	INAH 920	Hv24 J	2600+/-105	650+/-105 a.n.e.	841 (801) 604 y 986 (801) 410 a.n.e.
M-25	Tx3539	Hv 12 est. 3-II	2570+/-210	620+/-210 a.n.e.	920 (795) 400 y 1260 (795) 190 a.n.e.
82-13	INAH 70	Hv24 p.1 n10 f	2556+/-77	606+/-77 a.n.e.	808 (792) 549 y 840 (792) 410 a.n.e.
M-28	Tx3542	Hv3 est. 2B	2470+/-70	520+/-70 a.n.e.	787 (757, 689, 651, 648, 543) 408 y 800 (757, 689, 651, 648, 543) 400 a.n.e.
88-23	INAH 919	Hv24 n7 J	2430+/-165	480+/-165 a.n.e.	800 (516) 380 y 910 (516) 116 a.n.e.
88-19	INAH 925	Hv24 I	2480+/-95	470+/-95 a.n.e.	769 (484, 437, 424) 396 y 800 (484, 437, 424) 264 a.n.e.
M-61	INAH 208	Hp 114 III	2276+/-85	326+/-85 a.n.e.	402 (386) 207 y 751 (386) 120 a.n.e.
85-2	INAH 423	Hv24 G (cl. 4)	2225+/-81	275+/-81 a.n.e.	393 (364, 279, 261) 189 y 410 (364, 279, 216) 100 a.n.e.
M-26	Tx3540	Hv12 est. 3-II	2180+/-130	230+/-130 a.n.e.	390 (340, 322, 203) 90 y 520 anc (340, 322, 203) 80 d.n.e.
M-29	INAH 86	Hp 83 III	2103+/-92	153+/-92 a.n.e.	352 (153, 146, 119) 14 y 369 anc (153, 146, 119) 80 d.n.e.
M-51	INAH 198	Hp 83 C	2100+/-68	150+/-68 a.n.e.	199 (151, 149, 117) 44 y 369 anc (151, 149 117) 30 d.n.e.
M-86	INAH 233	Hp 295-1	2095+/-78	145+/-78 a.n.e.	334 (113) 33 a.n.e. y 380 a.n.e. (113) 70 d.n.e.
88-8	INAH 914	Hp 427 proftr. 1.07	2070+/-75	120+/-75 a.n.e.	191 a.n.e. (101) 4 d.n.e. y 362 a.n.e. (101) 80 d.n.e.
M-48	INAH 195	Hv28	2054+/-120	104+/-120 a.n.e.	335 a.n.e. (94) 70 d.n.e. y 390 a.n.e. (94) 220 d.n.e.
85-8	INAH 432	Hv24 n11E	2045+/-90	95+/-90 a.n.e.	182 a.n.e. (83) 55 d.n.e. y 364 a.n.e. (83) 130 d.n.e.
92-13	INAH 1139	Hv24 F	2005+/-55	55+/-55 a.n.e.	95 a.n.e. - 53 d.n.e. y 170 a.n.e. - 126 d.n.e.
82-45	INAH 192	Hv 24 pozo 2D	1546+/-96	404+/-96 d.n.e.	410 (536) 610 y 257 (536) 660 d.n.e.
85-1	INAH 422	Hv24 B	1446+/-42	504+/-42 d.n.e.	568 (613) 646 y 542 (613) 661 d.n.e.

● Fig. 8. Cuadro de fechamientos por C¹⁴ para el Formativo de la Cuenca Baja del río Pánuco.



● Fig. 9. Gráfica de los fechamientos por C¹⁴, para el Formativo de la Cuenca Baja del Pánuco.

Áreas Tiempo	Centro-norte de Veracruz Wilkerson, 1981	Tampico-Pánuco Ekholm, 1944 MacNeish, 1954	Sur Oeste de Tamaulipas MacNeish, 1958	Sierra de Tamaulipas MacNeish, 1958	Cuenca baja del Pánuco MC-GC, 1983	Cuenca baja del Pánuco MC-GC 1998	Áreas Tiempo AP
300		Pithaya (Pánuco III)	Palmillas			1700
0	Tecolutla	El Prisco (Panuco II)	Eslabones		Tantuán II	2000
	Arroyo Grande	Chila (Pánuco I)	?		Tantuán II	
500	Esteros B			Laguna		Tantuán I	2500
	Esteros A	Aguilar			Tantuán I	
1000	Ojite	Ponce	Mesa de Guaje			Tampaón	3000
	Monte Gordo Almería	Pavón				Chacas	
1500	Raudal				Pujal	Pujal	3500
						Chajil	
							3800

● Fig. 10. Cuadro de secuencias culturales para el Formativo en el noreste de México.

correspondientes al Formativo utilizadas hasta 1989 por los autores del presente (Merino Carrión y García Cook, 1987, 1989); momento este último (1989) en que se inició su definición pero que aún llamamos como Pujal temprano y Pujal tardío, así como Tampaón I y Tampaón II, sin introducir aún Chajil —por Pujal temprano— y Chacas —por Tampaón I—, así como sin precisar aún Tantuán III.

A partir de 1991 (Merino Carrión y García Cook, 1991) definimos con precisión estas subdivisiones y a partir de entonces se manejan ya siete fases culturales para el Formativo regional en la parte baja de la cuenca del Pánuco. Hasta la fecha estas fases han sido inamovibles y podrán irse afinando a medida que se lleven a cabo mayores investigaciones en la región. Por el momento, sólo vislumbramos una fase anterior

a Chajil, de acuerdo con la conformación de ésta, y a la consolidación —con mayor documentación— de esa primera fase conocida para los grupos sedentarios más tempranos en esta parte del noreste de México.

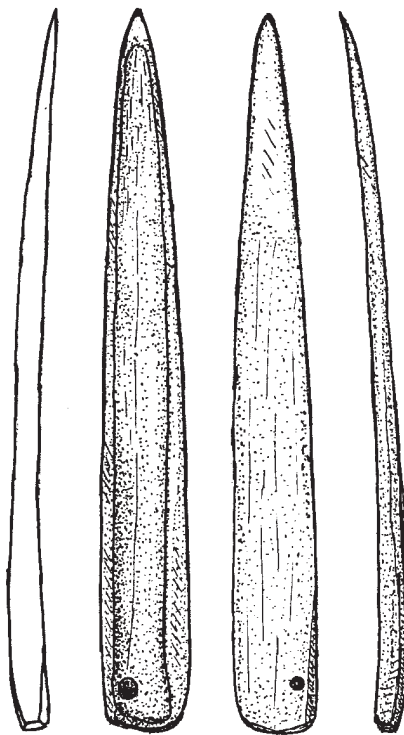
Resumen y comentarios

Comentaremos a continuación cada una de las fases culturales. Para ello, tomaremos en cuenta el modo de vida, patrón de subsistencia, diversos eventos sociales y las relaciones que los distintos grupos tuvieron entre sí y con otros de regiones cercanas o distantes.

Fase cultural Chajil

Se trata de los primeros grupos sedentarios que ocuparon la región alrededor de los años 1700 y

1400 a.n.e. Estos grupos practicaban ya la agricultura —de maíz al menos— completando su dieta con los recursos que el medio ambiente les brindaban —peces de río, almejas, tortugas, catán, perro, venado, armadillo, conejo, aves, etcétera—; asimismo eran productores de cerámica. Los asentamientos son pequeños —microaldeas— que cuentan con tan sólo tres a siete casas-habitación, distribuidas en el meandro del río Pánuco, en el extremo norte del actual estado de Veracruz y oriente de San Luis Potosí —municipio de Pánuco, Veracruz y municipio de Ébano, SLP—. Las dimensiones de los sitios son de alrededor de media hectárea, pueden observarse casas de forma oval y al parecer de uso comunal o para una familia extensa, ya que sus dimensiones cubren 13 x 7 m. Éstas contienen al interior un hogar —o fogón— en los que pudieron observarse abundantes restos de animales acuáticos y terrestres—, además de piedras, carbón y ceniza (fig. 11).



Piscador elaborado en hueso de venado.

Esc. 1:1

● Fig. 11. Piscador, procedente de Altamirano, Veracruz. Fase Chajil.

El estudio de la cerámica ha determinado relaciones con el norte y centro norte de Veracruz —área de Pánuco y región de Santa Luisa—, así como con el sur de Tamaulipas —cañón del Infiernillo—, parte media de San Luis Potosí —región de Alaquines—, y el área del Soconusco en Chiapas —fase Barra— (Castañeda, 1992, en prensa; MacNeish, 1954; Wilkerson, 1981; Romero y Valenzuela, 1945; Lowe, 1967, 1975; Ceja, 1985; Merino Carrión y García Cook, 1989, 1998, 2002; García Cook y Merino Carrión, en prensa; García Cook, 1999, y Merino Carrión, 1992; Guzmán y Polaco, 2002).

El análisis de los materiales culturales —cerámica y lítica— permitió observar que durante la fase Chajil convivieron en la región —con seguridad en Altamirano, al extremo norte de Veracruz— dos tradiciones culturales diferentes: a) cerámica de pasta y paredes finas —tipos Jabalines gris y Progreso metálico—, así como figurillas planas —tipos Armadillo plano y Armadillo con pastillaje— entre otros elementos culturales, y b) cerámica de pasta media a gruesa y paredes también medianas a gruesas —tipos Granular, Café esgrafiada y Rojo hematita— con figurillas, también de pasta menos fina —tipos Grison y Miconegro— (Merino Carrión y García Cook, 2002).

De la tradición norteña o tradición del Pánuco, cuyos miembros ya realizaban agricultura, es probable encontrar sus orígenes en los grupos que habitaron el cañón del Infiernillo, y/o en la sierra de Tamaulipas en donde se tienen indicios de domesticación de ciertas plantas, entre ellas el maíz, indicando que en esta zona se practicaba ya una agricultura incipiente desde etapas precerámicas.

No olvidemos que para la secuencia de la sierra de Tamaulipas propuesta por MacNeish (1958), desde la fase cultural *Nogales* —5000 al 3000 a.n.e. correspondiente a grupos de recolectores y cazadores—, se conocen ya evidencias del cultivo de ciertas plantas: una especie de calabaza —*Cucurbita peppe*—; chile —*Capsicum annum*— güaje —*Lagenaria sicera-*

ria— e incluso el frijol común —*Phaseolus vulgaris*—. Para la fase siguiente, *La Perra* —3000 a 2000 a.n.e.— los cultivos agrícolas se incrementaron, se cuenta con la presencia de dos razas de maíz (Naltel temprano), así como con la de perro domesticado —*Canis familiaris*—. Para la siguiente fase, última precerámica, *Almagre* —2000 al 1500 a.n.e.— se conoce otra especie de calabaza —*Cucurbita moschata*—, además de algodón —*Gosipium hirsutum*—.

Del mismo modo, en el suroeste de Tamaulipas, en el cañón del Infiernillo, desde la fase *Ocampo* —4000 al 2200 a.n.e.— los grupos humanos ahí presentes realizaban, además de una recolección intensiva, una agricultura incipiente, basada en los cultivos de calabaza, frijol, chile, ayocote, algodón, guaje, tabaco, girasol y amaranto. Para la fase siguiente —*Flacco*, del 2200 al 1800 a.n.e.— es el momento en que ya se conocía el maíz en esta región. Y para la última fase cultural precerámica o de grupos semi-sedentarios —fase *Guerra*—, sus habitantes se dedican más a la agricultura y a la recolección de plantas y se observa ya poca actividad de caza (MacNeish, 1958).

La cultura Chajil no manifiesta tratarse de un grupo humano transicional —de recolectores avanzados a cultivadores incipientes—; las evidencias materiales que caracterizan a estos grupos indican que se trata de gente totalmente sedentaria, de agricultores —y desde luego aprovechando lo que su **hábitat** les brindaba—, con una industria alfarera plenamente establecida.

Fase cultural Pujal

Para la fase Pujal (de 1400 a 1150 a.n.e.) se observa un más amplio poblamiento de la región por grupos sedentarios. Se conocen con precisión 17 lugares diferentes,² localizados en las

cercanías de los ríos Moctezuma y Pánuco, Tampaón y Pujal. Los asentamientos crecieron en dimensiones, cubriendo de media a una y media hectárea, y algunos más de tres hectáreas; se trata de pequeñas poblaciones concentradas, microaldeas y aldeas chicas —siguiendo la propuesta de García Cook y Merino Carrión, 1977b— cuya población se ha calculado entre 20 y 50 habitantes, para las primeras y en torno a 90 y 120 para las segundas. Las casas continuaban siendo de forma circular u ovaladas, con piso de lodo o tierra apisonada y cuyas paredes de bajareque fueron “enjarradas” —con recubrimiento delgado de lodo— de acuerdo a lo que indican las exploraciones. La unidad-habitación, también contaba con hogares de forma circular que contienen piedras, carbón y cenizas, además de huesos de animales. Igualmente se localizaron, al interior de las casas, algunas “tinas” —de 0.90 x 0.60 x 0.40 m promedio al interior— de forma ovalada y recubiertos de estuco de 3 cm de espesor promedio.

Para la parte final de Pujal, se exploraron otros elementos que al parecer eran compartidos por varias casas-habitación, se trata de “fogones” u “hornos”, de forma ovalada y de mayores dimensiones —1.95 x 2.10 m y 0.55 m de profundidad—, con paredes y base de lodo quemado, conteniendo en su interior únicamente, ceniza, carbón, piedras y algunos tiestos.

A través de la cerámica —la que se incrementa en cinco tipos, al igual que los de las figurillas— se puede inferir que estos grupos de la cultura Pujal, además de contar con una cultura material propia, observa relaciones con otros grupos humanos del norte de México y sureste de Estados Unidos, así como con toda la costa de Veracruz y de Tabasco y en cierta proporción con el altiplano central —Tlatilco— y Guatemala —Salinas la Blanca—, y se continúan los contactos con sitios en el actual Chiapas.

² Cuando se excaven otros asentamientos correspondientes al Formativo, con seguridad existirán más lugares con presencia de materiales culturales relacionados con esta fase y el número de sitios contemporáneos con este periodo

cultural podrá incluso hasta duplicarse, ya que en buena parte de esta región —planicie costera— la sedimentación es muy fuerte.

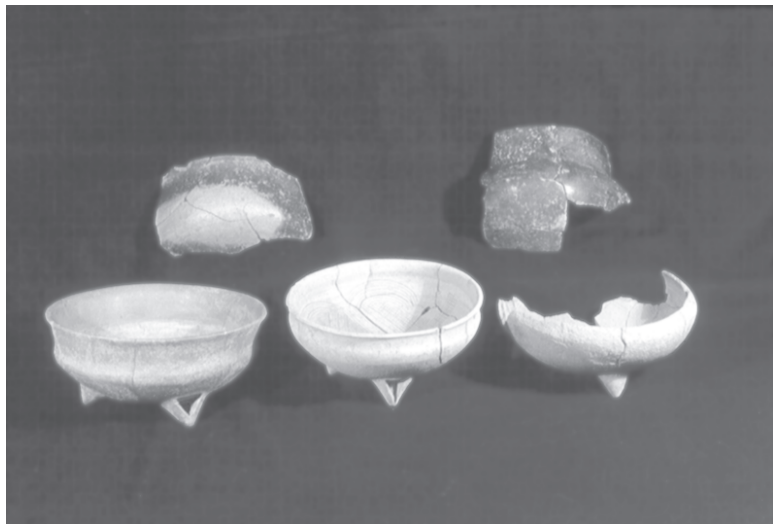
En la cultura Pujal, mejor representada que la Chajil, se pudo observar cierto ceremonialismo en relación con la construcción de las casas-habitación. Todo indica que al iniciar la construcción de la casa u hogar se llevaba a cabo un ritual, sepultando a un perro con su ofrenda, bajo el piso de la misma. Este ceremonial se inició desde la parte final de Chajil e inicios de Pujal —alrededor de 1450 ± 50 a.n.e.— y perdura, al parecer, hasta la fase cultural Tantuán II —por el 250 a.n.e.—. Se exploraron cuatro de estos elementos culturales en Altamirano, Veracruz. El más temprano es el que se acaba de mencionar, pero se cuenta con otro totalmente Pujal —1300 a.n.e.—, ambos acompañados de ofrenda: piezas de cerámica; fragmentos de figurillas de cerámica; valvas de almejas de agua dulce; lascas de obsidiana, cantos pulidos y en uno de los casos se encontró un fragmento de cráneo de un infante. En ninguno de los dos casos se localizó la cola del animal.

Los otros dos enterramientos de perros, corresponden a la fase Chacas y a Tantuán II. De cualquier manera esta costumbre o ritual de sepultar un perro al inicio de la construcción de una casa se inició desde finales de Chajil y permaneció durante todo el Formativo. Con otras exploraciones se podrá precisar si esta manifestación cultural está presente para otras fases culturales del desarrollo regional. (Merino Carrión y García Cook, 1997a, 2002) (figs. 12 y 13).

Del mismo modo el ajuar utilizado —artefactos en piedra, tallada o pulida, y hueso de animal— se incrementó, produciéndose tanto

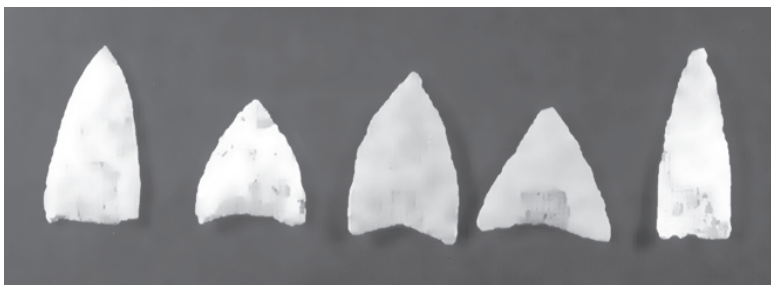


● Fig. 12. Entierro 27. Enterramiento de perro, Altamirano, Veracruz.



● Fig. 13. Piezas de cerámica que acompañaban al Entierro 27 o Enterramiento de perro, Altamirano, Veracruz.

objetos para uso cotidiano como elementos con carácter ceremonial y de adorno corporal. El uso del chapopote se generalizó: lo mismo se usó en la decoración de figurillas, como cementante para unir puntas de lanza (o dardo) a su astil, o para iluminación (fig. 14). La explotación del medio ambiente también se incrementó debido al aumento de la población y a la presencia de nuevos satisfactores. Se explotaban productos ribereños: almejas de ríos, tortugas, catán y otros peces, y algunos mamíferos: jabalí, armadillo, venado, conejo y otros animales de la región.



● Fig. 14. Puntas de proyectil, tipo Tortugas. Se observa aún restos de chapopote que las fijaron al astil.

Desde luego también hubo recolección de vegetales en este ambiente tan exuberante. Entre otros elementos se cuenta con huesos de guajolote, ¿ya domesticado?

Fase cultural Chacas

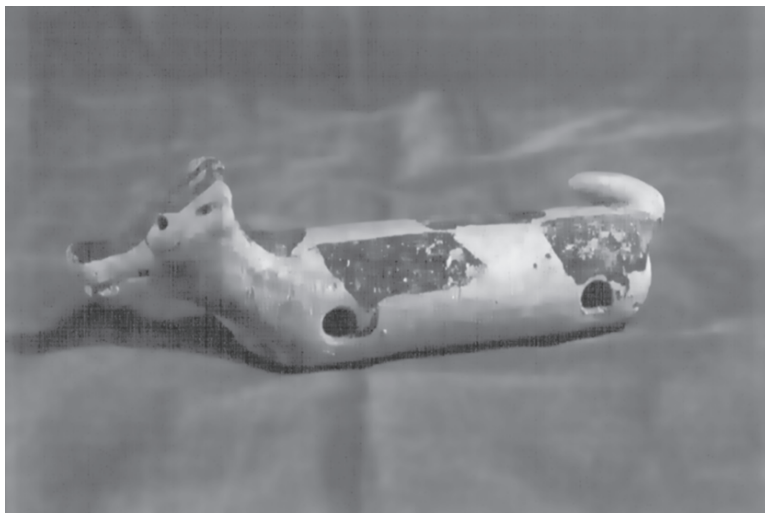
Para Chacas (1150 a 900 a.n.e.) la población siguió en ascenso, ahora además de las microaldeas y aldeas chicas estuvieron presentes también aldeas grandes nucleadas y ubicadas en la proximidad o al lado de los ríos y lagunas de la región. Las dimensiones de estos asentamientos también se incrementaron y están presentes tanto poblados de escasas 2 ha, como otros que rebasan las 15 ha, con 100 o más casas-habitación; existiendo por tanto entre 70 y 600 personas habitando en los lugares menores y mayores respectivamente. De acuerdo con la conformación de sus casas-habitación —utilización de gruesos pisos de lodo, o de pisos elaborados con concha molida y quemada a manera de estuco y presencia de elementos culturales distintos entre sí— se observa cierta diferenciación social entre sus pobladores, y puede proponerse que fueron las aldeas grandes las que controlaron de alguna manera a las aldeas chicas y microaldeas.

Durante Chacas es el momento en que se observa la presencia de algunos rasgos de la “cultura olmeca”, los cuales son

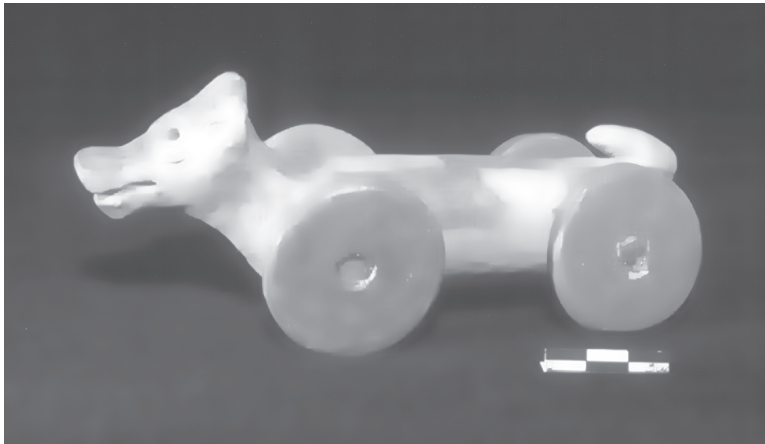
absorbidos por la cultura regional sin transformarla. Entre las figurillas de cerámica, además de continuarse con la utilización de chapopote se incrementó el uso de pintura blanca y roja en su decoración. Están presentes además de las representaciones humanas —en pie o sentadas; masculinos o femeninas— imágenes de animales,

tanto de mamíferos —perro y mono— cuya representación se había iniciado en Pujal, como de aves, y además hacia el final de la fase están presentes ya los “juguetes” (perros o coyotes) con ruedas, de cerámica (figs. 15 y 16). Se incrementó asimismo la elaboración de elementos de adorno corporal —pendientes, cuentas esféricas, orejeras sólidas o huecas éstas últimas de vértebras de catán— como los de carácter ritual o de diversión —silbatos—. La agricultura fue la base de su alimentación —mayor número de hachas y objetos de mollienda lo confirman— que se completa con la cacería y recolección de animales y vegetales, así como de la pesca.

Se conoce, como se mencionó anteriormente, para la parte temprana de Chacas, por el 1100, un enterramiento con carácter ritual. Se trata



● Fig. 15. Perro de cerámica (sin ruedas), procedente de Altamirano, Veracruz.



● Fig. 16. Perro de cerámica (con ruedas), procedente de Altamirano, Veracruz.

de un enterramiento primario de cánido, flexionado lateral derecho, oeste-este, probablemente amarrado —bulto mortuorio— con asociación de dos figurillas de cerámica y una valva de almeja de río (Merino Carrión y García Cook, 1997a y 1997b).

Fase cultural Tampaón

Durante la fase cultural Tampaón —900 a 650 a.n.e.— el desarrollo iniciado desde casi mil años antes se ve plasmado en el surgimiento de las primeras villas y hacia su parte final de pueblos o centros primarios regionales. Se trata de asentamientos que cuentan con la presencia de estructura(s) “ceremoniales” o para la realización de actividades cívico-religiosas. Además desde luego, de multiplicarse la presencia de aldeas —chicas y grandes—. Dichas estructuras, elevadas, fueron fabricadas con tierra apisonada y tienen planta circular o semicircular; en la mayoría de los casos el terreno del cual se sacó la tierra para la elaboración de estos montículos se adaptó como jagüey o depósito para el agua de lluvia.

Se conoce únicamente la presencia de cuatro enterramientos humanos, tres de éstos son entierros primarios individuales y el cuarto se trata de un enterramiento múltiple —un primario individual con asociación de un secundario de vértebras humanas y huesos de ani-

mal—. Tres se localizaron en posición flexionada —lateral derecho o ventral— y uno de ellos, el más temprano —por el 850-800 a.n.e.—, se localizó en posición extendida ventral. Un enterramiento más, primario (múltiple), flexionado lateral derecho —NW-SE— perteneciente a un adolescente —o subadulto, 18 a 20 años— y correspondiente al final de la fase, cuenta con la presencia de mutilación dentaria; se trata de un personaje de sexo femenino cuyos incisivos superiores

tienen un hueco circular, lugar donde llevó incrustaciones. Mutilación dentaria de este tipo —E1— para etapas tempranas sólo se conocen para Montenegro, en Oaxaca y poco más tarde para Uaxactún, en Guatemala (Romero, 1974; Merino Carrión y García Cook, 1987, 1989, 1997b, cuadro 2).

El ajuar utilitario también se ve incrementado en fuerte medida y en su cerámica se observa la influencia tanto del sur del golfo de México, como de Chiapas y en cierto grado del altiplano central. En cerámica destaca una pieza con la representación de un jugador de pelota —para la parte tardía de esta fase, por el 700 a.n.e.—, la cual se rompió en la época de su elaboración y fue reparada utilizando chapopote como cementante. La dependencia alimenticia es cada vez más —entorno a un 40 por ciento— basada en los productos de sus cultivos, sin dejar de participar los alimentos obtenidos a través de la caza, pesca y recolección de lo que el medio ambiente —tan prolífico— les brindaba. Además del maíz se cuenta con la presencia —física— de frijol, de la especie conocida como frijol lima —*Phaseolus lunatus*— (Kaplan, 1996), originario de Sudamérica (figs. 17 y 18).

Rasgo importante de destacar es la presencia, entre los artefactos líticos, de la utilización de muelas ápodas abiertas que presentan una

costilla basal, muy semejantes a las que se utilizaron después en la sierra de Tamaulipas (MacNeish, 1958), y que aún hoy son utilizados; además de las manos largas y los morteros. Es también durante esta fase cuando hicieron su aparición las navajas de obsidiana en la región.

Para Tantuán I (650 a 350 a.n.e.) se inició un florecimiento regional, el cual fue incrementándose ya que en Tantuán II —350 a 100 a.n.e.— se presentó el primer gran apogeo cultural del área, se ocupó una amplia zona territorial, y los pobladores se ubicaron en lomas bajas alejadas de las fuentes de agua permanente —ríos, arroyos y lagunas—. Además de las poblaciones rurales —microaldeas y aldeas chicas y grandes— se incrementó el número de villas —con estructuras elevadas de 4 m de altura, circula-



● Fig. 17. Representación de un jugador de pelota, procede de Altamirano, Veracruz.



● Fig. 18. Figurilla de cerámica con el típico perfil maya.

res con alrededor de 30 m de diámetro— y el número de pueblos. El tamaño de los asentamientos va de 2 a 30 ha —y algunos de mayores dimensiones— y su población gira en torno a 70 y 1 000 habitantes, respectivamente. Para esta ocasión el número de jagüeyes o depósitos también se multiplica, de acuerdo con el número de montículos presentes en el sitio. En los pueblos —pequeños en su mayoría— además de los montículos elevados, están presentes plazas circulares delimitadas por estructuras habitacionales —también circulares o semicirculares— ubicadas sobre basamentos de tierra de 1 m de altura en promedio. Es en este momento —Tantuán I— en que se inició la costumbre de construir una o más plazas circulares, elemento que será diagnóstico de los asentamientos de la planicie “huasteca”, cuya tradición perdurará hasta las últimas ocupaciones prehispánicas.

Las casas-habitación Tantuán I continuaron siendo de planta circular u ovalada —de 7.00 x 5.50 m en algunos casos— con gruesos pisos de estuco sobre un apisonado de grava roja. Una

de las casas exploradas presentó hacia el centro, una depresión de forma circular, de 2 m de diámetro y escasos 15 cm de profundidad, delimitada por un reborde forrado de estuco. En la actualidad los habitantes del ejido Altamirano, que habitan sobre el sitio arqueológico, ponen al centro de sus casas una tina —o carretilla— con piedras, carbón y ceniza prendidos para calentar la casa en épocas de “nortes”.

Para Tantuán I se conoce ya una veintena de enterramientos humanos: trece corresponden a

entierros primarios y seis a secundarios. Los primeros están en posición flexionada; tanto dorsal como ventral y al parecer amarrados; flexionado lateral derecho o izquierdo, o bien en posición sedente. Destacan dos cuya posición hemos nombrado “flor de loto”, por encontrarse sentados y con las piernas cruzadas. Predominan los restos de adulto —trece— respecto a los infantiles —cinco— y sólo un adolescente. Respecto a la orientación en que fueron colocados estos enterramientos, debemos indicar que todos están, en general, con una orientación oeste-este: 10 O-E; 1 SO-NE y 2 NO-SE (Merino Carrión y García Cook, 1997b). Dos de estos individuos fueron decapitados (fig. 19).

A partir de este momento —con seguridad desde 650 a.n.e.— todos los enterramientos humanos fueron depositados en posición flexionada; los de posición extendida sólo volvieron a aparecer hasta el inicio de la fase Coy, correspondiente al llamado periodo Clásico (200-700 d.n.e.).

Desde luego, el ajuar utilitario se multiplicó y se distribuyó en una región más grande. Uno de los tipos cerámicos característicos de este momento, el *Prisco negro*, se le ha observado en asentamientos tanto de Nuevo León y Tamau-



● Fig. 19. Enterramiento humano, en posición de “flor de loto”, Altamirano, Veracruz.

lipas, como de Veracruz y Tabasco, y desde la costa del Golfo de México hasta lugares en Río Verde y Alaquines en San Luis Potosí (Padilla, 1989; Michelet, 1984; Tesch, 1988) (figs. 20 y 21). Además del perro, se criaban y comían los guajolotes —*Melleagris gallopavo*—.

La distribución de los asentamientos, el incremento de la población, y la disminución de los restos producto de la cacería, la pesca y la recolección, son indicadores de que la población Tantuán I estaba formada por agricultores cuya subsistencia estuvo basada en un 60 por ciento de los productos cultivados y en menor proporción de la cacería —entorno a un 25 por ciento—, de la pesca y recolección de animales y plantas —alrededor del 13 por ciento— y de la cría y el cuidado de perros y guajolotes. Porcentaje de la dependencia alimenticia muy semejante a lo propuesto para el centro y sur de México durante etapas contemporáneas (MacNeish, 1967; García Cook, 1979).

Fase cultural Tantuán II y III

Durante Tantuán II —350 a 100 a.n.e.— y Tantuán III —100 a.n.e. a 200 d.n.e.— el apogeo regional llegó a su máxima expresión; se cubrió de asentamientos todo el área explorada —270, al menos, en los 9 500 km² explorados—; se mul-



● Fig. 20. Figurilla Hueca, procedente del Sitio Moctezuma, municipio de Xicotencatl, Tamaulipas.



● Fig. 21. Recipiente de cerámica tipo *Prisco Negro*.

tipicó el número de pueblos, los cuales contienen varias estructuras en su área cívico-religiosa, que integran una o más plazas de planta circular; una zona “residencial” con basamentos para casas entre 1 y 2 m de altura y en algunos casos formando también plazas circulares; además del área habitacional, cuyas casas se

ubican sobre montículos bajos de 0.50 a 1 m de altura. Conviene aclarar que tanto las estructuras “residenciales” como las de habitación “rural” son de planta circular o semicircular. Esta misma forma aún se observa en varias partes del área (fig. 22).

También se han explorado 20 entierros: 18 de carácter primario y dos secundarios; entre los primeros se incluye un enterramiento de cánido el cual sí contó con cola. De los 18 entierros primarios, 17 fueron sepultados con una orientación oeste-este —dos SO-NE y uno NO-SE— y en un caso su posición aparente es norte-sur. Respecto a la posición en que fueron colocados, salvo un caso en que se localizó dorsal semiflexionado, todos los demás —17— fueron enterrados en posición flexionada: seis sedentes; tres lateral derecho, uno lateral izquierdo y seis en posición de “flor de loto”. Uno de los individuos —adulto, masculino— en posición flexionada lateral derecho, amarrado o “amortajado” contó con tres vasijas como ofrenda, dentro de

una de éstas se encontraron siete huevos de guajolota (figs. 23 y 24). También se observaron dos entierros decapitados, e igualmente dos con deformación craneal (Merino Carrión y García Cook, 1997b).

Para Tantuán III se conocen 36 enterramientos, todos de humanos, 27 primarios y nueve secundarios. De los primarios, salvo uno que se localizó en posición extendida y correspondiente ya a la transición Tantuán III-Coy —por el 250 d.n.e.—, todos los demás —26— se encontraron en posición flexionada: cinco dorsal —cuatro al parecer amarrados—; once sedentes —algunos amarrados o amortajados— tres lateral izquierdo; uno flexionado y ocho en posición de “flor de loto”. Salvo tres enterramientos cuyas orientaciones son uno norte-sur y dos sur-norte, todos los demás tienen una orientación oeste-este

posición flexionada: cinco dorsal —cuatro al parecer amarrados—; once sedentes —algunos amarrados o amortajados— tres lateral izquierdo; uno flexionado y ocho en posición de “flor de loto”. Salvo tres enterramientos cuyas orientaciones son uno norte-sur y dos sur-norte, todos los demás tienen una orientación oeste-este



● Fig. 22. Casa de planta circular, actual, San José Limón, S.L.P.



● Fig. 23. Entierro en posición "flor de loto" (El Círculo, S.L.P.).

—dos SO-NE y dos NO-SE—. Referente a la edad, predominan los adultos —19— y los infantiles —diez— respecto a los subadultos o

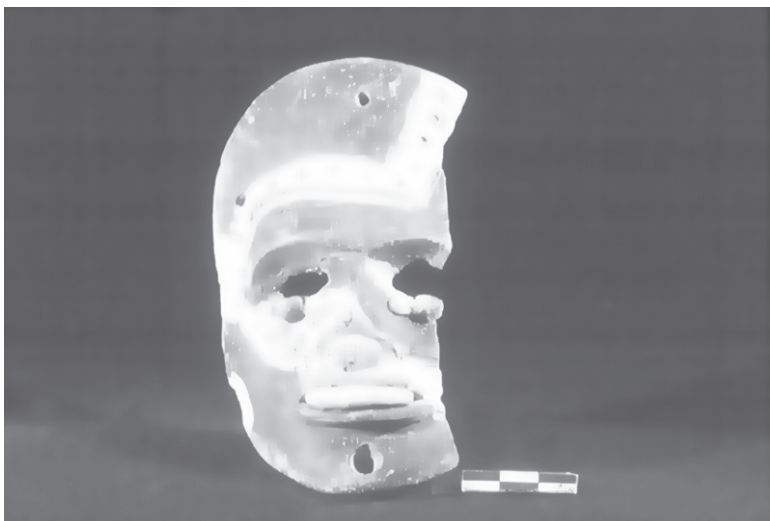
adolescentes —sólo tres individuos—. Respecto a los entierros a los que se les pudo identificar el sexo —17 individuos— predominan ligeramente los femeninos —nueve ejemplares— el resto masculinos —ocho individuos—. También se localizaron dos enterramientos con decapitación.

Se conocen poco más de 30 pueblos para Tantuán II, con villas y aldeas en su alrededor, lo que denota la presencia de señoríos o cacicazgos en esta parte de la planicie costera del

noroeste de México. Dos de estos pueblos, cuyas dimensiones cubren 150 y 300 ha y que contienen cuatro y ocho plazas circulares respectivamente —pueblos grandes— se les puede considerar como centros macrorregionales y que debieron tener el control político y económico de la región, o al menos de una gran parte de ella. El tamaño de los sitios, en general, Tantuán II y III, varía entre 3 y 300 ha y contuvieron poblaciones entre 100 y 10 000 habitantes, conteniendo —en promedio— los mayores alrededor de 4 000 y 7 500 miembros respectivamente.

La dieta alimenticia de estos grupos dependió en mayor proporción —quizá ya un 70 por ciento— de los productos agrícolas, continuándose desde luego con el aprovechamiento y explotación del medio ambiente a través de la caza, pesca y recolección, tanto de animales como de vegetales; además de la cría y cuidado de sus animales domésticos (Merino Carrión y García Cook, 1987, 1989; García Cook y Merino Carrión, 1989).

Al igual que la población creció y se distribuyó por toda el área base de nuestros estudios, las relaciones con otras regiones también se incrementaron, intercambiándose tanto objetos materiales como ideas.



● Fig. 24. Máscara de cerámica, correspondiente a Tantuán II.

Al igual de lo que sucedió en otras partes del México antiguo, hacia el final de la fase cultural Tantuán III —alrededor del año 100 d.n.e.— se presentó una fuerte disminución de la población; el número de asentamientos disminuyó drásticamente; y al concluir Tantuán III, el norte y noroeste del área estudiada se abandonó y la población se concentró hacia el sureste. Se inició la fase Coy, cuyo número de asentamientos conocido es tan sólo de 137. Aun cuando en este momento —fase cultural Coy, de 200 a 650 d.n.e.— estuvo presente uno de los mayores asentamientos —en dimensiones y en población— conocido para toda la secuencia, “El Lomerío”, Hv28 con 1140 ha, el número total de habitantes se redujo significativamente. Pero esto ya no corresponde al Formativo que estamos tratando aquí y del cual se otorgó tanto una idea general de su desarrollo como los fechamientos con que se cuenta para su ubicación temporal.

Bibliografía

• Castañeda Cerecero, Laura
1989. “La cerámica del Formativo en la Cuenca Baja del río Pánuco”, en M. Cardona (coord.), *El Preclásico o Formativo. Avances y Perspectivas*, México, Museo Nacional de Antropología, pp. 119-142.

1992. “Altamirano: un sitio del Formativo del Noreste de México”, tesis de licenciatura en Arqueología, ENAH, México.

En prensa. “La cerámica del Formativo en la Cuenca Baja del río Pánuco”, en B.L. Merino Carrión y A. García Cook (coords.), *La Producción Alfarera en el México Antiguo*, México, INAH.

• Ceja Tenorio, Jorge Fausto
1985. *Paso de la Amada. An Early Preclassic Site in the Soconusco, Chiapas, México*, USA, NWA, núm. 45.

• Ekholm, Gordon
1944. *Excavation at Tampico and Pánuco in the Huasteca, México* (Antropologist Paper of the National Museum of Natural History), vol. XXXVIII, part. V, New York, USA.

• García Cook, Ángel
1979. “Los procesos de cambio de los recolectores nómadas a los agricultores sedentarios con principal referencia al centro y sur de México”, en *XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, SMA.

1999. “Las cerámicas tempranas en México” (Arqueología Americana. Journal of American Archaeology), núm. 14, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, enero-junio 1998, pp. 7-64.

• García Cook, Ángel y B. Leonor Merino Carrión
1977a. “Proyecto Arqueológico Huasteca”, en *Boletín del Consejo de Arqueología*, núm. 1, México, INAH.

1977b. “Notas sobre caminos y rutas de intercambio al este de la Cuenca de México”, *Comunicaciones 14*, Puebla, México, FAIC, pp. 71-83.

1979. “Primer informe: Proyecto Arqueológico Huasteca”, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

1989. "Investigación Arqueológica en la Cuenca Baja del Pánuco", en *Homenaje a José Luis Lorenzo*, México, INAH (Científica, 188), pp. 181-209.

En prensa. "El inicio de la producción alfarera en el México Antiguo", en B.L. Merino Carrión y A. García Cook (coords.), *La Producción Alfarera en el México Antiguo*, México, INAH.

• Guzmán, Ana Fabiola y Óscar Polaco

2002. "Los peces del sitio arqueológico Altamirano, Veracruz", en *Arqueología*, segunda época, núm. 27, México, INAH, pp. 15-29.

• Kaplan, Lawrence

1996. "Informe sobre identificación de 25 semillas de frijol procedente de Altamirano, Veracruz, México", México, Archivo del PDFCB, DEA, INAH.

• Lowe, Gareth

1967. "Appendix. Results of the 1965 investigations at *Altamira and Padre Piedra, Early Preclassic Site in Chiapas, México, D.F.*", Green and G. W. Lowe (coords.), pp. 81-130 (Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 20), Provo Utah, USA.

1975. *The Early Preclassic Barra Phase of Altamira, Chiapas: A Review with New Date*, Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 38, Provo, Utah, USA.

• MacNeish, Richard S.

1954. *An Early Archaeological site near Pánuco, Veracruz*, Transactions of American Philosophical Society, vol. XLIV, Part. 5, USA.

1958. *Preliminary archaeological investigations in the Sierra of Tamaulipas, México* (Transactions of the American Philosophical Society), vol. XLV, Part. 5, USA.

• Merino Carrión, B. Leonor

1984. *Definición del Formativo en la cuenca baja del río Pánuco*, Proyecto mecanografiado. Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, INAH.

1992. "Proyecto Arqueológico Cañón de Infiernillo-Cañón del Diablo", México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

• Merino Carrión, B. Leonor y Ángel García Cook

1985. "Definición del Formativo en la Cuenca Baja del Río Pánuco. Primer informe", México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

1987. "Proyecto Arqueológico Huasteca", en *Arqueología 1*, México, INAH, pp. 31-72.

1989. "El Formativo en la cuenca baja del Pánuco", en M. Carmona (ed.), *El Preclásico o Formativo. Avances y Perspectivas*, México, Museo Nacional de Antropología, pp. 101-118.

1991. "El Formativo temprano en el Norte de México", en *Encuentro de Investigadores Sociales del Noroeste de México*, Ciudad Valles, SLP, México, Centro Regional S.L.P. del INAH, Sociedad Mexicana de Historia.

1997a. "Enterramientos de perros durante el Formativo temprano en el Noreste de México", en L. Manrique y Noemí Castillo (coords.), *Homenaje al Dr. Ignacio Bernal*, México, INAH (Científica, 333), pp. 408-430.

1997b. "Enterramientos del Formativo en el Noreste de México", *Homenaje a César Augusto Saenz*, México, INAH (Científica, 351), pp. 319-366.

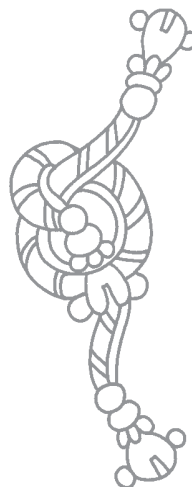
1998. "Las primeras ocupaciones de grupos sedentarios en el Bajo Pánuco", en *La Antropología Mexicana frente al siglo XXI: Reflexiones y Propuestas*, XXV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (julio 1998), México, SMA.

2002. "El Formativo temprano en la cuenca baja del Río Pánuco: fases Chajil y Pujal", en *Arqueología*, segunda época, núm. 28, México, INAH, pp. 49-74.

• Michelet, Dominique

1984. *Río Verde, San Luis Potosí (Mexico)*, México, CEMCA.

- Padilla, Judith
1989. “La cerámica del Gasoducto, de Cactus, Chiapas-Planta de los Ramones, Nuevo León”, tesis de licenciatura en Arqueología, ENAH, México.
- Romero, Javier
1974. “La Mutilación Dentaria”, en *Antropología Física-Época Prehispánica* (Panorama Histórico-Cultural III), México, pp. 229-250.
- Romero, Javier y Juan Valenzuela
1945. “Expedición a la sierra Azul, Ocampo, Tamaulipas”, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 1, México, INAH, pp. 7-16.
- Tesch, Mónica
1988. “Primeros avances del Proyecto Alaquines”, México, Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
- Wilkerson, Jeffrey
1981. “The Northern Olmec and Pre-Olmec Frontier on the Gulf Coast”, en *The Olmec and Their Neighbors*, USA, Dumbarton Oaks Research Library and Coll, pp. 181-194.



*Ma. Elena Salas Cuesta, Juan Martín Rojas Chávez,
Arturo Talavera González y Luis Alfonso González Miranda**

Análisis tecnológico y funcional de algunos artefactos de hueso humano de Mundo Perdido, Tikal, Guatemala

Se expone el análisis tecnológico, morfológico, funcional y experimental de algunas herramientas manufacturadas con hueso humano de Mundo Perdido, Tikal, Guatemala. Se propone un sistema clasificatorio y éste es evaluado a través de una serie de experimentos de manufactura y uso para definir la función de estas herramientas. Se deduce que las herramientas de hueso humano se emplearon para bruñir pieles y pulir superficies estucadas para que los escribas plasmaran epígrafes. Se concluye, con base en los resultados de esta investigación, que en los centros ceremoniales a lo largo y ancho de Mesoamérica, existieron artesanos especializados en la producción de objetos suntuarios para consumo de las elites.

En el año de 1994 se revisaron cuatro artefactos manufacturados con hueso humano procedentes de Mundo Perdido, Tikal, Guatemala, éstos se encuentran depositados en la Dirección de Antropología Física del INAH. Al revisar la bibliografía no se encontró una propuesta para México que permitiera sistematizar el estudio de estos materiales. En aquel entonces se realizó un análisis tecnológico y morfológico de las características morfoscópias del material basado en Semenov (1981) y Leroi-Gourhan (1978). Por diversas razones el trabajo no se publicó.

En 1996, Talavera y Rojas comenzaron el proyecto “Una estrategia bioarqueológica para el estudio del resto óseo modificado culturalmente”, cuyo objetivo era rastrear en diversas bodegas del INAH y proyectos arqueológicos en curso materiales óseos humanos que presentaran modificación producto de la manufactura y uso como instrumentos u ornamentos. El interés de realizar este proyecto surgió al observar los artefactos de hueso humano de Tikal, Cuatlajuchitlán, Guerrero y Tlatilco, Estado de México (Ochoa, Rojas, Sittón y Zarinello, 1997) y tratar de saber cómo se manufacturaron, para qué fueron utilizados y en qué contexto social se realizó el aprovechamiento del cuerpo humano. Este proyecto concluyó, en su primera fase, en el año 2000.

Los resultados obtenidos fueron: el diseño de una metodología de análisis para la tecnología de hueso, diente y asta; asimismo se realizaron una serie de experimentos de manufactura y función de artefactos de hueso humano y

* Los centros de trabajo de los autores son el mismo orden: Dirección de Antropología Física; Sala de Orígenes, Museo Nacional de Antropología; Equipo de Bioarqueología, Dirección de Antropología Física; Dirección de Antropología Física. quetziteo@yahoo.com
Agradecemos al doctor Carlos Serrano del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM y al doctor Joaquín Reyes Tellez Girón, director del Departamento de Anatomía de la Facultad de Medicina quienes amablemente facilitaron los huesos humanos con los que se realizaron los experimentos de manufactura y función.

de otras especies para evaluar el sistema clasificatorio propuesto. Se analizaron las colecciones de hueso trabajado de Cantona, Puebla (Talavera, Rojas y García, 2001), Comalcalco, Tabasco (Talavera, Rojas y García, 1998a) Monte Albán, Oaxaca (Talavera, Rojas y García, 1998b) y Cacaxtla, Tlaxcala (Talavera, Rojas y García, 1998c), en donde encontramos artefactos de hueso humano con los mismos atributos tecnológicos y funcionales que los de Tikal.

Presentamos a continuación los experimentos de replica para inferir los procesos de manufactura y la función de algunas herramientas de hueso humano recuperadas en Mundo Perdido Tikal, Guatemala, durante la temporada 1980-1982. Con ellos se ofrece una hipótesis sobre el contexto social en el que fueron utilizados.

Ubicación del hallazgo

Los materiales a los que hacemos alusión en este estudio, provienen de los trabajos de investigación y restauración del Proyecto Nacional Tikal, Guatemala en la zona conocida como Mundo Perdido, durante la temporada de campo 1980-1982. En específico del entierro núm. 60 de la operación 37, que se localiza en el grupo 6C-XVI y que corresponde a un centro habitacional del Clásico tardío. Con los trabajos de exploración fue posible detectar una amplia ocupación del Clásico temprano, lo que representa una de las áreas mejor conocidas para dicho periodo, ya que fue cubierta en su totalidad, lo que favoreció la conservación del conjunto habitacional. Este conjunto fue fechado para el cambio cronológico entre las etapas Manik 2 y 3, es decir para el año 400 d.C. y que acontece durante el Estadio 9, como lo indican los rellenos de las nuevas construcciones y la presencia de diversos escondites dedicatorios, además de los cambios constructivos respecto a las edificaciones de tipo palacio (Laporte, 1987: 221 y 228).

Dicho conjunto habitacional presenta una ocupación aproximada de tres siglos, que abarca desde el 300 al 600 d.C., evidenciando veinte

estadios constructivos, uno cada quince años. Según Laporte (*op. cit.*: 222), el grupo 6C-XVI tiene una gran similitud con los conjuntos habitacionales de Teotihuacan.

El entierro 60, PNT-031 corresponde a uno de los dos denominados Depósitos problemáticos. Estos depósitos que son concentraciones de material presumiblemente puro, de desechos primarios redepositados bajo pisos de plazas o cámaras, pero que se encuentran sellados por elementos constructivos contemporáneos que aseguran su aislamiento de momentos culturales posteriores.

Lowe y Agrinier los han considerado como:

“...ofrendas terminales”. Aparentan ser tiraderos ceremoniales de parafernalia utilizada en ceremonias y luego desechada, por lo que el material puede estar quebrado a propósito y enterrarse antes de las operaciones de reedificación o dedicarse a las primeras construcciones del sitio (1960: 55).

Para William Coe:

...los depósitos problemáticos pertenecen a la categoría de caches, escondites y entierros por ser un tipo de depósito intencional, con fines propiciatorios o dedicatorios (1959: 94-95).

De acuerdo con Pijoan y Salas (1984: 17-18), el entierro secundario múltiple marcado con el número 60 (PNT-031), está constituido por lo menos por 19 individuos que fueron separados conforme a su edad y sexo en: ocho adultos jóvenes de sexo masculino; dos adultos de sexo femenino; tres adultos de sexo no determinable; un subadulto de sexo femenino; un individuo de segunda infancia y cuatro infantiles.

Los restos óseos de este depósito son principalmente fragmentos de cráneo y mandíbula, además de huesos largos, en específico húmeros, fémures y tibias, lo que nos permite inferir que quizás se hayan seleccionado para manufacturar herramientas posteriormente. Con relación a los fragmentos de cráneo, tenemos que en dos frontales, dos parietales y un occipital

se observan huellas de uso, es decir que se fracturaron intencionalmente para obtener fragmentos relativamente grandes, con superficies convexas y que además fueron cocidos para hacer su consistencia más dura y poderlos utilizar como herramientas.

Por lo que se refiere al segundo Depósito problemático PNT-21, es un entierro secundario múltiple, integrado por diversos fragmentos de huesos como: húmeros, fémures, tibias y peronés, los cuales fueron fracturados intencionalmente para sacar astillas puntiagudas que después se expusieron al calor con el fin de endurecerlos y probablemente usarlos como bruñidores. Debido a que la totalidad de los huesos que constituyen este entierro están muy fragmentados, fue imposible determinar el sexo; en cuanto a la edad únicamente se pudo determinar que son individuos adultos.

De acuerdo con las evidencias reportadas por Laporte (1987: 231), se puede considerar que no responde a un conjunto habitacional unido por el parentesco, sino más bien a un conjunto arquitectónico que involucra actividades de orden ritual, como es el que se refiere al juego de pelota, en donde sus moradores eran un grupo especializado y de evidente carácter elitista. Ahí se realizaban diversas actividades relacionadas con esta práctica: preparación ritual, iniciación, habitación o propiamente el juego mismo, como demuestra el hallazgo de los murales; abarca la etapa Manik 2 (400 d.C.) la cual está constituida por los estadios del 1 al 9; en el estadio 2 (d.C.) se representa a un jugador y la pelota, así como los murales completos de jugadores en el estadio 7 (d.C.) y de un marcador en estadios posteriores.

Análisis de los artefactos de hueso humano de Mundo Perdido Tikal

Al estudiar la industria de hueso en Cantona, Puebla, se pudo establecer un sistema clasificatorio, ya que teníamos presente en esta colección toda la secuencia de reducción (Talavera, Rojas y García, 2001).

Empleamos diversos sistemas clasificatorios que unidos se complementan perfectamente. En primer lugar, se retomó la tipología tecnológica de Sheets (1975: 369) que ordena los productos (herramientas) y desechos de manufactura en una sucesión jerárquica desde la forma de la materia prima, las técnicas de manufactura y los instrumentos hasta el desecho de trabajo resultante. En segundo lugar, la clasificación morfológica propuesta por Leroi-Gourhan, (1978: 184-185) para analizar herramientas trabajadas en hueso y asta que consiste en ordenar a los artefactos por la forma que presenta la punta en el extremo distal y las modificaciones en la base. En tercer lugar se aplicó el análisis funcional de huellas de uso de Semenov (1981) que se basa en registrar las despostilladuras, ralladuras y pulimentos en el borde de trabajo. Esto, junto con la morfología del borde, las dimensiones de la herramienta y el contexto arqueológico nos permiten inferir la posible función de las herramientas de la industria osteodontoquerática. Por último, para poder comparar herramientas de diferentes sitios elaboramos una cédula gráfica de rasgos cuantitativos y cualitativos (Talavera, Rojas y García, 2001:51) empleando con las modificaciones necesarias a la morfología de los huesos, la propuesta de Santamaría y García Bárcena (1984). En estas cédulas se vierte también el tipo de segmento óseo, la especie, en el caso de humanos, edad, sexo, marcas de entesopatías y patologías en la medida de lo posible, las modificaciones tafonómicas, la información morfológica de la punta y la base, así como las huellas de manufactura y uso.

Por ello, dividimos la muestra de herramientas de huesos humanos de Tikal de acuerdo con la forma general de la herramienta, tipo de segmento óseo y las características de la superficie de trabajo.

Artefactos manufacturados a partir de huesos largos

La superficie de trabajo de estas piezas no es mayor a los 5 cm y su forma general es cilíndri-

ca; se elaboraron a partir de huesos largos, preferentemente cúbitos, radios y tibias, cuyo diámetro varía entre 1 y 3 cm. Fueron elegidos estos segmentos óseos ya que su forma se adapta mejor a la manufactura de la herramienta, fueron divididos mediante una fractura transversal por percusión a la altura del tercio distal de la diáfisis (fig. 1).



● Fig. 1. Bruñidor de Mundo Perdido, Tikal, elaborado con el tercio distal de una tibia.

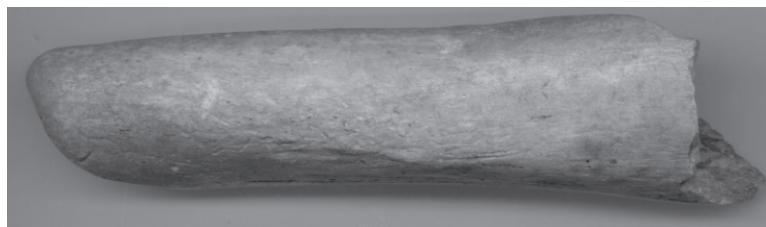
Posteriormente el borde distal, cuya forma en planta es roma, se rebaja ligeramente por abrasión para comenzar a emplearse en un ángulo de 45° (fig. 2). Se observa un fuerte pulido en la punta, ante la ausencia de estrías paralelas nos lleva a pensar que fue utilizado en una superficie plana y suave.



● Fig. 2. Detalle de la superficie de trabajo en ángulo de 45° .

En un caso se observa cal en su interior y el borde activo muy pulimentado, por lo que es posible que este ejemplar sirva para alisar una superficie plana de estuco usada para pintar (fig. 3).

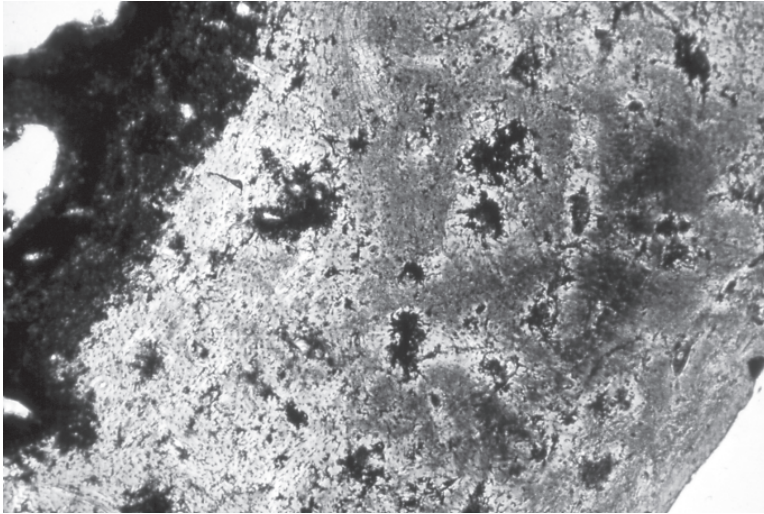
De este ejemplar se tomó una muestra para realizar un análisis histológico con el fin de determinar si los huesos fueron hervidos. Este trabajo fue realizado por el doctor Michael Shultz del Departamento de anatomía de la Universidad de Göttingen, Alemania. En el corte histológico se pudo observar un patrón de deformación del colágeno, de los canales de Havers y los osteones producto de la alteración térmica (alrededor de 300°C) (Shultz, 1997: 215-216) (fig. 4).



● Fig. 3. Pulidor para superficies estucadas.

Cabe destacar que este grupo a nivel de forma general de la pieza, de la punta y huellas de uso es muy similar a los ejemplares manufacturados a par-

tir de astas de venado en Tlatilco (fig. 5) en donde se ha inferido que fueron bruñidores



● Fig. 4. Desorden en los canales de Havers y osteones producto de alteración térmica.

para piel (Ochoa, Rojas, Sitton y Zarinello, 1997).

Artefactos manufacturados a partir de huesos craneales

Estas piezas fueron elaboradas a partir de huesos planos, sus superficies de trabajo rebasan los 15 cm de diámetro, su forma general en planta es subrectangular. Se manufacturaron preferentemente a partir de fragmentos de frontales y parietales que fueron fracturados por percusión para darles el tamaño deseado (fig. 6).

Su forma en sección es ligeramente convexa, lo que hace suponer que facilitaba el trabajo, ya que al usarlos sobre la superficie que se iba a manufacturar, se formaba un ángulo de 45° (fig. 7).

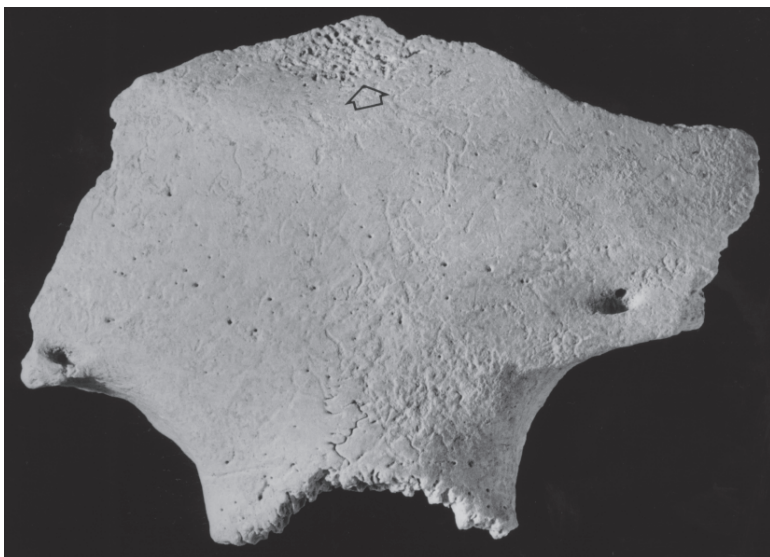
La función genérica que podemos inferir de sus huellas de uso —que consisten en el desgaste de la capa compacta exterior juntamente con la capa intermedia que en algunos casos causa la rotura de la misma, superficie de forma plana, alisada y pulimentada—, es la correspondiente al último paso de la secuencia de desgaste que comprende la abrasión, el pulido y bruñido (Mirambell y Lorenzo 1974) (la acción de bruñir

se define como dar brillo o satinado a un objeto en el proceso final de su manufactura). El desgaste observado, la dureza de la materia prima y el lustre de la superficie de trabajo, sugieren su aplicación en el proceso final del curtido de pieles.

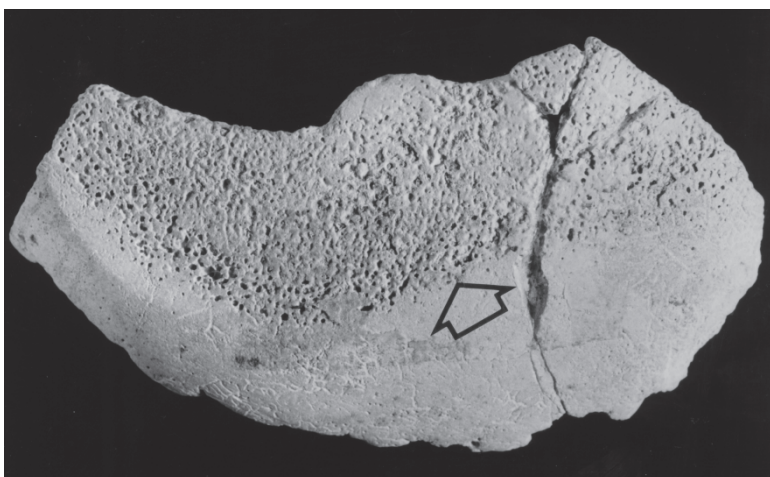
Según se sabe el proceso final de preparación de pieles, se realizaba en el Paleolítico; se les daba brillo con astas de venado que tienen forma arqueada, sección plana y un extremo redondeado convexo. El trabajo se



● Fig. 5. Bruñidor fabricado con asta de venado, procedente de Tlatilco, Estado de México. Foto cortesía de Patricia Ochoa Castillo.



● Fig. 6. Fragmento de hueso frontal con huellas de uso.



● Fig. 7. Bruñidor elaborado a partir de un hueso parietal.

realizaba con las dos manos, con la mano derecha se sostenía el mango de la herramienta en un ángulo determinado respecto a la superficie plana del material, y los dedos de la mano izquierda se apoyaban sobre la parte de trabajo delantera, impulsando el bruñidor hacia adelante, ligeramente a la derecha (fig. 8).

Con el satinado, el cuero se comprime y su capa exterior toma brillo, adquiriendo no sólo más vistosidad sino también más solidez y mayor impermeabilidad (Semenov 1981: 319-322).

Análisis experimental de las herramientas de hueso humano

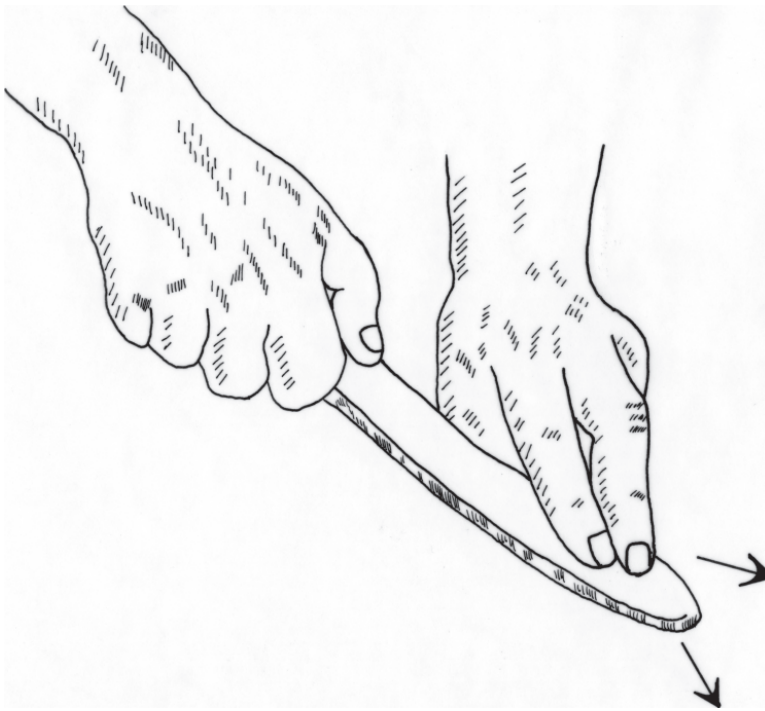
Basados en el análisis morfológico de algunas herramientas de hueso humano y de otras especies, así como asta recuperadas en diversos sitios arqueológicos de Mesoamérica—Cantona, Puebla (Talavera, Rojas y García, 2001), Comalcalco, Tabasco (Talavera, Rojas y García, 1998a) Monte Albán, Oaxaca (Talavera, Rojas y García, 1998b), Cacaxtla, Tlaxcala (Talavera, Rojas y García, 1998c) y Tlatilco, Estado de México (Lorenzo, 1965; Ochoa, Rojas, Sittón y Zarinello, 1997)— se infirió que este conjunto de herramientas de hueso humano fueron usadas como bruñidores para piel y superficies estucadas.

Para evaluar la clasificación propuesta se realizaron algunos experimentos con el fin de determinar su proceso de manufactura y su función.

Materiales y métodos

Fue necesario diseñar experimentos que simulen lo más cercano posible, las condiciones de alteración que ocurrieron en el pasado.

Teniendo en cuenta esto, se elaboraron algunos experimentos de las diferentes fases del proceso de manufactura de artefactos de huesos detectados durante la clasificación tecnológica. Se probó con huesos secos y con frescos, humanos y de otras especies, percutores, yunques y abrasivos de rocas ígneas y lascas de obsidiana.



● Fig. 8. Proceso para la preparación de pieles.

Se recolectaron muestras geológicas de obsidiana en el yacimiento de Otumba, Estado de México; los huesos humanos fueron donados por el Departamento de Anatomía de la Facultad de Medicina de la UNAM. Sólo pudimos obtener huesos largos humanos, por lo que no fue posible experimentar con huesos craneales.

Los objetivos de la experimentación fueron:

- 1) Establecer los patrones de manufactura de artefactos de material óseo, tanto humano como de otras especies.
- 2) En el caso de corte y desgaste de huesos largos, tratar de identificar qué herramientas se emplearon en cada uno de estos procesos tecnológicos y qué rasgos macroscópicos dejan.
- 3) Conocer la eficacia de las herramientas de obsidiana y las huellas de uso que se producen en los bordes de trabajo al aplicarlas sobre material óseo.

4) Inferir la función de las herramientas de material óseo, tanto humano como de otras especies.

5) Determinar el papel que jugaban estos artefactos dentro del proceso de trabajo y su relación con la economía doméstica, política y la esfera religiosa.

En cada paso se describen las alteraciones producidas por el tratamiento experimental, se realizó un registro fotográfico antes, durante y después del tratamiento. En caso de ser necesario, se presenta un acercamiento de las modificaciones producidas por el tratamiento. En esta ocasión sólo presentamos los experimentos de ma-

nufactura y función en huesos largos humanos.

Elaboración de las herramientas en hueso

Con el mismo principio se fabricaron dos herramientas. En primer lugar se eliminó la epífisis distal de un húmero por medio de percusión (fig. 9) para fabricar una herramienta que, por sus huellas de uso, suponemos sirvió para bruñir piel.

Uno de los problemas encontrados para manipular el hueso durante el trabajo, fue la presencia del colágeno: a pesar de que se encontró en estado semisólido, por el tratamiento de conservación que se dio durante el proceso de maceración del cadáver en la Facultad de Medicina, tornaba resbalosa la pieza. Por esto tuvo que ser removida mecánicamente (fig. 10).

Por supuesto que este problema se agrava cuando el hueso está fresco, ya que el colágeno tiene consistencia coloidal. Por ello es de suponer



● Fig. 9. Fragmentación de un hueso largo humano por percusión.



● Fig. 10. Eliminación del colágeno durante la fase de percusión.

que al finalizar el proceso de manufactura se hervía el material para eliminar la grasa y hacer más resistente la herramienta. Esto explicaría el tratamiento térmico de esta herramienta y otras.

Posteriormente a la superficie astillada se le dio forma roma por medio de desgaste con una piedra pómez (fig. 11). El producto final (fig.12) presentó grandes semejanzas con los ejemplares arqueológicos de Tikal. El proceso de trabajo llevó 15 minutos.

Las dimensiones de las herramientas fabricadas son:

Experimento 1: húmero derecho de individuo adulto masculino. Largo: 22.2 cm; ancho: 1.4 cm; espesor: 0.6 cm; ángulo: 20°.

Experimento 2: húmero derecho de individuo adulto masculino. Largo: 23.3 cm; ancho: 1 cm; espesor: 0.3 cm; ángulo: 10°.

Experimentos para determinar la función

En este trabajo experimental se muestran los resultados sobre el proceso de curtido de piel, concentrándose en el proceso final de satinado, en donde se ha propuesto que se utilizaban herramientas de hueso y asta.

El curtido de la piel

Es un proceso químico y mecánico por el cual la piel se transforma en cuero (Cruz, 1994: 18). El objetivo es obtener un material que no se descomponga y que conserve la flexibilidad y resistencia original para poder fabricar diversos objetos. El proceso de curtido consta de los siguientes pasos (Cruz, *op. cit.*: 19-21):

- 1) Desuello: consiste en la separación de la piel por sacrificio y corte.
- 2) Macerado: inmersión de la piel en agua para reblanecerla y eliminar las sustancias no deseadas.



● Fig. 11. Proceso de abrasión para preparar el borde activo de la herramienta.



● Fig. 12. Herramienta al concluir el proceso de manufactura.

- 3) Limpia: eliminación de la grasa con un cuchillo, raedera o raspador; asimismo se presiona para eliminar el agua.
- 4) Preservación: se seca al Sol o se le agrega sal. Este proceso causa deshidratación que suprime la actividad bacteriana.
- 5) Depilación: consiste en la eliminación de los pelos y la epidermis fermentada. Es común usar cal o materiales que provo-

quen la fermentación y putrefacción, también se puede hacer mecánicamente con un cuchillo.

- 6) Fermentado: se realiza sumergiendo la piel en cereales mezclados con agua.
- 7) Pickelado o piclado: se emplean sustancias curtiéntes de origen inorgánico y minerales (como el cromo y el alumbre). Se pueden, de la misma forma utilizar sustancias orgánicas, como vegetales que contengan taninos.

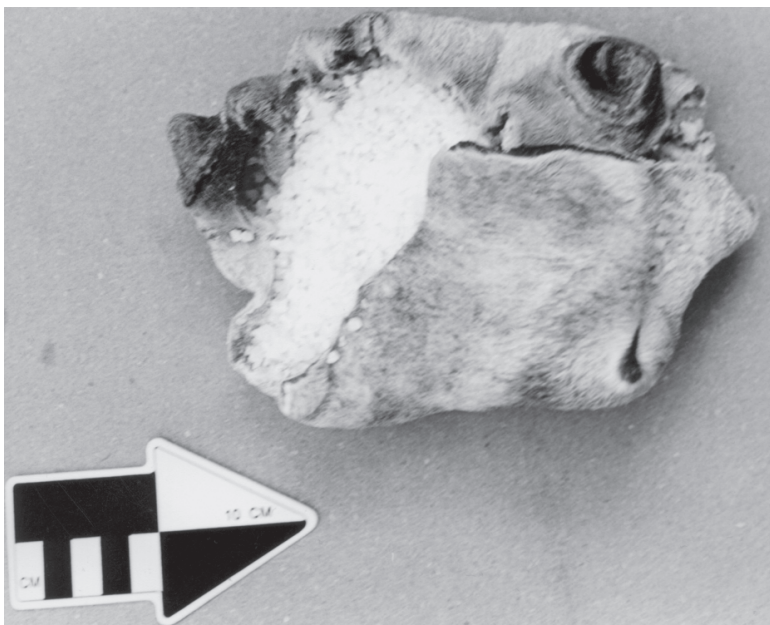
Análisis experimental

Con una piel de res se trató de ensayar el proceso de curtido. Para los fines del presente trabajo, sólo nos interesa el proceso final de satinado, aunque se expondrá brevemente el resultado de los pasos anteriores. Durante la realización de este experimento se contó con la colaboración de la pasante de antropología física, Isabel Flores.

En primer lugar, a la piel se le agregó 500 g de sal y se dejó bajo la sombra durante 20 días (fig. 13). La piel se endureció considerablemente.

En segundo lugar, se eliminó completamente la sal, se sumergió en un recipiente con cuatro litros de agua y medio kilogramo de maíz durante cinco meses.

En tercer lugar, se sacó el líquido fermentante y se lavó la piel repetidas veces (fig. 14), para



● Fig. 13. Proceso de preservación.



● Fig. 14. Proceso de limpieza.

tratar de eliminar el olor. Se comprimió manualmente para eliminar el agua.

Se eliminaron manualmente el pelo y la grasa con un raspador de obsidiana (fig. 15).

La piel quedó muy suave después del proceso de lavado, depilación y maceración, pero su superficie se expandió abarcando 1 cm de espe-

sor. Posteriormente, se colocó sobre una tabla en donde se clavó con tachuelas para dejarla secar (fig. 16).

Después de haberse secado, la piel se contrajo, presentando un espesor de 5 mm. Para no rasgar el material, se untó grasa de cerdo sobre la superficie. Un instrumento de hueso humano que presenta un borde similar a las herramientas arqueológicas, que se supone sirvieron para bruñir pieles, fue utilizado sobre la piel con el procedimiento descrito por Semenov (fig. 17).

Se obtuvo un brillo y compresión de la piel según lo especificado por el citado autor; asimismo, la herramienta presentó en el borde un ligero brillo y oscurecimiento, producto de la absorción de la grasa que contiene la piel (fig. 18).

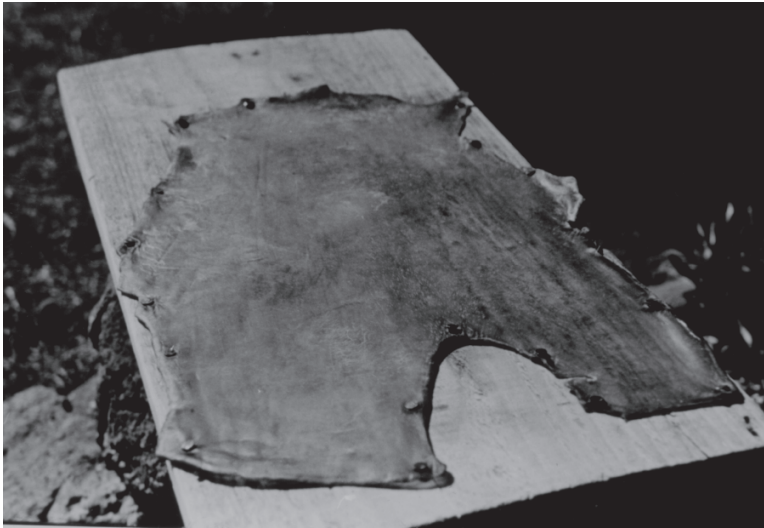
Es necesario destacar que la piel se bruñó rápidamente y la herramienta sólo se desgastó ligeramente, esto tal vez indique que una sola herramienta puede usarse para varias pieles.

Discusión: algunas herramientas de hueso humano confeccionadas por los cercenadores de hombres

Podemos suponer por la información recabada durante el trabajo del Equipo de Bioarqueología, que existía una división del trabajo en la producción y uso de las herramientas de hueso humano. Vamos a analizar sólo el caso de los bruñidores.



● Fig. 15. Proceso de depilación y remoción mediante raspado de la grasa después del proceso de maceración.



● Fig. 16. Proceso de secado.

En primer lugar era necesario obtener huesos frescos para la manufactura de las herramientas. Aquí tenemos a un primer grupo de especialistas, llamados por los mexicas en el Posclásico, *tlacatecatl*, cuya traducción literal es “cercenador de hombres” (Talavera, Rojas y García, 2001: 11), un término muy *ad hoc* para esta actividad de procesar seres humanos en las cortes mesoamericanas. Seguramente estos individuos se encargaban de la muerte violenta, desollamiento, descuartizamiento, fileteo,

evisceración, ensanguinación y esqueletización de la víctima de la occisión ritual. Debido a su profundo conocimiento de la anatomía humana, tal vez ellos mismo realizaran la manufactura de herramientas de hueso y el curtido de las pieles.

Los bruñidores sirvieron para comprimir, alisar y satinar pieles. Si éstas fueron humanas o de venado no lo sabemos. Para el área maya no se conocen representaciones de Xipe que nos permitan inferir que los bruñidores sirvieran para confeccionar trajes de pieles para la deidad.

Es posible proponer que las pieles que bruñían eran utilizadas en la elaboración de códices o trajes para la elite. Esta idea se apoya en lo hallado en otro sitio maya analizado por el Equipo de Bioarqueología, Comalcalco, Tabasco. En ese asentamiento se recuperó, junto con bruñidores de hueso humano, un mango zoomorfo de hueso que ha sido interpretado como una plumilla de escriba (Talavera, Rojas y García, 1998a).

Asimismo algunos huesos largos eran utilizados como pulidores de estuco. Esto con el fin de dejar lisa la superficie para comenzar el proceso de decorado.

Ambas actividades, el bruñir pieles para códices y pulir estuco para preparar una superficie para pintar, eran hechas para que los escribas mayas plasmaran escritura.

Como ya se mencionó, el material de Mundo Perdido, Tikal, se encontró en unidades habita-



● Fig. 17. Proceso de bruñido.



● Fig. 18. Pulido sobre el borde de la herramienta.

cionales de alto rango asociadas a un juego de pelota y pinturas murales. Es posible entonces que los llamados Depósitos problemáticos y caches sean desecho de un taller de manufactura de artefactos de hueso humano. Asimismo, el conjunto de cuartos albergó un grupo de artesanos que trabajaban para la elite produciendo parafernalia ritual, códices y pinturas murales.

Esto es algo que se ha propuesto para el sitio de Ahuateca, Guatemala, en donde a este tipo

de artesanos se les llamó atados. Los artesanos atados fueron aquellos cuya producción de bienes y servicios estuvo monopolizada por una elite; los bienes producidos pudieron ser escultura de piedra, cerámica, artefactos y ornamentos de concha, hueso, plumas, metal, además de conocimiento como la epigrafía, de los ciclos calendáricos. Estos productos eran de uso exclusivo de la elite (Inomata, 2001: 321-322). En Ahuateca, se encontraron unidades habitacionales cercanas a arquitectura cívico religiosa con desechos de procesos productivos de artefactos de concha, hueso, piedra (*op. cit.*: 325-329).

También este patrón de unidades habitacionales, desecho de trabajo de herramientas de huesos, producción de navajas prismáticas asociados a estructuras cívico religiosa se ha encontrado en Comalcalco, Tabasco (Talavera, Rojas y García, 1998a) la zona maya, Monte Albán, Oaxaca (Talavera, Rojas y García, 1998b); Cacaxtla, Tlaxcala (Talavera, Rojas y García, 1998c), y Cantona, Puebla (Talavera, Rojas y García, 2001).

Bibliografía

- Coe, W. R.
1959. *Piedras Negras Archaeology: Artifacts, Caches and Burials*, Philadelphia, University Museum Monographs, University of Pennsylvania.
- Cruz, R.
1994. "El curtido del cuero", mecanoescrito.
- Inomata, T.
2001. "The Power and Ideology of Artistic Creation. Elite Craft Specialist in Classic Maya

Society”, en *Current Anthropology*, vol. 42, núm. 3, USA, University of Chicago Press, pp. 321-349.

• Laporte, J. P.

1987. “El Grupo 6C-XVI, Tikal, Petén: un centro habitacional temprano”, en *Memorias del primer coloquio internacional de mayistas* (del 5 al 10 de agosto de 1985), México, IIF, Centro de Estudios Mayas, UNAM.

• Leroi-Gourhan, A. (ed.)

1978. “Puntas de materia ósea”, en *La Prehistoria*, Barcelona, España, Labor (Nueva Clío).

1988. *El hombre y la materia: evolución y técnica*, Madrid, España, Taurus (Comunicación, 7).

• Lorenzo, José Luis

1965. *Tlatilco III. Los artefactos*, México, INAH (Investigaciones, 7).

• Lowe, G. W. y P. Agrinier

1960. “The Mound 1 Caches”, en *Mound 1, Chiapa de Corzo, Chiapas*, Papers New World Archaeological Foundation, núm. 8, Provo, Utah, Brigham Young University, pp. 55-64.

• Mirambell, Lorena y J. L. Lorenzo.

1974. *Materiales líticos arqueológicos. Generalidades*, México, INAH, Departamento de Prehistoria, Cuadernos de Trabajo, núm. 4.

• Ochoa, P. J., M. Rojas, M. Sitton y S. Zarinello

1997. “Análisis tecnológico, morfológico y experimental de la industria osteodontoquerática en Tlatilco, Estado de México”, ponencia presentada en el simposio Una estrategia bioarqueológica para el análisis del resto óseo modificado culturalmente, IX Coloquio Internacional de Antropología Física Juan Comas, 4 de noviembre, Querétaro.

• Pijoán, C. y M. E. Salas

1984. “Costumbres funerarias en Mundo Perdido Tikal”, en *Estudios en Antropología Biológica, II Coloquio de Antropología Física Juan Comas*, 1982, México, IIA, UNAM.

• Santamaría, D. y J. García-Bárcena

1984. *Raspadores verticales de la Cueva de los Grifos*, México, INAH, Departamento de Prehistoria, Cuaderno de Trabajo, núm. 22.

• Semenov, S.

1981. *Tecnología prehistórica*, Madrid, Akal Universitaria (Arqueología, 6).

• Sheets, P.

1975. “Behavioral Analysis and the Structure of a Prehistoric Industry”, en *Current Anthropology*, núm. 16, pp. 368-391.

• Shultz, M.

1997. “Microscopio Investigation of Excavated Skeletal Remains: A Contribution to Paleopathology and Forensic Medicine”, en Haglund W. D. y M. H. Sorg (eds.), *Forensic Taphonomy. The Postmortem Fate of Human Remains CRC*, USA, Press Boca Raton Florida.

• Talavera, A., J. M. Rojas y E. García

1998a. “Informe del análisis del material osteológico con modificaciones culturales del Proyecto Comalcalco, Tabasco”, México, Archivo de la Dirección de Antropología Física, INAH, mecanoescrito.

1998b. “Informe del análisis del material osteológico con modificaciones culturales del Proyecto Especial Monte Albán 1992-1994”, México, Archivo de la Dirección de Antropología Física, INAH, mecanoescrito.

1998c. “Informe del análisis del material osteológico con modificaciones culturales depositado en la bodega de materiales arqueológicos de la Zona Arqueológica de Cacaxtla, Tlaxcala”, México, Archivo de la Dirección de Antropología Física, INAH, mecanoescrito.

2001. *Modificaciones culturales en los restos óseos de Cantona, Puebla. Un análisis bioarqueológico*, México, INAH (Científica, 432).

Sara Ladrón de Guevara y Vladimir Hernández***

¿Huracán o Quetzalcóatl? Dios de El Tajín

A Jürgen Brüggegemann in memoriam

En el presente trabajo se propone que la deidad principal durante el apogeo del sitio El Tajín fue Quetzalcóatl y no Huracán. Para ello, además de revisar la polémica entre los estudiosos que han dedicado su atención a este tema, se toman en cuenta datos iconográficos, históricos y particularmente se revisa la frecuencia de huracanes que azotan la región durante un siglo, comparativamente con su incidencia en las áreas de Yucatán y el Caribe. Esta revisión ilustra la poca importancia del fenómeno en el sitio. Después de ella, se concluye que la deidad asociada al agua en El Tajín aglutina elementos alusivos al relámpago, el trueno, el viento y la lluvia, pero se insiste en que en la iconografía del sitio predomina la simbología asociada a Quetzalcóatl. Ésta es sin duda la deidad preponderante en toda Mesoamérica durante el Epiclásico, periodo en el que floreció el sitio de El Tajín.

El sitio de El Tajín, rico como es en restos arqueológicos del periodo Epiclásico mesoamericano (800-1150 d.C.) y espacio actualmente habitado por el grupo étnico totonaca, ha generado diversas polémicas entre los especialistas. Así, se ha discutido por ejemplo la temporalidad de la ocupación del sitio o inclusive la identidad étnica de sus constructores.

En esta ocasión nos detendremos en un punto también polémico que ha producido discusiones a lo largo de décadas. Nos referimos a la deidad principal a la que fue dedicado tan importante centro ritual.

José García Payón, José Luis Melgarejo y Román Piña Chan, entre otros, propusieron que era Huracán el ente de culto principal, pero recientemente, a partir del proyecto Tajín desarrollado en los años noventa bajo la dirección de Jürgen Brüggegemann, hemos propuesto que se trata más bien del omnipresente Quetzalcóatl quien recibía el culto.

En el presente trabajo haremos una somera revisión de los criterios que inclinaron a los estudiosos de El Tajín por una u otra vertiente para después tomar en cuenta el criterio de los meteorólogos. Es decir, revisaremos en qué consiste, cómo y con qué frecuencia ocurren los huracanes en la región de El Tajín y en otras regiones en las cuales durante la época prehispánica se practicaba el culto a la deidad homónima. Consideramos que estos datos arrojarán luz sobre las ideas hasta hoy conocidas de la religión de los habitantes de El Tajín durante su apogeo.

*Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz. saraldeguevara@aol.com

**Centro de Ciencias de la Tierra de la Universidad Veracruzana. grajales2@hotmail.com.

La deidad Huracán

La obra principal dedicada al estudio del culto de la deidad Huracán apareció en 1947: *El Huracán* de Fernando Ortiz. Allí se reconocía a la deidad Huracán como antillana, de la cual dieron testimonio los cronistas. Sus probables representaciones son identificadas con algunas piezas halladas en la provincia cubana de oriente que incluyen una cabeza rodeada por dos brazos en forma de S, como aspas. En términos generales, Ortiz (1947) reconoce la representación de Huracán con un solo pie, imagen confirmada en el significado de su nombre. Con esta misma característica se le reconoce entre los mayas, quienes consignan su existencia en el *Popol Vuh*.

Al hablar de la creación el *Popol Vuh* señala que los dioses creadores, Tepeu y Gucumatz, dispusieron la creación del hombre y de todas las cosas y esto se logró gracias a la intervención del Corazón del Cielo al que llaman Huracán, conformado a su vez por tres entidades: Caculhá Huracán, Chipi-Caculhá y Raxa-Caculhá. Literalmente, Caculhá Huracán ha sido traducido como el “Rayo de una pierna” por lo que se le ha asociado con kawil, deidad de un pie serpentina y un hacha en la cabeza, asociado con el relámpago y cuyo nombre significa también estatua del dios, ídolo (Freidel *et al.*, 1999: 190-205).

Por el desarrollo circular del fenómeno, dedujo Ortiz la asociación de los diseños espirales y de doble espiral con la deidad, pero este autor no excluyó otras posibles asociaciones simbólicas de este diseño. De hecho, Ortiz reconoce que las espirales circulares y geométricas, las llamadas *xicalcolihqui* mesoamericanas estaban asociadas a Quetzalcóatl y por la asociación de esta deidad con los vientos, asume su relación con la tempestad, la lluvia, el arco iris y el rayo. Por ello, Ortiz concluye precipitadamente que Quetzalcóatl era una personificación de Huracán (Ortiz, *op. cit.*: 277). Erróneamente señala que: “El imperio de Quetzalcóatl y de la Serpiente Emplumada es el área geográfica de los huracanes”.

Sabemos de la importancia de esta deidad en el área central de México, donde la repercusión de los huracanes deviene en depresiones y tormentas tropicales, mas no ocurren como huracanes en sí en esta área. De cualquier forma, reconocemos en su trabajo la asociación de Quetzalcóatl con estos diseños espirales, la cual lamentablemente justifica identificándolo con los huracanes.

Considera Ortiz que el “Dios de los vientos” se convirtió en el territorio continental en Quetzalcóatl, pero afirma que “en la religión y la historia de los indios pobladores de las costas del Golfo de México y del mar Antillano, [los mitos estaban] centrados todos en el Huracán, como era inevitable dadas las peculiaridades geográficas, meteóricas y económicas del hábitat de dichos pueblos” (*op. cit.*: 324).

Sahagún describe el atavío de Quetzalcóatl que incluye el *xonecuilli* en la mano derecha como: “... cetro a manera de báculo de obispo, muy labrado de pedrería, pero no era largo como el báculo...” (Sahagún, 1982: 32).

En El Tajín hemos reconocido este implemento en algunas deidades ha sido identificado como la representación del rayo. El hecho de que el nombre de El Tajín signifique “Trueno” o “Trueno viejo” en totonaco, fortalece esta identificación, siendo entonces este elemento parte de la parafernalia de la deidad.

Quetzalcóatl lleva en el cuello el *ehcailacacozcatl* o pectoral del viento, es la sección de un caracol marino cortado transversalmente. Esta representación alude al mito según el cual cuando Quetzalcóatl visitó el Mictlan para recuperar los huesos de los antepasados y con ellos crear a los hombres del Sol actual, superó una de las pruebas impuestas por el Señor de los muertos al hacer sonar un caracol. En El Tajín hemos identificado la representación de una deidad que porta sobre el pecho un caracol cortado en uno de los tableros correspondientes a la pirámide de los Nichos que bien podría hacer alusión a este joyel de Quetzalcóatl.

Desde 1939 el arqueólogo José García Payón inició sus trabajos en el sitio El Tajín, labor que continuó hasta los años sesenta. De manera que mientras García Payón hallaba las decoraciones en forma de grecas escalonadas sobre las estructuras arquitectónicas y las esculturas en bajorrelieve llenas de volutas, entrelaces y grecas, el libro de Ortiz vino como anillo al dedo para interpretar la advocación de esta magnífica ciudad prehispánica.

De hecho, García Payón equipara al relámpago con el huracán al señalar que:

[...] los esquemas decorativos en bajos relieves que hemos encontrado en el Tajín, y también hallamos en yugos y palmas en los que vemos en hermosos entrelaces que simbólicamente representan el viento, fragmentos de esqueletos y de elementos también antropomorfos disgregados, de piernas, brazos, manos y cabezas de víctimas causado por un elemento natural que destruía poblaciones, casas y milpas; estos elementos humanos con entrelaces unidos a la gran variante morfológica de la greca escalonada en la ornamentación arquitectónica de los edificios, me llevan a la conclusión que estos motivos artísticos son simbólicas representaciones del relámpago, lo que viene a sostener [...] que el dios principal de ese gran centro de población político-religioso, fue el Huracán, de cuya protección necesitaban constantemente los pueblos de la Costa del Golfo, pues sólo así puede comprenderse por qué en un sitio orográfico de pésima topografía, sin elementos económicos a la mano y falta de agua, pudo erigirse, prosperar y engrandecerse una enorme ciudad que fue durante siglos el santuario de una poderosa deidad, es decir, Tajín o Huracán, a la que los pueblos dirigieron sus plegarias y sacrificios para pedir protección contra la acción devastadora de los ciclones [...] (García Payón, 1963: 246).

En 1945, García Payón consigna el hallazgo de la escultura llamada Dios Tajín (fig. 1). Se trata de una escultura monolítica realizada en bajorrelieve

sobre las caras de un prisma pentagonal basáltico que apareció en el segundo cuerpo del frente del Edificio 5, en el área central del sitio.

El bajorrelieve representa a un personaje con el rostro descarnado que sostiene en las manos un objeto alargado y sinuoso que desde la interpretación de García Payón se ha identificado como el relámpago, con lo que la idea de la dedicación del sitio al relámpago de algún modo era confirmada.

Por el color rojo del edificio donde se encontró esta escultura, García Payón asoció a esta escultura con Tlahuizcalpantecuhtli, sostenedor del rumbo del este en la tradición náhuatl, con lo que se le asociaría con Venus, identificado también con Quetzalcóatl. Por otro lado, identifica a esta escultura con una deidad femenina para lo que argumenta la carencia de sandalias y la posible representación de un pecho femenino en uno de sus lados.

Sólo puede observarse en el relieve una pierna acuclillada y un pie estilizado que parece hundir los dedos en la tierra. Este hecho, si bien puede deberse al estilo escultórico que ocupa todo el espacio con entrelaces y volutas,



● Fig. 1. Dibujo de Luis Orellana (1940) de la escultura llamada "Dios Tajín".

nuevamente hizo pensar a García Payón en la identificación con Huracán, deidad de un solo pie, tal como lo consignan los antillanos.

Finalmente, en una publicación de 1973, “La ciudad sagrada de Hurakan”, García Payón hace un recuento de los diversos estudios relacionados con las espirales y menciona por supuesto la obra de Ortiz. Reconoce que aun antes de hojearla siquiera, sabía de la dedicación del sitio de El Tajín a fenómenos meteorológicos, particularmente el rayo y el trueno, revelada en su nombre en totonaco, pero finalmente equipara el nombre Tajín con el de “ciclón”, que no es el sentido literal del término ni, muy probablemente, tampoco del culto original (García Payón, 1973: 27). El argumento para esta trasgiversación de significados es una simple extensión cuando él mismo afirma: “... el nombre de Tajín, fuego, relámpago, es por extensión *Huracán*” (*op. cit.*: 38).

Pero si se tratase de la representación de Huracán, debemos revisar la importancia de este fenómeno en el área.

Los huracanes son ciclones tropicales con vientos que exceden los 64 nudos (74 min/hr) y en el hemisferio norte circulan sobre su centro en sentido contrario a las manecillas del reloj.

Pueden formarse desde simples tormentas compuestas, que puede alcanzar la categoría de huracán mediante la interacción océano-atmósfera. La variable más importante es la temperatura superficial del océano ya que ésta debe ser mayor o igual a 26.5° C. El calor y la humedad que cede el océano a la atmósfera, proporcionan la energía de los huracanes.

Algunas de las principales características de estos hidrometeoros son el ojo, en el cual se tiene una zona de calma, mientras que alrededor de éste se encuentra la región de vientos más intensos y precipitación, y las espirales de banda de lluvia que son grandes bandas de nubes y zonas de gran precipitación.

En verano, nuestro país es afectado por huracanes, tanto en el Pacífico como en el Atlántico. Los huracanes se forman principalmente en regiones de aguas tropicales cálidas (temperaturas mayores o iguales 26.5 °C), donde los cambios de la intensidad del viento en la vertical son débiles (Emmanuel, 1991). México se encuentra en medio de dos regiones ciclogénéticas: el Pacífico tropical noreste y el mar Caribe.

Para comentar sobre el comportamiento de huracanes hace un milenio, cuando la ciudad de El Tajín estaba en su apogeo, se debe reconocer que no hay fuentes de datos confiables sobre sus trayectorias, intensidad o frecuencia, y existe la posibilidad de que el clima haya variado desde entonces. De hecho, reconocemos que recientemente con el cambio climático debido a la adición antropogénica de gases de invernadero, hay razones para creer que se afectará la intensidad de los ciclones tropicales. A pesar de esto consideramos que sí es posible inferir sobre su pasado a partir de los datos actuales de huracanes, pues nos referimos aquí a la proporción diferencial de incidencia de huracanes entre las Antillas, el área maya y el área de El Tajín, independientemente de su número.

Hemos tomado estas tres áreas porque, como hemos señalado, es en las Antillas y en el área maya donde la deidad de Huracán fue venerada. Compararemos la incidencia de huracanes en esas áreas con la de El Tajín; para hacerlo de manera adecuada, hemos subdividido al área de las Antillas en cuatro secciones, cada una de ellas de dimensiones idénticas a la analizada alrededor de El Tajín, y de la península de Yucatán —correspondiente al área maya— de manera que los datos sean comparables entre sí.

En este análisis se utilizaron los datos viables de las trayectorias y duración de tormentas tropicales y de huracanes para la zona del Atlántico tropical, correspondientes al periodo de 1851 al 2000 del Atlantic Tropical Storm Tracking (Unisys Weather Data Information, 1995) y de las reconstrucciones de las series de anomalías de temperatura decadalmente suavizadas para

el hemisferio norte de los últimos mil años, a partir del trabajo de Crowley y Lowery (2000).

Las tormentas tropicales son categorizadas a partir de la escala de Saffir-Simpson (Hasu, 1988), la cual depende de la magnitud de los vientos, presión atmosférica central y oleaje.

Puesto que las series más completas de trayectorias e intensidad sólo comprenden los últimos 100 años, se analizaron década a década los datos de la frecuencia y duración de sistemas tropicales para el siglo XX, para las tres áreas de interés ya mencionadas: El Tajín, península de Yucatán y El Caribe. Puesto que esta última comprende un área extensa en comparación con las zonas de El Tajín y la península de Yucatán, se decidió fraccionar en cuatro áreas la zona del Caribe, de $4^\circ \times 4^\circ$ de longitud y $3^\circ \times 3^\circ$ de latitud (fig. 2), equivalente aproximadamente a $1.6 \times 10^5 \text{ m}^2$.

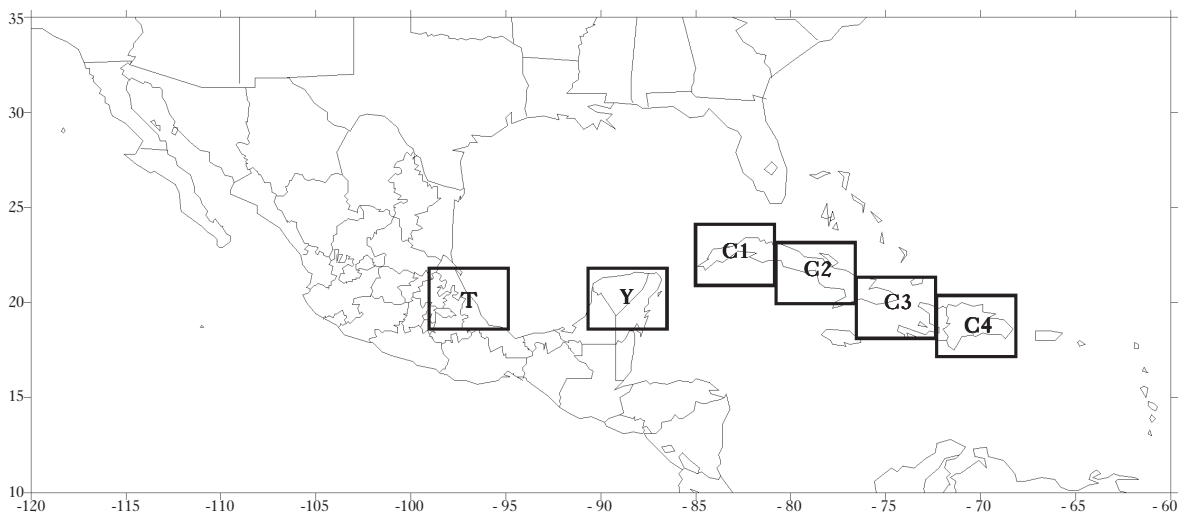
Por otra parte, con base en las reconstrucciones de la serie de tiempo de la anomalía de temperatura de mil años atrás para el hemisferio norte, generadas a partir de forzantes climáticos, tales como emisiones volcánicas, irradiación solar y gases de invernadero (fig. 3), especularemos empíricamente sobre el clima de hace un milenio.

En las últimas décadas (1963-1993) existe una tendencia a un mayor número de huracanes intensos en el Pacífico noreste (Whitney y Hobgood, 1997), tal tendencia parece coincidir con predicciones que establecen que en una atmósfera más caliente, como aquella que se tendría bajo el calentamiento global, los hidrometeoros llamados huracanes serían más intensos.

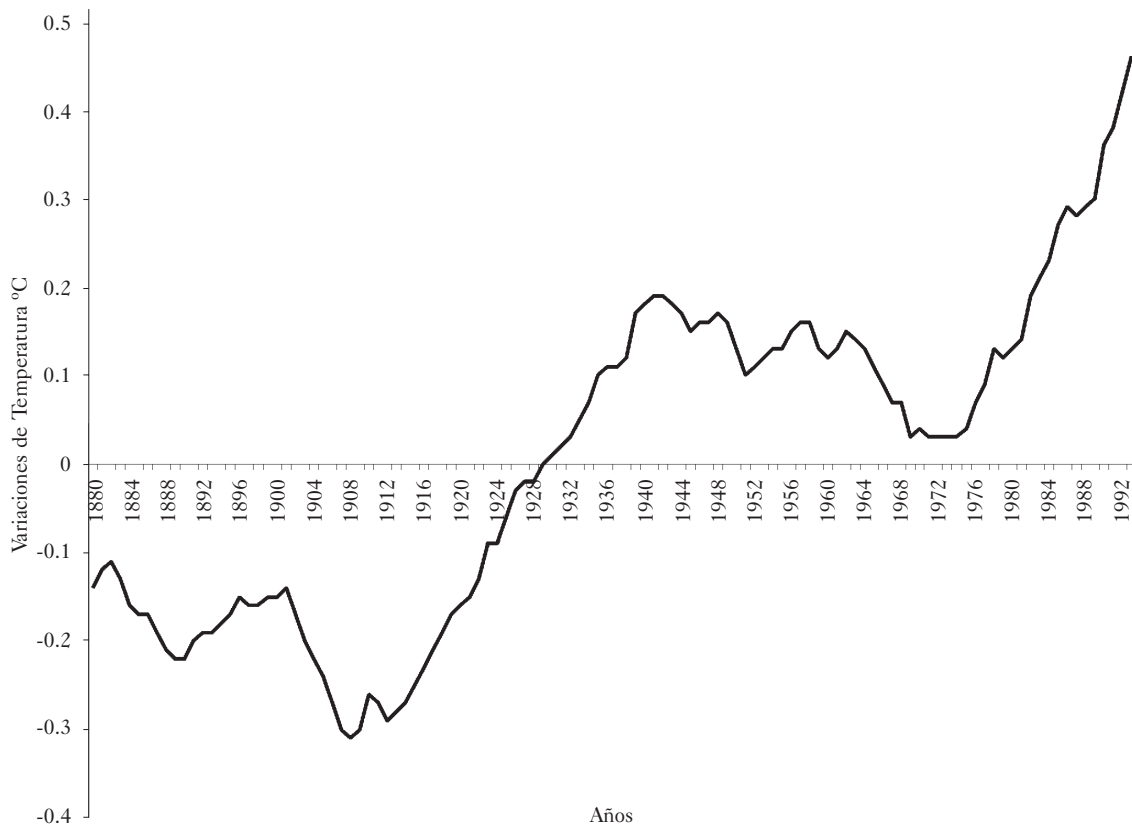
Esta tendencia del calentamiento global detectada en el siglo XX y debida principalmente a los forzantes de los gases de invernadero, es analizada a partir de la reconstrucción de la serie de tiempo de anomalía de temperatura (fig. 3).

Resultados

En la figura 4 se presenta una tabla que muestra la frecuencia total para cada una de las regiones seleccionadas para este análisis. Se observa una razón de 1:3 en la frecuencia total del paso de sistemas tropicales sobre cada una de las zonas. La región de El Caribe es donde cruzan un mayor número de tormentas tropicales y huracanes, por lo que es considerada una zona importante de génesis. En la zona de Yucatán se encontró que el paso de estos sistemas es de menor frecuencia, pero con categoría de huracán. En la zona de El Tajín podemos observar que la frecuencia disminuye aún más. Hemos



● Fig. 2. Identificación de las áreas en las que se compara la frecuencia de huracanes. T: Tajín, Y: Yucatán; C1, C2, C3 y C4: Caribe 1, 2, 3 y 4.



● Fig. 3. Serie tiempo ($\approx 1\ 000$ años) de la reconstrucción de la anomalía (desviación a partir del promedio) de temperatura para el hemisferio norte suavizada decadalmente (Crowley y Lowery, 2000).

de reconocer que en todas las zonas la intensificación en general en la frecuencia de huracanes parece tener origen en el calentamiento global, por lo que hace mil años los sistemas tropicales que llegaban a la península de Yucatán y El Tajín no eran necesariamente tan intensos como ahora.

Sin embargo, en el último siglo se ha observado un calentamiento global a partir de registros obtenidos de los anillos en los árboles, de las perforaciones en las capas de hielo, del polen del fósil, de sedimentos en lagos y océanos (Hartmann, 1994), que puede inducir a un mayor número de huracanes.

A partir de estas fuentes es posible especular que en los últimos mil años no ha existido una variación importante de la frecuencia de los sistemas tropicales en las zonas del Golfo de

México y El Caribe, ya que la serie de anomalías de temperatura no excede los 0.2°C (fig. 3).

Conclusiones

A partir de la revisión de la incidencia de fenómenos de huracán en estas regiones, podemos entender por qué la deidad Huracán tuvo enorme relevancia en las Antillas, menor en el área maya y mínima o nula en El Tajín.

Este último sitio que es el que nos interesa, vive más intensa y reiteradamente otros fenómenos meteorológicos distintos a los huracanes. De hecho, algunos autores han considerado prueba de la dedicación del sitio a Huracán su nombre: Tajín, que en totonaco significa “trueno”. Sin embargo, el trueno resultado del relámpago o rayo, si bien puede ocurrir a partir de un

Década	El Tajín	Península de Yucatán	CI	C2	C3	C4	Total C1+C2+C3+C4	Por zonas, ya sea C1, C2, C3, C4
1850	0	1	1	1	4	1	7	4
1860	1	1	3	2	3	2	10	4
1870	0	4	11	5	7	7	30	25
1880	2	8	13	10	6	6	35	31
1890	2	6	10	7	5	9	31	30
1900	0	8	15	9	7	11	42	40
1910	0	4	8	5	6	6	25	21
1920	1	5	8	5	4	5	22	19
1930	7	16	10	10	9	12	41	40
1940	3	7	8	5	4	7	24	20
1950	8	6	12	7	8	9	36	35
1960	4	5	13	9	7	0	29	20
1970	2	14	18	10	12	13	53	45
1980	2	4	7	6	4	4	21	20
1990	4	7	7	4	2	2	15	10
2000	1	1	1	0	2	2	5	5
	37	97	145	95	90	96	426	369

● Fig. 4. Frecuencia de tormentas tropicales y huracanes para las zonas de El Tajín, la Península de Yucatán y El Caribe.

Nota: para ubicar las zonas C1, C2, C3 y C4 ver la figura 2.

huracán, también puede darse en otras circunstancias menos intensas.

Creemos que en la religión de El Tajín tuvieron enorme importancia los fenómenos meteorológicos y parece ser que la deidad de la lluvia estaba asociada a la del viento, a la del trueno y a la de la muerte, por eso iconográficamente reconocemos representaciones que incluyen elementos de todos estos fenómenos.

Durante el Proyecto Tajín se exploró el edificio I en Tajín Chico que presenta murales pictóricos en una de sus etapas constructivas en las cuales destaca un personaje azul (figs. 5 y 6) que presenta características del dios de la lluvia y del signo del viento. Sobre su cabeza

porta un par de círculos como los que portan deidades teotihuacanas, particularmente Tláloc y por otro lado sobre su pecho y brazos lleva pintados signos estilizados de *ik*, el glifo maya conocido para el viento.

Hemos hecho alusión al llamado dios Tajín (fig. 1) que por tener el rostro descarnado hace alusión a la destrucción y la muerte, y por traer un elemento alusivo al relámpago evoca la tormenta. No es este monumento el único que presenta un personaje portando un signo de relámpago en las manos. De hecho, los personajes centrales ubicados en los niveles superiores de los tableros centrales del Juego de Pelota Sur también lo portan, y en el resto de Mesoamérica encontramos varios ejemplos de personajes que

llevan un hacha o un objeto sinuoso que acaso represente el rayo, así los hay en estelas de Izapa, o como los que portan los tloques en el mural de Tepantitla en Teotihuacan. Así, estos elementos cortantes asociados al rayo forman parte de deidades aparentemente asociadas al dios de la lluvia. Lingüísticamente hay eviden-

cia de esta asociación en lengua maya, ya que el nombre de dicha deidad es Chaac y *ch'ac* significa en maya yucateco, “cortar con golpe o hacha” (Aviña, 1996: 5).

Así, consideramos que la deidad principal del sitio de El Tajín era Quetzalcóatl, por ello el gran número de canchas para practicar el juego de pelota, ritual de la que esta deidad era guía, y por ello la reiteración casi obsesiva de espirales en la arquitectura, escultura y pintura. Esto es congruente además con el momento de ocupación del sitio, el Epiclásico, durante el cual ocurre en Mesoamérica un movimiento religioso mesiánico dedicado a Quetzalcóatl.

Reconocemos entonces que la deidad representada en la escultura del dios Tajín o el personaje azul está asociada con una deidad que integra los fenómenos de la lluvia, el viento, la tormenta, el rayo, el trueno. Este personaje, a menudo benévolo también puede traer la destrucción. Sabido es que en la historia de la religión mesoamericana las deidades se fusionaron y fisionaron. Tal es el caso de Tajín que presenta elementos de varias entidades separadas en otros momentos y regiones mesoamericanas.

El culto a Quetzalcóatl en El Tajín es evidente. Así lo atestiguan las 17 canchas para la práctica del juego de pelota, ritual asociado a su culto, y así lo reiteran las grecas escalonadas que ornán la arquitectura, escultura y pintura en el sitio y que constituyen la geometrización del caracol cortado, su



● Fig. 5. Deidad azul hallada en el Edificio I de El Tajín.



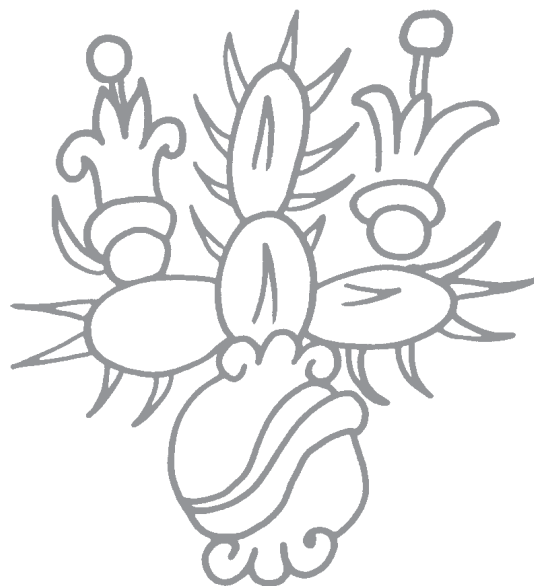
● Fig. 6. Dibujo de la misma deidad azul de la figura 5.

insignia. Por otro lado, la historia mesoamericana revela una extensión e intensificación del culto a esta deidad a lo largo de su territorio precisamente en el momento de ocupación de El Tajín donde los huracanes, como hemos comprobado, no tenían una incidencia importante comparativamente con las zonas maya y antillana donde la deidad Huracán sí recibía culto.

Bibliografía

- Abarca, Sergio R.
2000. “Huracán”, en *La Ciencia y el Hombre*, vol. III, núm. 3, Xalapa, Universidad Veracruzana, pp. 45-50.
- Aviña, Gustavo
1996. “La fuerza cortante y liberadora del rayo”, en *Actualidades Arqueológicas*, Revista de Estudiantes de Arqueología en México, año 2, núm. 9, noviembre-diciembre 1996, pp. 1, 4-6.
- Bermúdez Gorochotegui, Gilberto (ed.)
1999. *Antropología e Historia en Veracruz*, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana.
- Bertels, Ursula
1987. “La iconografía de El Tajín, especialmente las representaciones de los dioses”, *Proyecto Tajín*, Temporada 1987, mecanoscrito.
- Brüeggemann, Jürgen, Álvaro Brizuela, Sara Ladrón de Guevara, Patricia Castillo, Mario Navarrete y René Ortega
1992. *Tajín*, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz.
- Crowley, T. J. y T. Lowery
2000. “Causes of Climate Change Over the Past 1000 Years”, *Science*, 289, pp. 270-277.
- Emmanuel, K. A.
1991. “The Theory of Hurricanes”, en *Annual Review of Fluid. Mech.*, 23, pp. 179-196.
- Freidel, David, Linda Schele y Joy Parker
1999 [1993]. *El cosmos maya. Tres mil años por la senda de los chamanes*, México, FCE.
- García Payón, José
1945. “Ensayo de interpretación del monolito con relieve del monumento núm. 5 de ‘El Tajín’”, Archivo del Consejo de Arqueología, INAH, mecanoscrito.
- 1973. *Los enigmas de El Tajín. 1. La ciudad sagrada de Huracán, 2. Chacmol en la apoteosis del pulque*, México, SEP-INAH (Científica, 3).
- 1963. “Quiénes construyeron el Tajín y resultados de las últimas exploraciones de la temporada, 1961-1962”, en *La palabra y el Hombre*, núm. 26, II época, abril-junio 1963, pp. 243-252.
- Hartmann, Dennis L.
1994. *Global Physical Climatology*, Academic Press, San Diego.
- Hasu, Shih Ang
1988. *Coastal Meteorology*, San Diego, Elsevier Science and Technology Books.
- Ladrón de Guevara, Sara
1999. “Las deidades de El Tajín”, en Gilberto Bermúdez Gorochotegui (ed.), *Antropología e Historia en Veracruz*, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, pp. 197-218.
- 1999. *Imagen y pensamiento en El Tajín*, México, INAH-UV.
- López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján
1999. *Mito y realidad de Zuyúá. Serpiente emplumada y las transformaciones mesoamericanas del Clásico al Posclásico*, México, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, FCE.
- Magaña, Víctor (ed.)
1999. *Los Impactos de El Niño en México*, México, SEP-CONACYT.
- Melgarejo Vivanco, José Luis
1990. “Ripios de Huracán”, en *Infommac*, Revista informativa de ciencia y cultura, Organización Mexicana de Meteorólogos A.C., año I, vol. I, núm. 2, enero de 1990, pp. 16-20.
- 1999. “Huracán”, en *Diario de Xalapa*, 17 de noviembre de 1999, pp. 3C y 5C.
- Ortiz, Fernando
1947. *El huracán. Su mitología y sus símbolos*, México, FCE.

- Piña Chán, Román y Patricia Castillo Peña
1999. *Tajín. La ciudad del dios Huracán*, México, FCE.
- *Popol Vuh*, El. Las antiguas historias del Quiché
1977. Costa Rica, Educa.
- *Popol Wuj*. Antiguas historias de los indios Quichés de Guatemala
2001. México, Porrúa (Sepan Cuantos, 36).
- Sahagún, fray Bernardino de
1982 [1956]. *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Porrúa (Sepan Cuantos, 300).
- Unisys Weather Data Information
1995. Hurricane/Tropical Data, página electrónica:
<http://weather.unisys.com/hurricane>
- Whitney, L. D. y J.S. Hobgood
1997. "The Relationship Between Sea Surface Temperature and Maximum Intensities of Tropical Cyclones in the Eastern North Pacific Ocean", en *Journal of Climate*, 10, pp. 2921-2930.



Vecinos cercanos**

Gracias a las investigaciones arqueológicas realizadas en el estado de San Luis Potosí, he descubierto que hay sitios que tuvieron fuertes relaciones con las culturas del Sureste de Estados Unidos de América. Encuentro que hay elementos que nos indican que no sólo hubo contactos con los estados más cercanos, sino que también tuvieron relaciones con las culturas que se desarrollaron a lo largo del valle del Mississippi.

Los estudios de Patricio Dávila en el sitio arqueológico de Tantoc así lo demuestran; gran cantidad de evidencias de este sitio no coincidían con el esquema mesoamericano, por lo cual durante los últimos años nos hemos ocupado de manera intensiva en esta línea de investigación, retomando las viejas posturas sobre las relaciones entre las culturas de lo que hoy en día es el Noreste de México y las que se localizan en el actual Sureste de Estados Unidos de América.

Este breve ensayo acerca de las relaciones que tuvieron los pueblos que se asentaron tanto en el Noreste de México como en el Sureste de Estados Unidos está dedicado a los pioneros que hicieron posible que enfocara mis investigaciones hacia estos temas, entre ellos quiero destacar al doctor Richard S. MacNeish, quien en sus investigaciones en la sierra de Tamaulipas y en Pánuco fue un inquisitivo investigador de estos asuntos. Sin embargo, para el área comprendida por los estados de Tamaulipas, San Luis Potosí y Veracruz, estos estudios fueron interrumpidos y es sólo hasta últimas fechas que los hemos retomado; sirva pues este trabajo como un pequeño homenaje para él.

Las investigaciones que he realizado en sitios del estado de San Luis Potosí, que cuenta con la particularidad de tener fuertes relaciones con lo que los arqueólogos norteamericanos han llamado culturas del Sureste de Estados Unidos de América (que en adelante llamaré únicamente el Sureste) —región formada principalmente por los estados de Texas, Mississippi, Arkansas, Alabama, Louisiana y Oklahoma—, me han llevado a descubrir elementos que indican que hubo contactos con los estados más cercanos y que sus pobladores también tuvieron relaciones con las culturas que se desarrollaron a lo largo del valle del Mississippi llegando incluso hasta los estados de Tennessee, Kentucky, Carolina del Norte, Illinois, Missouri, Indiana y Ohio. Durante los estudios de Patricio Dávila, en el sitio arqueológico de Tantoc, se localizaron un gran cúmulo de evidencias que no coincidían con el esquema mesoamericano, por lo cual en el transcurso de los últimos años nos hemos ocupado de manera intensiva de esta línea de investigación, retomando las viejas posturas —olvidadas durante muchos años— acerca de las relaciones entre las culturas de

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH. dianazo@hotmail.com

** Una versión de este trabajo fue presentado como ponencia en la 69 reunión anual de la Sociedad de Arqueología Americana, Montreal, marzo-abril, 2004.

lo que actualmente es el Noreste de México y las que se localizan en el Sureste (fig. 1).

Presento algunos de los resultados de los análisis de la cerámica de diferentes sitios, que aun cuando se encuentran en distintas zonas geográficas, tienen en común elementos compartidos con los del Sureste: en primer lugar haré la exposición de los sitios en que excavamos; en segundo, las excavaciones en territorio mexicano realizadas por Ekholm, MacNeish, Heldman, Du Solier, Griffin, Krieger y Castañeda entre otros, así como las excavaciones realizadas en diversas regiones de Estados Unidos.

Por otro lado es relevante anotar que también otros estudiosos de la antropología se han dado

a la tarea de investigar este fenómeno; entre ellos, en el campo de la etnografía y etnología, son de gran relevancia los estudios de Swanton y Jiménez Moreno; además, en el aspecto de la antropología física están las apreciaciones de Rubín de la Borbolla, mientras que en el campo de la lingüística hay una serie de investigadores que se dedicaron a tratar de comparar las lenguas de ambas regiones, entre ellos Alfredo Barrera Vázquez y Alden Manson.

No intento aquí, revivir el viejo punto de vista de los arqueólogos que pensaban que Mesoamérica era la única alta cultura de Norteamérica, que influía o imponía sus modas, sino que estamos ante un fenómeno de interrelación entre ambas partes, por un lado las culturas que



● Fig. 1. Lugares mencionados en el texto.

se desarrollaron en el Mississippi y la región de Caddo y por otro las que se encuentran en el Noreste de México; por lo que no podemos seguir viendo la frontera política actual como una frontera cultural a través del tiempo.

Antecedentes

Los cronistas del siglo XVI mencionan el origen norteño de los pobladores de México, de donde se desprende que éstos llegaron por mar, como ejemplo veamos a Sahagún:

Los primeros pobladores que vinieron a poblar a esta tierra de México, que se llama ahora India Occidental, llegaron [...] con navíos con que pasaron aquella mar; y por llegar allí, y pasar de allí le pusieron nombre de Pantlan, que quiere decir como ya está dicho lugar de donde pasan por la mar (1969; t. III: 202-3).

Torquemada en su obra *Monarquía Indiana*, escrita en el siglo XVII, menciona lo siguiente:

Estando, pues, poblada esta Provincia de Tula, con el origen y principio [se está refiriendo al año 700] que hemos dicho, algunos años después de esta poblazón, vinieron de hacia la parte norte, ciertas naciones de gentes, que aportaron, por la parte de Pánuco. (1975, t. I: 254).

A finales del siglo XIX se hacía referencia a las probables conexiones entre el Noreste de México y los estados colindantes al norte, entre los investigadores destaca Miguel Othón de Mendizábal, quien menciona que los indígenas que poblaron la Huasteca procedían de las orillas del río Mississippi:

Los olmecas desembarcaron efectivamente en la margen derecha del río Pánuco (*Pantlán*, lugar por donde pasan) porque no hubieran podido llegar a tal lugar sino embarcados, pero su peregrinación fue terrestre, auxiliada por las grandes lanchas pluviales usadas sin duda por sus antepasados en el caudaloso río de Mississippi, de donde procedían (1924: 179-180).

Además, específicamente trató sobre las tribus que habitaron el norte de México y dice:

Entre las tribus indígenas de Texas y del Noreste de México, a pesar del diferente grado de civilización en

que las encontraron los misioneros, se perciben ciertos elementos religiosos comunes... (*op. cit.*: 180-181).

Y no solamente hizo referencia a las tribus que se encontraban en la frontera entre México y Estados Unidos, sino que también trata de los que se asentaron más al norte y dice: "...los constructores de pirámides tenían que venir necesariamente del Oriente, porque por allí venían las migraciones de los 'Mound Builders' (Constructores de montículos)", (*op. cit.*: 216).

Al inicio del siglo XX fueron de interés las relaciones entre el Noreste y el Sureste, Fewkes (1907: 284) publica:

Los indios del norte de ciertas partes del valle del Mississippi tenían la misma relación que aquellos que construyeron algunos de los montículos como los Totonacos y Huastecos con sus antepasados constructores de montículos para templos.

Al inicio de los años cuarenta del siglo XX, el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York emprendió sus investigaciones en la Huasteca, mismas que tenían la finalidad de encontrar las relaciones que, suponían, había con las culturas del Sureste:

Originalmente nuestro plan, desde el inicio del trabajo, era el cubrir en un reconocimiento de superficie una porción grande del área costera norte hasta la frontera con Texas buscando las conexiones que unieran las culturas de la Huasteca con las del Sureste de los Estados Unidos (Ekholm, 1944: 330).

En las investigaciones publicadas por Ekholm menciona cómo piensa que debieron darse las relaciones:

Los muchos ríos y las lagunas que se llenaban parcialmente con la marea cerca de la costa permitieron muchas comunicaciones, además, de que dichas lagunas proveyeron oportunidades excepcionales para la cacería y la recolección de comida (*ibidem*: 329).

Específicamente trataban de relacionar la Huasteca con los sitios que se encuentran en la región de Caddo, en el actual estado de Texas y Spiro en el de Oklahoma.

Sin embargo, dado que tuvieron que dedicarse al estudio de la Huasteca, por ser ésta poco conocida, se dieron a la tarea de investigar las culturas que se desarrollaron en la región de Tampico-Pánuco, legándonos uno de los estudios de mayor relevancia de esta parte de la Huasteca.

Como resultado de sus investigaciones se estableció una secuencia cultural que comprende seis periodos, la cual aún sigue vigente.

Además de sus estudios en la región de Tampico-Pánuco, Ekholm hizo recorridos en la región sur de la Huasteca, con el mismo interés de rastrear posibles relaciones con el Sureste; en uno de los edificios del sitio de Tabuco localizó orificios en los pisos de estuco y dice:

Sin embargo, lo que sí tuvo gran interés aquí, fue un piso de estuco con una hilera curva de hoyos de poste, aparentemente los restos de una gran estructura circular. Si esta excavación se hubiera terminado, debería haber tenido, con toda probabilidad, la apariencia de las estructuras encontradas en el Sureste de los Estados Unidos (Ekholm, 1953: 415).

Además de los estudios realizados en la Huasteca, el equipo del Museo Americano llevó a cabo, conjuntamente con el Instituto Nacional de Antropología e Historia, recorridos en el altiplano potosino particularmente en la región de Guadalcázar, así como excavaciones en el sitio de Buena Vista Huaxcama en la zona media del estado de San Luis Potosí.

Esta importante excavación estuvo a cargo, por parte del INAH, del arqueólogo Wilfrido Du Solier y del Museo Americano por los arqueólogos estadounidenses Alex Krieger y James Griffin. Los trabajos se dividieron de la siguiente manera:

1) Los realizados por Du Solier, quien explica las excavaciones y los análisis de los materiales cerámicos localizados en el sitio, así como las conexiones que este sitio pudo haber tenido con otros del México antiguo. Además apuntó “la

posibilidad de que la Huasteca se haya originado en el valle del Mississippi...” (Du Solier *et al.*, 1947: 16). Éste es uno de los motivos principales a investigar.¹

2) Los llevados a cabo por Krieger y Griffin tratan acerca de las relaciones con las culturas Caddo.

Por su parte, Du Solier durante el primer simposio sobre el área arqueológica Caddo, enfoca la discusión y menciona que: “pude discernir la existencia de una relación entre las dos culturas del Sureste, Caddo y Spiro y de la región Noreste de México, con una referencia especial a la región Huasteca” (Du Solier, *et al.*, *op. cit.*: 26).

En el marco de dicha reunión se hicieron comparaciones entre los materiales de Buena Vista y los que Orr tenía procedentes de la región Caddo y de ahí se desprende el siguiente comentario:

Es también, sin embargo, de considerable interés para la arqueología del este de los Estados Unidos, pues al conjuntarse con el trabajo reciente de MacNeish en Tamaulipas y Krieger en el área Caddo, indica que la cultura Buena Vista posee conexiones importantes en tiempo y dirección con determinadas fases culturales entre las civilizaciones altas de México y las tribus del Sureste de los Estados Unidos (*ibidem*: 27).

Será conveniente aquí hacer un pequeño paréntesis para explicar qué significa el término Caddo, siguiendo a Du Solier, Krieger y Griffin, (*idem*):

generalmente implica un conjunto sorprendentemente rico en formas de vasijas, caracterizadas principalmente por el uso común de decoración grabada (líneas incisas, después de pulir o cocer) pero también incluye

¹ Debemos recordar que en ese tiempo, los investigadores pensaban que la Huasteca abarcaba un territorio mucho mayor del que en realidad tiene; ellos pensaban que Buena Vista también se encontraba en la Huasteca. Este sitio participa de las culturas que se desarrollaron en la región de Río Verde y que seguramente tuvo contactos (de orden comercial) con la Huasteca.

incisos, punzonados, acanalados, pellizcados y de superficie lisa.

Esta cerámica está presente en los estados de Texas, Louisiana, Arkansas y Oklahoma “pero como se mostrará, la técnica decorativa también se extiende a través del Mississippi a Alabama y hacia el norte del valle del Mississippi” (*idem*).

En este primer simposio sobre el área arqueológica Caddoan, Du Solier menciona que los materiales cerámicos mostrados en dicha conferencia tienen gran relación con aquellos del Noreste de México, en donde percibe que la cerámica de Buena Vista con un complejo conjunto de técnicas decorativas —entre ellas los incisos con pigmentos frotados sobre la superficie— es igual que aquellos tiestos del complejo cerámico Caddo.

Uno de los tipos establecidos por Du Solier en Buena Vista Huaxcama es el gris-negro que tiene un gran parecido con el tipo Barkman grabado del noreste de Texas y suroeste de Arkansas; se dice que Du Solier llevó dos tiestos del tipo gris-negro y que si fueran encontrados en el Sureste de Estados Unidos parecerían imitaciones pobres del bajo Mississippi.

Du Solier incluyó dos tiestos gris-negro los cuales si fueran encontrados en el Sureste de los Estados Unidos seguramente serían considerados como imitaciones pobres del valle del bajo Mississippi, tipo Coles Creek inciso (*ibidem*: 29).

Los autores se refieren a los trabajos de MacNeish en Tamaulipas y mencionan que:

Entre otros resultados interesantes del trabajo de MacNeish, está la identificación de un complejo cerámico del sitio Pueblito que tiene cierta semejanza con la vajilla Caddo (*ibidem*: 28).

Conforme se desarrollaba el trabajo en Buena Vista, se fueron dando cuenta de que había elementos que no correspondían con los conocidos para Mesoamérica y que en cambio, si podían compararse con aquellos de Estados Unidos.

Entre éstos existen un tipo de pipas fabricadas en piedra completamente distintas a las tipologías mexicanas y de ellas mencionan:

Aun cuando nosotros no hemos encontrado pipas del tipo de plataforma, nos han mostrado varias pipas de piedra de la colección del licenciado Primo Feliciano Velázquez de la región cercana a Buena Vista llamada Cuecillos. Otras fueron encontradas no muy lejos hacia el norte en la zona arqueológica de Guadalcázar, en la que Ekholm y yo encontramos en superficie cerámica parecida a la de Buena Vista (*ibidem*: 24).

En relación con este tipo de pipas, Ekholm reporta en su informe de campo: “hay dos pipas de plataforma que tienen un parecido muy fuerte con aquellas de los Estados Unidos. Una es de piedra y la otra de barro” (Ekholm, s/f).

En 1943, debido al gran interés que demostraron tener los investigadores en estos temas, se llevó a cabo la III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología llamada “El norte de México y el sur de los Estados Unidos”, en donde se presentaron ponencias de destacados investigadores. Varios artículos están dedicados al tema sobre las relaciones entre el Noreste de México y el Sureste de Estados Unidos, es por ello que esta publicación es una de las más importantes acerca de estos conceptos.

En el campo de la arqueología destacan, entre otros, los estudios de Marquina, Ekholm, Griffin, Du Solier y Krieger (estos últimos realizaron las exploraciones en Buena Vista Huaxcama) quienes vierten sus conocimientos acerca de estas relaciones.

Ekholm postula que las relaciones debieron darse, seguramente desde la Huasteca (recordemos que realizó sus exploraciones en la región de Tampico y Pánuco) y que hay indicios de que este puede ser el punto de origen de las culturas que se desarrollaron hacia el Sureste, conjetura no muy apreciada por los investigadores recientes en Estados Unidos; también trató en esta conferencia acerca de las posibles rutas de contacto entre unos pueblos y otros mencionando que éstas debieron haberse dado a través de

una ruta terrestre a lo largo de la costa de Tamaulipas, Texas y Louisiana, argumentando que es la ruta más corta entre la Huasteca y el Sureste; sin embargo, menciona que es posible una ruta marítima a través del Golfo de México, aunque refiere que es difícil de probar. Debo anotar que su reflexión acerca de las posibles conexiones entre México y el Sureste las realizó en el marco de sus investigaciones en la Huasteca y menciona que la especulación más aceptable es la sugerida por Vaillant y Phillips entre otros, que proponen que estas relaciones se dieron mediante probables migraciones de grupos de personas o bandas y no mediante la difusión de la cultura de grupo a grupo.

Uno de los elementos que Ekholm encuentra con mayores semejanzas son los pectorales de concha y dice:

Los pectorales de concha redondos labrados del Sureste son importantes en la relación con América Media... pero el hecho significativo es que los ornamentos de concha de la misma forma y técnica general se encuentran principalmente sino es que exclusivamente en la Huasteca (Ekholm, 1943: 281).

La intervención de Griffin en la Mesa Redonda trató acerca de estas relaciones y específicamente dice:

Hay la necesidad de realizar estudios en las dos áreas mencionadas para delinear más claramente las asociaciones culturales identificadas con centros específicos en periodos temporales específicos. Cuando esto se haya llevado a cabo y el marco cronológico se coordine entre el Sureste y México, la larga serie de interrelaciones culturales podrán ser reorganizadas (Griffin, 1943: 284).

Esto únicamente pudo ser realizado por MacNeish, quien tuvo la oportunidad de hacer investigaciones en ambas regiones, ya que los estudios contemporáneos y posteriores abordan problemas muy específicos y locales, prescindiendo de la visión general que el tema requiere.

Por su parte, Du Solier quien además de efectuar estudios en Buena Vista, llevaba tiempo

desarrollando exploraciones en la Huasteca y sobre todo dedicado a los problemas de la arquitectura de este lugar. En la reunión habló de las probables relaciones arquitectónicas, desde épocas muy antiguas entre la Huasteca y Estados Unidos.

Por otro lado, Alex Krieger quien, como ya mencioné, trabajó con Griffin y Du Solier en el sitio de Buena Vista Huaxcama trató de las culturas Caddo y mencionó que los arqueólogos estadounidenses siempre se han referido a esta área como a una región aislada siendo que compartió varios complejos arqueológicos y dice que: “Investigaciones recientes han mostrado que esta área —que en general consiste del este de Oklahoma, norte de Louisiana y noreste de Texas— contiene innumerables complejos arqueológicos...” (Krieger, 1943: 154).

Además, propone las posibles rutas por donde pudieron haberse dado los intercambios y dice que aun cuando en el área entre el río Neches y el río Grande (río Bravo) y el Noreste de México no se han encontrado evidencias de contactos, es posible que los movimientos hayan tomado lugar de forma rápida a través del sureste de Texas o quizá estos se dieron a través del Golfo (Krieger, 1943: 156).

Ignacio Marquina presentó en esta reunión sus apreciaciones acerca de la arquitectura entre lo que él llamó América Media y el Sureste, habló de las exploraciones que el INAH había llevado a cabo hasta ese momento en el norte de México y que se circunscribían únicamente al sitio de La Quemada en Zacatecas y a la parte norte de la Huasteca, así dice que:

Si comparamos estos edificios con los que existen en el Sureste de los Estados Unidos, encontramos un concepto de distribución muy semejante. Se usan también las plataformas y los altos basamentos, cónicos o piramidales, y la distribución y el arreglo de los ejes conservando la simetría ofrecen el mismo concepto de las construcciones de México, existen grandes patios cuadrados con entradas por los ángulos y el frente y monumentos centrales, basamentos rodeados de plataformas octágonos regulares de grandes dimensiones,

monumentos de planta circular, y en todos se encuentran la misma idea de distribución pensada de antemano y arreglada simétricamente [...] De manera que como resumen de las ideas expuestas, encuentro mayor relación de la América Media con el Sureste de los Estados Unidos en cuanto a los edificios... (Marquina, 1943: 253-254).

Otros dos investigadores que también participaron en esta mesa redonda fueron Bennet y Neumann quienes expusieron que hay elementos de las culturas Adena y Hopewell —como las pipas de piedra— que parecen haber tenido contacto con el suroeste de Estados Unidos, con las culturas Mogollón y Pueblo, así como con las del Sureste y aun con los huastecos y totonacos del norte de México.

Neumann, al referirse a la cultura Adena del sur de Ohio, además de hablar sobre los elementos arqueológicos, también menciona que entre los años 900 y 1100 d. C. fue cuando aparecieron los primeros elementos braquicraneales los cuales asocia con los huastecos.

Otros datos, interesantes de anotar, son los expuestos por Rubín de la Borbolla donde se refieren las semejanzas en forma y tamaño entre los cráneos del Sureste y los de los pames, donde plantea que ambos conjuntos son mesocefálicos, a diferencia de Neumann que encuentra cráneos braquicefálicos.

Rubín de la Borbolla dice que existen colecciones de cráneos en el Museo Nacional que están marcados como pames y que pertenecen a una colección muy antigua:

Todos coinciden en cuanto a su forma. En lo general son mesocráneos [...] Hay sí, una enorme cantidad de cráneos de diferentes partes, especialmente en las regiones del Sureste, donde se ve un predominio de la mesocefalia en general (Rubín de la Borbolla, 1943: 168-169).

Otra cuestión importante, tratada en esta Mesa Redonda, es la que se refiere al campo de la etnografía en donde destacados investigadores intervinieron; entre ellos Wigberto Jiménez

Moreno y John Swanton quienes hicieron precisas comparaciones de elementos etnográficos entre el Noreste de México y el Sureste, es interesante anotar las apreciaciones de Jiménez Moreno al respecto cuando dice:

Por otra parte, la zona del Sureste y la del Noreste tienen características ecológicas semejantes, pues ambas son regiones de bosques, y presentan desde el punto de vista etnológico suficientes analogías para considerarlas —como quiere Kirchhoff— formando una “super área” (Jiménez Moreno, 1943: 287).

Me parece muy importante el uso que se hacía de las conchas en esta región, y sobre las cuales vemos muchos dibujos tan interesantes, por las semejanzas que tienen con motivos decorativos de Mesoamérica; especialmente ha sido señalado por algunos, la cierta analogía que parece notarse entre las conchas de la región de los mounds y las conchas huastecas (Jiménez Moreno, *op. cit.*: 291).

También Jiménez Moreno (1943: 293) puntualizó que los Caddo, Wichita y Pawnee tenían especial culto al Sol, a la Luna y principalmente a la estrella matutina; también tenían diosas dedicadas al viento y al agua. Estos dioses evidentemente también fueron venerados por los pueblos que se asentaron en el Noreste de México.

Por su lado, John Swanton —uno de los etnólogo con más prestigio en Estados Unidos en esa época— hizo importantes puntualizaciones acerca de las relaciones entre los grupos del Noreste de México y Sureste, sin dejar de dudar siempre que éstas hubieran existido. Así menciona:

Es posible que otra importación hacia la región norteña del golfo desde el sur haya sido la deformación craneana intencional. Esta era particularmente prominente a lo largo del curso del bajo Mississippi pero en algún momento parece haberse extendido hacia el este hacia la costa Atlántica... (Swanton, 1943: 272).

Continúa con su discusión y dice que para resumir sólo puede hablar de dos aspectos de estas relaciones:

Los puntos principales de esta discusión pueden resumirse de la siguiente manera:

1. El centro de la fertilización para las altas culturas al norte del Golfo de México parecen yacer a lo largo del río Mississippi, aproximadamente entre las desembocaduras del Missouri y del Rojo.

4. La contribución principal a las culturas Mississippianas parece provenir de México y Centro América, sin embargo, las rutas de acercamiento aun son inciertas (Swanton, *op. cit.*: 274-275).

Aun cuando en su postura es reacio a creer en estas relaciones, sí da ciertos ejemplos de elementos que hacen que éstas parezcan inevitables:

En otra parte he puntualizado un rasgo del juego de pelota que se juega en el Sureste y en México que muestra una semejanza muy curiosa [...] Las efigies de cobre de Etowah, Georgia y en otros grupos de montículos del Sureste, los recientes descubrimientos en Spiro, Oklahoma, y los diseños en los pectorales de concha de Caddo sugieren influencias desde el sur... (Swanton, *op. cit.*: 272-273).

En el campo de la lingüística también se hicieron importantes aportes en esta mesa redonda, los estudios de Barrera Vázquez puntualizan las relaciones entre el tronco sioux-hokano y las lenguas mayances como el huasteco que:

Desde luego, el hecho de la relación del Sioux-Hokano, con el Mayance parece evidente, demostrando ya sea 1) un común origen, 2) contactos culturales en distintas épocas, 3) ambas cosas, a no ser que las correspondencias halladas sean sólo obra de pura casualidad, a pesar de que también se hallaron correspondencias notables entre el Mayance y las lenguas Túnica, Chitimachá y Atákapa, que son del gran grupo Sioux-Hokano (Barrera, 1943: 187).

Por su parte, Alden Mason en sus estudios lingüísticos también menciona que ciertas lenguas mexicanas y las lenguas del área de Caddo tienen similitudes:

Espero poder hacer comparaciones de ciertas lenguas mexicanas con lenguas del grupo Caddoan, que incluye Wichita, Caddo, Pawnee y Arikara. Estas compara-

ciones deben ser de gran importancia, desde el punto de vista etnológico y arqueológico, la región sureña de Caddo presenta probablemente relaciones más estrechas con algunas culturas mexicanas que con cualquier otra área de la parte central o este de los Estados Unidos (Mason, 1943a: 187-188).

Por otro lado, al referirse específicamente a las semejanzas entre la lengua huasteca que pertenece al tronco macro-penutiano y las lenguas choctaw y comecrudos que pertenecen al tronco sioux-hokano menciona que dichas semejanzas deben ser estudiadas muy de cerca ya que cambiarían en gran medida la situación lingüística de Norteamérica. También menciona que las lenguas de la región Timuqua de Florida y el tamaulipeco están emparentadas y sugiere que tienen relaciones también con el huasteco.

Propone varias posibles rutas en que se pudieron haber dado estos contactos:

Hay tres posibles rutas para la transferencia de elementos mexicanos hacia los estados del Sureste: 1, vía las Antillas; 2, vía los estados del suroeste y la región de los Pueblos; 3, vía la costa del Golfo. Toda la evidencia apunta a que esta última, es la ruta más corta y lógica. Las relaciones más cercanas están dadas con la Huasteca, la cultura mexicana más próxima. En México, sólo en la Huasteca se encuentran los pectorales de concha redondos. Solamente ahí se encuentran pirámides elaboradas únicamente con tierra. Algunas cerámicas de la Huasteca tienen semejanza cercana con aquellas de Marksville [...] La forma de viaje bien pudo haber sido en botes, lo cual explicaría la ausencia de restos materiales en la región intermedia (Mason, 1943b: 349-350).

Sin embargo, los estudios lingüísticos del Noroeste de México y el Sureste fueron abandonados.

Por su parte, Richard MacNeish, quien, como ya he mencionado, fue el que tuvo la oportunidad de realizar exploraciones en las costas de Tamaulipas y Texas, así como en la Sierra de Tamaulipas y Pánuco, elaboró un proyecto donde sus principales metas eran el poder establecer específicamente las relaciones entre las dos áreas, explicando su propuesta de la siguiente

manera: “El área cubierta por el presente recorrido se encuentra entre las dos mencionadas áreas [Huasteca y Sureste] y está sobre todo íntimamente ligada con el problema de las relaciones Sureste-México” (MacNeish, 1947: 1).

En los estudios en la sierra de Tamaulipas, así como en Pánuco presenta dos objetivos primordiales: 1) buscar el origen de la agricultura, y 2) encontrar las relaciones con las culturas del Sureste estadounidense.

Prácticamente todo el reporte está basado en las relaciones entre las dos regiones y dice:

Que hubo contactos desde el norte y centro de Texas a la región norte de la costa de Tamaulipas, en el complejo Brownsville y con la Huasteca, se evidencia con las numerosas puntas de proyectil en los sitios de la Huasteca y los de Brownsville (*ibidem*: 9).

Uno de los problemas que MacNeish plantea es la necesidad de realizar investigaciones arqueológicas encaminadas a la solución de las conexiones entre ambas regiones, y que dichos estudios se debían orientar a resolver no sólo las correspondencias de los materiales cerámicos y líticos, sino a conocer las rutas de comunicación que demostraran cómo se dieron estos contactos o transacciones comerciales.

Así menciona: “La ruta México-Suroeste-Sureste [plantada por varios autores] se invalida por el hecho de que la mayoría de los elementos mexicanos en el Sureste no se encuentran en el suroeste...” (*ibidem*: 11). Concluye que hubo individuos que tenían los conceptos ceremoniales de la Huasteca, los cuales se pudieron haber movido a lo largo de la Huasteca a través de la costa del Golfo de México hacia el centro de Texas.

Años más tarde este mismo autor hace referencia repetidas veces a estas relaciones y claramente expone:

Quizá el tiesto que puede asociarse sorprendentemente de entre los restos del periodo Los Ángeles en Tm c

314 [este es el sitio de procedencia] es uno clasificado como Leland inciso, que es un tipo originario del periodo Mississippi del valle central del Mississippi en el este de los Estados Unidos (MacNeish, 1958: 106).

Este tiesto lo mandó a los especialistas en la cerámica Mississippiana de donde obtuvo información acerca de la antigüedad y probable relación de éste con los que se encuentran en el Sureste.

Por otro lado, sus estudios realizados en las costas de Texas —como ya mencioné— le permitieron tener una visión mucho más acertada en relación a estos asuntos. También menciona que localizó cerámicas con acabado corrugado que aun cuando se pueden comparar con algunos tipos locales como el Lorenzo Corrugado:

...tienen mayor parecido con las del este de Texas del foco Titus llamadas Leesburg de cuello en bandas... (*ibidem*: 106).

Pero su tesis doctoral, presentada en 1948, es fundamental en el entendimiento de las relaciones que hubo entre las dos áreas, a lo largo de su exposición va demostrando de una manera por demás clara los elementos compartidos.

Los estudios realizados por MacNeish son esenciales para el esclarecimiento de muchas de las dudas, sin embargo, debido a que esta línea de investigación no se ha seguido, habrá que retomarla a partir de sus escritos. Cuando MacNeish realizó el estudio para su tesis, desafortunadamente muy poco se conocía de la región Huasteca.

Un investigador de suma importancia para el conocimiento de la región Huasteca es Guy Stresser-Péan quien ha realizado innumerables estudios. Puesto que para la época en que él inició sus trabajos arqueológicos las hipótesis que se tenía en las décadas precedentes acerca de estas relaciones, habían perdido en gran medida el interés de los estudios e incluso por muchos son negadas, Stresser-Péan, hasta ahora, no ha tratado este tema.

Jack Hughes, investigador interesado en las relaciones entre estas dos regiones y sobre todo en las posibles rutas de contacto, en su estudio publicado en 1947, señala que:

Como un territorio uniforme y sin barreras que se enlaza desde el área Caddo al este y el área Huasteca al sur, las regiones forman una de las rutas más evidentes de comunicación por tierra... (Hughes, 1947: 33).

Otro dato por demás interesante es, ya mencionado, que Ekholm reporta pipas de piedra procedentes de las inmediaciones de Buena Vista y dice haber visto las de la colección de Primo Feliciano Velázquez que provenían de Guadalcázar; estas pipas de piedra evidentemente no son de tradición mesoamericana. En el año en que se prepara la apertura del Museo Regional Potosino, llama la atención entre los estudiosos que entre sus colecciones hay una gran cantidad de pipas de piedra que tienen como procedencia la estación de ferrocarril de San Bartolo, situado al norte del poblado de Río Verde y cercano al de Buena Vista Huaxcama. Agustín Delgado fue comisionado, en 1954, por el INAH para realizar una inspección a dicho sitio; en el pueblo le mencionaron que estas pipas provenían de una cueva localizada en el cerro Vetado, al norte de dicha población luego de la visita de Delgado a este lugar, narró:

La pista de una pipa zoomorfa del tipo Hopewell nos llevó a la estación San Bartolo [vía de ferrocarril San Luis Potosí-Tampico] lugar en el que se localizó una cueva mortuoria de entrada de chimenea, y sitio del cual provenía dicha pipa zoomorfa. Este hallazgo nos hizo abandonar la idea de que estas pipas pudiesen estar asociadas a elementos mesoamericanos, ya que por el material allí existente, nos dimos cuenta de que este material de hecho pertenecía a las culturas del norte de México y más aún, a los Estados Unidos de Norteamérica (Delgado, 1991: 96).

En ese entonces este tipo de pipas sólo podían compararse con aquellas que se manufacturaron en la región de Ohio, atribuibles a la cultura Hopewell, mientras que ahora sabemos que fueron utilizadas por prácticamente todas las culturas que se desarrollaron en el Sureste.

Delgado hace una descripción de las pipas de piedra y dice que: “Solamente en el área Caddo, estado de Texas, se encontró una pipa de forma similar, pero está manufacturada con cerámica y éstas, como se verá, son de piedra” (*ibidem*: 103).

Al describir las pipas menciona que son zoomorfas, le llama la atención una que representa una tortuga, específicamente una tortuga marina, “se puede asegurar que esta pieza es un símil de las que se encuentran en la región de los *Mound Builders* en el estado de Ohio y vecinos” (*ibidem*: 108). El sitio de Cueva Vetada se encuentra a una gran distancia del mar, pero aun más, se encuentra aproximadamente a unos 1 500 kilómetros del área de donde son originarias dichas pipas.

Destacan entre ellas el tipo llamado monitor, descrito por Muriel Porter en su ensayo sobre las pipas precortesianas. Este tipo es muy común entre los hallazgos en los Grandes Lagos, incluso la piedra con las que están elaboradas procede de un solo lugar, que ahora se considera sagrado y exclusivo de los grupos nativos americanos. Se trata de una piedra rojiza llamada catlinita; una de las pipas localizadas por Delgado aparentemente está manufacturada en este tipo de piedra, aun cuando no se han realizado análisis petrográficos. Otro tipo interesante son las pipas de plataforma, que aun cuando no son tan abundantes, tipológicamente también pertenecen a las culturas del Sureste.

Otros elementos localizados en la cueva son una serie de puntas de proyectil; algunos artefactos son reportados de la siguiente manera: “Todos los artefactos, especialmente las puntas de proyectil, son del tipo que se encuentra en todo el norte de México y sur de los Estados Unidos” (*ibidem*: 112).

Hacia el inicio de la década de los años sesenta, Brandon alude que las relaciones entre México y el Sureste son muy estrechas, habla acerca de las tribus Caddo del este de Texas como pobladores que practicaban la agricultura,

construían montículos y sus casas eran redondas con techo de palma:

Las casas de paja algunas veces recuerdan a las casas mexicanas, las pirámides se parecen a las de América Media que tenían un templo de madera encima a la manera de los antiguos Mayas, y se construían en capas sucesivas, probablemente en ceremonias periódicas de renovación como en América Media; se mantenía un fuego eterno en el templo, como en México y era renovado con una ceremonia del fuego nuevo cada año, por lo menos en los años en que nosotros tenemos noticia, en lugar de cada 52 años como en México (Brandon, 1961: 143).

El símbolo del culto a los muertos se extiende sobre las naciones, desde los numerosos habitantes del área Caddo al oeste del Mississippi, a orillas de las grandes planicies, hasta los pobladores de Georgia —probables ancestros de algunos de los últimos Creeks— quienes construyeron el pueblo de montículos de Etowah... (*ibidem*: 144).

También propone algunas de las probables rutas de contacto entre ambas regiones:

Así parece que las conexiones deben haberse dado por el mar, a través del golfo, posiblemente desde la península de Yucatán, posiblemente desde puertos Toltecas a lo largo de la costa Este mexicana. Algunos arqueólogos sospechan que hubo migraciones de personas, no solo de ideas y modas, desde América Media (*idem*).

A finales de la década de los años sesenta y principios de los setenta, Donald P. Heldman realizó estudios en el área conocida como Zona Media de San Luis Potosí, teniendo por cabecera el poblado de Río Verde, inmediatamente al sur de Buena Vista Huaxcama. En sus investigaciones llega a interesantes conclusiones acerca de las relaciones que pudieron haber mantenido estos pueblos del norte de México con aquellos del sur de Estados Unidos:

La primera cultura que tiene materiales en el desierto y probablemente la única con la que los habitantes de Río Verde tuvieron contactos comerciales era la del área Caddo [...] El uso de fumar en pipa fue traído a México desde el área Caddo al principio del posclásico tem-

prano. La rápida y amplia difusión de la aceptación de fumar pipa en la localidad de Río Verde sugiere que el tabaco debió ser un artículo importante de comercio desde el Sureste de los Estados Unidos. Algunas formas cerámicas, el uso de cinabrio frotado en las incisiones y excavados, la pintura al negativo, el uso de “estuco” en el interior de algunos tipos cerámicos, y el arreglo de las sub-estructuras en plazas aparentemente pasó de sur a norte (Griffin, 1966: 125-131). Las conexiones comerciales entre el Sureste de los Estados Unidos y la región de Río Verde sólo duraron unos cuantos siglos (Heldman, 1970: 260-261).

Sin embargo, con estas investigaciones se rompe el interés por las relaciones entre estas dos grandes regiones culturales.

Estado de la cuestión

En esta presentación trataré únicamente la cerámica que he determinado que posee grandes similitudes con diferentes regiones del Sureste y aun con sitios que se encuentran mucho más al norte.

A partir de 1980² en que llegué a San Luis Potosí inicié, como primer acercamiento a la arqueología del estado, un proyecto de Atlas Arqueológico, con objeto de conocer el terreno que estaba pisando. Así indagué que existen tres regiones —llamadas “escalones” por Octaviano Cabrera— con distintos sistemas ecológicos:

1. *El Altiplano* de clima semidesértico y que tradicionalmente se pensaba habitado únicamente por grupos de cazadores-recolectores conocidos genéricamente como chichimecas. No obstante, dentro de este escalón, se encuentran pequeñas porciones de terreno donde fue posible la agricultura, aunque sea de manera incipiente. La región de Villa de Reyes, estudiada por Beatriz Braniff y Ana María Crespo y la región de Guadalcázar en la que hemos realizado investigaciones, que expondré más adelante tuvieron asentamientos permanentes.

² Los estudios en las tres regiones del estado de San Luis Potosí, los realicé con el arqueólogo Patricio Dávila Cabrera.

2. La región conocida como *Zona Media* de clima más benigno, que va de templado a cálido y con abundancia de ríos y manantiales, permitió la completa sedentarización. Incluye importantes lugares como: Buena Vista Huacama, San Bartolo y el mismo Río Verde a los cuales ya he hecho referencia.

3. La *Huasteca*, de clima tropical permitió desde etapas muy tempranas los asentamientos permanentes. A través de nuestras exploraciones hemos encontrado que las relaciones con los grupos del Sureste de Estados Unidos, son más fuertes de lo que pensábamos, además se presentaron durante todo su desarrollo.

Como he dicho, en este ensayo trato principalmente de los hallazgos que he realizado en los sitios comprendidos en la cuenca de Guadalcázar y las recientes exploraciones en la región Huasteca. Iniciaré con las exploraciones que realizamos en la región conocida como *Altiplano*, la cual tradicionalmente se ha etiquetado como la porción del territorio mexicano donde deambulaban los grupos conocidos como chichimecas, sin considerar que hubiera grupos que conocieran la agricultura y por consiguiente tuvieran asentamientos permanentes. Esta realidad es distinta: en el valle de San Francisco (Beatriz Braniff y Ana María Crespo) y en la cuenca de Guadalcázar existieron asentamientos desarrollados con agricultura, pero con manifestaciones culturales distintas, sobre todo en el área de Guadalcázar donde aun cuando existieron relaciones hacia la gran superárea cultural que es Mesoamérica, existen materiales que son diferentes.

Esta pequeña región conocida como Guadalcázar, la cual tiene ventajas sobre su entorno debido principalmente a su clima, se distingue de los alrededores por su vegetación, suelos tropicales y la precipitación pluvial —alrededor del doble de su entorno inmediato—, por lo cual estamos ante un verdadero oasis. La zona no se ha considerado como lo que tradicionalmente se conoce como Mesoamérica, sin embargo, los edificios y el arreglo de sus espacios tienen

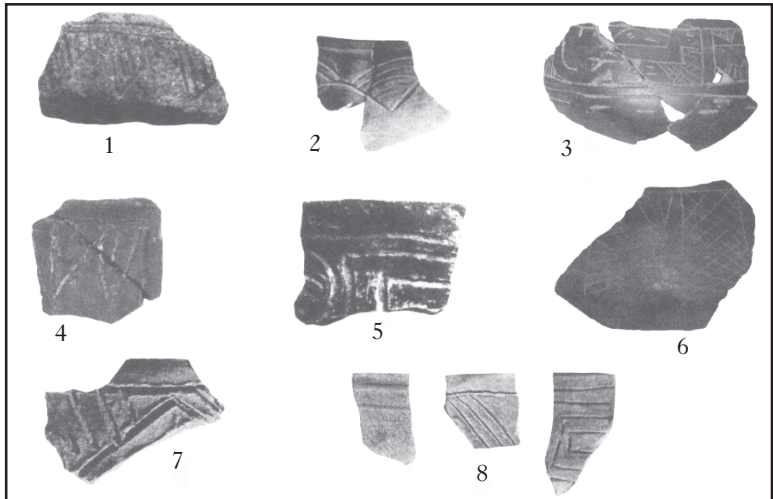
características del área. Aun cuando los artefactos líticos y la cerámica tienen alguna semejanza con los de la llamada Mesoamérica, tienen más parecido con aquellos de las culturas Caddo y aun con los del valle del Mississippi, más al norte.

El área de Guadalcázar tiene 33 asentamientos registrados, se trata de asentamientos propiamente dichos y cuevas funerarias, donde destaca la llamada Cueva del Francés, de ella provienen los elementos que voy a comparar. Los complejos cerámicos de la Cueva del Francés y los de Buena Vista en la región de Río Verde se asemejan, en mucho, a aquellos del Sureste, como podemos ver en ciertos tipos de cerámicas negras con decoración incisa; además, claro está, de las pipas de piedra.

Específicamente, el tipo denominado por Du Solier Gris-negro y que se encuentra presente en forma abundante en el área de Guadalcázar recuerda al tipo Barkman grabado del noreste de Texas y suroeste de Arkansas.

La cerámica de Guadalcázar presenta una gran variedad de formas, acabados y diseños, entre los que destacan: cajetes de acabado negro pulido con incisiones que recuerdan en mucho a las del área Caddo (fig. 2), aun cuando éstas son comunes a muchas partes de México. Otros diseños semejantes están presentes en una serie de cerámicas con decoración elaborada al negativo (fig. 3) parecidas a las del sitio llamado Ángel localizado en el bajo valle del Ohio y con una cronología que va de 1250 a 1450 d.C., este sitio tiene la particularidad de compartir elementos tanto con las culturas que se desarrollaron en Guadalcázar como con las que se encuentran en la Huasteca y que trataré más adelante.

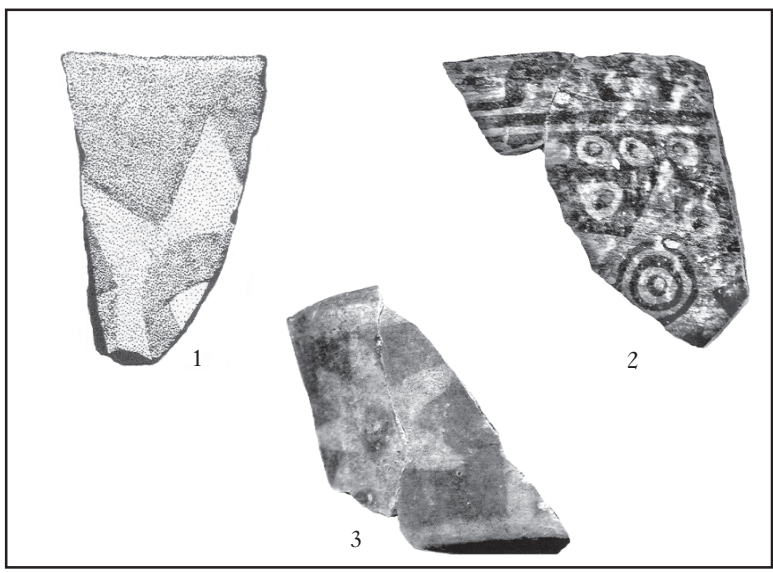
Encuentro también que hay similitudes con los tipos incisos de la cerámica Cherokee procedente de sitios como Tuskasegee, Garden Creek y Warren Wilson, todos ellos en el actual estado de Carolina del Norte, con una cronología que va de 200 a.C. hasta 1500 d.C., por lo que se puede apreciar que prácticamente durante



● Fig. 2. 1) El Álamo, San Luis Potosí. 2) Etowah Incised, Wauchope, 1966. 3) Guadalcázar, San Luis Potosí. 4) La Primavera, San Luis Potosí. 5) Marksville Incised, var. Marksville, Toth, 1974. 6) Guadalcázar, San Luis Potosí. 7) Lamar Bold Incised, Wauchope, 1966. 8) Incised, Georgia Wauchope, 1966.

conocimiento de los arqueólogos Americanos es el clásico ejemplo de la expresión Hopewelliana en el Sureste de los Estados Unidos” (Toth, 1974: 3).

Desde las investigaciones realizadas por Mason se ha apuntado que existían cerámicas semejantes entre ambas regiones, e incluso en el museo de sitio en Marksville se encuentra dentro de la cronología representada un tipo que se llama Coles Creek, el cual además lleva la anotación Huasteca, refiriéndose a que el tipo se encuentra en ambos lugares.



● Fig. 3. 1) Kincaid Negative Painted, variety Kincaid, Hilgeman, 2000. 2) Guadalcázar, San Luis Potosí. 3) Guadalcázar, San Luis Potosí.

También existen en ambas regiones las vasijas efigie. Los casos más conocidos son dos: uno procedente de la localidad de Rayón en San Luis Potosí, y otro del sitio de Moundville en Alabama que prácticamente son iguales, lo cual nos está reflejando semejanzas ideológicas.

La región Huasteca que contiene una vasta gama de manifestaciones culturales nos muestra hacia los últimos siglos de vida prehispánica una serie de elementos que podemos relacionar a las culturas del Sureste.

todo el desarrollo de las culturas asentadas en lo que ahora es el Noreste mexicano, hubieron relaciones con las culturas que se desarrollaban en el Sureste norteamericano.

Otro de los sitios que mantuvo estas relaciones y que fue mencionado desde hace mucho tiempo es el sitio llamado Marksville, localizado en el estado de Louisiana que “de acuerdo al

Mencionaré las vasijas-cabeza que presentan características semejantes a las localizadas en las culturas del valle del Mississippi, donde se han realizado una gran cantidad de estudios específicos de estas representaciones. Como ejemplo baste señalar los trabajos de Michael O’Brien cuando menciona:

Las vasijas-cabeza son pequeños recipientes de barro moldeados en la forma de una cabeza humana... El

detalle de las caras ha indicado a muchos investigadores a pensar que estas vasijas son retratos de gente real (O'Brien, 1994: 1).

He iniciado estudios sobre estos materiales —muy abundantes por cierto—, en algunos sitios de la región Huasteca. Principalmente procedentes de un sitio llamado El Platanito ubicado cerca de las cascadas de Micos en el estado de San Luis Potosí. Tanto en la región del Mississippi como en el Noreste mexicano este tipo de cabezas se han encontrado en contextos funerarios.

También en Río Verde encontramos elementos que recuerdan a los del Sureste, entre ellos las vasijas cabeza. A diferencia de la Huasteca, en la zona media están representando al dios viejo o Huehuetéotl ya que tienen arrugas, mientras que las de la Huasteca en su mayoría representan personajes muertos, manifestado por tener los ojos cerrados.

De la misma manera, podemos hablar de los objetos elaborados en concha, de los que Ekholm menciona:

Los pectorales de concha redondos labrados del Sureste son importantes en la relación con América Media... pero el hecho significativo es que los ornamentos de concha de la misma forma y técnica general se encuentran principalmente sino es que exclusivamente en la Huasteca (Ekholm, 1943: 281).

Estos pectorales de concha, tanto discoidales como trapezoidales comparten concepciones estilísticas e ideológicas con la Huasteca, como son la cruz y el hombre pájaro. Incluso, ya para la última época prehispánica, los diseños que encontramos en el tipo cerámico Hun variedad ot establecido para Tamohi en San Luis Potosí (Zaragoza, 2003a) son muy parecidos a los motivos de los pectorales de concha discoidales. Específicamente, el diseño central que es cruciforme podemos compararlo con los tipos: Tibeec Creek de Tennessee, Alabama y Mississippi; Finkelstein de Oklahoma; Cox Mound de Tennessee y Alabama; Ruffner style de Alabama y

Tennessee; South Atlantic de Georgia (Brain y Phillips, 1996) y de Tellico (Chapman, 1994).

Además de los objetos muebles —de fácil transportación— que pueden haber sido comercializados a través de distintas rutas, conocemos ahora asentamientos que reflejan patrones “urbanos” distintos a los de Mesoamérica. Así vemos en sitios como Tantoc y Tlacolula, San Luis Potosí; El Triunfo y Las Flores, Tamaulipas o aun Tabuco, Veracruz, que además de tener montículos de tierra totalmente distintos a los que se conocen en Mesoamérica, presentan arreglos en su disposición espacial muy semejantes a los de los sitios del Sureste. Llama sobremanera la atención el sitio de Tantoc en San Luis Potosí ya que al compararlo con el de Cahokia en Illinois, presenta semejanzas en sus materiales muebles y su traza arquitectónica es análoga.

Todas estas comparaciones ya las he mencionado en presentaciones anteriores por lo que no abundaré en ellas. Trataré ahora de las similitudes entre sitios de la Huasteca con sitios o regiones del Sureste.

Mencionaré en la parte mexicana principalmente a La Primavera, San Luis Potosí y Altamirano, Veracruz, ambos de cronología temprana; de los sitios en el Sureste hablaré en general de los que se encuentran en los estados de Texas, Alabama, Carolina del Norte, Georgia, Illinois, Arkansas, Oklahoma y Mississippi; finalmente haré algunas referencias a sitios tardíos como Tamohi, San Luis Potosí y Ángel en el estado de Indiana, Estados Unidos.

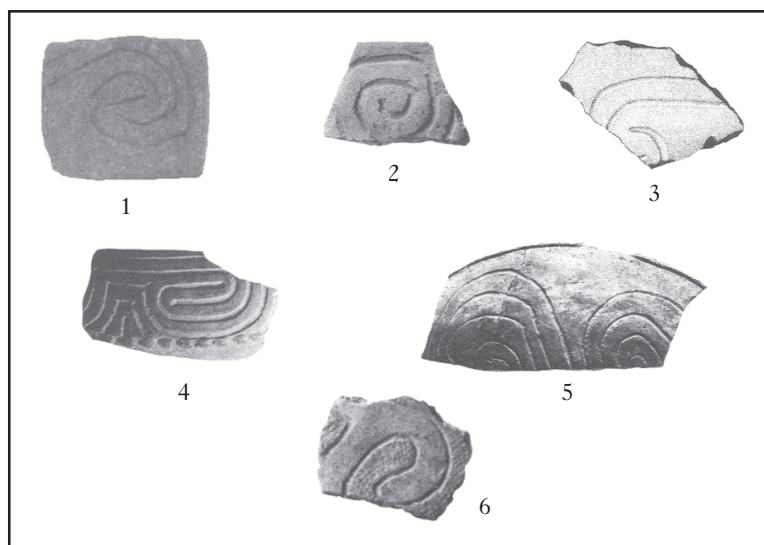
Los primeros sitios corresponden a las fases Chajil, Pujal, Chacas, Tampaón, Tantuán I, Tantuán II y Tantuán III establecidos por Merino y García Cook para la Huasteca. Cronológicamente abarcan de 1600 a.C. hasta 200 d.C. por lo que pertenecen a etapas tempranas: corresponden a lo que conocemos como el Formativo y Protoclásico para Mesoamérica.

Las similitudes entre las cerámicas incisas de ambas regiones son sorprendentes. Veamos a continuación los detalles.

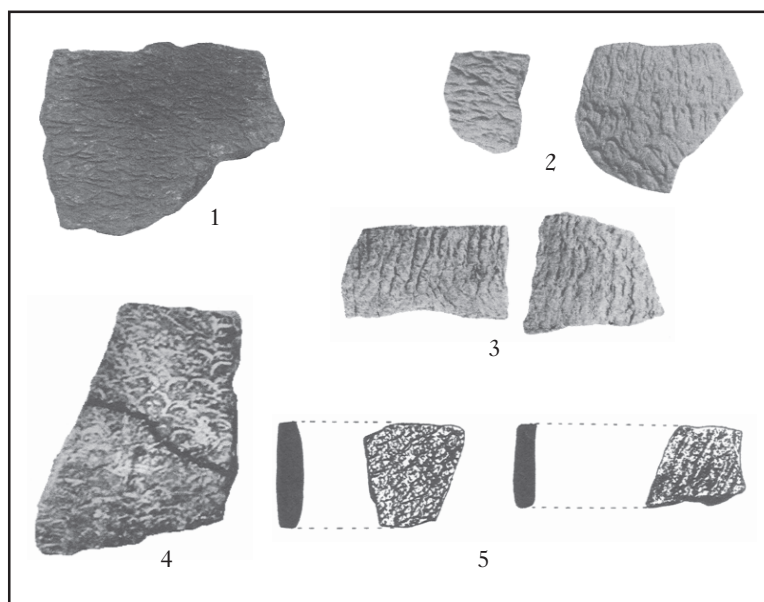
Un tipo procedente de La Primavera lo encontramos en sitios como Marksville (Marksville Stamped, var. Marksville), en Georgia reportado por Wauchope, en Lake George, Mississippi y en el sitio de Ángel, que aun cuando tiene una cronología más tardía presenta tipos semejantes a los de La Primavera, en éste se aprecia un estilo de decoración basado en ganchos (fig. 4).

Otro conjunto de diseños compartidos son los que presentan huellas de haber sido utilizado un cordel para marcarlas o simplemente se decoraron mediante la incisión con la uña (fig. 5). De especial interés es la cerámica llamada estampada, para realizar este tipo de decoración, entre los cherokee se utilizaron —y supongo que así habrá sido manufacturado por los demás— una especie de pequeñas palas de madera con el diseño que se iba a representar en la vasija, y que se utilizaban cuando el barro estaba fresco. Este estilo cerámico no lo he encontrado en reportes de cerámicas del Noreste de México ni de algún otro lugar en la llamada Mesoamérica (fig. 6).

Un diseño muy común en ambas regiones fue en el que se utilizó un carrizo para realizar punzonados sobre una vasija, ya sea en el interior (como en el tipo Progreso Blanco Punzonado) (Castañeda, 1992: fig. 49), o exterior, como en los tipos Rhinehart Punctated (Ford, 1951: lámina 20) y Evansville Punctated var. *Rhinehart* (Williams y Brain, 1983: 159, fig. 5.69). El resultado es la creación de dibujos sobre la pieza (fig. 7).

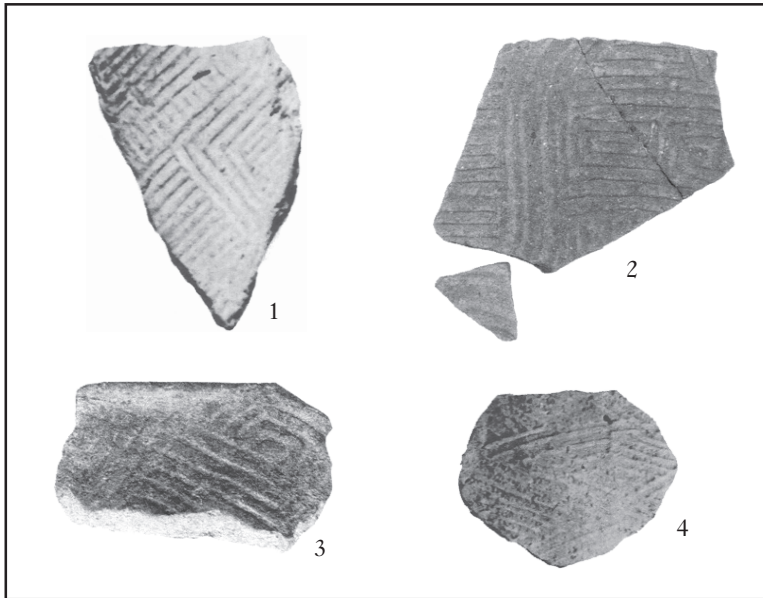


● Fig. 4. 1) La Primavera, San Luis Potosí. 2) Lamar Bold Incised, Wauchope, 1966. 3) Ramey Incised variety Green River Hilgeman, 2000. 4) Lamar Bold Incised, Wauchope, 1966. 5) Leland Incised, var. Russell Williams y Brian, 1983. 6) Marksville Stamped var. Marksville Toth, 1974.

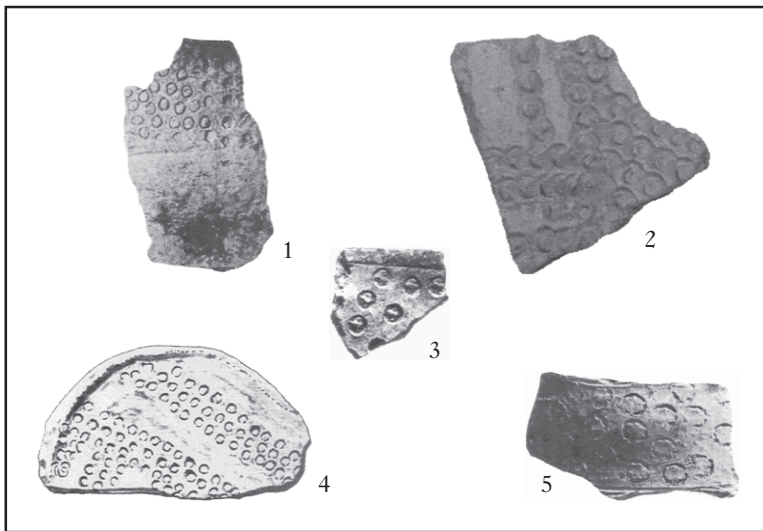


● Fig. 5. 1) El Álamo, San Luis Potosí. 2) Etowah Georgia, Wauchope, 1966. 3) Warren Wilson Carolina del Norte, Keel, 1987. 4) La Primavera, San Luis Potosí. 5) Altamirano Veracruz, Castañeda, 1992.

Aun cuando se utilizó en muchas de las regiones mesoamericanas, la aplicación de cordones con incisiones también fue común en el Sureste (fig. 8). Otro tipo de diseños son los que combinan incisiones con hoyuelos (fig. 9), así como las incisiones en el interior de las vasijas (fig. 10).



● Fig. 6. 1) Garden Creek, Carolina del Norte, Keel, 1987. 2) La Primavera, San Luis Potosí. 3) Georgia, Wauchope, 1996. 4) Warren Wilson, Carolina del Norte, Keel, 1987.



● Fig. 7. 1) Greenhouse, Louisianan Ford, 1951. 2) El Álamo, San Luis Potosí. 3) Lake George, Mississippi, Williams y Brian, 1983. 4) Altamirano, Veracruz, Castañeda, 1992. 5) Lake George, Mississippi, Williams y Brian, 1983.

Uno de los símbolos más utilizados por las culturas que se desarrollaron en la Huasteca, en el último periodo prehispánico, es la representación del maíz —o para algunos autores— la imagen del alma del maíz (Alcorn, 1984). Esta imagen la encontramos tanto en cerámica como en esculturas tan importantes como El Adolescente o La Apoteosis (Zaragoza, 2003b); este

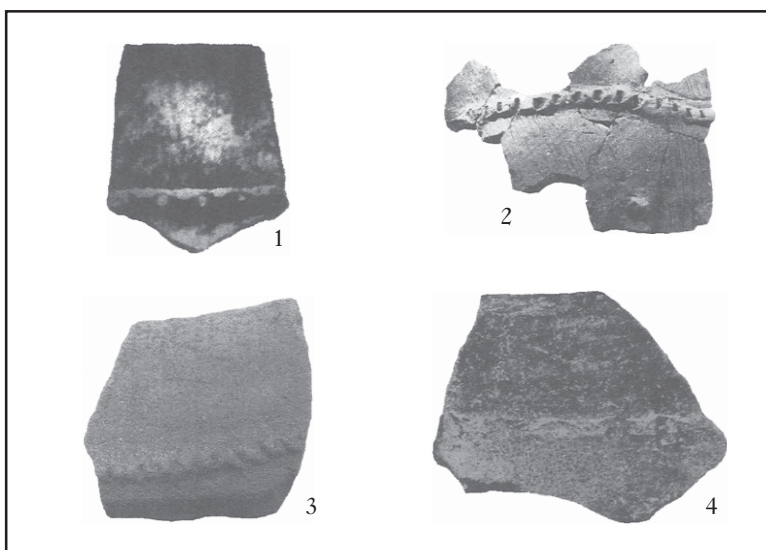
tipo de esquematización del maíz, como tal, no se ha reportado para la región de Estados Unidos que estoy analizando, sin embargo, en la publicación de Wauchope, concerniente a las exploraciones en el estado de Georgia, en un tiesto de cerámica estampada llamada Napier Stamped del sitio de Towaliga, se encuentra lo que podría ser la representación del maíz. Aun más claro tenemos que en el sitio de Ángel en el bajo valle del Ohio, Hilgeman se refiere a una decoración en cerámica pintada al negativo, como motivos sin interpretar, los cuales definitivamente son las representaciones del maíz efectuadas de la misma manera como se hicieron en la Huasteca (fig. 11).

Consideraciones finales

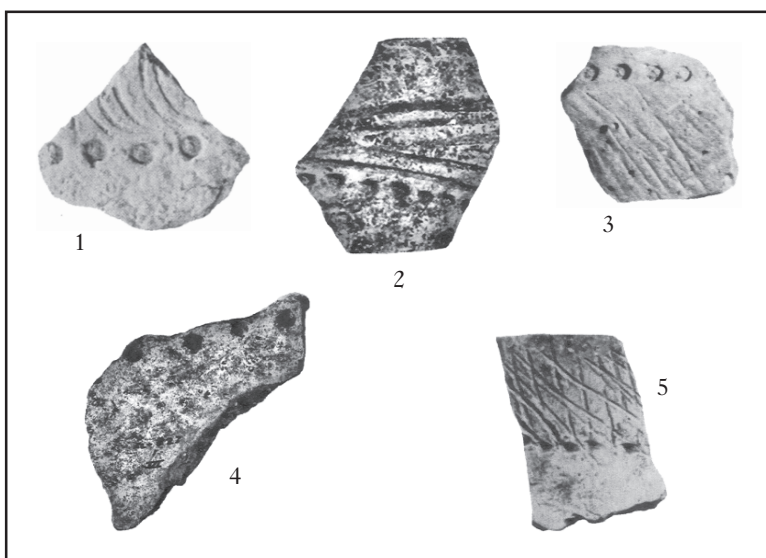
Ahora que cuento con una visión más amplia de las culturas que se desarrollaron en el Noreste de México, puedo asegurar que las relaciones se dieron, ya que no sólo hemos encontrado materiales que pudieron haberse intercambiado vía comercio, sino que localizamos asentamientos construidos con las características de los que se encuentran en el Sureste de Estados Unidos,

e incluso con algunos más al norte.

Los estudios arqueológicos en el Sureste se iniciaron desde el siglo XIX, desafortunadamente la mayoría de los sitios han sido arrasados por el desarrollo agrícola y ganadero de la región. Sin embargo, las investigaciones realizadas en sitios como Caddo o Spiro en los estados



● Fig. 8. 1) Buena Vista Huaxcama, San Luis Potosí, Du Solier *et al.*, 1947. 2) Deshazo, Nacogdoches County Texas, Fields, 1995. 3) El Álamo, San Luis Potosí. 4) La Primavera, San Luis Potosí.



● Fig. 9. 1) Georgia, Wauchope, 1996. 2) La Primavera, San Luis Potosí. 3) Appalachian summit, Keel, 1987. 4) La Primavera, San Luis Potosí. 5) Marksville, Toth, 1974.

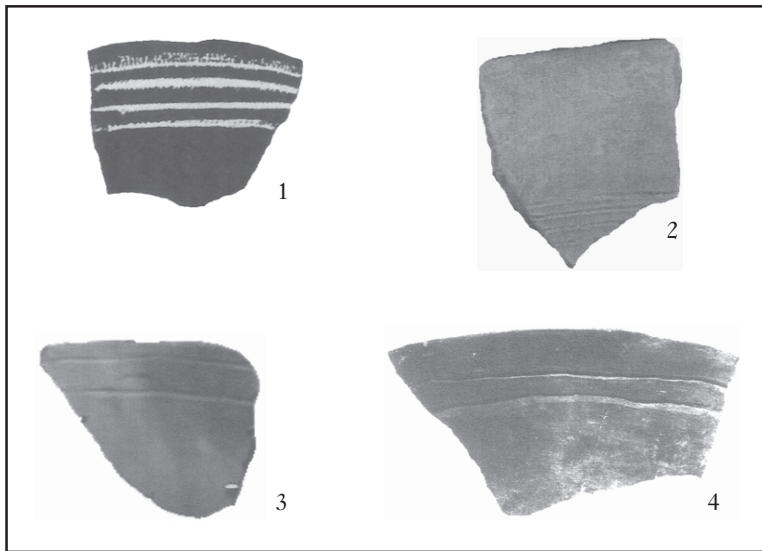
de Texas y Oklahoma (MacNeish, 1950), así como en Cahokia en el de Illinois (Fowler, 1975), nos han legado una rica información arqueológica sobre las importantes culturas que florecieron en este vasto territorio, notando que los pobladores del Noreste de México se relacionaron con la parte sureña y llegaron hasta el norte del valle del Mississippi.

Conforme avanzamos en las investigaciones nos percatamos que esta presencia se encuentra durante todo el desarrollo de las culturas establecidas en ambos países y juega un papel decisivo en esta región de la Huasteca; por ello, conociendo su existencia, podremos esclarecer interrogantes que, desde un punto de vista exclusivamente “mesoamericanista”, son de difícil comprensión.

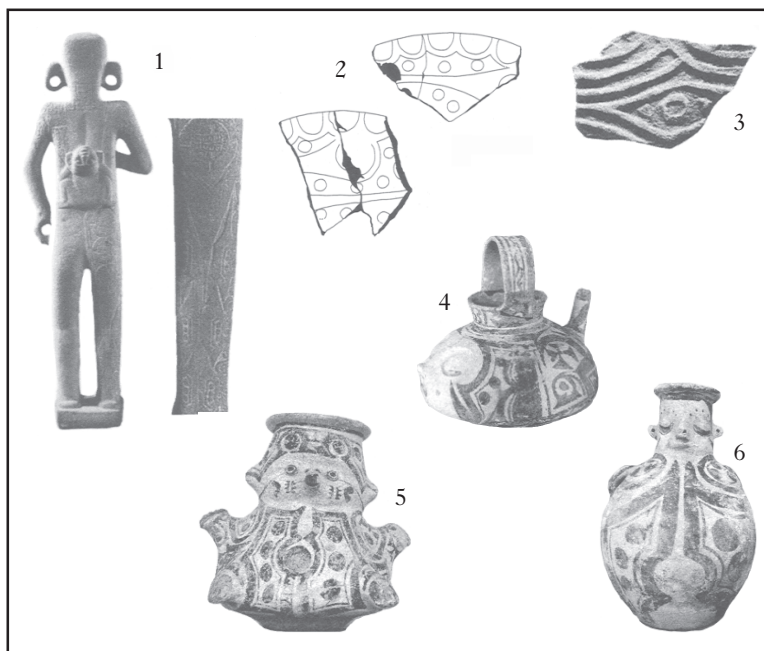
Estas relaciones y contactos eran bien conocidos, sin embargo durante alrededor de 40 años nadie volvió a ocuparse de ellos, desconozco las causas por las que los estudiosos se alejaron de esta línea de investigación, es sólo hasta ahora que se están reconsiderando —en ambos lados de la frontera— las relaciones que pudieron haber existido entre estas dos grandes regiones.

De especial importancia fue el hallazgo de las pipas de piedra en Cueva Vetada, es interesante preguntarse a qué obedece la presencia de estos objetos a más de 1 500 kilómetros, es decir, la distancia que hay entre el valle de Ohio (de donde tipológicamente proceden las pipas con forma de animal y las de plataforma) y San Bar-

tolo, en San Luis Potosí. Las interrogantes son: ¿qué llevó a los habitantes de regiones remotas a tener intercambios a tan larga distancia?, ¿qué ofrecía la región de San Bartolo a los grupos del norte?, ¿acaso los grupos de la región de San Bartolo migraron hacia el norte regresando para realizar sus enterramientos? Estas dudas aún siguen sin respuesta, pero la presencia de



● Fig. 10. 1) Altamirano, Veracruz, Castañeda, 1992. 2) El Álamo, Veracruz. 3) Toltec Mounds Little Rock, Arkansas. 4) Lake George, Mississippi, Williams y Brain, 1983.



● Fig. 11. 1) Tamohi, San Luis Potosí. 2) Ángel, Indiana Hilgeman, 2000. 3) Georgia, Wauchope, 1966. 4) Museo de la Cultura Huasteca, Tampico, Tamaulipas. 5) Museo de la Cultura Huasteca, Tampico, Tamaulipas. 6) Museo de la Cultura Huasteca, Tampico, Tamaulipas.

estos elementos dieron la pauta para indagar acerca de estas relaciones.

Es posible que el intercambio se haya basado en que los pueblos del norte tenían la necesi-

dad de obtener pigmentos minerales que se producían en esta región o bien plantas alucinógenas como el peyote (*Lophophora Williamsii*) y el patol (*Sophora secundiflora*), ambos utilizados en ceremonias religiosas. Sabemos por datos aportados por inmigrantes, que los indígenas (ahora asentados en reservas sobre todo en el estado de Oklahoma) aún utilizan el patol para ciertos rituales relacionados con las ceremonias propiciatorias de cosechas; en alguna época, las semillas de esta planta altamente alucinógena fue molida e ingerida para lograr una comunicación con los dioses. Funcionaba como enteógeno, su composición la hace peligrosa ya que en dosis altas puede causar paro respiratorio, por ello actualmente sólo se utiliza en las ceremonias sin ingerirla. El peyote por ser de menor toxicidad, se continúa utilizando como enteógeno y planta medicinal.

Aun cuando los datos aportados por los antropólogos físicos indican que los cráneos localizados en el Sureste tienen las mismas características que las de los pames, no contamos con los restos óseos de los individuos de San Bartolo, los cuales podrían ser estudiados ahora desde otra perspectiva. Por ejemplo, con análisis de ADN, lo cual nos podría despejar la interrogante del sustrato genético,

ya que como mencioné anteriormente al señalar los estudios de Rubín de la Borbolla, los pames presentan características mesocefálicas, y son los que he propuesto como habitantes de esta parte de México (Zaragoza, 1996).

Por otro lado, la presencia de sitios como Tantoc refuerzan las hipótesis acerca de las relaciones y las posibles rutas de migración. Lo mismo podemos decir de los demás materiales arqueológicos como la cerámica negra con decoración incisa, la cerámica con decoración al negativo, cerámicas estampadas, vasijas-cabeza, objetos de concha, vasijas con personajes aplicados que forman parte integral de la misma y diseños compartidos, y la representación del maíz, los cuales van conformando un panorama más claro de las relaciones ideológico-comerciales producidas en esta parte del territorio mexicano.

Considero necesario resaltar que la hipótesis de los investigadores de la primera mitad del siglo XX, se va confirmando con las nuevas exploraciones que se están realizando. Es importante reconsiderar el esfuerzo realizado por los pioneros para poder tener un panorama más claro de la situación.

Aun cuando en un principio se pensaba que las relaciones se generaron, desde lo que hemos llamado Mesoamérica hacia el Sureste de Estados Unidos, creo que este fenómeno se manifestó como tradiciones compartidas, que desde mucho tiempo atrás se venían manteniendo entre el Noreste y el Sureste, incluso no se niega que las relaciones hayan existido durante todo el desarrollo de estas dos regiones.

Los arqueólogos que han trabajado las culturas del Sureste, han establecido un conjunto de elementos que se consideran ceremoniales como: Complejo Ceremonial del Sureste o Culto del Sur, Griffin (1952: 105) dice que el “culto” es: “La expresión artística de los patrones socio-religiosos de la cultura Mississippiana.” No obstante, para Phillips y Brown sería más adecuado describir el fenómeno como “una mezcla de cultos interconectados, parcialmente sincretizados, en vías de convertirse en una ideología Pan-Sureste” (1978: 169).

Griffin sugiere “que cierta cantidad de ideologías ceremoniales y religiosas Mesoamericanas fueron adaptadas dentro de los patrones de la

cultura Mississippi” (1966: 129); Phillips y Brown (*op. cit.*) por el contrario, niegan la posibilidad de que haya existido contacto entre las dos regiones, y por ello desechan la posibilidad de que las culturas de Mesoamérica compartan con las del Sureste muchos de sus componentes.

Desde mi punto de vista, este Complejo Ceremonial del Sureste no sólo se encuentra dentro de la cultura Mississippiana sino que está formado por una serie de elementos que distinguen tanto a los sitios del Sureste como a los del Noreste y los caracteriza durante el periodo que va de 1000 d. C. hasta la Conquista.

Entre las imágenes más comunes dentro de este complejo, en territorio mexicano y estadounidense, están las representaciones de los sacerdotes o sacerdotes-guerreros en donde se puede apreciar “una organización socio-religiosa más compleja asociada a la cultura Mississippi” (Griffin, *op. cit.*: 129). Por su parte, MacNeish en su tesis doctoral hace un resumen de los elementos comparables entre una y otra región; de esta manera vemos como el Complejo Ceremonial del Sureste está presente con los siguientes elementos: 1) en los personajes de la pintura mural de Tamohi (Zaragoza, 2003) hay un diseño que consiste en un dibujo que recuerda a la voluta de la palabra, pero que no se localiza en la boca sino más bien entre las cejas. Éste también está presente en los personajes representados en los pectorales de concha de Spiro (MacNeish, 1948: 189); 2) los diseños de caracoles recortados con representaciones centrales en forma cruciforme rodeados por un círculo, es otro de los elementos del complejo utilizados tanto en los pectorales discoidales del Sureste como en la decoración de cerámicas de la Huasteca (Zaragoza, 2003, fig. 3).

Por otro lado, las cerámicas que he presentado muestran que desde épocas tempranas hay similitudes en las expresiones simbólicas plasmadas a través de los diseños de la cerámica entre los grupos asentados en uno y otro lado de la actual frontera, el compromiso es encontrar cuáles fueron los mecanismos de contacto que

llevaron a estos pueblos a relacionarse. De estas reflexiones, se desprende el hecho de que no puede comprenderse a estas culturas como entidades aisladas sino que compartieron una forma de vida.

No obstante las pocas investigaciones realizadas, creo que de seguir en este camino encontraremos paso a paso las relaciones que existieron entre las culturas y porqué no pensar en una superárea cultural diferente como ya lo mencionaba Kirchhoff. Por ello es imperativo realizar mayores investigaciones en estas regiones de contacto y plantear las probables rutas de migración de ideas y grupos como mencionaba MacNeish. Éste es uno de los puntos más importantes para la discusión, para con ello poder establecer cómo fue que compartieron sus tradiciones y qué mecanismos se utilizaron.

De gran importancia para entender las rutas mediante las cuales se dieron estas relaciones, son las referencias hechas por los cronistas de los siglos XVI y XVII acerca del origen norteño de los pobladores de lo que ahora es México. Así vemos como Sahagún y posteriormente Torquemada hablan que vinieron del norte y Sahagún enfatiza que fue por mar; la referencia más sólida acerca del tráfico marítimo y fluvial tanto de personas como de mercancías está narrado en *La Florida del Inca* Garcilaso de la Vega, escrita a raíz de los viajes de la expedición de Hernando de Soto (descubridor del río Mississippi) en 1541:

[...] entre las muchas canoas [...] se vieron algunas de extraña grandeza [...] que había muchas canoas capaces de setenta y cinco y de ochenta hombres, que en ellas venían puestos de tal suerte que pudiesen pelear todos sin estorbarse unos o otros. De la Vega, 1956, libro sexto, capítulo III: 399.

Por ello es muy probable que las rutas de comunicación entre ambas regiones, pudieran haber sido, preferentemente, a lo largo de las costas del Golfo de México a través de los ríos Pánuco y Mississippi, sin descontar que por tierra pudiera haber habido, también, rutas establecidas

como la que se encuentra en el centro de Texas y norte de Tamaulipas, sin embargo, ésta debió ser mucho más difícil de transitar que la costera. “Esto deja a consideración solamente una ruta posible, la costa de Tamaulipas —el centro de Texas— el Sureste” (MacNeish, 1948: 217). Aun cuando todas las rutas tienen sus inconvenientes, hay algunas que parecen prácticamente imposibles, ya sea porque no hay evidencias de los contactos o porque las condiciones del terreno no lo permitieron.

Para finalizar, quiero señalar que debemos trabajar más en estos temas, sobre todo en las rutas, en ambos lados de la actual frontera y tratar de dilucidar que fue lo que sucedió entre el Noreste de México y el Sureste de Estados Unidos, no sólo con las culturas Caddo y las del valle del Mississippi, sino con todas las del Golfo de México, incluyendo las de la península de Florida.

Bibliografía

- Alcorn, Janis
1984. *Huastec Mayan Ethnobotany*, Austin, Texas, University of Texas Press.
- Barrera Vázquez, Alfredo
1943. “Sobre el grupo Macro-Penutiano”, en *El Norte de México y el sur de los Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 186-187.
- Bennett, John W.
1943. “Southeastern Culture Types and Middle American Influences”, en *El Norte de México y el sur de los Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 223-241.
- Brain, Jeffrey y Philip Phillips
1996. *Shell Gorgets. Style of the Late Prehistory and Protohistoric Southeast*, Cambridge, Massachusetts, Peabody Museum Press.
- Brandon, William
1961. *The American Heritage Book of Indians*, USA, American Heritage Publishing Co.

- Braniff, Beatriz
1961. "Exploraciones arqueológicas en el Tunal Grande", en *Boletín INAH*, núm. 5, México, pp. 6-8.
- 1975. *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, S.L.P. Un sitio en la frontera Mesoamericana*, México, INAH (Cuadernos de los Centros, 17).
- Cabrera, Octaviano
1968. *Historia de San Luis Potosí. Época antigua*, San Luis Potosí, Sociedad Potosina de Estudios Históricos.
- Castañeda Cerecero, Laura Adriana
1992. "Altamirano. Un sitio del formativo al noroeste de México", tesis de licenciatura, México, ENAH.
- Chapman, Jefferson
1994. *Tellico Archaeology. 12 000 Years of Native American History*, Knoxville, Tennessee, The University of Tennessee Press.
- Crespo Oviedo, Ana María
1976. *Villa de Reyes, S.L.P. Un núcleo agrícola en la frontera norte de Mesoamérica*, México, INAH (Científica, 42).
- Dávila, Patricio
1997. "La Región Huasteca, sus relaciones culturales", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. LXIII, México, pp. 146-162.
- Delgado Agustín,
1991. "Pipas de piedra de Cueva Vetada, San Luis Potosí, México", en *Arqueología de San Luis Potosí*, México, INAH (Antologías).
- Du Solier, Wilfrido, Alex D. Krieger y James B. Griffin
1947. "Archaeological Zone of Buena Vista, Huaxcama, San Luis Potosí", en *American Antiquity*, vol. XIII, núm. 1.
- Ekholm, Gordon F.
s.f. *Central San Luis Potosí*, Archivo personal, Museo de Historia Americana, Nueva York.
- 1943. "Relations Between Middle America and the Southeast", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 276-283.
- 1944. "Excavations at Tampico and Panuco in the Huasteca, Mexico", en *Anthropological papers of the American Museum of Natural History*, vol. XXXVIII, parte V, Nueva York, pp. 321-599.
- 1953. "Notas Arqueológicas sobre el valle de Tuxpan y áreas circunvecinas", en *Huastecos, Totonacos y sus vecinos*, t. XIII, núms. 2 y 3, México, RMEA/SMA, pp. 413-421.
- Fields, Ross C.
1995. "Analysis of Native-Made Ceramics", en Dee Ann Story (ed.), *The Deshazo Site, Nacogdoches County, Texas*, vol. 2 Artifacts of Native Manufacture, Studies in Archaeology 21, chapter 6, Texas Archaeological Research Laboratory, The University of Texas Austin, pp. 173-232.
- Ford, James A.
1951. "Greenhouse: A Troyville-Coles Creek Period Site in Avoyelles Parish, Louisiana", en *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, vol. 44, Part 1, Nueva York.
- Fowler, Melvin
1975. "Archaeological Phases at Cahokia", en *Perspectives in Cahokia Archaeology. Illinois Archaeological Survey*, Bulletin núm. 10, Urbana.
- García Cook, Ángel y Leonor Merino Carrión
1991. "Influencias externas en el desarrollo regional de la planicie costera", en *Cuextecapan, lugar de bastimentos*, México, CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata), pp. 21-31.
- Griffin, James B.
1943. "Archaeological Horizons in the Southeast and their Connection with the Mexican Area", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 283-285.
- 1952. "An Interpretation of the Place of Spiro in Southeastern Archaeology", en *The Spiro Mound, The Missouri Archaeologist*, vol. 14, Columbia, pp. 89-106.
- 1966. "Mesoamerica and the Eastern United States in Prehistoric Times", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 4, Austin, pp. 111-131.

- Heldman, Donald P.
1970. "Relationships of the Rio Verde Valley, San Luis Potosí, Mexico to the Huasteca", México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.
- Hilgeman, Sherri L.
2000. *Pottery and Chronology at Angel*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- Hughes, Jack T.
1947. "An Archaeological Reconnaissance in Tamaulipas", en *American Antiquity*, vol. XIII, núm. 1.
- Jiménez Moreno, Wigberto
1943. "Relaciones Etnológicas entre Mesoamérica y el Sureste de Estados Unidos", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 286-295.
- Keel, Bennie C.
1976. *Cherokee Archaeology. A Study of the Appalachian Summit*, Knoxville, The University of Tennessee Press.
- Kirchhoff, Paul
1967. *Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*, suplemento de la Revista *Tlatoani*, núm. 3, México, Sociedad de alumnos de la ENAH.
- Krieger, Alex
1943. "Archaeological Horizons in the Caddo Area", en *El Norte de México y el sur de los Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 154-156.
- MacNeish, Richard S.
1947. "A Preliminary Report on the Sierra de Tamaulipas", en *American Antiquity*, vol. XIII, núm. 1.

1948. "Prehistoric Relationships Between the Cultures of the Southeastern United States and Mexico in Light of an Archaeological Survey of the State of Tamaulipas, Mexico", tesis doctoral, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago.
- 1950. "A Synopsis of the Archaeological Sequence in the Sierra de Tamaulipas", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XI, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 79-96.
- 1954. *An Early Archaeological Site Near Panuco, Vera Cruz*, Transactions of the American Philosophical Society, New Series, vol. 44, part 5, Philadelphia.
- 1958. *Preliminary Archaeological Investigations in the Sierra de Tamaulipas, México*, Transactions of the American Philosophical Society, New Series, vol. 48, Part 6, Philadelphia.
- Marquina, Ignacio
1943. "Los monumentos de México y del Suroeste y Sureste de Estados Unidos", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología pp. 252-255.
- Mason, Alden
1943a. "On the Mesoamerican Linguistics", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 187-189.

1943b. "Summary of Section on Cultural Relations Between Northern Mexico and the Southeastern United States", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 348-351.
- Merino, Leonor y Ángel García Cook
1987. "Proyecto Arqueológico Huasteca", en *Arqueología 1*, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, pp. 31-72.
- Neumann, George
1943. "The Varieties of Prehistoric Indians of the Eastern United States", en *El Norte de México y el sur de los Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 171-180.
- O'Brien, Michael
1994. *Cat Monsters and Head Pots*, Missouri, University of Missouri Press.
- Phillips, Phillip y James Brown
1978. *Pre-Columbian Shell Engravings. From the Craig Mound At Spiro, Oklahoma*, Peabody Museum Press.

• Porter, Muriel
1948. “Pipas precortesianas”, en *Acta Anthropologica*, núm. 111, México, ENAH, p. 2.

• Rubín de la Borbolla, Daniel F.
1943. “La Antropología Física y el norte de México”, en *El Norte de México y el sur de los Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 166-171.

• Swanton, John R.
1943. “Relations Between Northern Mexico and the Southeast of the United States from the Point of View of Ethnology and History”, en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, México, III Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 259-276.

• Toth, Alan
1974. *Archaeology and Ceramics at the Marksville Site*, Ann Arbor, The University of Michigan.

• Vega, Garcilaso de la
1956. *La Florida del Inca*, México, FCE.

• Wauchope, Robert
1966. *Archaeological Survey of Northern Georgia. With a Test of Some Cultural Hypotheses*, Salt Lake City, Memoirs of the Society for American Archaeology, núm. 21.

• Webb, Clarence H.
1959. *The Belcher Mound. A stratified Caddoan Site in Caddo Parish, Louisiana*, Salt Lake City, Memoirs of the Society for American Archaeology, núm. 16.

• Williams, Stephen y Jeffrey P. Brain
1983. *Excavations at the Lake George site. Yazoo County, Mississippi 1958-1960*, Cambridge, Massachusetts, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University.

• Zaragoza Ocaña, Diana
1996. “Presencia Pame prehispánica en la región de Guadalcázar”, en *XFOI Coloquio Pame. Los pames de San Luis Potosí y Querétaro*, México, Centro de Investigaciones Históricas de San Luis Potosí, Instituto de Cultura.

2003a. “Algunas consideraciones sobre la cerámica Huasteca Negro sobre Blanco”, en *Arqueología*,

segunda época, núm. 29, México, INAH, pp. 125-140.

2003b. “La Huasteca, siglos XV y XVI: propuesta de subáreas culturales, Tamohi, estudio de caso”, tesis doctoral, México, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.



Los entierros de la capilla abierta de Dzibilchaltún, Yucatán: condiciones de vida y salud del pueblo maya al inicio de la Colonia**

En la capilla abierta de la plaza central del sitio arqueológico de Dzibilchaltún, Yucatán, se exploraron 25 esqueletos, tres niños de entre seis meses y siete años, tres púberes entre diez y doce años, cinco adolescentes entre 17 y 19 años y doce sujetos masculinos con edades que van desde los 20 hasta los 30 años. No hubo presencia de individuos en etapa senil. De acuerdo con las fuentes históricas, los entierros se ubicarían a finales del siglo XVI o principios del XVII.

Con base en esta distribución de edad y sexo, se procedió a identificar algunas lesiones óseas presentes, para ello se utilizaron múltiples marcadores de estrés que se ubicaron en su contexto arqueológico con la finalidad de proponer hipótesis sobre las posibles condiciones de vida de este grupo. Se utilizaron indicadores tales como líneas de hipoplasia, criba orbitalia, hiperostosis porótica, caries y abscesos.

Los resultados muestran una alimentación baja en carbohidratos y proteínas, indicada por una disminución en la frecuencia de caries y cálculos, sólo se obtuvieron tres casos severos con líneas de hipoplasia; sin embargo, la mayoría presentó osteofitos en las vértebras lumbares, asociadas a nódulos de Schmorl, lo que nos sugiere problemas en su estilo de vida de tipo biomecánico, vinculados a esfuerzos físicos desde la niñez.

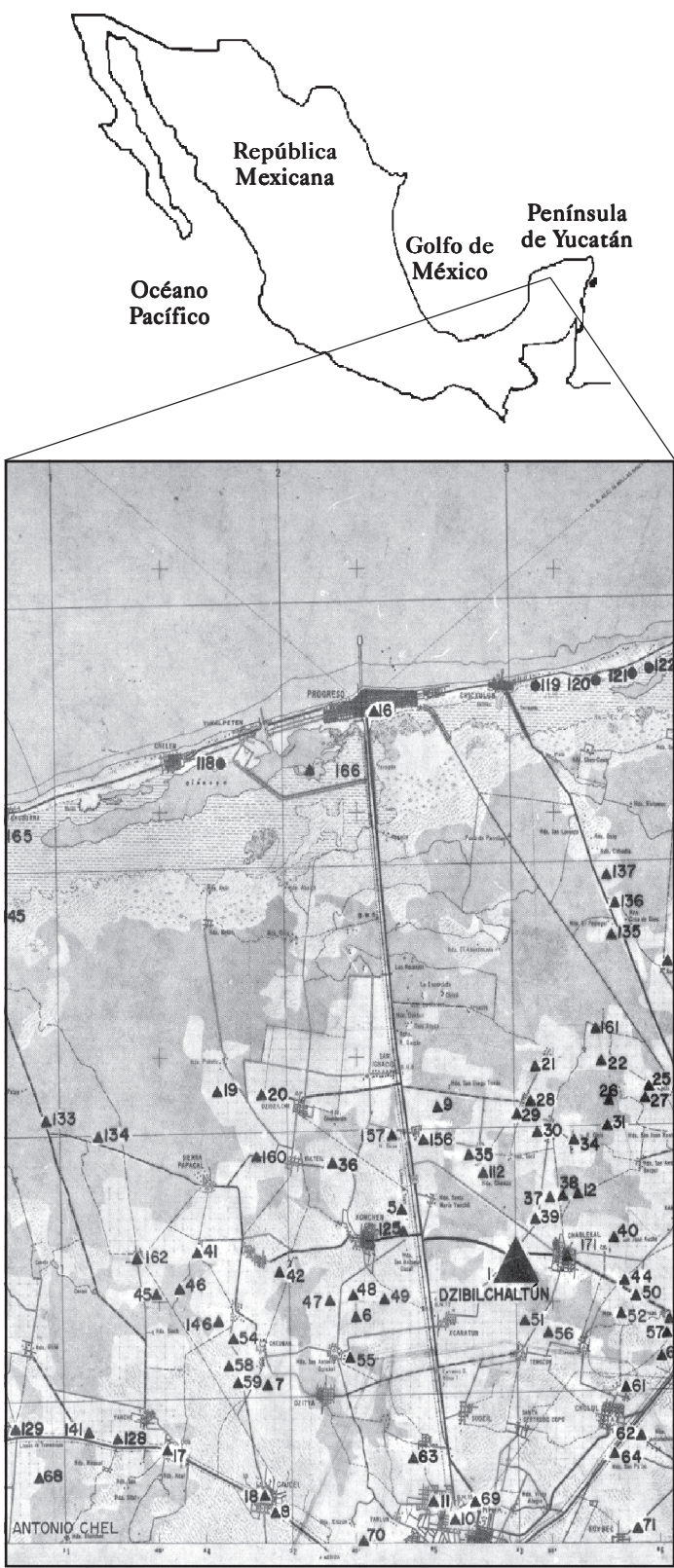
Dzibilchaltún, situado en el norte de la península de Yucatán (fig. 1), es un sitio que cuenta con una larga secuencia de desarrollo originada durante el Preclásico medio y que continuó hasta los tiempos de la Colonia. De esta última etapa, conserva una capilla abierta situada en medio de su plaza central.

Artigas señala (1992: 13-15) que en la arquitectura novohispana del siglo XVI hubo varios tipos de edificios religiosos: el primero y más conocido fue el de la nave rasa, cuya planta tuvo forma de un rectángulo muy alargado, con la entrada principal en uno de sus lados menores y el ábside en el opuesto. Sus amplios y alargados muros, con varias puertas laterales, soportaron una variedad de techumbres y en el interior albergaba el sotocoro y el coro pegados a la entrada, la nave para los feligreses y el presbiterio, con el ábside y el altar.

Otro tipo de edificios levantados posteriormente fueron los de planta basilical con tres naves, construidos durante la segunda mitad del siglo XVI, mismos

* Centro INAH Yucatán. yago_arias@hotmail.com

** Agradecemos al doctor Pascual Bartolo Pérez y al ingeniero William Cauich del Departamento de Física Aplicada del Centro de Investigaciones y de Estudios Avanzados del IPN, unidad Mérida, por su valiosa colaboración, al proporcionar el equipo de Microscopía Electrónica de Barrido (Scanner Electronics Microscopy). Asimismo al doctor B. Kurjack por las fotografías del material óseo. Agradecemos también al Departamento de Restauración del Centro INAH Yucatán su apreciable participación en la restauración y conservación del material óseo, y a los pasantes de arqueología Román de Atocha Mier Aragón y Elia María Zaldívar Rae su valiosa cooperación en el inventariado y registro de los materiales óseos.



● Fig. 1. Mapa de Localización de Dzibilchaltún en la península de Yucatán.

que al parecer fueron bastante escasos en la Nueva España.

El tercer grupo corresponde a las capillas abiertas, como el caso aquí tratado, cuya tipología parece no tener antecedentes directos en Europa y constituyen para algunos autores una creación original de la Iglesia en América.

Según el mismo autor, el programa de necesidades para celebrar la misa en un templo católico incluye al altar junto con el ara y la nave, que es un espacio amplio donde se sitúan los feligreses. Por respeto, el altar debe tener un espacio suficiente, lo cual dio lugar al ábside. La relación entre el ábside y la nave permitió diferentes soluciones, una de las cuales fue la capilla abierta novohispana del siglo XVI. Las capillas abiertas se componen “de un ábside techado, abierto por el frente, hacia donde se ubica una explanada que sirve de lugar de reunión pública y hace las veces de la nave de una iglesia techada” (Artigas, 1992: 20).

Para Artigas (*op. cit.*: 27) las “capillas abiertas aisladas”, categoría establecida por Pedro Rojas (1963), son edificios que se encuentran separados de los conjuntos de construcciones religiosas, tienen ábside construido y una nave que puede estar descubierta o techada con materiales perecederos y pueden acompañarse de una o dos habitaciones de dimensiones menores ocupadas por la sacristía y el baptisterio. Apoyándose en una cita de fray Pedro de Gante, sostiene que los primeros datos sobre la existencia de éstas parecen remontarse al año de 1527.

Según Kubler (1984: 368-370) la primera mención es de 1541, hecha por Motolinía, quien consignó que los

patios de las iglesias eran muy grandes porque la gente era mucha y no cabía en ellas. Y, aparentemente, debido a eso tenían su capilla en los patios. El mismo autor refiere que fray Alonso Ponce en 1580 habla del carácter provisional de las capillas abiertas y distingue tres tipos: 1) las que se anexaban a la portería de las construcciones conventuales, mismas que podrían interpretarse como un templo sin muros laterales o un presbiterio sin nave; 2) las construcciones rudimentarias carentes de medios para custodiar al Santísimo Sacramento y 3) una capilla auxiliar para congregar a los indígenas aunque hubiera iglesia. Para este autor, las capillas abiertas de Yucatán fueron del primer tipo, aunque la mayoría de las construcciones religiosas contaban solamente con la “ramada y capilla de indios” en el tiempo de la visita del cronista.

Para García Targa (2002: 63), en las construcciones franciscanas tempranas del área maya destacan dos elementos: la fachada exenta y la nave que define como una parte adicional. Ésta última en Yucatán fue una unidad diferenciada por el tipo de materiales precederos utilizados en las primeras edificaciones, agregada a la parte más importante de la estructura, llamada “ramada”.

Lo que sí es importante resaltar es el hecho de que para Kubler no todas las capillas abiertas fueron capillas de indios, en el sentido que se dio a éstas últimas en Guatemala, donde funcionó como una institución fiscal y social. García Granados señala que ese tipo de construcción termina en el último cuarto del siglo XVI y la causa principal la atribuye a la notoria disminución de la población indígena producida por las epidemias de la época.

Un aspecto importante relacionado con las edificaciones religiosas tempranas es el del uso de éstas como sitio de inhumaciones. Al respecto, García Targa (*op. cit.*: 72) dice:

La importancia del espacio religioso se materializaba también en la utilización de determinadas zonas como “campos santos” destinados a personas vinculadas a

las nuevas actividades religiosas, ya fueran frailes itinerantes o ayudantes indígenas en las labores pastorales. Dentro de la zona peninsular contamos con ejemplos como Tancah en el este, con 19 enterramientos en la nave de la iglesia o en Tipú donde se documentó un total de 15 enterramientos dentro o al límite de la iglesia.

Los antecedentes más antiguos en relación con el hallazgo de restos óseos asociados a una estructura religiosa cristiana en Dzibilchaltún, están registrados en la publicación de Brainerd (1958: 15). Él refiere haber detectado en un pozo de sondeo la presencia de numerosos enterramientos bajo el piso del altar de la capilla. Igualmente, el manuscrito del obispo Gómez de Parada resultado de las constituciones sinodales realizadas en la segunda década del siglo XVIII, hace referencia a la práctica cristiana de enterrar a los difuntos dentro y en los alrededores de las iglesias.

Es así que, un material que se agrega a los objetos explorados y que de esta manera viene a complementar las investigaciones realizadas en torno a las capillas abiertas, son los restos óseos inhumados en el área de éstas. Como fuente de información acerca de los grupos humanos del pasado, los restos óseos han proporcionado datos necesarios para la comprensión de una amplia gama de aspectos, desde sus características físicas hasta sus condiciones de vida¹ y salud. Muestras de ello han sido los datos aportados por las exploraciones hechas en distintos conventos en varios sitios del país (Miller y Farris, 1985; Burgos y Arias, 1997; Rosales *et al.*, 1991; Mansilla y Pompa, 1992; Mansilla *et al.*, 1992; Beristain, 1996).

Buikstra y Cook (1980) proponen un enfoque en los estudios de los restos óseos de una orientación tipológica, descriptiva e individual, a una orientación hacia los procesos y las poblaciones. El enfoque biocultural o bioarqueológico preten-

¹ También conocido como “forma de vida” o “estilo de vida”, el concepto de “condiciones de vida” se refiere al conjunto de patrones culturales, ideológicos y de actitudes que determinan el comportamiento social del individuo (Swedlund y Armelagos, 1990).

de evaluar la condición biológica de las poblaciones humanas y sus consecuencias para la reproducción biológica y cultural de la sociedad, así como considerar los efectos selectivos de la cultura y la supervivencia de los individuos que conforman la población analizada.

Bajo este enfoque, surgen estudios que se refieren a la utilización de múltiples indicadores de estrés para comprender, entre otros rubros, la salud en las sociedades desaparecidas (Goodman *et al.*, 1984; 1988). Se proponen modelos para poner en contexto los indicadores óseos del estrés, y los enfoques de varias líneas de investigación que contribuyen a comprender los entornos culturales y ambientales de las lesiones óseas y aquellos procesos biológicos que dan lugar a su desarrollo (Buikstra *et al.*, 1980; Goodman *et al.*, 1988).

Ubicación del área de estudio

En el estudio que Folan (1970) publicó sobre la capilla abierta de Dzibilchaltún, refiere que pocas veces una zona arqueológica es descubierta por la presencia de este tipo de capillas y que éste fue precisamente el caso.

La búsqueda de material cerámico del periodo inmediato a la Conquista hizo que en 1941 George Brainerd y Wyllys Andrews IV se interesaran en ese sitio, localizado al norte y muy cerca de la ciudad de Mérida. En esa época, una buena cantidad de vestigios todavía estaba a la vista; la bóveda de la capilla parcialmente colapsada dejaba ver en el muro frontal del presbiterio la figura de pie de un obispo, pintada al lado izquierdo del altar, así como un arcángel representado sobre un caballo, situados en la parte superior de éste; ambos fueron considerados por Brainerd como un ejemplo del arte colonial del siglo XVI.

Excavando el lado norte de la casa cural, Brainerd descubrió una piedra tallada con fecha de 1593; también leyó una fecha de 1662 o 1663 en una piedra asociada con la jamba de una

de las entradas del lado oeste del corral de la hacienda. Según Folan (1970), la fecha de construcción de la capilla y edificios adjuntos puede situarse hacia 1590. Su situación al núcleo de la gran plaza central prehispánica, se ha interpretado como un indicador de que el sitio mantenía una población de cierta importancia a la llegada de los conquistadores.

La capilla abierta, con una bóveda corta de cañón corrido, conserva piedras labradas con motivos prehispánicos colocadas en las paredes de la construcción, circunstancia que se ha considerado como la mejor prueba del momento de la superposición de las culturas indígena y europea.

En el muro sur del presbiterio se notan, por falta del enlucido, algunos elementos de piedra con diseños geométricos y flores procedentes de los edificios mayas; en el oriente un nicho y el altar, y al frente se aprecia una hilada de piedras correspondientes a la base que delimitó la extensión del zócalo del altar y otra que marca el inicio de la nave (fig. 2). El área de la nave debió haber estado cubierta en la parte superior por una techumbre hecha de material perecedero a base de paja y morillos de madera. La parte del ábside, fabricada con gruesos muros de mampostería y una bóveda corta de cañón corrido, mide desde el exterior unos 11.50 m de ancho por 6.57 m de largo. La nave debió medir, según evidencias *in situ*, unos 14.90 m de largo por 12.38 m de ancho. La bóveda tiene unos 7 m de altura. La capilla está orientada hacia el oeste y en el costado norte del presbiterio se encuentra otra construcción que debió haber funcionado como sacristía que mide 7.16 m de largo por 6.21 m de ancho.

En un artículo en el que Andrews (1991) discute las características de las iglesias y capillas rurales de la etapa colonial temprana, presenta las reconstrucciones hipotéticas y plantas de algunas de las capillas abiertas que incluye en su estudio, fabricadas originalmente con materiales perecederos, según algunas fuentes



● Fig. 2. Capilla abierta en la gran plaza central de Dzibilchaltún, se muestra el trazo de la cala exploratoria.

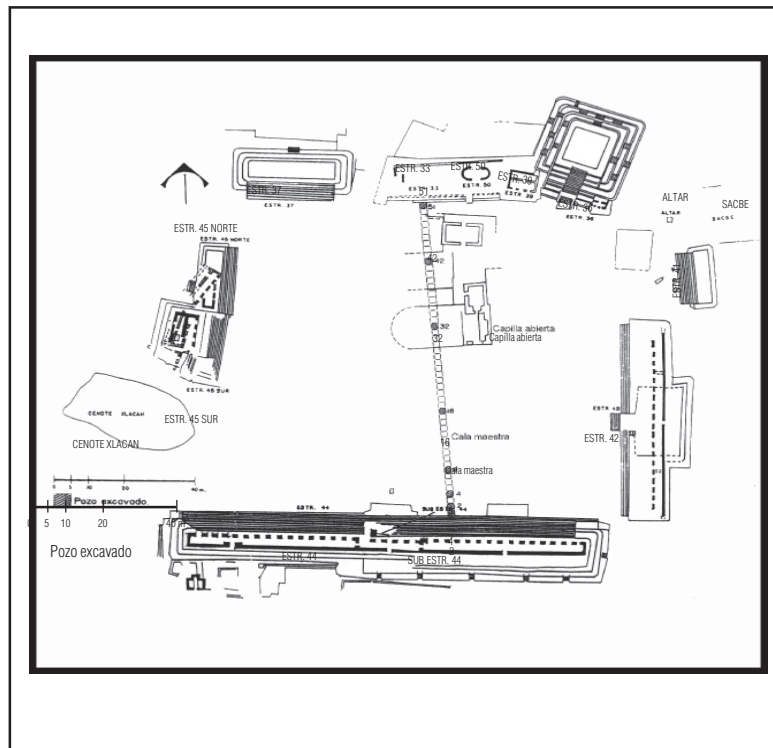
coloniales, o con materiales mixtos, en una combinación de piedra, paja y troncos de madera. Entre éstas se cuenta la de Dzibilchaltún, junto con algunas otras del oriente de la Península, como las de Xcaret, Tanchah y Ecab.

Después de casi una década de trabajos arqueológicos realizados entre 1956 y 1965 por el Middle American Research Institute (MARI) de la Universidad de Tulane y la National Geographic Society, el INAH reinició trabajos de investigación arqueológica a partir de 1993 en Dzibilchaltún.

En una de las últimas temporadas de campo (Maldonado *et al.*, 2000) y con la finalidad de ampliar el conocimiento que se tenía de la plaza central, se decidió trazar una cala exploratoria de 102 m de largo, en busca de datos sobre su formación. La trinchera de 2 m de ancho pasó enfrente de la capilla abierta y ahí se practicó uno de los ocho pozos explorados, el pozo 32 (fig. 3). Las dimensiones de

este pozo fueron de 2 m por lado y una profundidad máxima de 1.20 m a partir de la superficie de la plataforma hasta el nivel de la roca madre. Estaba conformado por cuatro capas, con espesores que iban desde 0.25 m a 0.40 m aproximadamente y cuya composición era de tierra color grisáceo con piedras pequeñas y con escasos tiestos revueltos. Este pozo posteriormente se amplió debido a la presencia de los entierros coloniales encontrados durante la excavación y que son los que conforman el grueso del material de esta presentación.

Es necesario aclarar que el área explorada representa aproximadamente 10 por ciento del área de la nave. Sin embargo, esta área fue la más productiva debido a que propició la recuperación de los 25 entierros.



● Fig. 3. Plaza central de Dzibilchaltún con la cala maestra de exploración en donde se muestra el pozo 32 frente a la capilla abierta.

Materiales

El material óseo procedente de la exploración consistió en 25 entierros con diversos grados de conservación; una parte de ellos se puede apreciar en el levantamiento mostrado en la figura 4. La cantidad de elementos óseos existentes por individuo varió entre 10 y 40 por ciento.

Los entierros estaban compuestos por dos o más individuos. El área de entierros fue reutilizada por lo que se provocó la destrucción de algunos restos al inhumar en el mismo sitio. Por esta razón, al momento de explorar se encontraron sólo partes del esqueleto. Todos los entierros fueron primarios y directos; las orientaciones de oeste a este, aparentemente siguiendo el rito cristiano de colocar a los difuntos mirando hacia donde sale el Sol.

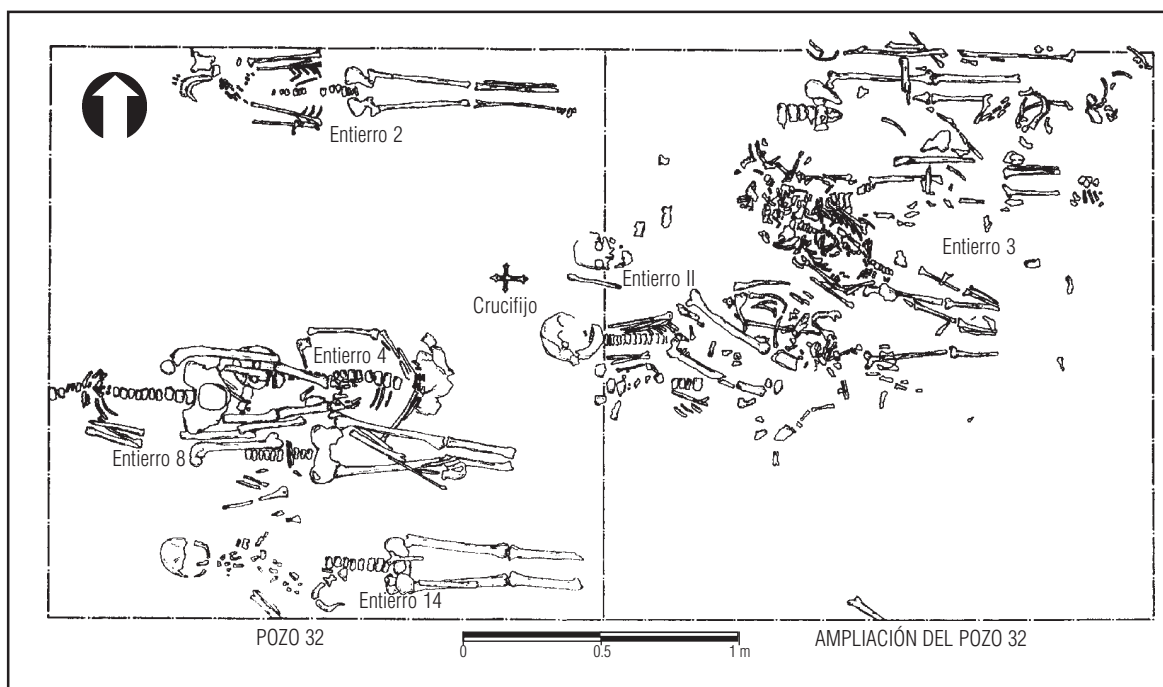
Tanto la cerámica correspondiente a la época tardía del sitio, como los datos históricos antes mencionados, permiten ubicar temporalmen-

te los restos óseos hacia el final del siglo XVI o principios del XVII.

Método y técnicas

Uno de los primeros estudios que se realiza en el material óseo de poblaciones desaparecidas, se refiere a la estimación de los parámetros de edad y sexo, los cuales son relevantes para el estudio de las condiciones de salud y enfermedad, así como las tablas de vida para hacer inferencias de orden demográfico, relativas a la tasa de mortalidad y fertilidad.

Así, para la estimación de la edad, se cuenta con varias técnicas establecidas a través de diversos tipos de estudio. La asignación de edad de los sujetos infantiles se determina con base en las tablas de desarrollo y en las del brote dental (Kósa, 1989). De igual forma se utilizan las medidas y aparición de los centros de osificación propuestas por Ubelaker (1989), así como también los datos de Ferembach y colaboradores (1979). En los sujetos adolescentes se



● Fig. 4. Algunos entierros encontrados en el pozo 32 y en la ampliación dentro de la gran cala central de exploración.

empleó la edad de fusión de la epífisis con la diáfisis (Ferembach *et al.*, 1979).

En la asignación de edad en los restos de individuos adultos, se usaron principalmente los cambios que sufre la sínfisis púbica y la superficie auricular propuestas por Todd (Meindl y Lovejoy, 1989; Iscan y Loth 1989), así como los cambios de la extremidad esternal de las costillas (Loth e Iscan, 1989). Es denominado también método multifactorial para la estimación de la edad, y consiste en utilizar varios parámetros en un mismo esqueleto para poder realizar este diagnóstico con mayor confiabilidad (Lovejoy *et al.*, 1985).

Para la determinación del sexo en restos óseos de individuos adultos, se usaron principalmente los parámetros para la pelvis y el cráneo, propuestos por algunos autores (Krogman e Iscan, 1986 y Ferembach *et al.*, 1979).

Para la ordenación del material por grupos de edad, se aplicó la clasificación Hooton (1947) (tabla 1).

Periodo	Rangos de edad en años
Primera infancia	0 a 3
Segunda infancia	4 a 6
Tercera infancia	7 a 12
Adolescencia	13 a 17
Subadulto	18 a 20
Adulto joven	21 a 35
Adulto medio	36 a 55
Adulto avanzado	56 a 75
Senil	75 o más

● Tabla 1. Clasificación de los rangos de edad.

Con base en la distribución de edad y sexo resultante, se procedió a identificar algunas lesiones óseas, utilizando múltiples marcadores de estrés que se ubicaron en su contexto arqueológico con la finalidad de proponer hipótesis sobre su etiología y las posibles condiciones de vida de este grupo.

Las premisas y las definiciones de los conceptos relativos al análisis de la salud y de las condiciones de vida, han sido incorporados a los estudios de tipo bio-psico-social propuestos por la antropología física mexicana (Civera y Márquez, 1998), para el estudio de las sociedades prehispánicas y coloniales, determinándose su importancia como elementos fundamentales para la comprensión del estrés y la salud en cualquier sociedad.

Por ejemplo, una de las premisas de este modelo, apoyado en las propuestas de Frenk y colaboradores, consiste en analizar el fenómeno denominado “transición en la salud”, concebido como un proceso dinámico, en el cual los patrones de salud y enfermedad de una sociedad se desarrollan de diversas maneras como respuesta a un cambio mayor en los ámbitos demográfico, socioeconómico, tecnológico, político, cultural e ideológico (Frenk, 1991).

En este esquema se toman en cuenta varios estadios o eras en la transición epidemiológica: tradicional, de transición temprana, de transición tardía y moderna. La población y el medio ambiente se encuentran estrechamente vinculados, el primero es la organización social mediante la cual los seres humanos desarrollan las estructuras y los procesos necesarios para transformar a la naturaleza, y el segundo son las fuerzas evolutivas que modelan al genoma.

Para la organización social se describen múltiples dimensiones que van desde la estructura económica, hasta la ideológica, que al articularse bajo un contexto determinado, condicionan el nivel de bienestar de una sociedad y de la estructura de clases de una sociedad (Frenk, 1991).

Estos elementos constituyen los determinantes estructurales del proceso salud-enfermedad y juntos detienen o frenan la variación de una serie de determinantes próximos, tales como las condiciones de trabajo y de estilos de vida. En cuanto a las condiciones de vida, la alimentación y la vivienda son de especial interés en cuanto a sus efectos sobre la salud de las pobla-

ciones, ya que éstos se determinan multifactorialmente.

Con los anteriores argumentos como base y para el estudio de los indicadores de estrés en poblaciones desaparecidas, la paleodemografía, la paleopatología y la paleoepidemiología se han dedicado a la tarea de realizar interpretaciones e inferencias a partir del análisis de los esqueletos (Buikstra y Cook, 1980).

Como fuente de información acerca de los grupos humanos del pasado, los restos óseos han proporcionado datos necesarios para la comprensión de una amplia gama de aspectos, desde sus características físicas hasta sus condiciones de vida y salud.

Un primer enfoque encauzó a los antropólogos físicos al análisis métrico, mientras que los médicos y patólogos se dedicaron a estudiar indicadores para diagnosticar procesos mórbidos. Durante la década de 1980, Buikstra y Cook (1980) propusieron un nuevo enfoque en los estudios de los restos óseos: de una orientación tipológica, descriptiva e individual a una orientación hacia los procesos y las poblaciones.

El enfoque biocultural o bioarqueológico pretende evaluar la condición biológica de las poblaciones humanas y sus consecuencias para la reproducción biológica y cultural de la sociedad, así como considerar los efectos selectivos de la cultura y la supervivencia de los individuos que conforman la población que se analice.

Como consecuencia, en la valoración de las condiciones de vida, se tomaron en consideración algunos marcadores de estrés² (Lallo *et al.*, 1977; Goodman *et al.*, 1988; 1984): las líneas de hipoplasia y opacidad del esmalte en dientes deci-

duales y permanentes (Cook y Buikstra, 1979), tanto para niños en primera, segunda y tercera infancia, como en adolescentes, adultos jóvenes y maduros.

Para el registro de estas dos condiciones se utilizó la escala mostrada en la tabla 2.

Defecto	Notación	Característica*
Hipoplasia	1	Surco lineal horizontal
	2	Surco lineal vertical
	3	Hoyos lineales horizontales
	4	Hoyos lineales desordenados
	5	Hoyos simples

● Tabla 2. Escala para valoración de las líneas de hipoplasia.

* Buikstra y Ubelaker, 1994.

Las características de las líneas de hipoplasia son registradas por tipo y localización. El ancho y la profundidad de los rasgos hipoplásico proporcionan información acerca de la duración y severidad de un deficiente estado de salud. De la misma manera, se utilizaron las líneas de Harris, valoradas a partir de placas radiográficas, así como la duración y severidad de la hiperostosis porótica y *Criba Obitalia*.

Para lograr dichos objetivos, se diseñaron tres formas de cédulas: en la primera se inventarió el total de los elementos óseos existentes por entierro y por individuo, señalándose su grado de conservación, así como los datos sobre sexo y edad; en la segunda se dibujó sobre un diagrama del esqueleto las partes existentes, así como las posibles lesiones óseas presentes; finalmente en la última se registró la información de los defectos dentales, tales como caries, cálculos y abscesos siguiendo los estándares recomendados (Buikstra y Ubelaker, 1994).

Por último, se sometieron a discusión los resultados obtenidos anteriormente con datos provenientes de los archivos parroquiales, para saber, por ejemplo, la edad de los individuos al momento de morir y la esperanza de vida que se tenía para esa época.

² Uno de los mejores indicadores de condiciones de vida, es el de la esperanza de vida, el cual se obtiene de las tablas de vida. En este caso no fue posible calcular este estimador demográfico directamente de los restos debido a lo reducido de la muestra, pero sí se utilizó el valor obtenido a partir de los archivos parroquiales.

Resultados y discusión

Estimación de la edad y sexo

A pesar de que el material óseo no presentó óptimas condiciones, se pudo realizar un análisis exhaustivo sobre los fragmentos, tomando en consideración aquéllos de las porciones distales y proximales de los huesos largos y costillas, así como del cráneo, hueso coxal y vértebras. Además se hicieron observaciones de tipo radiográfico y morfoscópico con la finalidad de precisar el diagnóstico diferencial.

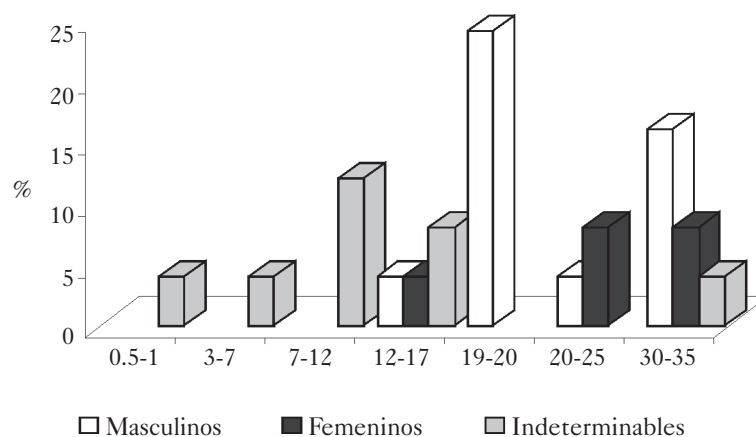
Un resumen de los resultados obtenidos de la estimación de edad y sexo se muestran en la siguiente distribución (tabla 3 y gráfica 1).

Como se puede apreciar, en el grupo de los individuos de sexo masculino, tenemos a un sujeto ($1/25 = 4\%$) con una edad entre 12 y 17 años, a seis ($6/25 = 24\%$) con edades entre 19 y 20 años, a uno ($1/25 = 4\%$) entre 20 y 25 años y a cuatro ($4/25 = 16\%$) con edades entre 30 y 35 años; este conjunto de individuos masculinos suman 12 y representan 48% ($12/25$) del total. En los mismos rangos de edad y para los femeninos, se tiene a uno ($1/25 = 4\%$) entre 12 y 17 años, a dos ($2/25 = 8\%$) entre 20 y 25 años y a dos ($2/25 = 8\%$) entre 30 y 35 años, los cuales representan 20% ($5/25$) del total.

Por último, en el rango de edades que comprende entre 0 y 11 años —o sea, entre el nacimiento y la pubertad— tenemos a los siguientes

Edad (años)	MASCULINOS		FEMENINOS		INDETERMINABLES		TOTAL	
	N	%	N	%	N	%	N	%
0.5-1					1	4.0	1	4.0
3-7					1	4.0	1	4.0
7-12					3	12.0	3	12.0
12-17	1	4.0	1	4.0	2	8.0	4	16.0
19-20	6	24.0					6	24.0
20-25	1	4.0	2	8.0			3	12.0
30-35	4	16.0	2	8.0	1	4.0	7	28.0
Total	12	48.0	5	20.0	8	32.0	25	100

● Tabla 3. Distribución por edad y sexo de los entierros de la capilla abierta.



● Gráfica 1. Distribución por edad y sexo. Capilla abierta Dzibilchaltún, Yucatán.

sujetos de sexo indeterminable: uno entre seis meses y un año ($1/25 = 4\%$), uno entre tres y siete años ($1/25 = 4\%$) y a dos entre siete y 11 años ($2/25 = 8\%$) que representan 28% del total (7/25).

Para saber si estos individuos fueron afectados por algún tipo de factor de estrés, registramos algunos de los indicadores que suelen utilizarse, tales como líneas de hipoplasia, caries, abscesos e infecciones, con la idea de plantear algunas hipótesis de los posibles causales próximos de muerte. De esta manera se identificaron algunas lesiones óseas que agrupamos en cuatro conjuntos.

Líneas de hipoplasia

Es un indicador de estrés episódico o marcador no específico. Una hipoplasia del esmalte es una condición que se detecta en la superficie de la corona de los dientes a simple vista, y que consiste en una serie de líneas, bandas o fosas formadas por una disminución en el grosor del esmalte (Goodman *et al.*, 1980; 1990). Puede ser causado por tres fenómenos: estrés metabólico sistémico, anomalías congénitas y trauma localizado. Mientras que la opacidad es una imperfecta mineralización del esmalte.

Estas líneas o bandas —surgidas entre los 18 y 20 años— se pueden formar desde el nacimiento hasta la fusión de la epífisis con la diáfisis. Generalmente se forman después del primer año de nacimiento; puede ser causado por los efectos negativos del destete, aunque más bien ha sido identificado como simple casualidad de ocurrencia, habiendo otra frecuencia máxima antes de cumplir los cuatro años de edad. Se ha logrado establecer una correlación positiva entre condiciones de vida y las Líneas de hipoplasia del esmalte (Lovell y Whyte, 1999; Lukacs, 1992; 1997). Por el con-

trario, Ortner (1983) sugiere que esta condición es un marcador indicativo de una adaptación o de recuperación exitosa.

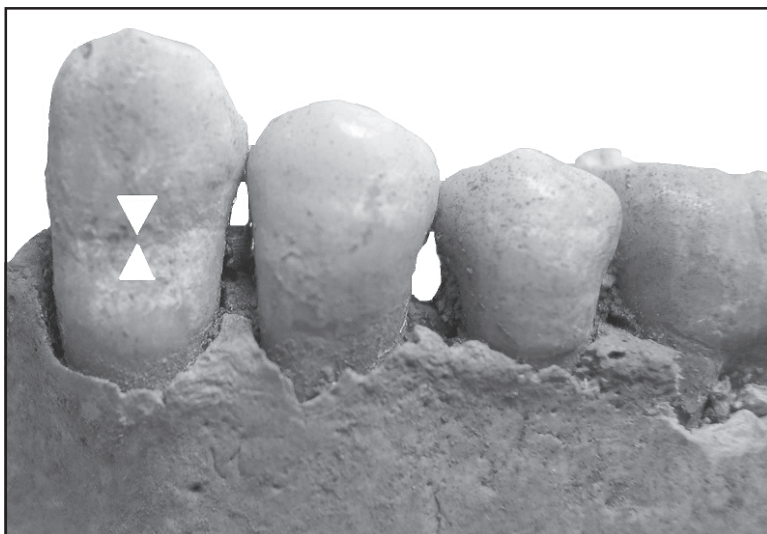
En la muestra analizada obtuvimos 12 por ciento (3/25) de afectados por esta condición, lo cual ocurrió en el Entierro 10, individuo 2, sujeto femenino con más de 40 años (fig. 5) y en el Entierro 11, individuo 1 (fig. 6), adolescente femenino de 16 años. Además en el individuo con una edad de más de 40 años se identificaron nódulos de Schmorl y osteofitos en las vértebras torácicas. Un ejemplo más fue el Entierro 4, con una edad de 5 años (segunda infancia) e indeterminable (fig. 7), donde se puede observar en una imagen de microscopía electrónica la banda de hipoplasia, que por la anchura y profundidad, se infiere que los factores de estrés se manifestaron en grado severo.

Caries, cálculos, desgaste y absceso dental

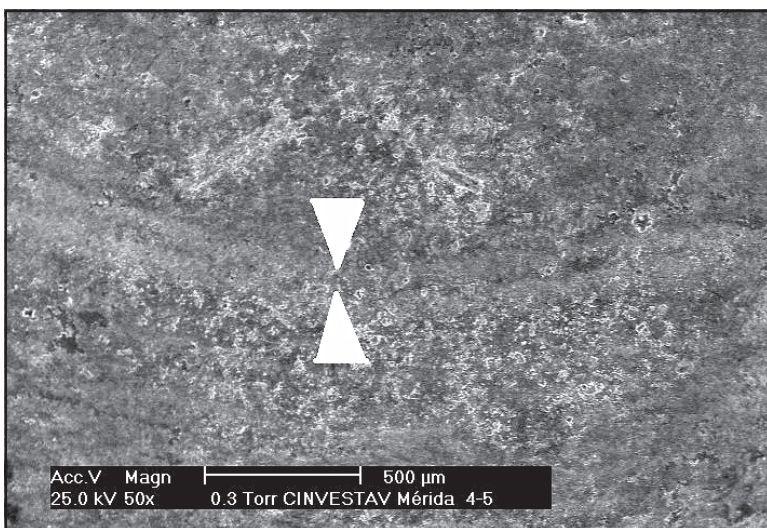
Estos padecimientos del sistema bucodental son otro grupo de indicadores. Las dos primeras están relacionadas con la llamada placa bacteriana formada alrededor de la región cervical de la corona de los dientes cuando la limpieza bucal no es suficiente, y la segunda, con el tipo, calidad y forma de preparar los alimentos, en algunos casos puede estar relacionada con la actividad productiva que desempeña el



● Fig. 5. Líneas de hipoplasia. Entierro 10, individuo 2.



● Fig. 6. Líneas de hipoplasia de esmalte. Entierro 11, individuo 1.



● Fig. 7. Banda de hipoplasia en el Entierro 4, sexo indeterminable, edad 5 años.

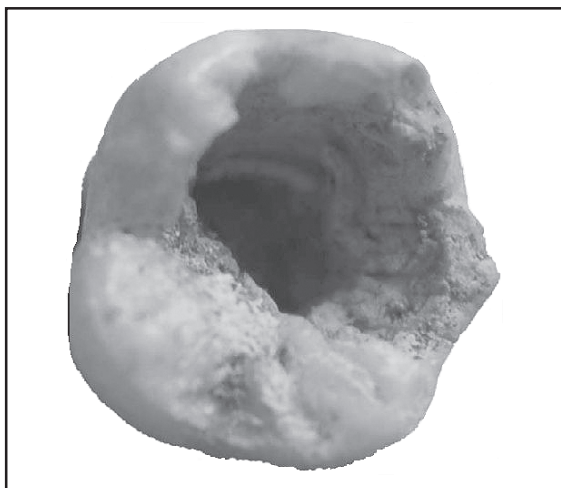
individuo³ (Powell, 1985). Los efectos de la acidez y de la alcalinidad sobre los dientes constituyen un excelente indicador del tipo de alimentación de las poblaciones arqueológicas, ya que muestra las proporciones relativas entre proteínas y carbohidratos (Powell, 1985). Así, si se consume un exceso de proteínas se liberan desechos alcalinos y se forman cálculos, mientras que si se ingieren carbohidratos en la

³ Como, por ejemplo, el uso de los dientes en el proceso de manufactura de cestos para uso doméstico y comercial, donde se requiere diversas fibras naturales.

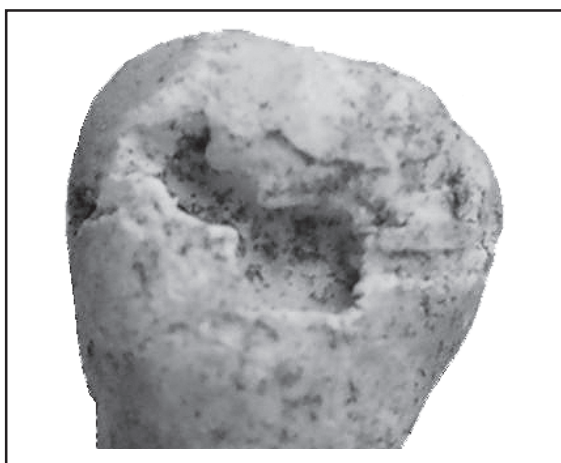
dieta, se produce ácido láctico que destruye el mineral del esmalte y produce caries. La combinación de estos indicadores con la atrición o desgaste mecánico de las superficies oclusales de los dientes, puede ser el resultado de los componentes de la dieta y de los hábitos alimenticios. Así, Armelagos (1990) ha mostrado que el porcentaje de atrición o desgaste dental puede afectar el de la formación de caries.

Un tercer grupo de enfermedades bucales relacionadas con procesos infecciosos está formado por la degeneración periodontal y los abscesos periodontales. Estas enfermedades ocurren como resultado de una inflamación ósea debida a diversos factores como, por ejemplo, una infección, deficiencias de tipo vitamínico o irritación mecánica de las encías. Los abscesos pueden definirse como un aglomerado de pus, rodeado por tejido denso, dentro de una cavidad ósea (Steinbok, 1976).

En nuestra muestra pudimos detectar la presencia de estos padecimientos, los porcentajes obtenidos fueron de 24% (6/25) para la caries, un ejemplo de esto es el Entierro 4: se trata de un individuo de sexo indeterminable, edad de 5 años \pm 16 meses, que lo ubica en la segunda infancia. Tiene presencia de abscesos en los dos premolares permanentes derechos de la mandíbula, así como presencia de caries circulares en la cara oclusal de los premolares izquierdos y derechos de la mandíbula (fig. 8) y en el maxilar superior. Del mismo modo se observa caries circular en la cara bucal (fig. 9) y mesial de los incisivos



● Fig. 8. Caries circular en un molar en grado severo. Entierro 4



● Fig. 9. Caries circular en incisivo. Entierro 4.

inferiores. Se obtuvo 12% (3/25) de cálculos, 8% (2/25) de abscesos y el desgaste presentó 24% (6/25), muy similar al porcentaje presentado por la caries y consistente con lo antes dicho. Además, la caries y el desgaste dental no presentaron diferencias entre ambos sexos; sin embargo, los cálculos y abscesos afectaron mayormente a las mujeres. Con excepción de las caries, el cálculo dental, absceso y desgaste dental se expresaron con una severidad leve y moderada.

Osteoartritis y nódulos de Schmorl

La osteoartritis se clasifica en primaria y secundaria, la primera es resultado de una combina-

ción de factores que incluyen sexo, edad, hormonas, estrés mecánico y predisposición genética. La segunda es ocasionada por un trauma u otra causa tal como la invasión de las articulaciones por una bacteria (séptica o pirogénica, artritis, seguida de una complicación como osteomielitis) (White, 2000).

La artritis es un conjunto de enfermedades osteoarticulares que ataca a casi todas las articulaciones y muy especialmente a la columna vertebral, en la que se presentan los cambios más notables (Steinbock, 1976). La aparición de los osteofitos o rebordes óseos en el cuerpo vertebral, es una expresión de un caso particular de la artritis.

Las características de la osteofitosis son: presencia de rebordes festonados en los bordes anterior y anterolateral de los cuerpos vertebrales, los cuales varían desde pequeñas protuberancias que se proyectan más o menos horizontalmente, hasta un reborde orlado que se expande hacia fuera y en dirección de la vértebra subyacente o suprayacente, dándole al cuerpo vertebral la forma de un hongo, ésta se presenta con mayor frecuencia en la región lumbar y con menor incidencia en la cervical (Morse, 1969).

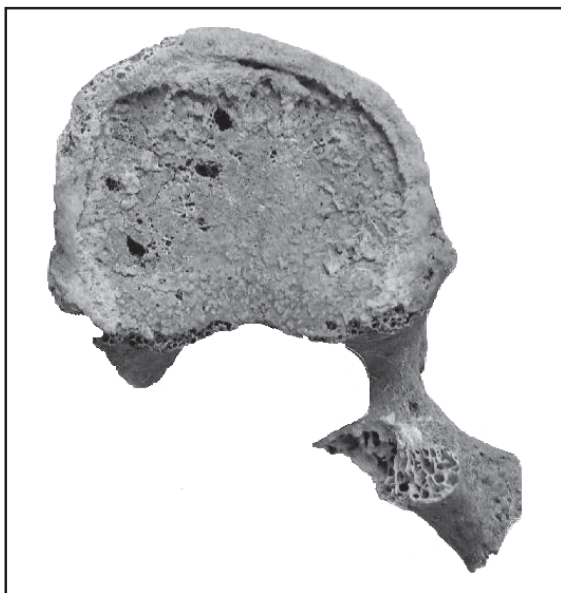
Además, las vértebras presentaron en sus caras intervertebrales los denominados nódulos de Schmorl o hernias discales, que generalmente se forman cuando los discos cartilagosos intervertebrales son destruidos en su etapa de formación, generalmente durante la niñez cuando son sometidos a esfuerzos físicos continuos y el sujeto soporta cargas pesadas (Merbs, 1983).

En nuestro caso tenemos la presencia de esta condición en los entierros 5, 14, 8 y 10. Entierro 5, se trata de un sujeto de sexo femenino, edad de más de 30 años. Presenta numerosos osteofitos marginales en grado 2 (moderado) en las vértebras lumbares (fig. 10), dorsales y cervicales (L5, L4, L3, D3, D2 y D1).

Entierro 14 (fig. 11), compuesto por dos individuos, el primero masculino y una edad de 25



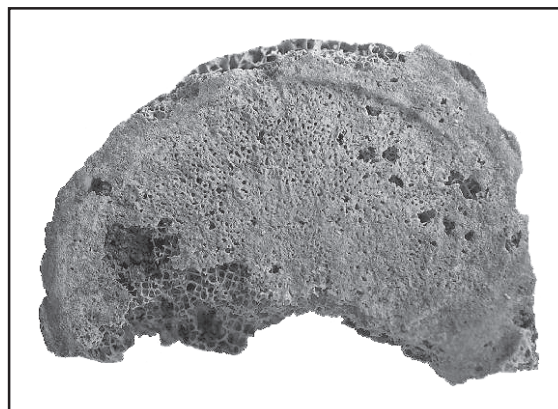
● Fig. 10. Vértebra lumbar con osteofitos leves. Entierro 5.



● Fig. 11. Entierro 14, masculino, edad 25 años. Osteofitos en grado leve y nódulos de Schmorl.

años. Entierro 8 (fig. 12), igualmente compuesto por dos individuos. El individuo uno es un sujeto de sexo masculino, adulto. Presencia de nódulos de Schmorl en lumbares y procesos artríticos en vértebras.

Finalmente, el Entierro 10 está formado por dos individuos. En el segundo de ellos se logra apre-



● Fig. 12. Vértebra lumbar y nódulos de Schmorl. Entierro 8, individuo 1.

ciar en los pocos fragmentos de vértebras torácicas, nódulos de Schmorl y osteofitos; se trata de un sujeto de sexo femenino, con una edad estimada en más de 40 años.

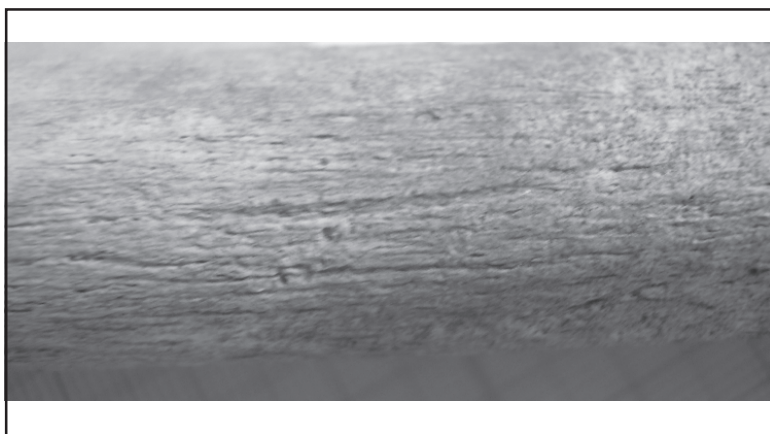
Aun cuando no se conoce con certeza la patogenia de este tipo de afecciones, en general se cree que es un fenómeno degenerativo asociado a problemas de malnutrición y con mayor frecuencia presente en la senectud, que se acelera por la excesiva demanda funcional. Sin embargo, Trueta (en Aegerter y Kirkpatrick, 1978), menciona que la falta de actividad física puede también causar artropatía degenerativa. Sin embargo para nuestro caso, bien se puede pensar en algún tipo de actividad de sobrecarga física, considerando el contexto histórico adverso en que se desarrollaron estos individuos, según es mostrado por diversos historiadores, además de que la esperanza de vida cae en el rango de los 25 a los 30 años, valores muy por debajo de lo señalado por los autores mencionados. Así tenemos a sujetos que no estaban en la etapa senil cuando murieron, sino iniciando la etapa de adulto.

Procesos infecciosos. Periostitis y osteomielitis

Las evidencias de enfermedades infecciosas encontradas en restos óseos prehistóricos corresponden a respuestas o lesiones no específicas, tal es el caso de la periostitis y de la osteomielitis,

caracterizadas por un engrosamiento irregular del hueso. Las dos últimas se deben a microorganismos como el *Staphylococcus* y el *Streptococcus*, aunque se sabe que otros factores pueden dar por resultado la misma reacción (Buikstra y Cook, 1980).

Se identificó la presencia de osteomielitis en el Entierro 6 (fig. 13). Se trata de un sujeto masculino con una edad entre 15 y 19 años. Se observaron lesiones óseas en la tibia y el peroné.

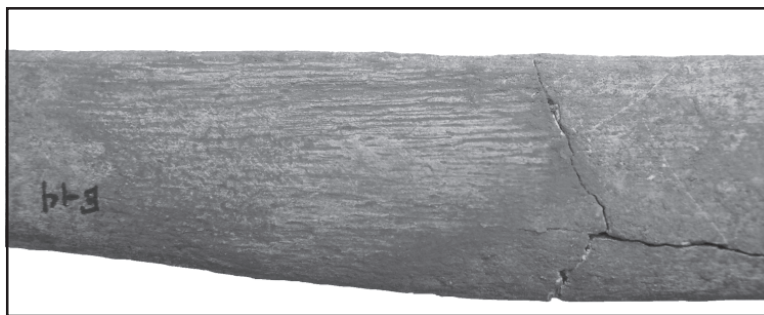


● Fig. 13. Tibia con osteomielitis. Entierro 6.

El Entierro 13 está compuesto por tres individuos: el primero, adulto de sexo masculino presenta periostitis, así como faceta de acoclamiento en rótula y en epífisis distal de tibia; el segundo, es un adulto de sexo femenino, tiene presencia de periostitis ligera, posible proceso infeccioso en la inserción del cuádriceps en tibia derecha e izquierda.

El Entierro 14, está compuesto por dos individuos. En el segundo de ellos, de sexo masculino, con una edad estimada en más de 25 años, detectamos la presencia de periostitis (fig. 14) en tibias.

Estudios recientes han hecho énfasis en la interacción sinérgica existente entre las enfermedades infecciosas, las de tipo degenerativo (co-



● Fig. 14. Periostitis en tibia. Entierro 14. Individuo 2.

mo la osteoartritis), y las de tipo nutricional, puesto que un estado patológico predispone al individuo a otras enfermedades. Las enfermedades infecciosas representan un buen indicador de estrés, aunque la interpretación de su significado debe realizarse dentro de su más amplio contexto cultural y ecológico y con relación a otros indicadores de estrés, de lo contrario, esta interpretación sería limitada.

El cuadro 3 presenta un balance de lo dicho anteriormente. Como se puede apreciar, las lesiones óseas presentes se acumulan principalmente en el rubro de las enfermedades degenerativas e infecciones y que abarcan las edades comprendidas entre los 18 y 30 años.

Sólo en tres casos tuvimos la presencia de las líneas de hipoplasia, en un niño de la tercera infancia y en dos adultos; en los dos femeninos, no pudimos comprobar la presencia de Criba Orbitaria ni de hiperostosis porótica por la ausencia de material óseo que nos podría sugerir la presencia de procesos sistémicos relacionados con carencias alimenticias. Sin embargo, la presencia de lesiones vinculadas a factores degenerativos nos parece indicar ciertas características del estilo de vida de estos sujetos posiblemente vinculados a esfuerzos físicos permanentes, desde su niñez hasta la etapa adulta.

Núm. entierro	Individuo	Edad (años)	Sexo	Líneas de hipoplasia	Caries	Cálculo dental	Absceso	Desgaste dental	Otros
1	1	6	Indet.						
	2	7	Indet.						
2	1	10	Indet.						Descalcificación ósea en cabeza femoral
	2	20	Masc.						
3	1	30	Masc.						Nódulos de Schmorl en vértebras lumbares
	2	7-8	Indet.						
4	5	5	Indet.	X	X		X		
5	+30	Fem.			X	X	X		Artritis, osteofitos en vértebras lumbares
6	17	Masc.							Osteomielitis
7	+30	Fem.							
8	1	Adulto	Masc.						Nódulo de Schmorl, procesos artríticos
	2	19	Masc.						
9	19	Masc.			X				Procesos artríticos en falanges de la mano
10	1	+15	Indet.						
	2	+40	Fem.	X	X	X	X	X	Nódulos de Schmorl en vértebras torácicas
11	1	16	Fem.	X	X	X		X	
	2	Adulto	Masc.						
	3	17	Masc.						Periostitis, entesopatías
12	1	17	Masc.		X			X	
	2	+18	Masc.						
13	1	Adulto	Masc.						Periostitis. Faceta de acucillamiento
	2	Adulto	Fem.						Periostitis, proceso infeccioso en inserción muscular, faceta de acucillamiento
14	2a	Adulto	Indet.						
	1	15-19	Indet.						
	2	+25	Indet.						Periostitis en tibia

● Cuadro 3. Distribución por edad y sexo en función de algunas patologías. Capilla abierta, Dzibilchaltún, Yucatán, temporada 2000.

Por otra parte, en un estudio sobre registros parroquiales de la población maya de finales del siglo XVII y principios del XVIII (1682-1756), realizado por Repetto (1997), se encontró que raramente se registraban las defunciones de los infantes y los adolescentes. En Maxcanú, población situada al suroeste de Mérida, las mujeres se casaban a los 14.88 años y los hombres a los 16.58; la esperanza de vida de los hombres, según la mediana, era de 32.7 años y la de las mujeres de 26.7. Por lo tanto, es posible asegurar que fueron pocos los individuos que sobrepasaron las edades aquí señaladas.

Las cifras de mortalidad “normal” anual establecidas en el estudio de esa población (calculada en unos 677 habitantes para 1700), después de diversas consideraciones, (que oscilaban entre 20.31 que representa una baja de 3 por ciento de los habitantes, o el promedio aritmético de 868 defunciones durante 75 años, de 11.57, o la mediana, de 9 o menos), quedaron en la cifra más conservadora de 12 defunciones anuales para los años en los que las hambrunas o epidemias no hicieron acto de presencia.

Con esa base fue posible determinar los periodos de crisis de mortalidad, en algunos de los cuales las bajas llegaron a ser de 53 y 55 defunciones, como sucedió durante los meses de noviembre, mayo de 1692 y enero de 1693. Hay que aclarar que la mayoría de esos registros involucran casi exclusivamente a parejas de adultos en edad de reproducción.

La explicación de las causas de tan trágicos acontecimientos, que en esa época afectaron a muchas más poblaciones yucatecas, según distintos historiadores, fue un ciclón que destruyó todas las cosechas, aunado a una plaga de langostas que dio como resultado una hambruna generalizada, agravada por una epidemia de fiebres palúdicas. Hay que señalar que la repetición de diversas condiciones aciagas no terminó con ese suceso, sino que con el transcurso del tiempo continuaron presentándose.

Conclusiones

Como se puede apreciar en la distribución obtenida, los grupos de edad representados fueron primordialmente púberes, adolescentes y en menor proporción infantes y adultos jóvenes y maduros. Entre éstos últimos, los grupos femeninos tuvieron la mayor representación en los rangos de edad de 12 a 17 años y entre 20 a 25 años, siendo menor en el siguiente rango de edad (30 a los 35 años), con relación a los masculinos.

Como se comentó, estos grupos de edades son particularmente vulnerables a diversos factores de estrés que provienen del medio ambiente, y que pueden ser desde escasos nutrientes hasta de tipo biomecánico. Así se han estudiado estos periodos del desarrollo en función de variaciones que ocurren en su entorno y de cómo muchas de las expresiones de las características propias del desarrollo de estas etapas se ven limitadas en su expresión fenotípica, ocasionando problemas de un ajuste adecuado de los individuos a su entorno (Goodman *et al.*, 1988).

Estos problemas de ajuste se pueden interpretar en el marco de la salud y enfermedad del grupo, conllevan a éste y a la población a serios problemas en la adquisición de recursos esenciales para su supervivencia y reproducción.

Así, tenemos que en el grupo representado por los infantes y púberes, distribuidos entre los rangos de edad que van desde el nacimiento hasta los once años de edad, se pueden identificar etapas críticas en las que son vulnerables, porque representan periodos en los que los individuos están conformando su crecimiento y desarrollo. De este modo, los individuos que cuentan con una edad de hasta un año muestran la etapa de amamantamiento, en la que dependen totalmente del alimento que la madre les proporciona, así como del cuidado familiar.

La siguiente etapa crítica representada en nuestra distribución, es la del grupo de edad que va de uno a tres años. En ese momento se realiza

el proceso del destete, que es cuando el sujeto comienza a recibir alimentos sólidos y la alimentación materna comienza a ser desplazada; sin embargo, esta etapa puede variar de acuerdo al grupo humano de que se trate y de su comportamiento, pero en promedio corresponde a la edad en la que ocurre este fenómeno.

Luego tenemos una siguiente etapa crítica, que corresponde a la tercera infancia (entre los cinco y siete años), en la que igualmente los sujetos están adquiriendo algunas aptitudes físicas y biológicas importantes. Ésta se encuentra ligada a la siguiente etapa del desarrollo, la pubertad, en la que los individuos comienzan a desarrollar sus características biológicas secundarias.

También se encontró un incremento porcentual importante en la edad de muerte en los adolescentes, tanto masculinos como femeninos. Esta etapa se caracteriza especialmente porque los individuos adquieren sus rasgos físicos y biológicos definitivos y preparan su ingreso a la etapa de adulto. Todos estos periodos son especialmente críticos y vulnerables a cualquier variación en el entorno físico y social en el que se desenvuelva el ser humano.

Las patologías asociadas a los individuos se presentaron fundamentalmente en el grupo de adolescentes y adultos. Éstas fueron de tipo degenerativo vinculadas indudablemente con la práctica de esfuerzos físicos permanentes y con secuelas de infecciones mostradas por la periostitis presente en la mayoría de adultos, mismos que principalmente correspondieron a mujeres y hombres en su etapa reproductiva.

Otro resultado general, corresponde a los tres únicos casos severos con líneas de hipoplasia, de los cuales dos fueron mujeres. Sin embargo, la mayoría presentó osteofitos en las vértebras lumbares, asociados a nódulos de Schmorl. Estas afecciones se encuentran en el grupo de las enfermedades de tipo degenerativo, lo cual nos sugiere la presencia de problemas vinculados con el estilo de vida de tipo biomecáni-

co, relacionados con esfuerzos físicos constantes realizados desde la niñez.

Es importante señalar que en la muestra obtenida no hay presencia de adultos maduros (mayores de 40 años) ni seniles (mayores de 50 años). Esto último podría subsanarse en la medida en la que se realicen posteriormente excavaciones extensivas que permitieran ampliar nuestra muestra, o podría significar que individuos de esas edades simplemente no fueron enterrados en ese lugar o también, que nos encontramos ante la presencia de individuos cuya esperanza de vida era muy corta.

Finalmente, para concluir, hay que señalar que la reflexión que suscita este tipo de estudios realizados en función del análisis de diversas disciplinas antropológicas, es que las vicisitudes por las que ha pasado la población maya son innumerables, pero la capacidad de adaptación, recuperación y respuesta, que le ha permitido mantenerse en el escenario histórico actual, es más que extraordinaria. Son las estrategias de supervivencia del pueblo maya las que deben ser sujeto de estudio para llegar a entender mejor por qué unos grupos humanos son capaces de sobrevivir, mientras otros se extinguen.

Bibliografía

- Aegerter, Ernest y John A. Kirkpatrick
1978. *Enfermedades ortopédicas*, Buenos Aires, Médica Panamericana.
- Andrews, Anthony P.
1991. "The Rural Chapels and Churches of Early Colonial Yucatán and Belize: An Archaeological Perspective", en *The Spanish Borderlands in Pan-American Perspective*, Columbian Consequences, vol. III, Washington, D.C., Smithsonian Institute Press, pp. 355-374.
- Armelagos, George J.
1990. "Health and Disease in Prehistoric Populations in Transition", en Swedlund, A.C. y George J. Armelagos (eds.), *Disease in Populations in Transition Anthropological and Epidemiological Perspectives*, New York, pp. 127-144.

- Artigas, Juan B.
1992. *Capillas abiertas aisladas de México*, México, UNAM.
- Beristáin Bravo, Francisco
1996. *El templo dominico de Osumacinta, Chiapas. Excavaciones arqueológicas*, México, INAH, UNAM, CIHMECH.
- Brainerd, George W.
1958. *The Archaeological Ceramics of Yucatan*, Berkeley y los Angeles, Records 19, University of California Press.
- Buikstra, Jane E. y Della C. Cook.
1980. "Paleopathology: An American Account", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 9, pp. 433-470.
- Buikstra Jane E. y Douglas H. Ubelaker (eds.)
1994. *Standars for Data Collection from Human Skeletal Remains*, Arkansas, Fayetteville, Surveys Research Series, núm. 44.
- Burgos V. Rafael y José Manuel Arias López
1997. "Informe Técnico sobre las exploraciones realizadas en el Ex-Convento de San Francisco de Conkal, Yucatán", Mérida, Yucatán, Archivo de la sección de arqueología del CINAHY.
- Ciudad Real, Antonio de
1977. *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, 2 vols., México, UNAM.
- Civera, C.M. y Lourdes M. Márquez
1998. "Tlatilco, población aldeña del Preclásico en la cuenca de México: sus perfiles demográficos", en Márquez Morfin, Lourdes y José Gómez de León (comps.), *Perfiles demográficos de poblaciones antiguas de México*, México, CNCA-INAH/CONAPO, pp. 30-67.
- Cook, Della C. y Jane E. Buikstra
1978. "Health and Differential Survival in Prehistoric Populations: Prenatal Dental Defects", en *American Journal of Physical Anthropology*, 51, 4, pp. 649-664.
- Ferembach, D., Ilye Schwidetzky y M. Stloukal
1979. "Recommandations pour déterminer l'âge et le sex sur le squelette", en *Bulletins et Memoires de la Societé d'Anthropologie de Paris*, núm. 6, vol. XIII, París, pp. 7-45.
- Folan, William J.
1970. "The Open Chapel of Dzibilchaltún, Yucatán", en *Middle American Research Institute*, núm. 26, New Orleans, Tulane University, pp. 181-199.
- Frenk, Julio L.B., Claudio Stern, Tomas Frejka y Rafael Lozano
1991. "Elements for a Theory of the Ealth Transition", en *Health Transition Review*, vol. 1, núm. 1, pp. 21-36.
- García Targa, Juan
2002. "Diseño arquitectónico y urbano en comunidades mayas coloniales: Un estudio arqueológico y etnohistórico", en *Mesoamérica*, núm. 43, Facultad de Geografía, Universidad de Barcelona, pp. 54-88.
- Garza, T. Silvia y Edward Kurjack
1980. *Atlas Arqueológico del Estado de Yucatán*, México, INAH.
- Goodman, Alan H., G.J. Armelagos y J.C. Rose
1980. "Enamel hypoplasias as indicators of stress in three prehistoric population form Illinois", en *Human Biology*, 52, pp. 515-528.
- Goodman, Alan H., Debra L. Martin, George J. Armelagos y George Clark
1984. "Indications of Stress from Bone and Teeth", en Cohen, Mark N. y George J. Armelagos, *Paleopathology at the Origins of Agriculture*, Orlando Florida, Academic Press, pp. 3-50.
- Goodman, Alan H., Thomas R. Brooke, A.C. Swedlund y George J. Armelagos
1988. "Biocultural Perspectives on Stress in Prehistoric, Historical, and Contemporary Population Research", en *Yearbook of Physical Anthropology*, núm. 31, pp. 169-202.
- Goodman, Alan H. y J.C. Rose
1990. "Assessment of Systemic Physiological Perturbations From Dental Enamel Hypoplasias and Associate Histological Structures", en *Yearbook of Physical Anthropology*, 33, pp. 59-110.
- Hooton, Ernst
1947. *Up from the Ape*, USA, McMillan Company.
- Iscan Mehmet, Yasar y Susan R. Loth
1989. "Osteological manifestations of age in the

adult”, en *Reconstruction of life from the skeleton*, USA, Alan R. Liss, pp. 23-40.

• Kósa, Ferenc

1989. “Age estimation from the fetal skeleton”, en *Age Markers in the Human Skeleton*, USA, Charles C. Thomas Pub., pp. 21-54.

• Krogman Wilton, Marion y Mehmet Yasar Iscan

1986. *The Human Skeleton in Forensic Medicine*, USA, Charles C. Thomas Pub., pp. 21-54.

• Kubler, George

1984. *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, México, FCE.

• Lallo, J., George J. Armelagos y Robert P. Mensforth

1977. “The Role of Diet, Disease and Physiology in the Origin of Porotic Hyperostosis”, en *Human Biology*, núm. 40, pp. 471-483.

• Loth Susan, R. y Mehmet Yasar Iscan

1989. “Morphological Assessment of Age in the Adult: the Thoracic Region”, en *Age Markers in the Human Skeleton*, USA, Charles C. Thomas Pub., pp. 105-135.

• Lovejoy C., Owen, Richard S. Meindl, Robert P. Mensforth y Thomas J. Barton

1985. “Multifactorial Determination of Skeletal Age at Death: A method and Blind Tests of its Accuracy”, en *American Journal of Physical Anthropology*, núm. 68, pp. 1-14.

• Lovell, Nancy C. e Ira Whyte

1999. “Patterns of Dental Enamel Defects at Ancient Mendes, Egypt”, en *American Journal of Physical Anthropology*, 110, pp. 69-80.

• Lukacs, John R.

1992. “Dental paleopathology and agricultural intensification in South Asia: new evidence from Bronze Age Harappa”, en *American Journal Physical Anthropology*, 87(1), pp. 133-150.

• Maldonado, Rubén, Ángel Góngora, Cristopher Goetz, Alejandro Uriarte, Maribel Gamboa, Lilia Lizama, Gloria Santiago y Susana Echeverría

2000. “Proyecto Arqueológico Dzibilchaltún. Informe Técnico. Temporada 1999-2000”, México, Consejo Nacional de Arqueología.

• Mansilla, Josefina y José Antonio Pompa y Padilla

1992. “Un cementerio indígena en Huexotla del siglo XVI”, en María Teresa Jaén Esquivel, José Antonio Pompa y Padilla (eds.), *Antropología Física. Anuario 1991*, México, INAH, pp. 93-112.

• Mansilla, Josefina, Carmen Pijoan Aguade, José Antonio Pompa y Padilla y Delia Villegas

1992. “Los entierros primarios del Templo de San Jerónimo, ciudad de México (temporada, 1976). Estudio de los indicadores de agresiones ambientales”, en María Teresa Jaén Esquivel, José Antonio Pompa y Padilla y José Luis Fernández Torres (eds.), *Antropología Física. Anuario 1991*, México, INAH, pp. 113-125.

• Meindl, Richard S. y Owen Lovejoy C.

1989. “Age Markers in the Pelvis Implications for Paleodemography”, en *Age Markers in the Human Skeleton*, USA, Charles C. Thomas Pub., pp. 137-168.

• Merbs, Charles F.

1983. “Patterns of Activity-Induce pathology”, en *Canadian Inuit Population*, Ottawa, National Museum of Man Mercury Series, Archaeological Survey of Canada, núm. 19.

• Miller, A. y N. Farris

1985. “Sincretismo religioso en el Yucatán colonial: la evidencia arqueológica y etnohistórica de Tanchah, Quintana Roo”, en *Revista Mexicana de Estudios XXXI*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 81-100.

• Morse, Dan

1969. “Ancient disease in the Mid West”, en *Illinois State Musum Reports of Investigation*, núm. 15, Springfield, pp. 23-35.

• Motolinía, fray Toribio de

1969. *Historia de los indios de la Nueva España*, México, Porrúa (Sepan Cuantos, 129).

• Ortner, D.J.

1983. *Biocultural Interaction in Human Adaptation*, Ed. D.J. Ortner, pp. 127-161.

• Powell, Mary L.

1985. “The Analysis of Dental Wear and Caries for Dietary Reconstruction”, en *The Analysis of Prehistoric Diets*, USA, Academic Press.

- Repetto-Ti6, Beatriz E.
1997. "Demografía hist6rica de la poblaci6n maya-yucateca colonial: Maxcanú, Yucatán. (1682-1756)", tesis de maestría, Facultad de Ciencias Antropol6gicas de la Universidad Aut6noma de Yucatán.

- Rojas, Pedro
1969. *Historia General de Arte Mexicano. Época Colonial*, México, Buenos Aires, Ed. Hermes.

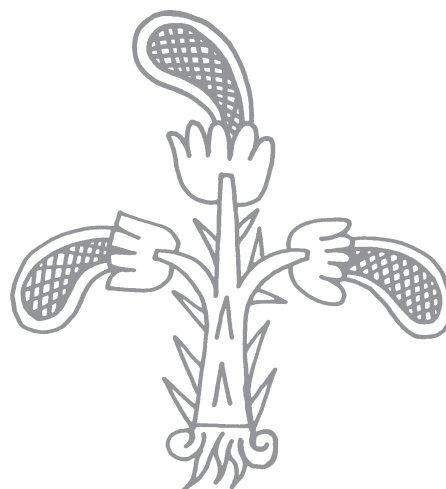
- Rosales López, A., Mario Ceja Moreno, José Luis del Olmo Calzada, Concepci6n Jiménez López, Jesús Guizar Vázquez
1991. "Esqueletos novohispanos con anomalía congénita", en *Archivos Mexicanos de Anatomía*, México, Órgano oficial de la Sociedad Mexicana de Anatomía, pp. 77-89.

- Steinbock, R.T.
1976. *Paleopathological diagnosis and interpretation*, Springfield, Illinois, Thomas Publishers.

- Swedlund, A.C. y George J. Armelagos (eds.)
1990. *Disease in Populations in Transition. Anthropological and Epidemiological Perspectives*, New York.

- Ubelaker, Douglas H.
1989. "The Estimation of Age at Death from Immature Human Bone", en *Age Markers in the Human Skeleton*, EUA, Charles C. Thomas Pub., pp. 55-70.

- White, D. Tim
2000. *Human Osteology*, USA, Academic Press.



Reflexiones en torno a los chocho, nonoualca o popoloca: su definición

Creemos que los datos acerca del pueblo llamado Popoloca han sido tomados como una verdad absoluta, cuando esa no fue la intención de Klaus Jäecklein, el autor más reconocido sobre el tema. Aquí presentamos otra opinión basada en la información escrita por fray Bernardino de Sahagún, Wigberto Jiménez Moreno y Paul Kirchhoff principalmente.

El vocablo popoloca fue usado desde el siglo XII cuando los nonoualca chichimeca arribaron a la región en la que los estados de Veracruz, Oaxaca y Puebla se unen. Consideramos que este grupo estaba retornando a su lugar de origen, a una locación previamente habitada por los llamados olmeca uixtotin nonoualca y mixteca.

En cambio, la palabra chocho, posiblemente fue utilizada desde que la población de Cholula abandonó esta ciudad alrededor del siglo VII. Así, los chocho están relacionados con esos habitantes caracterizados como fugitivos. También opinamos que están conectados más con los grupos que vivían en Teotihuacan y aunque ellos eran también olmeca uixtotin, probablemente estaban más próximos a la Mixteca o relacionados con ese grupo.

Como sea, el uso de los términos fue dado de forma despectiva por los mexica y sus aliados. En consecuencia, sugerimos el empleo de nonoualca chichimeca para referirnos a los popoloca, y en el caso de los chocho podríamos aplicar el de nonoualca u olmeca uixtotin. Los vocablos popoloca y chocho los podríamos utilizar sólo en la identificación lingüística.

Partiendo del hecho que chocho, nonoualca y popoloca son términos que se han utilizado para definir grupos poblacionales para un tiempo y una región determinada —principalmente desde el Posclásico hasta la fecha, y al sureste del estado de Puebla—, consideramos necesario hacer algunas reflexiones sobre ellos, con el objetivo de determinar su correcta utilización. A pesar de la confusión manifiesta en la definición de los términos, los arqueólogos han adoptado estos nombres para asociar los vestigios encontrados en estos territorios como pertenecientes al grupo popoloca.

Este trabajo forma parte de una investigación arqueológica encabezada por Noemí Castillo en el sur del estado de Puebla; surgió de especulaciones, en su acepción correcta como un examen y no como simples hipótesis no comprobables, de los materiales recopilados en dicho proyecto. Pretende contribuir al conocimiento de los pueblos de esta región del país aportando evidencias sobre su desarrollo histórico, en tanto se definen con más precisión sus elementos.

Antecedentes

En su trabajo “Apuntes sobre la historia prehispánica de los popolocas de Puebla” (1979), Klaus J. Jäecklein quiso, de acuerdo con sus propias palabras,

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH. alacran@att.net.mx

hacer una contribución para reconstruir la historia de ese pueblo. Pero los resultados de sus estudios se convirtieron más en una verdad reiterada acerca de lo llamado popoloca, que en la ayuda motivadora de un texto de consulta. Veamos algunas de sus aseveraciones.

Jäcklein (*op. cit.*) atribuye las muchas dudas existentes sobre los popolocas básicamente a dos factores principales: *a)* a los “aztecas”, porque durante la consolidación y expansión de su imperio llamaron “popolocas” a muchos grupos “no-nahuas” que no tenían nada, o más bien dicho, muy poco de común entre sí y *b)* a los “mexicanistas o mesoamericanistas”, porque utilizaron esta palabra sin discutir su significado y extensión real. Este autor dice:

De esta manera en las diversas épocas de la ciencia mexicanista se englobaron bajo el nombre de “popoloca” a los siguientes grupos étnicos: -Pinomes de Tlaxcala -Pupulucas de Guatemala -Chuchones de Guatemala -Popolocas de Puebla -Chochos de Puebla -Popolucas de Veracruz -Chochos de Veracruz -Chochos de Oaxaca -Chuchones de Oaxaca -Tecos de Michoacán -Chuchones de Chiapas -Yopes de Guerrero -Tlapanecos de Guerrero -Tenimes de Guerrero -Chinquimes de Guerrero -Tecoquines o Tecoxines de Jalisco.

Esta problemática, presenta ciertas particularidades:

En algunos casos se describe al mismo grupo étnico unas veces como chocho y otras veces como popoloca. No existen criterios fijos en los cuales se pueda uno basar para poder discernir cuál de los dos términos es aplicable objetivamente en cada caso. Parece ser que en la ciencia mexicanista antigua ambos términos eran utilizados en forma indiscriminada. Tampoco es conocido en qué criterios se fundamentaron los aztecas para definir a los diferentes grupos no-nahuas, una vez como popolocas y otra vez como chochos (*ibidem*: 194-196).

Así, de acuerdo con Jäcklein (*ibidem*: 196), varios autores utilizan los términos para designar una población, desde su traducción original, “extranjera”, hasta los usados como sinónimos de “bárbara”, “inhábil y tosca”, además del estado degenerado en que se encontraba. El autor mismo observa:

En la actualidad diferenciamos entre los popolocas de Puebla y los popolucas de Veracruz. Además consideramos como 2 grupos distintos a los chochos de Oaxaca y a los popolocas de Puebla, si bien desde un punto de vista cultural y lingüístico ambos pueblos estaban estrechamente relacionados. El motivo por el cual se tomó esta decisión aparentemente indiscriminada hay que buscarlo en el hecho de que los 3 grupos se concentraron en las zonas distintas, según se desprende de las líneas anteriores (Veracruz, Oaxaca, Puebla) (*ibidem*).

Prosigue Jäcklein:

Un dato que condujo sin lugar a dudas, en forma inexorable a los mexicanistas hacia la confusión, fue el parentesco tanto cultural como lingüístico, así como la estrecha relación que unió a los grupos de los popolocas de Puebla con los chochos de Oaxaca.

Ello trajo consigo que éstos fueran nombrados con frecuencia como popolocas y que aquéllos lo fueran como chochos...

La cuestión se complicó aún más porque los chochos de Oaxaca nombraron a su lengua popoloca, mientras que algunos popolocas de Puebla nombraban a su propia habla chocho. Cabe señalar que otros popolocas de Puebla consideraban la palabra “chocho” como una palabra utilizada para reñir (*ibidem*: 197).

Asimismo, de acuerdo con este autor, en la literatura se puede encontrar a los popolocas bajo las siguientes denominaciones: popoloco, popoloque, popoluca popoloca, populaca, pupulaca, pupuloca, popolloca, pocpolocha, poloca, popoloque, poluca y puluca. También, indica que los popolocas de San Felipe Otlaltepec, Puebla, se definen como: popolopo, pocoloco, pocoloca, papocalo, popacola, cocacola, poloco y polaca. Determinando: “El origen de estos diversos nombres hay que buscarlo en el hecho vergonzoso para ellos de que dominan poco la lengua nacional mexicana” (*idem*). Señalando, “en su propio idioma dicen ellos *ngiva*” (*ibidem*, nota 49).

Aquí Jäcklein proporciona la máxima definitoria, repetida por muchos autores:

Además piensan que la palabra “popoloca” viene del español. En la literatura se conoce a los chochos bajo las siguientes variantes: -chocho, -chochón, -chuchón, -hochón, -chocholteca, -chochol, -chono, -chucho.

No cabe duda alguna que la confusión terminológica a que dio lugar la mal utilización de las palabras “chocho” y “popoloca” no tenía por qué haberse producido, por lo menos en forma tan radical, en la literatura científica, si se hubiera sabido: primero, que la palabra “chocho” fue introducida por los españoles (*ibidem*: 197-198).

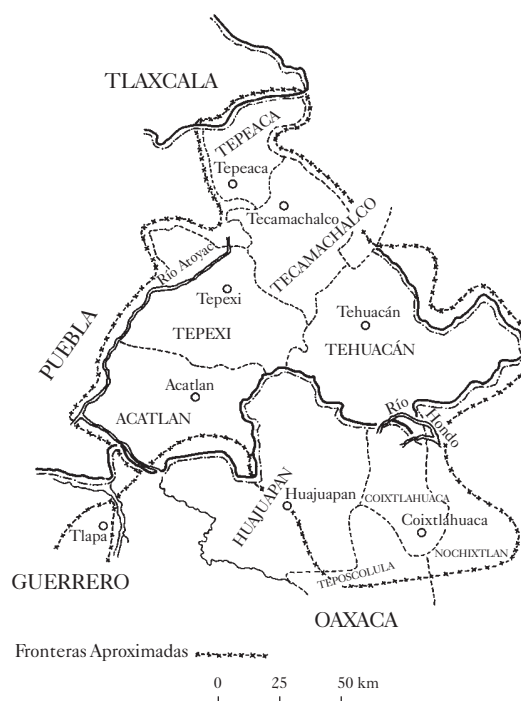
Para continuar esa argumentación, retomo una de sus notas:

Esta palabra española tiene las siguientes significaciones: a) chocho= “el que sabe poco y es como niño de teta” (Covarrubias, 1943: 438). b) = “desmemorizado, imbécil, inhábil, incapaz” (Domínguez, 1878: 529). c) = “se aplica a la persona decrepita, caduca, que por senectud le ha fallado la memoria y tiene perturbada la razón” (Corominas, 1954: 76). En lengua portuguesa tiene el significado siguiente: d) = “homen velho, debil, de forcas quebradas” (Corominas, 1954: 76). En la lengua nacional mexicana significa: e) = “nombre vulgar de varias plantas indígenas”. “Nombre con que también se conoce, en la etnografía mejicana, el popoloca o popoloco, dialecto autóctono de Oajaca. Y los popolocas mismos o indígenas de esta tribu”. “vulva de la hembra”, “árbol corpulento”, “nombre de un dulce”, “el puerco” (Santamaría, 1959: 413-414). En la lengua azteca la palabra “chocholoqui” quiere decir: f) = “tonto, o sin juyzio” (Molina, 1880: 21) (*ibidem*: 198, nota 58).

Termina esta anotación y continúa su escrito como sigue:

...segundo, que fueron ellos los que generalizaron la interpretación de la palabra “chocho” hasta un punto tal que ésta se llegó a conjugar con la interpretación que, por su parte, daban los aztecas de la palabra “popoloca”, y tercero, que ambas denominaciones eran inicialmente utilizadas en sentido despectivo para definir la individualidad extranjera; pero más tarde, y tras contactos más intensos, se generalizó su uso abarcando a todo el grupo. El porqué una vez fuera preferida la utilización de la terminología azteca y el porqué otra vez, por el contrario, fuera preferida la utilización de la terminología española, no está claro ni conocido. No obstante cabe deducir que el término “popoloca” se mantuvo en los grupos que fueron conquistados por los aztecas, mientras que el término “chocho” se impuso en aquellos grupos o contingentes minoritarios

que cultural y lingüísticamente estuvieron relacionados con aquéllos grupos cuya conquista fue iniciada por los aztecas y completada por los españoles. Para los españoles todos los indios eran potencialmente chochos. El por nosotros llamado contingente minoritario popoloca, comprende aquí también a los chochos de Oaxaca que radicaban al sur de los anteriores en el norte de Oaxaca, y quienes en el siglo XII d.C. se diferenciaron lingüísticamente de los popolocas (*ibidem*: 198) (fig. 1).



● Fig. 1. La región popoloca en el momento de la Conquista española (según Nicolás León). Tomado de Jáecklein, 1979: 195.

Otra interpretación

En general, ésa es la percepción dominante del conocimiento histórico acerca de los popoloca, retomada así aun por autores recientes (Gámez, 2003), y de la cual debemos hacer algunas aclaraciones. Aunque los datos parecieran conducir realmente a una confusión, ante las muchas dudas externadas por Jáecklein, quizá sólo nos estén mostrando todo lo contrario. Somos los investigadores quienes nos hemos confundido con los testimonios.

Es en las citas anteriores donde se debe asentar lo siguiente, para empezar a disentir con el autor. Aunque Jäecklein afirma lo “muy poco en común” que tenían estos grupos “entre sí”, basta mencionar la advertencia del mismo autor precisamente de su pertenencia a pueblos no-nahuas. Después, pese a lo desorganizado en la presentación del listado inicial del nombre de las etnias, estos grupos como tales, observándolos espacialmente, mostrarían una ubicación geográfica real; correspondiente a un territorio determinado, con características, sino exactamente iguales, sí muy parecidas; algunas hasta en estrecha unión, como las de Tlaxcala, Puebla, Guerrero, Oaxaca y Veracruz. Las razones meramente geográficas, además, involucrarían un factor social histórico por contemplar más adelante.

Por otra parte, resultaría curioso que los mexica, siendo individuos acostumbrados a vivir en el urbanismo de un sistema lacustre, con acceso a una extensa variedad de alimentos, comodidades, y gozando de un pleno desarrollo de su sociedad, no fuesen quienes llamasen precisamente a estos pueblos como “bárbaros”. Con esto en mente, sería entendible entonces su apreciación de aquellas poblaciones, no hablantes de la lengua oficial y habitantes de regiones tan escabrosas y de difícil acceso, como extranjeros “toscos” y “atrasados”. Quizá, quienes no hayan caminado entre las sierras de la región popoloca no lo entiendan; pero, es esa vida en la región montañosa, entre las barrancas, la que los define.

Acaso el compartir una región geográfica, una cultura y una lengua no sean en principio una razón para considerarlos como pueblos con una conexión, pero... hay que agradecer a Jäecklein que por lo menos estime a los “chochos de Oaxaca” y a los “popolocas de Puebla” con una estrecha relación y que tal vez su separación se debió prácticamente a decisiones de índole metodológico o meramente político.

Pero, pasemos a tratar de dar sustento a esta otra interpretación.

La opinión de fray Bernardino de Sahagún

De acuerdo con los datos mostrados en los antecedentes, pareciera tratarse de darle muy poca credibilidad a la información recopilada por fray Bernardino de Sahagún. Para él, los grupos étnicos y sus espacios territoriales estaban lo suficientemente claros como para no confundirse. Así, en su *Historia General de las Cosas de Nueva España*, en el libro X, Cap. XXIX, intitulado: “Que trata de todas las generaciones que a esta tierra han venido a poblar”, empieza a mencionarlos. Curiosamente inicia con los toltecas, aquellos primeros pobladores de las partes que llaman tierras de México, o tierras de chichimeca, y anota: “Estos dichos *toltecas* todos se nombraban *chichimecas*” (*op. cit.*: 595-598). Los cuales, dice, son los mismos que siguiendo a Quetzalcóatl se fueron del pueblo de Tulla a la región llamada Tlapallan. Mantengamos esto en mente.

De los chichimecas hace distinción en tres géneros: los “otomíes”, los “tamime” y los “teochichimecas o zacachichimecas”. Ahora bien, Sahagún de esos grupos (*ibidem*, 2, 40: 601) también hace una aclaración:

De estos *chichimecas* unos había que se decían *nahuachichimecas*, llamándose de *nahuas* y de *chichimecas*, porque hablaban algo la lengua de los *nahuas*, o mexicanos, y la suya propia *chichimeca*. Otros había que se decían *otonchichimecas*, los cuales tenían este nombre de *otomíes* y *chichimecas*, porque hablaban la lengua suya y la *otomí*. Otros había que se llamaban *cuestecachichimecas*, porque hablaban la lengua *chichimeca* y *cuesteca*.

Los nahua chichimeca: hablaban la lengua mexicana, aunque no la hablaban ni pronunciaban tan clara como los perfectos mexicanos;... y decían ser de la generación de los *toltecas* que quedaron cuando los demás *toltecas* salieron de su pueblo y se despoblaron, que fue en tiempo cuando el dicho *Quetzalcóatl* se fue a la región de *Tlapallan* (*idem*). Información también a retener en mente.

Los “otomíes”, pese a señalar que no carecían de “policía” (*idem*, 4, 46: 602), es decir, urbanidad, Sahagún, los consideraba torpes, toscos e inhábiles (*ibidem*, 5, 56: 603). Aunque, como ya se dijo, estaban contemplados dentro de los chichimeca.

Asimismo, quizá por hablar algunos de ellos la lengua mexicana, introduce a los matlatzincas u honderos, también conocidos como quaquata o toluca. E incluye a los ocuiltecas y a los mazoaques o mazauques, quienes habitaban la comarca de *Toluca* (*ibidem*, 7, 76: 606).

También de lengua diferente, Sahagún menciona a los totonaques quienes: “están poblados a la parte del norte, y estos se dicen ser *guastecas*” (*ibidem*, 7, 78: 606).

Al hablar de los cuextecas, toueyome y panteca o panoteca el mismo fraile escribe:

El nombre de todos estos tórnase de la provincia que llaman *Cuextlan*, donde los que están poblados se llaman *cuexteca*, si son muchos, y si uno *cuextecatl*; y por otro nombre *toueyome* cuando son muchos, y cuando uno, *toueyo*, el cual nombre quiere decir nuestro prójimo. A los mismos llamaban *panteca* o *panoteca*, que quiere decir hombres del lugar pasadero, los cuales fueron así llamados porque viven en la provincia de Pánuco, que propiamente se llama *Pantlan* o *Panotlan*, cuasi *Panoayan*, que quiere decir lugar por donde pasan, que es a orillas o riberas de la mar; y dicen que la causa porque le pusieron el nombre de *Panoayan* es que dizque los primeros pobladores que vinieron a poblar a esta tierra de México,... llegaron a aquel puerto con navíos con que pasaron a aquella mar; y por llegar allí, y pasar de allí le pusieron nombre de *Pantlan*, y de antes le llamaban *Panotlan*, casi *Panoayan*, que quiere decir, como ya está dicho, lugar de donde pasan por la mar (*ibidem*, 8, 83: 607).

Al indagar más sobre Pantlan, Panotlan o Panoayan, Sahagún señala:

Y en este lugar hacen grandes calores, y se dan muy bien todos los bastimentos y muchas frutas que por acá no se hallan,... y otras muchas frutas admirables, y las batatas. Hay también todo género de algodón, y árboles de flores o rosas por lo cual le llaman *Tonacatlal-*

pan, lugar de bastimentos, y por otro nombre *Xochitlalpan*, lugar de rosas (*ibidem*, 8, 84: 607).

Haciendo un gran paréntesis, bien se podría recordar la etimología de los famosos “totonacos”, quienes serían los habitantes de la región de los muchos “bastimentos”, en la actual costa del Golfo, en la parte del norte. Pues refiriéndose a los tlahuica, Sahagún menciona: “Y están poblados hacia el mediodía, y los totonaques y toueyome están poblados hasta el norte” (*ibidem*, 9, 91: 608). Si bien pudiera referirse en especial a los “totonaques” específicamente “cuexteca”.

Ahora bien, para el objetivo de su investigación, al igual de lo expresado para lo no-mexicana, Sahagún también manifiesta:

Estos vocablos ya dichos, *tlalhuícatl*, *totonac*, *toueyo*, denotan en sí poca capacidad o habilidad, y así al que es inhábil o tosco le llaman de *tlalhuícatl* o *totonac*, o *cuextecatl*, o *toueyo*, de manera que por le injuriar le dicen estos tales nombres, y aun nótnle de *otomite*, diciéndole eres *otomite*. Sus defectos que tiene son que andan demasadamente ataviados, y con rosas en las manos, y eran muy tímidos y toscos o torpes (*ibidem*, 9, 92: 608).

Como puede observarse, esta apreciación subjetiva e “imperialista” —dirían algunos, sobre todo con relación a los mexica—, llevó a considerar a todas las poblaciones no-nahuas, a todos los pueblos no relacionados con los conquistados directamente, como incapaces, inhábiles, toscos o torpes. Pero, ¿sería así esto en realidad? ¿Correspondería a todos los grupos no-nahuas esta definición?

En comparación, poco menciona el fraile franciscano acerca de los habitantes de las regiones, en y a los alrededores de los pueblos denominados como chocho, nonoalca o popoloca, tema de este trabajo.

Curiosamente, de las definiciones despectivas únicamente se salvarían dos pueblos: “Estos *couixcas* y *tlapanecas* son unos que a uno solo le llaman *couixcatl* y *tlapanécatl*, y están poblados en *Tepequacuilco* y *Tlachimalácac*, en la provincia

de *Chilapan*, los cuales hablan lengua mexicana, y son ricos” (*ibidem*, 9, 94: 608). Y se apunta “salvarían”, porque quizá esta característica de hablar “mexicano” no los incluiría dentro de la esfera de acción e interrelaciones de los pueblos considerados como popoloca, pero...

El mismo Sahagún despeja la incógnita al escribir acerca de otros pueblos:

Estos *yopimes* y *tlapanecas* son de los de la comarca de *Yopitzinco*; llámanles yopes porque su tierra se llaman (*sic*) *Yopitzinco*, y llámanlos también *tlapanecas*, que quiere decir hombres almagrados, porque se embijaban con color; y su ídolo se llama *Totec Tlatlauhqui Tezcatlipoca*, que quiere decir ídolo colorado porque su ropa era colorada, y lo mismo vestían sus sacerdotes, y todos los de aquella comarca se embijaban con color. Estos tales son ricos; hablan lengua diferente de la de México, y son los que llaman propiamente *tenime*, *pinome*, *chinquime*, *chochonti*, y a uno solo llaman *pinotl*, *chínquitl*, *chochon*. A estos tales en general llaman *tenime*, que quiere decir gente bárbara, y son muy inhábiles, incapaces y toscos; y eran peores que los otomíes y vivían en tierras estériles y pobres, con grandes necesidades, y en tierras fragosas y ásperas; pero conocen las piedras ricas y sus virtudes (*ibidem*, 9, 94 y 95: 608).

Como se puede examinar, estos pueblos tienen algo en común que Sahagún los define en conjunto como “tenime”, término a discutir; pero, por otra parte, las condiciones geográficas los unifican con los otros grupos más al oriente. Aunque, se considera, sí posiblemente con más ventajas que estas regiones; aquellas zonas de población de los grupos conocidos como “popolocas”.

A su vez cabe señalar al margen, eran tan “bárbaros” estos pueblos que proporcionaron, paradójicamente, elementos sumamente importantes en el ritual mexicano tales como: las festividades de la deidad Totec, el propio templo de la deidad Yopi dentro del recinto del Templo Mayor de Tenochtitlan y el trabajo mencionado de las “piedras ricas y sus virtudes”.

En el caso del término *chochonti*, el propio Sahagún afirmaría, gracias a sus informantes, la exis-

tencia de un pueblo llamado definitivamente así; obviamente, con un espacio territorial y una lengua, totalmente definidos y reconocidos como tales. En la actualidad, propiamente se hablaría de una cultura indígena. Aunque, si bien no del todo muy conocida, tampoco producto de un invento español; ni derivación de una expresión española, ni nada por el estilo.

De tal forma, y de acuerdo con los informantes de Sahagún, para el siglo XVI tenemos emparentados a los yopes, quienes fueron denominados “tlapanecas” (por sus costumbres y la región que ocuparon), con las poblaciones reales de los pinome, chinquime y los *chochonti*. Pueblos comúnmente conocidos como *tenime*.

Los *tenime*, olmeca uixtotin y mixteca

Pero, no todo termina aquí, como muchos quisieran. Cabe señalar que el fraile español mismo hizo una distinción entre los mencionados “tenime”, pues también los había “toltecas”.

Apoyando, tal vez, una unidad de los pueblos ya descritos, que definitivamente sí tuvieron mucho en común, al hablar de los “olmecas, uixtotin y mixtecas”, Sahagún nos detalla:

Estos tales así llamados están hacia el nacimiento del sol, y llámanles también *tenimes*, porque hablan lengua bárbara, y dicen que son *toltecas*, que quiere decir oficiales de todos oficios, primos y sutiles en todo y que son descendientes de los *toltecas* de que arriba se ha hecho mención.

...De estos, porque eran ricos, y no les faltaba nada de lo necesario antiguamente, se decía que eran hijos de *Quetzalcoatl*, y así creían los antiguos que el que era próspero, rico y bien afortunado, que era conocido y amigo del dicho *Quetzalcoatl* (*ibidem*, 10, 96-98: 608-609).

Más datos esclarecedores proporciona, con sus escritos el fraile, respecto de estos pueblos:

Y estando todos en *Tamoanchan*, ciertas familias fueron a poblar a las provincias que ahora se llaman *Olmeca*, *Uixtoti*, los cuales antiguamente solían saber los

maleficios o hechizos, cuyo caudillo y señor tenía pacto con el demonio y se llamaba *Olmecat Uixtotli*, de quien tomando su nombre se llamaron *olmecas uixtotin*. De éstos se cuenta que fueron en pos de los *toltecas* cuando salieron del pueblo de *Tullan*, y se fueron hacia el oriente, llevando consigo las pinturas de sus hechicerías; y que llegando al puerto se quedaron allí, y no pudieron pasar por la mar, y de ellos descienden los que al presente se llaman anahuaca mixteca; y fueron a poblar allí sus antepasados porque su señor que era escogió aquella tierra por muy buena y rica (*ibidem*, 12, 118-119: 611-612).

También cabe resaltar la distinción realizada por Sahagún para los grupos mencionados: los *toltecas* también se llaman *chichimecas*, y los *otomíes* y *michoacas* ni más ni menos; pero los que están hacia el nacimiento del Sol se nombran *olmeca*, *uixtotin*, *nonoocalca*, y no se dicen *chichimecas* (*ibidem*, 138: 614).

Las especulaciones

Así, las piezas del rompecabezas empiezan a reconocerse. Se tiene, sin duda, la mención de varios grupos con características comunes como vivir entre cerros, ser ricos y de lengua diferente a la de los “mexicanos”. Agrupados genéricamente como: los yopimes, yopes o tlanecacas. Conocidos así, para momentos de la Conquista y sobre todo en la parte sur de la actual República Mexicana, propiamente en el estado de Guerrero. Pero, estos hombres almagrados, más hacia el sureste y, suponemos por la región geográfica habitada, iban siendo llamados de otra forma: pinome, chinquime o chochonti.

A estos grupos tlanecaca en general, como ya se mencionó, se les llamaba también *tenime* y, aunque Sahagún traduce el término como gente bárbara, fray Alonso de Molina traduce su singular *Tenitl* como: hombre de otra nación y boçal (1992: 99v). Por lo cual, esto hace pensar, aquí sí, en una concepción más española de la palabra actualmente escrita *bozal*. El vocablo tiene ocho acepciones: 1) dicese del negro recién sacado de su país; 2) **bisoño**, inexperto en algún arte u oficio; 3) simple, necio o idiota; 4) tratándose de caballerías, **cerril** no domado; del

quinto al octavo significado, la palabra se refiere a objetos utilizados en animales, principalmente en el hocico (*Diccionario de la Lengua Española*, 1970, I: 199).

Las últimas, así como la primera, pueden ser descartadas de entrada por razones obvias. Las otras tres, números 2, 3 y 4, son factibles de ser interpretadas, utilizadas y manipuladas hasta en tono ofensivo. Esto al parecer pudo haber sucedido. Quizá del adjetivo *cerril*, aplicado “al terreno áspero y escabroso”, se prefirió aplicar, además, el de “grosero, tosco y rústico” (*ibidem*, II: 297); para hacerlo sinónimo de “simple, necio o idiota”. Era de esperar esta percepción de parte de los españoles; al final de cuentas, provenían de “ciudades más civilizadas” y los indígenas realmente eran considerados por ellos como unos animales. Concepción posiblemente, pese a todo, de origen indígena como veremos más adelante. Así, los “extranjeros serranos” se convirtieron para los mexica y españoles en sinónimo de pueblos atrasados.

Por otra parte y sin lugar a dudas, en el caso de los tan renombrados “*olmeca uixtotin*”, los grupos son reconocidos como poblaciones con tal nombre y formando parte de los *tenime*. Y podría uno acreditar el hecho a la razón simple de que hablaban, como los otros grupos, la “lengua bárbara”. Pero estos *olmeca* son registrados también como aquella gente en pos de los “*toltecas*” a su salida de “*Tullan*”. Este hecho, sin duda, los relaciona con los pueblos descritos por la *Historia Tolteca Chichimeca*. Principalmente los equipara con los afamados grupos *nonoocalca* *chichimeca*. Aunque con la distinción de no ser *chichimeca*.

En consecuencia, tenemos a los *olmeca uixtotin* como otro de los pueblos ligados a la tradición cultural que nos menciona la caída de la “Gran Tula” y la dispersión de sus habitantes los *tolteca*.

Pero aquí también se puede aventurar una diferente opinión, respecto a la creencia de la mayoría que han supuesto a los *uixtotin* sólo como

pueblos habitantes de las costas; deduciéndolo obviamente del significado mismo de la palabra, la cual los designa propiamente como extractores de la sal.

Una de las actividades importantes en la región de Tehuacán, antigua y desarrollada posteriormente también por los nonoualca chichimeca, sería la producción de sal; sobre todo en la zona donde se encuentra la población actual de Zapotitlán Salinas, sin mencionar otras muchas. Por lo tanto, el término de uixtotin pudiera corresponder más bien a estos pueblos anteriores a los nonoualca chichimeca, quienes no sólo habitaban las costas sino también tierra adentro.

Pasemos a dar otros elementos que nos permitan hacer un marco de referencia a los pueblos tema de este trabajo.

Los olmeca históricos

Como todos sabemos Jiménez Moreno, desde 1942, definió el término olmeca:

Olmeca es un gentilicio derivado de *Olman*, “(donde) está el hule” (*Olli mani*), o “donde se coge el hule”. Etimológicamente, el término tiene una clara connotación geográfica, puesto que está ligado al territorio en que se produce dicha resina, es decir, la costa de Veracruz y de Tabasco. Además del hule, se daban en la región olmeca ciertas plantas que Sahagún menciona, como el *teonacastli* o *hueynacastli* y el *yolloxochitl*, cuya distribución se extendía hasta incluir provincias de las regiones mazateca y chochopopoloca de Oaxaca y Puebla. Como zona olmeca por excelencia —u *olmeca xicallanca*— se menciona, además de Cotaxtla, toda la faja costera que se extiende entre el Xicallanco de Boca del Río, Ver, y el otro que todavía existe frente a Ciudad del Carmen, Campeche. Los habitantes de esa región en el siglo XVI eran nahuas, chocho-popolocas y mazatecos, mixtecos, chinantecos y zapotecos y sobre todo, mije-popolocas (1942a: 119-121).

Como resultado de su análisis, después de una serie de convincentes argumentaciones, este autor concluye con un cuadro como “Hipótesis de trabajo sobre los sucesivos portadores de las

culturas del área olmeca” (1942a: 145). De este cuadro interesa para el presente escrito: su época de la “Historia Precortesiana”, donde a los “paleo-olmecas”, representados por “Popolocas (principalmente Mazatecos) al final también nahuatizados”, como “Portadores de la Cultura”, se les asocia con una cerámica correspondiente a “Teotihuacan III-IV-V (desde 600 A D?)” y a la “Cultura de Teotihuacan y de El Tajín”. Así como, en una segunda parte de esa historia, se encuentran los “neo-olmecas”, representados por “nahua-mixteca”, como los “Portadores de la Cultura”, con una cerámica conocida como “Mixteca-Azteca I-Cholulteca I (Altar de los Cráneos)-Cerro Montoso (desde 1000 A D)”.

Los nonoualca o paleo-olmeca

Jiménez Moreno (1942a: 136-140) manifiesta la unión del término “los mudos”, significado al parecer etimológico de nonoualca, con el nombre olmeca; su convivencia con los tolteca chichimeca en Tula; su distinción por su especial devoción al dios Quetzalcóatl; por una manera peculiar de raparse el pelo y, al parecer, por haber sido supervivientes de la antigua población de cultura teotihuacana. Con todo esto estamos de acuerdo. Pero además, los identifica con gente de origen mazateco-popoloca basándose en la fundación de su pueblo en Cozcatlán, precisamente en el centro de una región predominantemente de esa filiación; y la existencia de hablantes, en el siglo XVI, de “popoloca en Teotihuacán” y “chuchón en Tabuba”. Aunque estas últimas características se consideran corresponderían más bien a los nonoualca pero chichimeca.

Ese autor concluye: “Los nonoalca parecen identificarse con los mazateca-popolocas, parcialmente nahuatizados, y haber sido también los últimos representantes de la cultura teotihuacana, especialmente en la época Teotihuacán IV-V”. A los autores de esta cultura, Wigberto Jiménez Moreno (1942a: 139) les llama también “paleo-olmecas”.

Los nonoualca chichimeca o neo-olmeca

A la etapa correspondiente a la era de Tula y su destrucción, donde al parecer el mixteco tenía tanta importancia como el nahua en la cultura olmeca y en su situación lingüística, Jiménez Moreno (1942a: 128) la llama neo-olmeca. La identifica con grupos nahua-mixtecos y la liga íntimamente a la cerámica Azteca I, Cholulteca I, de Cerro Montoso y de Isla de Sacrificios. En este último caso consideraba podría representar una extensión de la cultura olmeca de Cholula hacia la costa, en fechas posteriores al siglo X.

En esta época de “neo-olmecas” Jiménez Moreno, en su “descripción somera”, comprueba con base en fuentes históricas la existencia de “olmecas” en el altiplano de México; principalmente en el valle (Región de Cholula) y zonas (Sierra Norte, Zacatlán y Sur) del estado de Puebla, así como en el estado de México y Morelos (región Chalca). Y llega a concluir: “Podemos entonces pensar que la etapa que hemos llamado *neo-olmeca* tuvo su origen —desde el punto de vista de las tradiciones— en Morelos o en Chalco-Amecameca, aunque una cuna más remota pueda quizá encontrarse en Guerrero o en La Mixteca” (1942a: 136).

Varios grupos, además, asocia este autor (*op. cit.*) con los olmeca: los xicallanca, mazateca, pino-me, chocho-popoloca, mixteca, xochmeca o xochteca, quiahuitzeca, tlailotlaque, xochimilca, ayapanca, chalmeca y chocameca. Todos relacionados a la región ocupada por ellos, por ejemplo: los quiahuitzeca coinciden con la significación de “ñusabi” término aplicado a los mixteca; xicallanca es un gentilicio de Xicallanco, habiendo un pueblo en Boca del Río, Veracruz, y otro frente a Ciudad del Carmen, Campeche; aunque menciona la versión de Clavijero donde la Mixteca se llamaba Xicallan, habiendo allí dos pueblos xicayan y los chocameca derivan de un pueblo Chocaman, localizado cerca de Orizaba, Veracruz. Por otra parte, también registra la cita de Ixtlilxóchitl

acerca de la existencia de grupos mixteca y zapoteca entre la población de Zacatlán, Puebla, y la zona Mixteca.

En el caso de los zapoteca, y consciente de una discusión aparte, vale la pena recordar, de acuerdo con Paddock (1967: 2 y 3) la semejanza en el significado de la palabra utilizada para reconocerse como la “gente nubes”: Ben'zaa en zapoteco; y nusabi, en mixteco. Este significado por lo tanto, quizá se refiera al mismo grupo, pero habitantes de diferentes zonas geográficas. La disparidad, para variar, la dieron los mexica al denominarlos tzapotecatl, “gente de los zapotes”. Aunque Jiménez Moreno (1942a: 127) propone también pensar en grupos “zapotitecas”, es decir chocho-popoloca de Zapotitlán, un pueblo cercano a Tehuacán, que era la principal fortaleza de este grupo.

En ese tenor, se conviene con lo anteriormente expresado; de seguro en esta región del hule se originaron los olmeca históricos pero, como se ve, de los varios existentes en otras regiones, cada grupo adoptó su nombre de acuerdo con las características de su asentamiento y su historia. Unos ejemplos de tal situación, los tenemos con las menciones de los grupos olmeca xicallanca habitando el Centro Oeste del actual estado de Puebla y la de los olmeca Uixtotin junto con la de los anahuaca mixteca más al Sureste.

Ahora bien, principalmente por la *Historia Tolteca Chichimeca*, fuente indígena del siglo XVI, se sabe de la llegada de los grupos conocidos como nonoualca chichimeca a las regiones centro, sur y sureste del actual estado de Puebla; así como centro de Veracruz y norte de Oaxaca.

Abriendo otro paréntesis y especulando, quizá como una forma de relacionarlos o una manera de llamar la atención, se puede señalar que, según el relato de la migración de los nonoualca chichimeca, ellos estuvieron en “Xalixco” (Kirchhoff *et al.*, 1976: 136) a su salida de Tollan; lo cual nos remite a pensar en los tecuquines o tecoxines de Jalisco ya relacionados en las

listas de etnias por Jäecklein. Con lo cual habría una forma de conectar esas menciones.

Continuando con la información de la *Historia Tolteca Chichimeca*, estos nonoualca chichimeca fundaron los señoríos de Cozcatlan, Teotitlan, Teouacan, Tzoncoliuhean, Tlalitlan, Apzolco y Nextepeç (Cravioto, 2002: 80), los cuales abarcaban territorios de los estados ya mencionados, donde, como ya se vio, se ha determinado la existencia de grupos de habla “chocho”, “popoloca”, “mazateca” e “ixcateca”; componentes lingüísticos de la familia “otomangue” (Hopkins, 1984). En una convivencia de estos grupos, además, con otras poblaciones de filiación mixteca, mixe-popoloca y nahua.

Pero, Jiménez Moreno (1942a: 124), ya había señalado que parte de esta región se identifica con la Mixteca de la costa del Golfo, conocida como “Mixtequilla”. Donde se encuentra la población de Mixtán, lugar original del gentilicio “mixteca”. Además, llama la atención al hecho de que rasgos típicos, como las deformaciones craneanas, mutilaciones dentarias, rapado de la cabeza, confesión de pecados, sodomía, etcétera, atribuidos a los “olmecas costeros” o a los “nonoalca” en las fuentes, se encontraban también representados entre los huastecos y los totonacos y otros pueblos habitantes del área olmeca, en el momento de la Conquista, pero no a los olmeca que vivían en Cholula. (*ibidem*: 122).

Por lo cual concluye Wigberto Jiménez Moreno (*ibidem*: 122-123):

...los vocablos *olmeca* o *nonoalca*, en su sentido más amplio, sirvieron, sin duda, para designar a la antigua población de la costa atlántica: huastecos y totonacos, nahuas antiguos, nonoalcas de Zongolica (= mazateco-popolocas); mixtecos de la Mixtequilla, Cozamaloapan y Mixtán; mije-popolocas, chinantecos y zapotecos nororientales, y aun mayas. En efecto, la historia precortesiana de México puede dividirse en dos grandes períodos: el primero en que predominan las influencias costeñas u *olmeca-nonoalca*, el cual termina con Teotihuacán y el Tajín; y el segundo que se inaugura con

el imperio de Tula, a partir del cual prevalecen influencias alteñas o *chichimecas*.

De ser así las cosas, resultaría entonces contradictoria la información recopilada por Sahagún al dar a entender a los nonoalca como chichimeca y como todo lo contrario. En efecto, pareciera existir una diferencia, no manifestada por Sahagún, entre los “nonoalca chichimeca” y los “nonoalca” que no se dicen chichimeca. A no ser, como ya se apuntó, que los primeros fueran descendientes de los segundos. Esto, al parecer, seguramente sucedió pues, mención aparte, algo se ha escrito acerca de la posibilidad de que grupos originarios de la región olmeca nonoalca hayan migrado hacia el norte y centro de la República Mexicana y, después de un tiempo, hubiesen regresado a la misma región. Entre otros autores, están Toscano, 1942; Kirchhoff, 1942; Jiménez Moreno, 1942 y 1942a; Weitlaner, 1942; Cravioto, 2001. Resulta también sugerente, dentro de la secuencia histórica de los pueblos de Chiapas de Vivó (1942: 29), el registro de la migración “olmeca-otomangue (chiapaneca)”, hacia el año 500, y “chorotega”, por 900, así como la migración olmeca de Soco-nusco (“tapachulteca, ¿xinca?, conguac”), hacia el año “¿800?”.

En otro conciso trabajo acerca de estas poblaciones, Kirchhoff (1940: 87-90) propone tres interpretaciones en cuanto a los nonoalca chichimeca, después de tratar sobre su recorrido y lengua: En la primera, estos grupos hablaban el llamado “mexicano-nonoalco”, el cual imponen sólo en parte del territorio ocupado mientras los habitantes de la región, los mazateca y chocho popoloca, no son expulsados y continúan hablando su idioma materno. En la segunda, los nonoalca chichimeca hablaban el mazateco y chocho-popoloca; los segundos se quedaron en los alrededores de Tenpatzacapan y los primeros siguieron adelante. Según esta interpretación los chocho-popoloca y mazateca serían los descendientes de los nonoalca-chichimeca. Además, abre la posibilidad de considerar migraciones popoloca y mixteca desde el valle de México hacia el sur del estado de Puebla y al

estado de Oaxaca, para después retornar. Señalando por otra parte que no es posible decir si los popoloca, chocho y pinome de las fuentes del siglo XVI en Teotihuacan, Tacuba y Tlaxcala son restos de aquellos migrantes o de grupos que se quedaron atrás en su viaje original hacia el sur. En la tercera interpretación, la más aceptada por él, la masa de los nonoualca-chichimeca hablaban el chocho-popoloca y el mazateco y por lo tanto probablemente tenía parentesco con la mixteca y cuicateca, así como con la otomí (totomiuaque, quauhtinchantlaca, texcalteca, etcétera); pero sus jefes hablaban, además, un idioma de la familia nahua.

Los tolteca chichimeca

También de acuerdo con la *Historia Tolteca Chichimeca*, estos grupos llegaron, después de los nonoualca chichimeca, a establecerse a Tulla Tlachiualtepetl Cholollan, dominio de los “olmeca”, de los “xicallanca”. (La localización propuesta por Kirchhoff de ese territorio se encuentra plasmada en el mapa 5, de la edición de 1976.)

Algunas referencias en esta parte de la historia conducen a varias conjeturas que a continuación se exponen. Según la crónica, los tolteca chichimeca trataban como parientes a los olmeca y a los xicallanca (Kirchhoff *et al.*, 1976: 154), aunque los chichimeca fueran los maceualli, los sirvientes (*ibidem*: 156) de los segundos, lo cual implicaría un grado de parentesco. Asimismo, en los diálogos entre los tolteca y los olmeca xicallanca, no se advierte el uso de una lengua distinta; de lo cual sí se hace referencia en la establecida por los tepilhuan chichimeca y los tolteca chichimeca, como veremos en el siguiente párrafo. Esto hace pensar en el uso de un mismo idioma, confirmando lo estipulado por Kirchhoff.

Al parecer esta lengua fue el náhuatl, o un idioma de la familia nahua como ya se mencionó, pues, de acuerdo con la crónica, el “intérprete” lo utilizó para comunicarse con los tolteca. Para Kirchhoff (1947: XXXI), los tolteca chichimeca:

“no parecen haber hablado otro idioma de filiación no-nahua”. De tal forma se podría deducir que este lenguaje es el hablado también por los olmeca y los xicallanca o, por lo menos, lo más probable, ya era utilizado como lengua franca entre esas etnias diferentes.

En el caso de los *chicome altepetl*, siete pueblos, los quauhtinchantlaca-moquiuixca, los totomiuaque, los acolchichimeca, los tzauhcteca, los zacateca, los malpantlaca y los texcalteca, la *Historia Tolteca Chichimeca* menciona que estos “tepillhuan”, “*los príncipes chichimeca*”, rezongan como insectos: —“*Pilli* mío, Ixcicouatl, *tlatouami*, a ver, escucha. Le respondió: —Así sea. Y luego ya se agacha a escuchar, escucha al *xicotli* y al *pepeyolli*, que para hablar gruñen;... Y luego le dice a Quetzalteueyac: —Mi pilli, hablan los tepilhuan chichimeca” (*ibidem*: 163). Así, los Tepilhuan Chichimeca hablan como jicote o abejorro; quizá “entre dientes”.

A causa de un canto expresado por ellos, en la crónica, se ha deducido su origen otomí: “¡El otomitl sólo comió y tuvo el camino!” (*ibidem*: 169). De hecho, la misma historia indica que los tolteca chichimeca al “darles de comer maíz” a estos grupos, esto es “educarlos”, aprendieron náhuatl: “De inmediato los chichimeca empezaron a medio hablar” (*idem* y nota 3). Kirchhoff (1947: XXXI) pensaba que era el otomí o por lo menos parientes de éstos.

Y aquí, con especial importancia, cabe resaltar la nota de Reyes, Odena, Kirchhoff (*idem*: nota 4) respecto de esa traducción: “En la edición de 1937: ‘hablaron confusamente’; en la edición de 1947: ‘desvariadamente’. El término naua, *popolochic* literalmente significa ‘perder-parte’. Los naua llamaban *popoloca* a los idiomas extranjeros. En Amatlán de los Reyes, Veracruz, al balbuceo de los niños se lo llama *popolotza*.”

Esta definición de la palabra **popolochic** da la clave para solucionar uno de los problemas centrales de este escrito. Como se puede advertir, efectivamente el término popoloca se refiere

más a lo lingüístico que a las características, tan subjetivas, del “carácter” de una población. Es ese aspecto interpretativo el cual permite emitir el siguiente enunciado: el término popoloca se deriva de la expresión “popolochic” o “perder parte”.

Los popoloca

La palabra popoloca, al derivarse de la expresión anteriormente expuesta, por lo demás, da a entender la posible referencia al hecho de que la población tolteca chichimeca “perdió la parte” de los nonoualca chichimeca. Esto es, se desprendió de “su complemento”. En ese sentido, los nonoualca chichimeca serían la parte privada de una totalidad conocida como “la Gran Tollan”. La *Historia Tolteca Chichimeca* (1976: 131-132) hace referencia de los pueblos componentes de ésta. Entonces sí, la población migrante sería, a los ojos de los que permanecen o de quienes los ven partir, verdaderamente la de los “popoloca”, el pueblo quebrantado, la parte perdida.

En tal tenor, la traducción del término como “pérdida” de don Joaquín Paredes Colín (1995: 32) encontraría significado. Pero no con el contenido que él le daba. No era una población extraviada, sin saber a donde ir ni “débil” ni “decadente”, sino desestimada y, quizá, condenada por otra. Por lo menos la expresión así se hubiese entendido en un principio. Después el enunciado, obviamente por otros intereses, iría tomando el carácter peyorativo; seguramente asignado por los conquistadores mexica, principalmente, y retomado por los españoles. De la difusión se encargarían ambos.

Así, deberíamos en realidad nombrar a la población, que se asentó en la región serrana de Puebla, Veracruz, y Oaxaca, a partir de la segunda parte del siglo XII, propiamente como nonoualca chichimeca. Los nonoualca del norte.

Esto pareciera dar fin al trabajo. Concluiría con señalar que el término popoloca es un vil reuécano histórico utilizado por dos grupos do-

minantes del siglo XVI: los pueblos de la llamada Triple Alianza y los españoles. Ambos con sus respectivos intereses y razones. Pero...

Los chochonti

De ser cierta la aseveración propuesta arriba, los ya descritos chochonti también deberían ser reconocidos propiamente como popoloca. Por lo menos, así se entendería, pues se ha deducido del recorrido de los nonoualca chichimeca por los pueblos del sur de Puebla (Kirchhoff, 1940: 83-84), relatado principalmente por la *Historia Tolteca Chichimeca*. De acuerdo con los autores de la edición (1976, notas 8 y 9 de la página 137):

En la *Historyre du Mechique* (Garibay 1965:115) se dice que en Quauhquecholan se estableció Matlaxochitl, compañero de Quetzalcoatl, en su huida a Tlapallan. Y: “En la *Relación de Ueuetlan* del año de 1579 (Austin, Texas), se asienta que el nombre de este pueblo se debe a que “pasaron unos viejos que iban camino, los cuales quedaron en este dicho pueblo”. Como se desprende de esta nota y la anterior, en su recorrido los nonoualca fueron dividiéndose y dejando personas en los lugares que tocaron, y como se ve en el párrafo 51 de la H.T.CH. Esto, a veces, no sucedió de modo pacífico.

No obstante este comentario, entonces ¿por qué son llamados chochonti?

Con la idea prejuizada de que chocho es sinónimo de popoloca, la traducción más común, aceptada y adecuada a la interpretación ya mencionada, es la proporcionada por fray Alonso de Molina de: “Chochol boçal hombre o muger”. Pero, cabe señalar, por gran mayoría existen otras palabras derivadas del verbo: “Chocholoa. ni. Andar dando faltos, o huyr muchas vezes, o hazer el officio que le es encomendado cõ muchas faltas y defectos” (Molina, 1992: 21r).

Esta idea de dar saltos era sugerente. Y más, cuando en la relación de palabras del vocabulario se enlista la palabra: chocholli. Talón o pie de venado (*idem*). El glifo de Cholula y su gentilicio en el *Códice Xolotl* (1980, TII: planchas:

I, II, I-II bis, V, VI, IX-X.) vinieron a la memoria, así como el párrafo insinuante de David A. Peterson (1987:102):

Finalmente, con algún riesgo de ser tomado demasiado en serio y así adherir a la ya excesiva confusión, nosotros podríamos citar un largo [y quizá propiamente] ignorado nombre posible para lo que es la comúnmente llamada Cholula. La HTCh muestra un nombre glífico para la ciudad: un cerro increíble, fino, con lo que parece ser una rana sentada en lo alto. El Cerro de la rana debería ser, en Nahuatl, Tamazoltepec. Así, considere el glifo de Cholula en el Códice Mendoza, un documento temprano de la posconquista: éste es la pierna de un venado. ¿Qué tienen en común la rana y el venado, entonces? Obviamente, ambos son grandes saltadores. Y ¿Qué significa el nahuatl choloani? Como Molina nos dice, significa saltador así como fugitivo. Como todo documento propiamente escolar, concluye, más investigación es necesaria.

Se sabe que el asentamiento conocido como Cholula bien puede ejemplificar varios de los episodios de migración poblacional como: su abandono calculado arqueológicamente alrededor del año 600; su reocupación por el 900; y un nuevo apogeo después del 1100. La *Historia Tolteca Chichimeca* (1976: 209) menciona además una población fugitiva de Cholula para 1235 y 1246. Por lo tanto, sí había motivos para ser denominada como la ciudad de los que huyeron muchas veces.

Pero, de ser cierta esta hipótesis se podrían plantear las siguientes suposiciones. Inicialmente, los llamados chochonti serían un pueblo más antiguo que los popoloca. Recuérdese, este último término se aplicaría después del siglo XII y en ese sentido sería más moderno. El primero, tempranamente, quizá estaría relacionado con la caída del mundo teotihuacano y, quizá, con la migración de los “olmecas” que en “Quauhtemallan llaman pipiles”; aquella registrada por Torquemada (1975, I: 452-54) y recordada por Jiménez Moreno (1982, II: 1061).

Abandonando Cholula, y con el dominio de los olmeca xicallanca, parte de esa población se quedó prácticamente en el centro y sur del ac-

tual estado de Puebla, así como en el norte del estado de Oaxaca. Después de un tiempo, por relaciones económicas principalmente, regresaría con condiciones sociales más estables. Se debe tomar en cuenta, además, que no siempre la población conocida como macehuales, los sustentadores de la sociedad prehispánica para ese momento, huía o se desplazaba en su totalidad, no sería raro que muchos de éstos permanecieran en las tierras de labor; a diferencia de los grupos sociales relacionados con el poder, los cuales sólo permanecerían por su preferencia y apoyo a las ideas del grupo conquistador.

Al pasar el tiempo, nuevamente la situación se repetiría con la llegada de los nonoualca chichimeca, primero, y con los tolteca chichimeca después. La población huiría ante los grupos conquistadores y retornaría en los tiempos de paz.

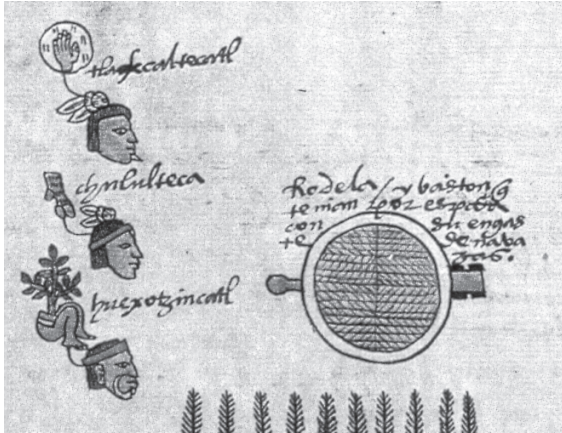
Independientemente de las causas por las que permanece una población en las tierras recién conquistadas por otros, la estancia continua de ésta, conservando los rasgos culturales de una región, hace suponer en pueblos con su filiación original. Esto es, en nuestro caso, serían pueblos conservando por mucho su filiación olmeca. Si bien transformada por los continuos tratos con otras culturas, manteniendo ciertos aspectos definitorios. De forma específica, se hablaría de los “paleo-olmecas” ya referidos más atrás.

Es esa población la que se podría identificar precisamente con la del idioma conocido como chocho.

Más sin embargo, habría que hacer una consideración acerca de los nombres de estos grupos. Como se puede observar, este término de chocho también muestra su utilización a la manera de un adjetivo despectivo, lo cual hace pensar en una denominación convencional utilizada por un grupo sobre otro.

La confirmación de esta idea es proporcionada por la representación, en la *Matrícula de Tributos* o en el *Códice Mendocino* (p. 22 de la *Matrícula* y f. 42r del *Códice*, en Castillo F., 1978: 566-67) de los glifos de los pueblos de la llamada Triple

Alianza del valle Poblano-Tlaxcalteca. Allí se dibujó la pata de un venado para referirse al cholulteca, el toponímico del pequeño huejote para el huexotzinca y una mano dentro de un círculo para los tlaxcalteca (fig. 2).



● Fig. 2. F. 42r Códice Mendocino (tomado de Castillo, 1978: 567).

He aquí el quid del asunto. El toponímico real de los texcalteca (de acuerdo con Muñoz Camargo (1984: 154), después de echar a los “ulmecas y zacatecas”, “los chichimecas mayores” “poblaron las sierras de *Tēpeticpac*, que fue llamada *Texcalticpac* y, de *Texcalticpac*, *Texcala* y, de *Texcala*, *Tlaxcalla*), debería(n) ser una(s) peña(s) o peñasco(s) como se observa propiamente en el Mapa de Cuauhtinchan núm. 3 o Mapa de las Migraciones Uexotzinco-Tepeaca (Yoneda, 1991: 141), (fig. 3).

Por su parte, Yoneda traduce “Texcallan” como lugar de despeñadero o donde abunda el pe-

dregal (*ibidem*: 55); más sin embargo, en el documento mexica se le coloca al personaje un emblema con una mano en movimiento, para dar la idea de la acción de amasar tortillas. En náhuatl, *tlaxcaloa* significa hacer tortillas. Aunque no es de extrañarse que se refieran más a Tlaxcalhuia o hacer tortillas de maíz para otro (Molina, 1992: 145r), en un sentido más despectivo y burlón. Esto es, nuevamente se juega con las palabras. De un hombre habitante de los peñascos o entre peñas, se le convierte en un amasador de maíz; de un texcalteca en un tlaxcalteca. Que después les haya gustado más, o mejor dicho les hayan impuesto la divisa es otra historia.

En el mismo sentido, la pata de venado se utilizaría como una forma de apodarar al antiguo “cerro del sapo o la rana”, (en cuanto al registro de la tradición del cerro consultar a Mendieta, 1993: 87) ilustrado en la *Historia Tolteca Chichimeca* (1976: 7v, 9v, 14r y 27r), como la ciudad de los que han huido muchas veces. Aunque también este emblema lo asociaría con la deidad Mixcoatl, por ser el ciervo su animal representativo. Pero, pese a ser reconocido como un gran centro religioso y comercial, el verdadero nombre de Cholula no aparecería como tal en los documentos pertenecientes a los mexica y sus aliados. En los testimonios ajenos a la idiosincrasia de estos últimos pueblos, aparecería cualquiera de los demás términos asignados a la población por la *Historia Tolteca Chichimeca*. Además del muy conocido Tlachiualtepetl, varios son los nombres que consigna esta fuente



● Fig. 3. Mapa de Cuauhtinchan 3 (fragmento, tomado de Yoneda, 1991:143).

(1976: 181 y 185). Otro documento que presenta a la población de Cholula con el toponímico de un cerro de adobes y una rana es el Mapa de Cuauhtinchan núm. 3 (Yoneda, 1991: 141 y 143).

De tal forma, partiendo de la información precedente, se podría entonces establecer que la población conocida en el siglo XVI como chochonti estaba relacionada con la existente, desde siglos anteriores, en la ciudad prehispánica reconocida como Cholula. En qué porcentaje no se sabe, pero debió ser uno muy alto. Jiménez Moreno la asociaría con la población “paleo-olmeca”; aquel grupo inmediatamente anterior a los “neo-olmecas”, el de los popolocas y mazatecos, identificados como nonoualca, cuyos restos arqueológicos serían los de Teotihuacan III, IV y V (Caso, 1942: 39). Aunque esto no deja de ser una mera *hipótesis* y más investigación es necesaria, cabe anotar también que según Lehmann, los tiranos olmecas de Cholula hablaban el idioma chocho (apud. Jáecklein, 1979: 207).

Los popoloca históricos

Jáecklein (1979: 198-199) introduce el término de los “popolocas históricos” y señala:

Cronológicamente pueden ser situados en la época clásica temprana o más todavía. Los popolocas históricos constituyeron un contingente notable dentro de los grupos minoritarios de la familia mixteca. Paddock llama a este grupo “tetlamixteca” y engloba bajo este nombre a los chochos, popolocas, amusgos, triques, ichcatecos, mazatecos, chinantecos y cuicatecos. Todos ellos son relacionados con los mixtecos. Algunos grupos especializados dentro de estas minorías, formados principalmente, pero no de forma exclusiva, por los chochos y popolocas, constituyeron la base para la reconstrucción de los popolocas históricos.

Pero, no se está en conformidad con ninguno de estos autores. Como ya se ha expuesto, los popoloca son los llamados nonoualca chichimeca y aparecen a finales del siglo XII; mientras los chocho son un grupo propiamente relacionados con Cholula, desde muy temprano quizá relacionados con poblaciones teotihuacana,

olmeca uixtotin y nonoualca, quienes posteriormente se vieron afectados no sólo por los nonoualca chichimeca sino además por los tolteca chichimeca, en específico por los totomiuaque.

En el caso de la propuesta de Paddock (1987: 27) se prefiere utilizar los nombres proporcionados por los cronistas indígenas y españoles, porque remiten a poblaciones específicas relacionadas con un espacio y tiempo determinado. En todo caso, en lugar de “tetlamixteca” bien se puede utilizar el de olmeca uixtotin, nonoualca chichimeca o el de tlapaneca para abarcar a los grupos allí considerados. Si se trata de sus características lingüísticas se pueden consultar, entre otros a Escalante, 1995; Fernández, 1956; Hopkins, 1984; León, 1905; Manrique, 1989; Weitlaner, 1942; Zúñiga, 1988, los cuales con el término otomangue resolverían el asunto.

Empero, a esos grupos correspondería el territorio asignado por Jáecklein (1979: 199) a sus “popolocas históricos”:

era la zona sur del estado de Puebla, la zona norte del estado de Oaxaca y tal vez la zona este del Estado de Guerrero. Hoy en día estamos de acuerdo en considerar como punto central de la ubicación de los popolocas históricos, la parte meridional del altiplano de Puebla, especialmente la zona comprendida en el triángulo que forman las ciudades de Acatlán, Tepeaca y Tehuacán.

Un triángulo conocido como el Área Central Popoloca, pero que quizá se caracterice más bien por una continua interrelación cultural entre los chocho, los popoloca y los mixteca. Además pareciera delimitar sólo esa área, olvidando la parte colindante con el estado de Veracruz, de la cual únicamente trata de paso la población de Tepeji de la Seda o de Rodríguez y sus gobernantes con los glifos de Quetzpalli, Lagartija y Mazatzin, Pequeño Ciervo.

Aquí se debe hacer una nota aclaratoria, dice Jáecklein: “Sin embargo cabe también la posibilidad de que esta sección del mapa se refiere a los mazatecos, cuyo manifiesto interés por los ciervos produjo un gran efecto entre sus con-

quistadores aztecas, motivo por el cual no los llamaron popolocas sino mazatecos, hombres ciervos” (1979: 200). Pero esto último pudiera ser sólo la repetición de una creencia, tal vez, más reciente. De acuerdo con la Relación Geográfica de Teutitlan (Castañeda, 1581: 191-213), Matzatlan San Cristóbal (*ibidem*: 197) es cabecera sujeta a *Teutitlan* en jurisdicción y doctrina (*idem*: 204). En su apartado trece se escribe: “*Matzatlan* quiere decir ‘lugar de piñas’, porque se dan en él muchas. Hablan los naturales la lengua *matzateca* y, pocos, *la mexicana*” (*ibidem*: 205). Con lo cual debemos de llamar a sus pobladores, correctamente, como los habitantes entre piñas: del mexicano *matza(tli)* y *—tlan*, “entre piñas” (*loc cit*, nota 29).

Por otra parte, se conviene con Jäecklein en recordar a las cerámicas Anaranjada delgada y de “estilo mixteco-Puebla” como realizadas en la regiones de Ixcaquixtla y Acatlán; las cuales son atribuidas a los olmeca históricos por Jiménez Moreno, quien indica:

Arqueólogos pueden buscar los orígenes del grupo olmeca en la mixteca Baja desde Huajuapán y Tzila-cayoapan hasta Izúcar y Huehuetlán, y aun el área de Atlixco, donde la antigua Cuauhquechollan estaba situada (Jäecklein, 1979: 200).

Conclusiones

La población conocida como popoloca recibe esa denominación a partir de finales del siglo XII, cuando hizo su arribo a la región donde se unen los actuales estados de Puebla, Veracruz y Oaxaca. De acuerdo con las fuentes históricas, esa región corresponde a Tlapallan; aquel lugar donde Quetzalcóatl decidió partir desde la Gran Tulla. Si tlapaneca se deriva de este término, entonces se podría incluir a parte de la gente de Morelos y Guerrero para acordar con Sahagún.

Correctamente su nombre sería el de nonoualca chichimeca; se considera que la población estaba compuesta por varios grupos o pueblos hablantes de diferentes lenguas, pero con características culturales similares, así como con un

idioma utilizado como “lengua franca” entre ellos, posiblemente el náhuatl o uno de la familia nahua.

El grupo mayoritario parece corresponder al hablante de la lengua nonoualca, pues según Chimalpahin (1982: 166): “Señalan allí cuál fue su patria de donde salieron, lugar llamado Tlapallan [“Mar hacia el Este”], en donde se habla el idioma nonohualco, de modo que hay que entender que decir Nonohualco es como decir Tlapallan.”

Posiblemente este idioma nonoualca se refiera al hablado por los nonoualca chichimeca y, por lo tanto, sea la denominación original del popoloca.

Si consideramos a los nonoualca chichimeca como descendientes de los antiguos pobladores de esa región, pues parte de la población había emigrado a Tula y se encontraba de regreso, entonces tempranamente tuvieron que ver con el propio nonoualca, la lengua original hablada en la región por los olmeca, uixtotin y mixteca. Por lo tanto se puede deducir la exportación de este idioma a las regiones del Norte; y su regreso, pero ya transformado a través del tiempo; de allí su diferencia con el chocho a su llegada. Este último tal vez sí, en ese momento, hablado como lengua mayoritaria.

De tal forma, el idioma conocido como chocho, quizá sea un remanente más antiguo de aquel conocido como nonoualca y que, por las condiciones culturales posteriores, se transformó en el nonoualca chichimeca mejor conocido como popoloca. Quizá también un reducto relacionado con éste sea el idioma conocido como mexicano nonoualca.

Los chochonti, posiblemente por el uso cotidiano de chochon, y en especial por el empleo del término por parte de los españoles, se convirtieron en chochos o chocho. Quizá un lugar relacionado con esta población, ¿su capital?, sea el registrado como Mazacholco (¿El lugar del venado fugitivo?) en los mapas de los linderos

de las fojas 30v y 31r (1976: 190-1) y 35v y 36r (1976: 200-1) de la *Historia Tolteca Chichimeca*.

Los demás pueblos componentes de los nonualca chichimeca serían el mazateco, el ixcatéco y posiblemente el cuicateco y el mixteco. Cada uno, también, hablando las variaciones derivadas de su idioma original.

Para terminar, pareciera que todas las poblaciones de las regiones adyacentes mencionadas tenían un elemento en común básico: el núcleo de su población estaba relacionado con los olmeca. ¿Cuál era el grado? Se desconoce.

Sin embargo, la extensión del espacio ocupado por ellos se puede deducir de los señalamientos realizados por las fuentes; en especial la *Historia Tolteca Chichimeca*, al mencionar los linderos de los principales pueblos tepilhuan chichimeca, permite deducir la cobertura de prácticamente los estados de Tlaxcala y Puebla; más los territorios aledaños entre este último estado con los de Oaxaca y Veracruz. Aunque existe la posibilidad de incluir parte de Morelos y Guerrero, así como del valle de México, como ya hemos visto.

En otra probabilidad, con la concepción establecida del término popoloca, se entendería la presencia de poblaciones identificadas como “popolucas” hasta el sur de Veracruz, (sí, la palabra, con “u” al final); tratándose de grupos lingüísticamente relacionados con los mixe y los zoque (Foster, 1969). Donde el uso de la “u” en lugar de la “o”, tal vez corresponda a una variación regional de la Costa del Golfo, como un indicador fronterizo de la penetración conquistadora de los nonualca chichimeca hacia esa costa. Quizá mostrando la cobertura del territorio conquistado y el del dominado por los olmeca uixtotin.

Y efectivamente, los actuales pueblos llamados popoloca, se autonombran *ngiva*, “los que hablan la lengua”, pero se considera lo hacen sólo a manera de reconocerse como parte de un grupo diferente, con otra lengua, sin conocer el contenido real, histórico, de su pueblo.

Bibliografía

- Caso, Alfonso
1942. “Resumen de las Discusiones sobre los Olmecas Históricos y sobre los Informes Lingüísticos, hecho por el Presidente de la Mesa, a propuesta del Doctor G.C. Vaillant”, en *Mayas y Olmecas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América, Sociedad Mexicana de Antropología, 27 de abril a 1o. de mayo de 1942, pp. 38-43.
- Castañeda, Francisco de
1581. “Relación de Teutitlan”, en Acuña, René (ed.), *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Antequera*, t. II, México, UNAM, 1984, pp. 191-213.
- Castillo Farreras, Víctor M.
1978. “Matrícula de tributos”, en *Historia de México*, vol. 3, México, Salvat Mexicana de Ediciones, pp. 523-588.
- Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, don Francisco de San Antón Muñón
1982. *Relaciones Originales de Chalco Amaquemecan*, paleografiadas y traducidas del náhuatl, con una introducción por S. Rendón, prefacio de Ángel Ma. Garibay K., México, FCE.
- *Códice Xolotl*
1980. Edición, estudio y apéndice de Charles E. Dibble, México, UNAM (Serie Amoxtlí: 1).
- Cravioto Rubí, José de Jesús Alberto
2001. “El señorío de Tehuacan. Apuntes para la historia del sureste del estado de Puebla”, ponencia presentada en la XXVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Zacatecas, 29 de julio-3 de agosto de 2001.
2002. “Los nonualca-chichimeca y el señorío de Tehuacan”, en *Arqueología*, núm. 27, segunda Época, enero-junio, México, INAH, pp. 73-82.
- Escalante H., Roberto
1995. “El grupo lingüístico chocho-popoloca”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. *Sociedad Mexicana de Antropología*, t. XLI, México, pp. 191-202.

- Fernández de Miranda, María Teresa
1956. *Glotocronología de la familia popoloca*, México, Museo Nacional de Antropología (serie científica, núm. 4).
- Foster, George M.
1969. "The Mixe, Zoque, Popoluca", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 7, Austin, Texas, pp. 448-477.
- Gámez, Alejandra
2003. *Los popolocas de Tecamachalco-Quecholac. Historia, cultura y sociedad de un señorío prehispánico*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Facultad de Filosofía y Letras, Dirección de Regionalización; Dirección de Fomento Editorial.
- Hopkins, Nicholas A.
1984. "Otomanguean Linguistic Prehistory", en J. Kathryn Josserand, Marcus Winter y Nicholas Hopkins (eds.), *Essays in Otomanguean Culture History*, Nashville, Tennessee, Vanderbilt University Publications in Anthropology, núm. 31.
- Hoppe, Walter A., Andrés Medina y Roberto J. Weitlaner
1969. "The Popoloca", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 7, Austin, Texas, pp. 489-498.
- Hoppe, Walter A. y Roberto J. Weitlaner
1969. "The Chocho", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 7, Austin, Texas, pp. 506-515.
- Jäecklein, Klaus J.
1979. "Apuntes sobre la historia prehispánica de los popolocas de Puebla", en Barbro Dalhgren (coord.), *Mesoamérica. Homenaje al Doctor Paul Kirchhoff*, México, SEP-INAH.
1991. *Un pueblo popoloca*, México, Conaculta-INI (Presencias, 41).
- Jiménez Moreno, Wigberto
1941. "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* (antes *Revista Mexicana de Estudios Históricos*), t. V, núms. 2-3, México, Sociedad Mexicana de Antropología, mayo-diciembre-1941, pp. 79-83.
1942. "Relación entre los olmecas, los toltecas y los mayas, según las tradiciones", en *Mayas y Olmecas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Segunda Reunión de Mesa Redonda Sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América, Sociedad Mexicana de Antropología, 27 de abril a 1º de mayo de 1942, pp. 19-23.
- 1942a. "El enigma de los Olmecas", en *Cuadernos Americanos (La Revista del Nuevo Mundo)*, México, año I, vol. 5, pp. 113-145.
- 1982. "Síntesis de la Historia Preolteca de Mesoamérica", en *Esplendor del México Antiguo*, México, Editorial del Valle de México, pp. 1019-1108.
- Kirchhoff, Paul
1940. "Los pueblos de la Historia Tolteca-Chichimeca: sus Migraciones y Parentesco", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* (antes *Revista Mexicana de Estudios Históricos*), t. IV, pp. 77-104.
1942. "Distribución Geográfica de elementos culturales atribuidos a los olmecas de las Tradiciones", en *Mayas y Olmecas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Segunda Reunión de Mesa Redonda Sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América, Sociedad Mexicana de Antropología, 27 de abril a 1º de mayo de 1942, pp. 25-27.
1947. "La Historia Tolteca-Chichimeca. Un estudio Histórico-Sociológico", en *Historia Tolteca-Chichimeca. Anales de Quauhtinchan*, versión preparada y anotada por Heinrich Berlín en colaboración con Silvia Rendón, prólogo de Paul Kirchhoff, México, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, pp. XVII-LXIV.
- Kirchhoff, Paul, Lina Odena Güemes y Luis Reyes García
1976. *Historia Tolteca Chichimeca*, México, Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, INAH-SEP.
- León, Nicolás
1905. "Los Popolocas", en *Anales del Museo Nacional de México*, segunda época, t. II, México, Imprenta del Museo Nacional pp. 103-120.
- Manrique, Leonardo (coord.)
1989. *Atlas cultural de México. Lingüística*, México, SEP/INAH/Planeta.

- Mendieta, fray Gerónimo de
1993. *Historia Eclesiástica Indiana. Obra escrita a fines del siglo XVI*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 46).
- Molina, fray Alonso de
1992. *Vocabulario en Lengua Castellana y Mexicana y Mexicana y Castellana*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 44).
- Muñoz Camargo, Diego
1984. “Descripción de la Ciudad y Provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias del Mar océano para el buen gobierno y ennoblecimiento de ellas, mandada hacer por la S.C.R.M. del rey Don Felipe, Nuestro Señor”, en René Acuña (ed.), *Relaciones Geográficas del Siglo XVI: Tlaxcala. Tomo primero*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM (Antropológica, 53).
- Müller, Florencia J.
1973. “La extensión arqueológica de Cholula a través del tiempo”, en *Comunicaciones*, México, Proyecto Puebla Tlaxcala. Fundación Alemana para la Investigación Científica, Primer Simposio, 29 enero-2 febrero 1973, pp. 19-22.
- Paddock, John
1967. “La Historia Zapoteca”, en *Historia Prehispánica* 3, México, Sección de Difusión Cultural, Museo Nacional de Antropología, INAH/SEP, 22 de febrero de 1967.
- 1987. “Cholula en Mesoamérica”, en *Notas Mesoamericanas*, núm. 10, México, Universidad de las Américas-Puebla, pp. 21-70.
- Paredes Colín, Joaquín
1995. *Apuntes Históricos de Tehuacán*, Teotihuacán, Puebla, H. Ayuntamiento Municipal 1993-1996.
- Peterson, David A.
1987. “The Real Cholula”, en *Notas Mesoamericanas*, núm. 10, México, Universidad de las Américas-Puebla, pp. 77-118.
- Real Academia Española
1970. *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, España.
- Sahagún, fray Bernardino de
1985. *Historia General de las Cosas de Nueva España*, México, Porrúa (Sepan Cuantos 300).
- Sociedad Mexicana de Antropología
1942. *Mayas y Olmecas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América, 27 de abril a 1° de mayo de 1942.
- Torquemada, fray Juan de
1975. *Monarquía Indiana*. (De los veinte y un libros rituales y Monarquía Indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra), México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM (Historiadores y cronistas de Indias, 5).
- Toscano, Salvador
1942. “Los Olmecas de las Fuentes Históricas”, en *Mayas y Olmecas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América, 27 de abril a 1o. de mayo de 1942, pp. 30-33.
- Vivó, Jorge A.
1942. “Distribución Geográfica Lingüística y de la Organización Política de Chiapas”, en *Mayas y Olmecas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América, Sociedad Mexicana de Antropología, 27 de abril a 1o. de mayo de 1942, pp. 29-30.
- Weitlaner, Roberto J.
1942. “La Rama Olmeca del grupo Macro-Otomangue”, en *Mayas y Olmecas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América, Sociedad Mexicana de Antropología, 27 de abril a 1o. de mayo de 1942, pp. 33-35.
- Weitlaner, Roberto J. y Walter A. Hoppe
1969. “The Mazatec”, en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 7, Austin, Texas, pp. 516-522.
- Yoneda, Keiko
1981. *Los mapas de Cuauhtinchan y la historia cartográfica prehispánica*, México, AGN (Manuscritos indígenas tradicionales y estudios de la escritura indígena mesoamericana, 2).

1991. *Los mapas de Cuauhtinchan y la historia cartográfica prehispánica*, México, CIESAS, Estado de Puebla y Fondo de Cultura Económica (Puebla).

• Zúñiga, Rosa María

1988. “Las lenguas oaxaqueñas”, en *La antropología en México. Panorama histórico*, México, INAH (Biblioteca del INAH), pp. 145-199.



Comentarios y debates

Comentarios a un texto de Francisco Rivas Castro: “Cartografía antigua y sitios arqueológicos en la región de Reyes Metzontla, sureste de Puebla”

*Blas Román Castellón Huerta**

Con el promisorio título de “Cartografía antigua y sitios arqueológicos en la región de Reyes Metzontla, sureste de Puebla”, publicado en el número 29 de esta revista, el arqueólogo Francisco Rivas ha presentado una serie de datos alusivos, que me parece pertinente comentar. Mi interés por este tema deriva principalmente de mi trabajo arqueológico, etnográfico e histórico por varios años en la región de Zapotitlán Salinas, Puebla. También proviene de haber proporcionado algunos datos a solicitud del autor, pero como no tuve acceso al escrito original de su artículo, aprovecho este espacio para expresar mi opinión sobre el ensayo mencionado.

El tema es relevante, tratándose de una región hasta ahora poco atendida por los historiadores y arqueólogos. Recientemente, se han publicado en *Arqueología* otros trabajos de este corte, para la cercana zona de Tehuacán, que comentan la cartografía histórica en relación con datos arqueológicos conocidos (Castillo, 2002; Cravioto, 2002). Creo que la identificación y empleo de mapas y lienzos coloniales con fines arqueológicos e históricos debe entenderse como una actividad constante de archivo y trabajo de campo hacia problemas comunes. Esto requiere de

una circulación de datos que sirvan tanto para plantear problemas arqueológicos, como para verificar sobre el terreno los datos escritos. Sin embargo, cabe señalar que esta deseable retroalimentación muy pocas veces ocurre. Se ha observado antes que el libre tránsito entre la arqueología y la etnohistoria se entorpece por el empleo de unidades culturales distintas, así como técnicas diferentes, que complican el posible diálogo (Nalda, 1996). Este mismo autor apunta que los arqueólogos que emplean fuentes escritas y pictografías, tienden casi siempre a lugares comunes como la confirmación de la existencia o ubicación de sitios, pero rara vez abordan problemas de demografía, migraciones, o historia económica regional, pues en realidad no confían en los datos escritos, y además porque los arqueólogos buscan casi siempre completar trabajos de tipo monográfico.

Me parece que el artículo presente es diagnóstico de esta tendencia de los arqueólogos a tomar únicamente los datos que consideran pertinentes, y dejar “para un futuro” el planteamiento de problemas sobre desarrollo y estructura social de las sociedades de su interés. En general, el texto está presentado en tres segmentos distinguibles: a) comentario de mapas y lienzos del siglo XVI relacionados con la región; b) presentación de algunos datos históricos y et-

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.
blasca@servidor.unam.mx

nográficos sobre Metzontla y su entorno; c) transcripción y comentario de un documento y mapa del siglo XVIII. La temática involucrada en cada apartado es muy amplia, de modo que sólo se consideran algunos aspectos generales, y se pasa a los demás temas en una abigarrada colección de datos que al parecer no intentan abordar o despejar algún problema específico.

A pesar de las buenas intenciones del autor, quien aparentemente hace un esfuerzo por caracterizar la cartografía y arqueología de la zona cercana al actual pueblo de Los Reyes Metzontla, y de orientar al lector interesado sobre este tema, creo que el objetivo no se logra debido a que el texto adolece de precisión, con documentación deficiente, graves inexactitudes en referencias, además del frecuente desaliño en su presentación. Para ilustrar estas afirmaciones, haré una breve reseña crítica en el mismo orden de exposición del texto referido.

De entrada, hay que apuntar que los dos párrafos iniciales donde el autor se refiere al carácter metafórico de la representación de un mapa, están tomados de manera casi literal de un texto del antropólogo británico Edmund Leach (1978: 67-69), autor que sin embargo no es mencionado en parte alguna de este artículo.

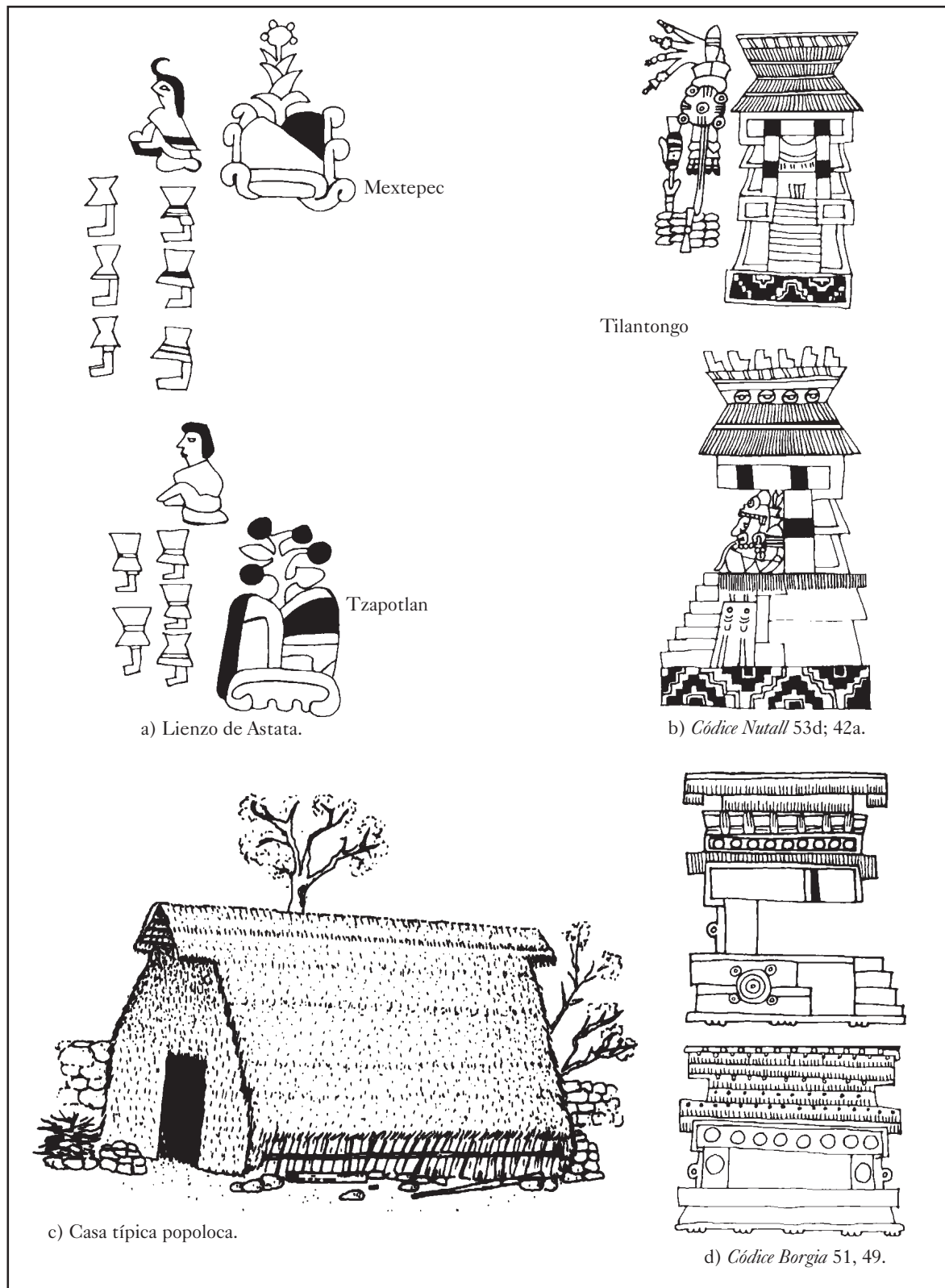
Más adelante pasa a la posible identificación de algunos glifos toponímicos en lienzos del siglo XVI. Aquí comienzan los problemas de método y exposición, pues en realidad sus propuestas no están sustentadas, y son simples supuestos sin argumento claro, pese a que dice utilizar la “cartografía histórico cultural, confrontada con datos arqueológicos, lingüísticos y etnográficos” (p. 142). Tal es el caso de su lectura de Metzontla y Zapotitlán en el *Lienzo de Astata*, pues para afirmar que dos cerros ahí representados corresponden a esos poblados entre Oaxaca y Puebla, debe hacerse antes un análisis del contexto geográfico en que se presentan. Sin embargo, el autor no explica por qué sería errónea la identificación de este lienzo con la zona de Tehuantepec, en Oaxaca (Güemes, 1996: 315-16). Esta última propuesta tiene por tanto mayor peso que la de Rivas, en tanto no se identifique el

contexto histórico-geográfico de este documento. Por otra parte, estudios arqueológicos recientes confirman que la ubicación geográfica de este lienzo, también conocido como “*Lienzo de Teccislán y Tequatepec*”, corresponden a la zona costera de la Chontalpa, en la cuenca del río Huamelula, al sur de Oaxaca, donde existieron las poblaciones de *Icapotitla* (Zapotitlán) y *Mextepepec* (posiblemente Santa María Mecaltepec) (Kroefges, 1998 y comunicación personal). Parece entonces claro que nada tiene que ver esta zona con la Mixteca Alta o Baja entre Oaxaca y Puebla.

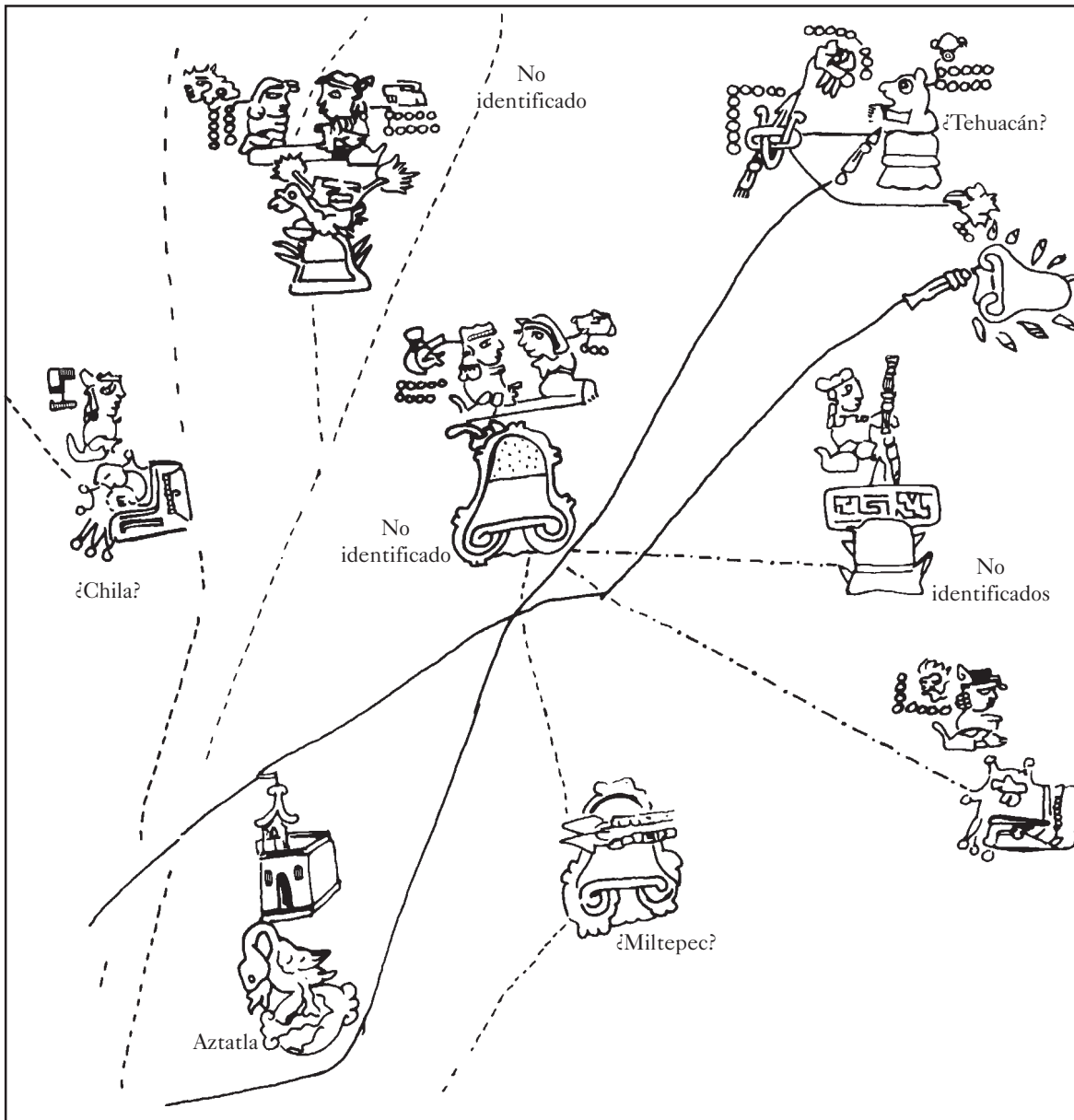
Además, en la nota 2, cita en su apoyo, y de manera confusa, un texto de Nicholas Johnson (1994), como si este autor afirmara que los topónimos del *Lienzo de Astata*, se refieren a la misma Aztatla, cercana a Coixtlahuaca, representada en el *Lienzo de Tlapiltepec* y el *Lienzo Vischer 1*, lo cual es incorrecto, pues en ese ensayo Johnson nunca se refiere al *Lienzo de Astata*.

La única evidencia que Rivas menciona en apoyo de su identificación, es la representación de “templos con techos de paja y con el copete recortado característicos de las construcciones popolocas” (p. 143), casi imposibles de observar en la ilustración que presenta. Cuestión de imaginación, pues los edificios mostrados frente a esos topónimos presentan, en perfil, techos de paja de cuatro vertientes que se encuentran representados en muchos códices pictográficos y murales de la época Posclásica, pero de ninguna manera tienen la “oreja” popoloca (*eared roof*), elemento típico que se observa aún en construcciones actuales, y en el *Códice Borgia* (fig. 1). Este detalle constructivo es parte del sistema de circulación de aire en los techos de paja, y aún existe en San Juan Raya y varios pueblos cercanos a Zapotitlán (Chadwick y MacNeish, 1967; Jäcklein, 1974: 84-97).

Lo mismo ocurre con su insistente identificación de Cutha, y Zapotitlán en el *Lienzo de Tlapiltepec* (fig. 2). En otro lugar, Rivas (1998) ha señalado que en la parte norte de este lienzo hay un glifo que podría representar al antiguo sitio



● Fig. 1. Distintas techumbres de paja: a) techos con cuatro vertientes, vista lateral; b) techos de cuatro vertientes vista frontal y lateral; c) techo con "oreja popoloca"; d) techos con "oreja popoloca" vistas lateral y frontal.



● Fig. 2. *Lienzo de Tlapiltepec*. Fragmento que muestra el área al norte de Aztatla, Oaxaca, en la actual zona sur de Puebla.

de Cutha (el cerro de la máscara) ubicado cerca de Zapotitlán Salinas. Sin embargo, esto implica problemas insalvables, ya que el topónimo no representa una máscara, sino la parte baja de un rostro con la lengua saliente, así como un cerro con la punta salpicada por puntos. En opinión de Nicholas Johnson, estos puntos podrían representar parte del verdadero nombre del lugar, y el rostro con la lengua no parece ser una máscara, por una razón: no tiene ojos.

Además, la lengua parece ser el elemento importante en el nombre de la población, cuya identificación es aún incierta (Johnson, comunicación personal). Este mismo autor ha indicado anteriormente otro punto importante: Cutha tiene su periodo de auge en el Postclásico temprano y no concuerda con la cronología de las comunidades representadas en los manuscritos del grupo de Coixtlahuaca, al cual pertenece el *Lienzo de Tlapiltepec*, que se ubican durante el

Posclásico tardío, por consecuencia no puede ser contemporáneo de los pueblos representados en este lienzo (Johnson, 1997: 264). Mi conocimiento arqueológico de Cutha me permite apoyar esta afirmación, pues considero que el desarrollo importante de este sitio ocurrió entre 600 a 900 d.C., y posteriormente otros sitios asentados en el valle sustituyeron en importancia política a esta antigua ciudadela.

La identificación del glifo de Zapotitlán en este mismo lienzo es aún más improbable, pues esta población y Cutha no pudieron tener la misma jerarquía de manera coetánea, y se puede observar claramente que el topónimo señalado por Rivas tiene como elemento importante un ave con pico grueso, posiblemente dentro de un templo, espadañas o puntas en el cerro, y sólo dos ramas de un árbol en la parte superior, que difícilmente tendrían relación lingüística con Zapotitlán. En ambos casos los topónimos van unidos a parejas de linaje y están conectados por líneas de distintos colores que de acuerdo con Johnson (1994) indican relaciones genealógicas. Es claro que aún persiste el problema de identificación de topónimos de la región de Zapotitlán que se traduce en náhuatl como “lugar donde abundan los zapotes”; es posible, como ocurre con frecuencia, que el término original de este lugar en idioma popoloca, tuviera un sentido distinto al conocido actualmente.

Hay que señalar que la región de Metzontla, es la misma de Zapotitlán, a cuya esfera política y territorial pertenece, posiblemente desde la época de Cutha. Rivas propone que el nombre náhuatl de Metzontla significa “donde abundan los *metzontetes*”, pencas de maguey secas empleadas como combustible especial para cerámica y como techo para casas. Debo suponer que se apoya en datos de campo, pero etnográficamente se ha documentado que para cocer la cerámica se empleaban combustibles de distintas calidades: madera, vara, y órgano “*metzontete*”, este último es leña gruesa de órgano seco y poco peso que resulta ideal para la capa externa cuando se cuece la cerámica. La leña más maciza y pesada se coloca al interior (De la Lama y

Reynoso, s.f.: 27-31). La gente de la región le llama órgano al “*tetecho*” (*Neobuxbaumia tetetzo*), un cactus columnar abundante en esta zona.

En una opinión distinta, se afirma que el significado de Metzontla es “lugar de mucho maguey viejo”, de *metzollin*: maguey viejo, y *tla*: abundancia (Veerman-Leichsenring, 1991: 13). Esta última autora consigna que los popolocas de Metzontla reconocen al menos ocho variedades de maguey (*kàçù*), y que ellos se llaman a sí mismos con el término *ngíwà*: popolocas. Acerca del nombre del cerro Metzontla, antiguo asentamiento prehispánico, Rivas aporta un interesante dato que designa a este cerro como *Nandayo*, según él: “cerro o madre del maguey y el quiote”. Aquí cabe anotar que los popolocas de Metzontla llaman a este cerro con el término *Na'ndáyû*, de *na*: cerro, y *ndáyû*: puntiagudo (Veerman-Leichsenring, 1991: 466). Parece más probable que esté relacionado con la forma del cerro, pero es también posible que el elemento *quiote* (la inflorescencia del maguey) esté presente.

Cutha seguramente era de habla popoloca, y posiblemente anterior a la separación de este idioma y del chocho, pero la región de Zapotitlán durante el siglo XVI, tenía población de habla popoloca, náhuatl, y mixteco. Para ilustrar esto, elaboré a partir de una fuente del siglo XVI, la tabla que, sin mencionar los créditos debidos, reproduce Rivas Castro en la página 146. Esta tabla fue extraída de mi tesis doctoral (Castellón, 2000: 62) con una grave omisión:

El número 3 debe leerse: Chiazumba (sujeto a Tequixtepec), 60 tributarios, idioma mixteco, a ½ legua de Huapanapan.

El número 4 debe leerse: San Francisco Huapanapan, 230 tributarios, idioma mixteco, a 1 ½ leguas de San Pedro Chiazumba.

El número 5 debe leerse: San Pedro Chiazumba (Atzumba), 140 tributarios, idioma mixteco, a 1 ½ leguas de Huapanapan y ½ legua de Acatitimoapa.

Esta última entrada se omitió, y no se presentan los totales de población que son 2 052 tributarios, posiblemente cabezas de familia, a finales del siglo XVI.

Pero los problemas más evidentes de este ensayo se presentan en sus comentarios del documento sobre un conflicto de tierras a mediados del siglo XVIII que incluye un mapa del área en litigio (Rubio Mañé, 1993). Estos problemas se derivan de un pobre conocimiento del terreno en que se ubica el mapa en cuestión, así como de la falta de estudio sobre el contexto político e histórico del documento citado.

Es falso, como se afirma aquí, que “los parajes y mojoneras descritos coinciden con las del siglo XVI”, error que se repite en la página 151: “Este documento es un expediente del Ramo Tierras, que se hizo precisamente para delimitar los linderos del señorío de Zapotitlán Salinas, actual cabecera municipal”. En realidad, el documento citado y el mapa anexo, representan un caso más complejo que gira en torno a un conflicto por la posesión de una estancia para pastar ganado menor, que quedaba en medio de las tierras del cacique de Zapotitlán, Joseph Pacheco, a mediados del siglo XVIII, y las mojoneras del mapa anexo se refieren a los límites de esa estancia, no a los límites del “señorío de Zapotitlán”. Lo anterior se puede constatar fácilmente si se observa que el pueblo de Zapotitlán queda fuera de los límites del mapa que Rivas reproduce en la figura 4.

El documento que Rivas expone sólo en parte, es sin duda una rica fuente para conocer la geografía histórica de la región de Zapotitlán, sus recursos naturales, la genealogía de los caciques, y los problemas políticos de siglos anteriores. Como este documento merece un estudio más amplio, aquí sólo haré una rápida sinopsis del mismo, y después haré algunos apuntes en relación al artículo comentado.

En 1738, Joseph Pacheco, cacique de Zapotitlán, presentó una petición ante la audiencia de

la Nueva España, para reclamar como suyas las tierras que el presbítero Francisco Javier de Vega y Corral, vecino de Puebla, había adquirido, al parecer indebidamente, de manos de Joseph Tenorio, este último vecino del “paraje” de Los Reyes. Estas tierras habían sido rentadas durante más de 20 años a varias personas que reconocían a Joseph Pacheco como legítimo poseedor de las tierras. El asunto no carecía de interés, pues al interior de estos terrenos también había huertos de árboles frutales, salinas, tierras de labor y sobre todo minas, que había descubierto Joseph Tenorio. Con el fin de reconocer la extensión de estos terrenos y determinar a su legítimo propietario, se citaron testigos y se nombró a Maximiliano Gómez Daza, vecino de Acatzingo, como agrimensor.

La diligencia se llevó a cabo el 10 de julio de 1738, con un total de nueve vértices o mojoneras reconocidas. Los trámites del litigio se prolongaron más allá de la muerte de Joseph Pacheco y demás implicados, y sólo se resolvieron 82 años más tarde, hasta 1820, cuando se reconoció a Pacheco y a sus herederos como verdaderos dueños de estas tierras. De este mismo documento, se desprende que el cacique Pacheco también tenía litigios con los indios del común del pueblo de San Martín Zapotitlán quienes igualmente reclamaban para sí, buena parte de las tierras de su cacicazgo, especialmente las que quedaban al norte del área en litigio. El pueblo de Los Reyes está representado dentro de los límites del mapa, pero no era conocido como Metzontla, nombre que se reservaba al cerro que sirvió de mojonera. Muchos otros aspectos derivados de este documento, incluyendo la ubicación precisa de las mojoneras del mapa, su arqueología, y la ubicación del desaparecido pueblo de San Miguel, serán tratados con detalle en otro espacio (Castellón, 2004).

Si el autor tuviese un conocimiento más adecuado del terreno, podría identificar fácilmente los puntos mencionados en un mapa actual. También hubiese notado que el vértice “I” del mapa, conocido como *Corral de Piedras*, no es un

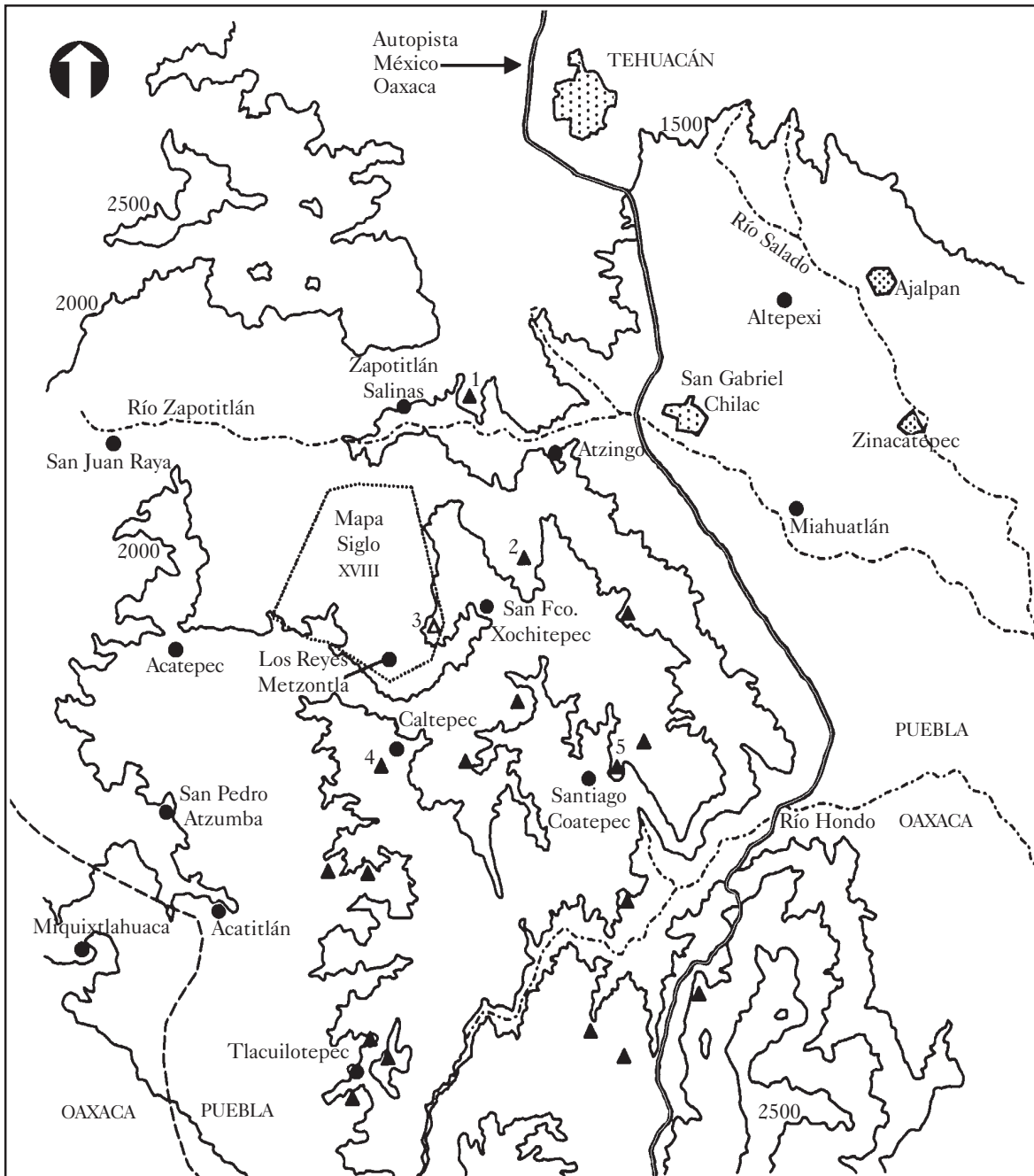
sitio arqueológico, como supone en la nota 6, sino un afloramiento circular de rocas calizas, de más de 300 m de extensión en la falda suroeste del Cerro Grande, y sobre una pendiente de más de 45°. Este lugar está frente al antiguo camino entre Zapotitlán y Los Reyes, y siempre ha servido de referencia topográfica en la región. En la figura 4, se reproduce el mapa de Gómez Daza, indicando que se trata de un plano del siglo XVI, lo cual es un error manifiesto.

Precisamente, son los aspectos arqueológicos de esta cartografía comentada los que están escasamente representados en el artículo de Rivas. El sitio de Metzontla, por ejemplo, tiene múltiples terrazas habitacionales y un pequeño centro ceremonial en su cúspide, con una posible cancha de juego de pelota. Pertenece a la fase Venta Salada temprana (700 a 1150 d.C.), y su arquitectura es semejante a la observada en Cutha, con restos de columnas, clavos arquitectónicos, y tumbas ya saqueadas en forma de cista. Por supuesto, no es contemporáneo de la actual población posclásica y colonial de Los Reyes. La arqueología de la región popoloca es muy extensa y poco conocida. El sitio de Metzontla es sólo uno de muchos asentamientos que proliferaron entre el sur de Puebla y noroeste de Oaxaca en los inicios del periodo Posclásico. El biólogo Carl Purpus (1926), dio breve noticia de 17 sitios que se extienden desde Cutha, al norte, hasta la zona del río Hondo en los límites con Oaxaca, al sur, pero debe haber muchos más. Muchos de estos sitios están en la parte alta de cerros, y parecen resguardar rutas bien establecidas entre la Mixteca Alta y Baja como sugiere Johnson (1997). Tal es el caso de los cerros de Rinconada y Coatepec, descritos por este autor, pero también está el cerro La Yerba, o sitio Tr 334, descrito por MacNeish (1972: 454), recientemente documentado por mis trabajos como Z87, así como otros cercanos a la zona de Acatepec, que parecen haber tenido como destino a Cutha en la parte norte. El mayor problema que aún persiste es la temporalidad de estos sitios, ya que por la falta de estudios arqueológicos, la gran mayoría no están descritos.

La zona indicada en el mapa de Gómez Daza cubre un área aproximada de 75 km² y es parte de la cuenca del río y valle de Zapotitlán donde he realizado mi trabajo arqueológico en los últimos años. Dentro de los límites de ese mapa, he localizado hasta ahora más de 20 asentamientos arqueológicos de distintos periodos y extensión. Destaca la presencia de grupos de casas del periodo Posclásico en los alrededores del área, pero su parte central, donde hay dos grandes lomas de más de 7 km de extensión que corren hacia el norte, existen muy pocos vestigios antiguos. Esto indicaría que desde la época prehispánica tardía, estas tierras eran empleadas para actividades de extracción (salinas, canteras, leña, caza, etcétera), y en la época posterior a la Conquista continuaron siendo empleadas para las mismas actividades, así como para el pastoreo y matanza de chivos. El descubrimiento a inicios del siglo XVIII, de minas de plata y manganeso dentro de estos terrenos, avivó sin duda los conflictos por la posesión de estos parajes.

El mapa que presenta Rivas en la figura 3 es prácticamente ilegible, y no tiene que ver con la “frontera popoloca”, como reza el pie de ilustración. La población de Miahuatepec ahí indicada, no existe, y el cerro del mismo nombre está mal situado. No se aprecian en el mismo la ubicación de los sitios arqueológicos mencionados, y están ausentes la mayoría de los sitios antiguos conocidos. Para ilustrar mejor esta situación, presento aquí un nuevo mapa con la ubicación de los sitios y elementos anteriormente comentados (fig. 3).

Es verdad como dice Rivas, que “debemos plantear proyectos de carácter interdisciplinario para estudiar a detalle la historia antigua de la región” (p. 151). Al principio me referí a los problemas de comunicación entre la arqueología y las fuentes escritas, pues los arqueólogos llevan a cabo estudios de campo empleando registros de sitios y artefactos asociados, y usando unidades de tiempo y espacio que son ajenas al lenguaje del etnohistoriador, más familiarizado con nombres, lugares, y hechos que sugieren un ambiente social más fácil de definir. La comu-



..... Área del plano de Gómez Daza 1738

▲ Sitios reportados por Purpus

- 1 Cerro Cuthá
- 2 Cerro Rinconada
- 3 Cerro Metzontla
- 4 Cerro Caltepec
- 5 Cerro Coatepec



● Fig. 3. La región sur de Puebla y río Hondo. Elaborado a partir de: Cartas topográficas INEGI 1:50 000, E14B75 y E14B85.

nicación y el debate entre historiadores, lingüistas, y antropólogos, con los arqueólogos sería lo ideal. En realidad los arqueólogos casi siempre realizan su trabajo en una especie de ensimismamiento que considera a los datos de otras disciplinas como una intromisión a su labor, y a veces los emplean de manera un tanto oportunista. Además, los datos disponibles tienen contenidos e implicaciones históricas distintas que son necesarios reconocer mediante un riguroso análisis comparativo. Por ejemplo, un sitio nombrado en las crónicas en lengua náhuatl, no necesariamente tenía ese significado en lengua popoloca, y tampoco corresponde necesariamente a datos arqueológicos ya conocidos.

El artículo de Rivas es de indudable interés por intentar convocar datos históricos y etnográficos hacia temas arqueológicos. Su problema principal es un conocimiento limitado de la geografía y la arqueología de la región, problema de equilibrio que ocurre con frecuencia si se ponderan más las fuentes escritas sobre los datos de campo o viceversa.

A pesar de esto, resulta deseable recurrir a la arqueología y a la historia de manera más habitual y también de un modo más sistemático que en el caso presente. Una investigación que intenta abordar la historia antigua de una región empleando documentos escritos y datos de su arqueología, necesita implementar trabajo de archivo y trabajo de campo de manera conjunta, lo cual implica ritmos y tiempos más dilatados, así como una cuidadosa planeación de las etapas y resultados de la investigación.

Bibliografía

- Castellón Huerta, Blas
2000. "Cutha, Zapotitlán Salinas, Puebla. Arqueología y etnicidad en el área popoloca", tesis de doctorado en Antropología, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- 2004. "Archaeological and Historical Implications of a XVIIIth Century Map from Zapotitlan, Puebla, Mexico" (en preparación).
- Castillo, Noemí
2002. "Cartografía de sitios mencionados en fuentes históricas del área del Valle de Tehuacan, Puebla", en *Arqueología*, núm. 27, México, INAH, pp. 63-72.
- Cravioto, José de Jesús A.
2002. "Los nonoualca-chichimeca y el señorío de Teouacan", en *Arqueología*, núm. 27, México, INAH, pp. 73-82.
- Chadwick, Robert y Richard Stockton MacNeish
1967. "Codex Borgia and The Venta Salada Phase", en D. Byers (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. 1, Environment and Subsistence, Austin, University of Texas Press.
- Güemes, Lina Odena
1996. "El Lienzo de Astata: una nueva posibilidad de interpretación", en C. Vega y S. Rueda (coords.), *Códices y Documentos sobre México. Segundo Simposio*, México, INAH (Científica, 356), pp. 305-318.
- Jäcklein, Klaus
1974. *Un Pueblo Popoloca*, México, Instituto Nacional Indigenista, SEP.
- Johnson, Nicholas
1994. "Las líneas rojas desvanecidas en el Lienzo de Tlapiltepec: una red de pruebas", en C. Vega (coord.), *Códices y Documentos sobre México. Primer Simposio*, México, INAH (Científica, 286), pp. 117-144.
- 1997. "The Route from the Mixteca Alta into Southern Puebla on the Lienzo of Tlapiltepec", en C. Vega y S. Rueda (coords.), *Códices y Documentos sobre México. Segundo Simposio*, México, INAH (Científica, 356), pp. 233-268.
- Kroefges, Peter C.
1998. "El Lienzo de Tecciztlan y Tequatepec. Un documento histórico-cartográfico de la Chontalpa de Oaxaca", en M. Jansen, M. Oudijk y P. Kroefges (eds.), *The Shadow of Monte Albán: Politics and Historiography in Postclassic Oaxaca, México*, Leiden, vol. 64, Research School CNWS, pp. 45-66.
- Lama, Eréndira de la, y Louisa Reynoso
s.f. *Los Reyes Metzontla*, México, Fonart, SEP.

- Leach, Edmund
1978. *Cultura y Comunicación: La Lógica de la Conexión de los Símbolos*, Madrid, Siglo XXI.

- MacNeish, Richard S., Frederick A. Peterson y James A. Neely
1972. "The Archaeological Reconnaissance", en R. MacNeish *et al.*, *The Prehistory of The Tehuacan Valley*, vol. V, Excavations and Reconnaissance, Austin, University of Texas Press.

- Nalda, Enrique
1996. "Arqueología y etnohistoria: supuestos y posibilidades", en R. Brambila y J. Monjaráz-Ruiz (comps.), *Los arqueólogos frente a las fuentes*, México, INAH (Científica, 322), pp. 21-36.

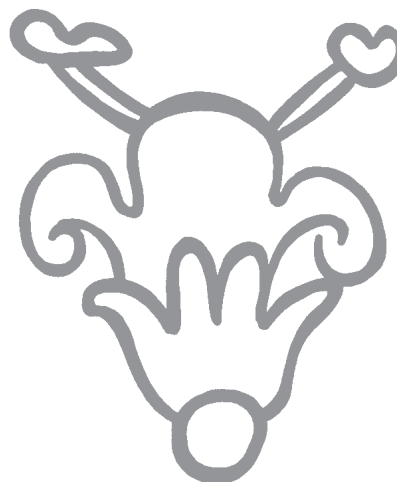
- Purpus, Carl
1926. "Ruinen, Hölen und Gräberfunde in der Östlichen Sierra de la Mixteca", en *Baessler Archive Beiträge zur Völkerkunde*, Berlin, Band X: 50-61.

- Rivas Castro, Francisco
1998. "Cutha en los códices prehispánicos y lienzos coloniales", mecanoscrito.

- 2003. "Cartografía antigua y sitios arqueológicos en la región de Reyes Metzontla, sureste de Puebla", en *Arqueología*, núm. 29, México, INAH, pp. 141-155.

- Rubio Mañé, Ignacio
1993. "Certificación del Archivo General de la Nación de unos documentos relativos a los poblados de Zapotitlán y Los Reyes Metzontla, localizados en el grupo documental Archivo de Búsquas, 1967, vol. 96, expediente 12, 84 fojas, dado en la Ciudad de México el 6 de diciembre de 1993", México, AGN.

- Veerman-Leichsenring, Annette
1991. *Gramática del Popoloca de Metzontla (Con Vocabulario y Textos)*, Amsterdam, Atlanta, Rodopi.



n o t i c i a s

Guillermo Pérez Castro Lira (1952-2003)* In memoriam

*Daniel Juárez Cossío***

Intentar el bosquejo de una vida no es tarea fácil, particularmente cuando sólo conservamos fragmentos dispersos de algunas experiencias compartidas. Así ocurrió con Guillermo, con *El Guarús*, a quien conocí durante las excavaciones en el claustro de San Jerónimo; años ya distantes que parecen evocar amaneceres inciertos, atenazados sólo en la certeza de los sueños.

Trazar una vida también es tarea compleja, pues a la vera del camino, los recuerdos suelen dispersarse para quedar abandonados entre los escom-

bros de la memoria, acaso quizás para aligerar la carga durante la marcha; sin embargo, como sombras retornan desbordando los recuerdos. Más allá de esta reflexión, me he propuesto desenterrar los fragmentos de la vida de Guillermo, en un intento por reconstruirla, tratando de esbozar con ella, a la manera del observador participante, el espacio que como generación compartimos, espero aproximarme a este propósito.

Por la vieja calzada de Tlacopan

Al iniciar la década de los años cincuenta, el pueblo de Tacuba, al igual que otros situados poco más allá de los límites de la ciudad, conservaba cierto carácter que el legado del romanticismo decimonónico definió como “de un sabor provinciano”, ya que constituían los últimos reductos donde aún se mantenían formas de vida y tradiciones que marcaban, drásticamente, la separación entre la ciudad y el campo. Quizá por ello, eran los espacios preferidos por la población inmigrante que allí se avecindaba en busca de oportunidades para lograr un mejor nivel de vida. Fue precisamente en este escenario donde nació Guillermo un 10 de agosto de 1952, hijo primogénito en el seno de una familia cuya urdimbre se tejió en ese barrio de la ciudad.

*Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.
danieljuarez@hotmail.com

**Al iniciar el mes de septiembre de 2003, me solicitaron la redacción de un texto en memoria de *El Guarús*, el cual sería incluido en el número 31 de la revista *Arqueología*. En aquel entonces, preparaba también una nota para *Diario de Campo*, la cual fue publicada en el número 60 correspondiente al mes de noviembre. Diversas circunstancias me obligaron a postergar este compromiso pero no a olvidarlo. Tras una intensa búsqueda en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología y con el apoyo de Pepe Ramírez, tuve oportunidad de revisar algunos documentos de *El Guarús* o relacionados con su trabajo, a partir de los cuales abordé una síntesis en estas notas. Me parece oportuno reconocer, en este sentido, que la redacción de esta semblanza no hubiese sido posible sin la generosa colaboración de los amigos: Pepe Ramírez entre ellos, Silvia Meza Dávila *La China*, que compartió conmigo sus recuerdos de generación; Margarita Carballal Staedler y Reina Cedillo Vargas de la Dirección de Salvamento Arqueológico, otro tanto. Finalmente a Lourdes Pérez Castro Lira, cuya amena conversación me guió entre los recuerdos familiares.

La historia de sus abuelos maternos nos conduce hasta Almoloya del Río, donde nació su señora madre, Soledad Lira Velázquez, hija de Francisco Lira Rodríguez y Gaudelia Velázquez Archundia. Doña Gaudelia nació en la hacienda de la Gavia, allí su padre, de origen vasco, se desempeñaba como administrador. Problemas familiares obligaron a que doña Gaudelia tomara el rumbo de la “ciudad”, decidiendo avvicindarse en el cercano pueblo de Tacuba para construir su casa en las actuales calles de Golfo de Gaves. Las aficiones de su marido al juego mermaron su patrimonio, cuando éste perdió la casa en una apuesta. Sin embargo, el tesón de doña Gaudelia y la miscelánea que administraba, le permitieron hacerse de otro terreno en Golfo de Bengala 59, casa que habitó Guillermo durante su infancia y adolescencia.

La familia paterna parece seguir la ruta trazada por un sino trágico. Su señor padre, Guillermo Pérez Castro de la Rosa, fue el tercer hijo del matrimonio formado por Rafael Pérez Castro y Herlinda de la Rosa, originarios de Ciudad Juárez, Chihuahua y la ciudad de Zacatecas, respectivamente. Don Rafael fue militar de carrera y responsable en el almacén de artillería del ejército. Poco antes de cumplir cuarenta años y siendo muy pequeños sus hijos, murió a consecuencia de un lamentable accidente mientras uno de sus oficiales limpiaba un rifle; doña Herlinda no soportó la pena y falleció apenas unos meses después, dejando en la orfandad a sus cuatro pequeños hijos: Guadalupe, la mayor de cinco años, Rafael de tres, Guillermo de dos y Óscar con apenas seis meses. Iniciaba la década de los años veinte cuando los pequeños quedaron desamparados: Guadalupe fue asistida por una tía, mientras que Rafael y Guillermo fueron trasladados a la Ciudad de México para internarlos en un orfanato de Tacubaya, del pequeño Óscar nunca, nunca se volvió a saber...

Cuando adolescentes, un cuñado de doña Herlinda recogió a los hermanos para llevarlos a vivir con su familia en Zacatecas donde permanecieron algunos años. Sin embargo, diversos problemas con los parientes adoptivos los

orillaron a huir, siguiendo el rumbo de Ciudad Juárez en una infructuosa búsqueda de sus allegados paternos. Vida dura y difícil la de aquellos años en pos de oportunidades tanto en la zona fronteriza como en la Unión Americana, hasta que don Guillermo logró conseguir un empleo en el ferrocarril. Debió ser en los años cuarenta cuando doña Soledad y don Guillermo se conocieron allá en Tacuba, allí crecieron sus hijos Guillermo y Lourdes; nunca más regresaría a la aventura norteña.

En la escuela primaria Adolfo Cienfuegos y Camus, Guillermo inició su educación básica, posteriormente ingresó a la escuela secundaria núm. 15, Alberto Einstein, ambas instituciones en Tacuba. La preparatoria la cursó, entre los años de 1968 a 1970, en el plantel núm. 4 Erasmo Castellanos Quinto por el rumbo de Observatorio, destacándose, desde entonces, por su afición a la lectura y la historia.

En la ENAH

En 1972, tras una corta estancia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM donde inició los cursos de historia, Guillermo decidió inscribirse a la ENAH para estudiar la carrera de arqueología. Como toda coincidencia, al igual que otras tantas suelen acompañarnos marcando algunos senderos por los que transitamos, el 28 de abril del año que Guillermo y su generación ingresaron a la ENAH se publicó en el *Diario Oficial*, la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas. La referencia me parece significativa en términos de las oportunidades de aprendizaje e investigación que implicó para nuestras generaciones tal suceso, particularmente con la reordenación en algunas áreas del INAH y la creación del Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas, bajo cuyo ámbito se sujetó la delimitación de sitios, así como la elaboración de propuestas para su declaratoria.

Apenas en 1971 se habían desencadenado nuevas protestas estudiantiles que culminaron en el trágico 10 de junio, incorporando así, a

nuestra hagiografía antropológica, si no mal recuerdo, el nombre de Josué Rendón, quien perdió la vida en tan lamentables hechos. A lo largo de los años setenta, las aulas de la ENAH, en el Museo Nacional de Antropología, constituían un espacio efervescente de discusión académica y política, donde, desde la década anterior y tras la inflexión que significó el movimiento del 68, se gestaba una rápida transformación que cuestionaba los postulados de la antropología de corte culturalista. Se buscaban entonces alternativas hacia posiciones “críticas y científicas”, algunas introducidas por el eco de las corrientes surgidas desde 1959 con la publicación del trabajo de Joseph Caldwell, *The New American Archaeology*; otras escuelas, como la inglesa encabezada por David L. Clarke, pretendía integrar los enfoques surgidos de la teoría general de sistemas y del análisis locacional derivado de la geografía humana; además, y de manera muy significativa, la visión marxista, impulsada por algunos profesores llegados del exilio español.

El plan de estudios aprobado por la Comisión Mixta que sustituyó al Consejo Técnico, fue estructurado a partir de un tronco común de tres semestres que, teóricamente, ofrecía a los alumnos una visión “integral y crítica” de la antropología, cuyo eje epistemológico giraba alrededor del materialismo histórico, concebido como instrumento analítico y de acción política. En consecuencia, hasta el tercer semestre se cursaban las materias introductoras cuyos contenidos se orientaban hacia cada especialidad.

Otro de los rasgos distintivos de aquella ENAH, era el reducido número en la plantilla de estudiantes que ingresaban, aspecto que favorecía el acercamiento entre los pocos alumnos que integraban las diversas especialidades, como ocurrió con la generación de Guillermo, compartida por Silvia Meza para más señas *La China*; Mónica Tesch; Malena Ruiz; Fernando Cortés de Brasdefer; Jaime Garduño, alias *El Mochica*; Adriana Cover; Pedro Ortega; Tomás Gallareta; Trinidad Durán; Alejandro Salas; Angela Minzoni; Ángeles Segura; Leonor Merino y

Ricardo Velázquez. Es oportuno abrir un paréntesis para recordar que Leonor falleció en julio de 2002 y Ricardo en noviembre del siguiente año.



● Foto. 1 En San Jerónimo, 1978. (Fotografía D. Juárez).

La experiencia en Tula

En 1974 algunos de estos compañeros se incorporaron al proyecto Tula bajo la dirección de Eduardo Matos Moctezuma, con el propósito de realizar allí sus prácticas de campo. Agustín Peña Castillo, colaborador cercano a Eduardo, rápidamente entabló amistad con Guillermo, a quien sumó a su equipo de trabajo durante las exploraciones en Dainí.

El proyecto Tula, concebido bajo un enfoque integral, se desarrolló a partir del trabajo de área y con el propósito de estudiar su amplia secuencia ocupacional. En sus premisas fundamentales, buscaba recuperar y mejorar el modelo propuesto por Manuel Gamio desde 1917, apoyándose para ello en las nuevas tendencias de la teoría antropológica. Como experiencia y antecedente

te más próximo a esta visión, había sido el proyecto Cholula de 1966 dirigido por Miguel Messmacher, cuyo posicionamiento crítico frente a la “vieja escuela mexicana de arqueología” le ocasionó la cancelación del proyecto.

Entre los objetivos planteados por el proyecto Tula, se concibió abordar el estudio de las etapas prehispánica, colonial y moderna respecto a sus cambios cualitativos y cuantitativos, tomando como marco de referencia los factores económico y superestructural en su proyección a escala regional, en este caso la Teotlalpan, situada hacia la porción central de la cuenca del río Tula. La crítica sustentada por Eduardo Matos Moctezuma, en aquellos años, centraba su atención en el énfasis que se había dado a la reconstrucción monumental, aspecto que, en su opinión, ocasionó la pérdida del enfoque social de la arqueología (Matos Moctezuma, 1974).

Bajo esta concepción se propuso estudiar no sólo la llamada microárea, definida por el “centro ceremonial”, sino también aquellos otros sitios que mantuvieron estrecha relación con Tula, en un intento por establecer cronologías relativas y su caracterización. En este contexto, se tomó la decisión de trabajar en el conjunto habitacional de Dainí bajo la supervisión de Agustín Peña Castillo, sitio localizado a 1.5 km, aproximadamente, hacia el norte del centro ceremonial, donde Guillermo se incorporó al equipo de trabajo para realizar trabajos de prospección y análisis de materiales (Peña Castillo y Rodríguez, 1976), dado que, desde el 1 de septiembre de 1974 formaba parte de la plantilla de investigadores del Departamento de Monumentos Prehispánicos.

Salvamento en Presa Cerro del Oro

Ese mismo año de 1974 y como parte de los programas estratégicos que desarrollaba el gobierno federal, se inició la construcción de la presa Cerro del Oro, en la confluencia de los estados de Oaxaca y Veracruz. Dada la magnitud de la obra y con el apoyo del ingeniero Jorge A. Tamayo, vocal ejecutivo de la Comisión

del Papaloapan, el INAH tuvo oportunidad de formular un amplio programa de salvamento bajo la dirección de Agustín Peña Castillo. Conviene recordar que por aquellos años se reorganizó la Sección de Salvamento, originalmente en el Departamento de Prehistoria para incorporarse al de Monumentos Prehispánicos dirigido por Eduardo Matos Moctezuma. Desde allí se establecieron técnicas específicas para estudios regionales, soportadas con el auxilio de fotografía aérea y excavaciones selectivas, cuya sección estuvo a cargo de Jorge Gusynier Alonso.

Ese mismo año, Agustín efectuó una inspección preliminar durante la primera quincena de octubre. Una revisión del informe permite situarnos en el contexto de los problemas considerados pertinentes, particularmente porque la zona de embalse afectaba una porción del área nuclear olmeca, definida entre los cursos del Papaloapan, en Veracruz y el Tonalá, en Tabasco. Kent Flanery había localizado, durante sus recorridos en los valles centrales de Oaxaca, restos del Preclásico de filiación olmeca, llegados probablemente siguiendo la ruta de la Chinantla. Durante el periodo Clásico, esta última región mostraba influencias teotihuacanas y zapotecas, mientras que hacia el Posclásico, destacó la presencia de chinantecos en el distrito de Tuxtepec, época durante la cual los aztecas mantuvieron control sobre este amplio territorio. Los estudios en aquella región habían sido parciales, lo cual significaba una valiosa oportunidad para llenar los vacíos existentes mediante prospecciones sistemáticas y excavaciones controladas que permitieran el estudio de procesos sociales.

La Chinantla se localiza en la planicie costera del Golfo, sobre la fértil cuenca baja del Papaloapan, antiguamente ocupada por los distritos Cuicatlán, Tuxtepec y Choapan. En esta región, la atención del proyecto, formalizado hacia finales de año, se enfocó hacia la porción norteña: Ojitlán y Usila. Conviene recordar las numerosas críticas que esta obra de infraestructura recibió, particularmente por el desalojo que implicaba la reubicación de casi 22 000 chinantecos de la

zona de San Lucas Ojitlán hacia Uxpanapa, como se consignó en diversos estudios de la época (Sánchez, 1974).

Las evidencias apuntaban que alrededor del año 1300 d.C., la región era ocupada por asentamientos dispersos agrupados en dos señoríos: Chinantla Grande y Chinantla Pichinche. El primero hacia el poniente, cuyos restos yacen en las inmediaciones del poblado San Felipe de León, subdividiéndose más tarde, hacia 1464, para dar origen al grupo de Guatinicames que fundaron los pueblos de Huaxotla, Leque-xola, Zacatepec y Oyancitepetl y de los cuales se conservan referencias del siglo XVI.

Paul Henning había explorado, en 1912, Pueblo Viejo al sur de Tuxtepec, donde localizó rasgos mixtecos. Para 1916 Enrique Juan Palacios exploró El Castillo en la misma región. Juan Valenzuela y Lorenzo del Peón Caso exploraron en 1942 Arroyo Tlacuache, donde localizan tumbas con objetos mixtecos y retomaron la exploración de El Castillo. Finalmente, en 1953, Agustín Delgado exploró en la Chinantla los sitios de Cuasimulco, Loma Colorada y Monte Flor.

Entre los planteamientos propuestos por Agustín Peña Castillo destacaba la comprensión del proceso de transición de niveles de agricultores incipientes a sociedades aldeanas, dada la fuerte presencia de cerámicas de clara filiación Preclásica, como Tres Zapotes y La Venta.

Al iniciar el año de 1975 se integró el equipo de trabajo con Enrique Terrones González, María del Carmen Rodríguez M., Sergio Gutiérrez Franco, Ignacio León Pérez y Guillermo, quien se haría cargo de la prospección y topografía. Los primeros meses del año fueron dedicados a investigación documental, análisis cartográfico y fotointerpretación. A mediados de abril el equipo se encontraba en campo.

De esta época se conserva, aunque incompleto, el diario de campo de Guillermo en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de

Arqueología. En él se refleja su cercana participación con los estudios preliminares y su aproximación hacia el trabajo de campo; destaca en este sentido, la identificación, en Arroyo Tlacuache, de la tumba que años atrás había explorado Del Peón Caso y Valenzuela. Sus primeros escritos están vertidos en un lenguaje coloquial y reiterativo, cuyo tono remite a la conversación con el amigo a quien narra las experiencias y anécdotas de la jornada, donde las palabras parecen insuficientes para describir el mundo que se le ofrece a la mirada atenta. Alguno de sus párrafos recuerdan vagamente los relatos de aquellos viajeros del siglo XIX, y en ese tono describe su encuentro, en Santa Rosa, con el presidente del Comisariado Ejidal, quien, en palabras de Guillermo, “les otorga amplios poderes para caminar e investigar por el pueblo y sus alrededores”, incluso, los acompaña durante largo rato.

El resto del año lo dedicará al análisis de la cerámica bajo la asesoría de Florencia Müller, jefa de la Ceramoteca del Departamento de Prehispánicos; también participa en el seminario que se organiza en las oficinas de Prehispánicos, donde el equipo de trabajo analiza y discute los diversos problemas que plantea el proyecto.

El proyecto Cuenca de México

Hacia finales de 1975, mientras Guillermo desarrollaba sus actividades en la presa Cerro del Oro entre los chinantecos, en el Departamento de Monumentos Prehispánicos Jürguen Brüggemann se encargaba de estructurar el ambicioso proyecto Cuenca de México y organizar el equipo de trabajo, cuyo antecedente inmediato era justamente el programa iniciado desde el Departamento de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas para delimitar sitios reportados en el Ajusco, Los Reyes, Tlapacoya y Acozac.

El objetivo central del proyecto planteaba la importancia de recuperar, sistemáticamente, la información arqueológica derivada de estos sitios condenados a desaparecer bajo la amena-

zante expansión urbana. En este sentido y quizás lo novedoso de la propuesta para su momento, radicaba en estudiar los sitios de manera planificada y no a través de rescates, con alcances claros en cuanto a la investigación y con el apoyo de un equipo interdisciplinario, aspecto que permitiría conocer su distribución temporal y espacial a partir de modelos explicativos.

Este procedimiento implicaba caracterizar los asentamientos e identificar el área nuclear con su entorno productivo mediante estudios estratigráficos, paleodemográficos y seriaciones cerámicas, entre otros aspectos, bajo el enfoque de modelos explicativos construidos desde el materialismo histórico que, a diferencia de las variantes del positivismo, sus premisas partían de la naturaleza biológica del hombre a través de la cual se intenta definir su dimensión histórica y social.

El proyecto contemplaba la publicación de estudios de caso, cuya posterior correlación permitiría la construcción teórica en cuanto al desarrollo social y cultural de la Cuenca de México. Resulta oportuno señalar que el proyecto contó con el apoyo de un interesante grupo experimental de investigación, organizado en el Departamento de Prehistoria: el Taller de Adiestramiento Avanzado en Arqueología (TAAA), cuyos estudiantes, bajo la dirección de los profesores Pedro Armillas, Jeffrey R. Parsons, William T. Sanders y Richard E. Blanton, elaboraron un primer listado de asentamientos para Teotihuacan, Texcoco, Iztapalapa, Chalco-Xochimilco y Zumpango.

Si bien el proyecto de Jürguen y la formulación del modelo etnohistórico se encontraba en proceso, el programa de rescate se mantenía vigente, al cual se integraron Alicia Blanco, Humberto Besso-Oberto y Gerardo Cepeda, este último para atender un salvamento en Azcapotzalco. Las crecientes obras de infraestructura y las expectativas generadas por el proyecto Cuenca de México rápidamente se conocieron entre el reducido medio estudiantil, lo que facilitó la incorporación de otros estudiantes al progra-

ma como Margarita Treviño, Estela Ivonne Saldaña Hernández, Carolyn Baus Reed de Czitrom y Pedro Ortega Ortíz.

Al año siguiente, en 1976, Jürguen formalizó el proyecto para poner a prueba sus modelos arqueológicos experimentales. En su primera etapa, el modelo propuesto se planteaba desde la dicotomía: estructura urbana/estructura aldeana, cuyos indicadores deberían reflejar las relaciones de producción a partir de la identificación de áreas de producción agrícola, formas de explotación del medio ambiente, sistemas de control, actividades ceremoniales y organización religiosa.

Así las cosas, el proyecto se organizó a partir de cuatro secciones de trabajo. El programa de rescate a cargo de Humberto Besso-Oberto, el programa de investigación arqueológica coordinado por Jürguen Brüggemann, el programa de investigación etnohistórica dirigido por Eduardo Corona y un área de apoyo, el laboratorio de análisis de material arqueológico bajo la responsabilidad de Constanza Vega. Al programa de rescate se incorporaron Lilia Trejo de la Rosa para Tláhuac, Humberto Domínguez en Ecatepec y Rosalba Nieto Calleja para la delegación Xochimilco.

De particular importancia para el proyecto fue el estudio de la región chinampera en Tláhuac y Xochimilco a cargo de Graciela Lechuga Solís, al cual se incorporó Guillermo en el mes de marzo para realizar prospecciones en el Ejido Japón, cuyos objetivos planteaban la identificación arqueológica de recursos humanos a partir de estudios paleodemográficos, y de recursos ambientales a partir de estudios paleobotánicos. Conforme al modelo propuesto, la identificación arqueológica de los medios de producción debería entenderse mediante los sistemas de producción agrícola, instrumentos de trabajo, conocimientos astronómicos, calendáricos, etnobotánicos y sistemas constructivos.

En cuanto a la identificación arqueológica de las relaciones de producción, se hacía necesario

localizar los campos de cultivo así como talleres y su relación con la configuración urbana, esta última identificada por sus espacios militares, políticos, religiosos y aun étnicos, aspecto que podría ser deducido por sus relaciones proximales. Resulta evidente, a partir de estos planteamientos, la cercana influencia de Pedro Armillas y Ángel Palerm. Entre abril y julio, Guillermo colaboró con Graciela y también se delimitaron sitios en San Gregorio Atlapulco y en julio se trasladaron los materiales a la ceramoteca de Tecamachalco con Florencia Müller para clasificar el material.

San Jerónimo y la arqueología histórica

A mediados de 1976 dio inicio la obra de restauración en el claustro del ex Convento de San Jerónimo, realizada conjuntamente entre la Secretaría de Obras Públicas y la Secretaría de Patrimonio Nacional. Entre las primeras actividades se tenía previsto recimentar las pilastras que enmarcaban el patio construido hacia finales del siglo XVIII, de tal manera que al horadar el patio, quedaron al descubierto restos arquitectónicos del antiguo convento. La importancia del hallazgo motivó a Guillermo Bonfil Batalla, entonces director general del INAH, a promover la integración de un equipo multidisciplinario de investigación.

Al finalizar el mes de julio, Eduardo Matos Motezuma solicitó a Guillermo y otros compañeros de Prehispánicos —Hilda Castañeda Saldaña y Manuel Gándara Vázquez—, su incorporación al equipo de trabajo, solicitud que respondía a la visión de Augusto Molina Montes, entonces director de Monumentos Históricos, para que fuesen los arqueólogos quienes efectuaran y controlaran las calas y pozos de sondeo. La coordinación del proyecto quedó en manos de Roberto García Moll.

Mientras se realizaban los trabajos de rescate, Guillermo recibió su carta de pasante el 13 de septiembre de 1976, expedida por el inolvidable y muy querido maestro Javier Romero

Molina, quien se desempeñaba como director de la ENAH.

Así, bajo la coordinación de Roberto García Moll, Ramón Carrasco Vargas y Guillermo iniciaron las excavaciones de rescate en agosto de 1976 en el sector denominado Gran Claustro. Dado que el propósito era recimentar los pilares del antiguo convento, se planteó la realización de una cala perimetral al pie de los mismos. Mediante las primeras horadaciones que habían practicado personal de la Secretaría de Obras Públicas, se tenía la certeza de localizar muros y elementos que integraban las casas del convento durante los siglos XVII y XVIII. Paralelamente, se realizaron calas en muros y se retiraron aplados modernos de cemento para determinar las modificaciones del inmueble a lo largo de su evolución arquitectónica.

De esta manera quedaron expuestos vanos de puertas y ventanas, basas de columnas que delimitaban antiguos corredores, brocales de pozos, arranques de escalinatas, hornillas y tinas de barro vidriado entre otros elementos arquitectónicos. Hacia febrero de 1977 se concluyó la primera fase del rescate, cuya valoración, dada la importancia de la información recuperada, llevó a replantear el programa de salvamento para transformarlo en un proyecto de investigación más amplio y a largo plazo, pues la exploración de contextos coloniales se vislumbró como una oportunidad excepcional. Por otra parte, también se argumentó la necesidad de recuperar la información relativa a los materiales y sistemas constructivos, así como a la organización y distribución de espacios, elementos a partir de los cuales debería fundamentarse la propuesta del proyecto arquitectónico para su rehabilitación.

Bajo esta nueva perspectiva, Guillermo decidió iniciar la elaboración de una propuesta como trabajo de tesis profesional, entre cuyos objetivos, siguiendo los enfoques del materialismo histórico, comunes durante esta época, planteó analizar la formación socioeconómica prehispánica (azteca), la formación socioeconómica



● Foto. 2 De izquierda a derecha: María de la Luz Moreno Cabrera, Ramón Carrasco Vargas, Ana María Álvarez Palma y *El Guarús*, San Jerónimo, 1977 (Fotografía D. Juárez).

europea (feudal) y la colonial, está última como una nueva formación socioeconómica surgida por la unión de dos culturas, aspecto que, en su opinión, le permitiría comprender el funcionamiento del convento y sus relaciones con el “mundo exterior”.

El Departamento de Salvamento Arqueológico

Al despuntar la década de los años ochenta, diversas obras de infraestructura emprendidas por el gobierno federal, entre las que destacaban fundamentalmente presas y gasoductos, impulsaron el desarrollo de numerosos programas de rescate y salvamento. Por aquellos años, Guillermo había concluido su participación en los trabajos de exploración en San Jerónimo y decidió incorporarse al Departamento de Salvamento Arqueológico, donde, dada su experiencia, fue comisionado para realizar trabajos de prospección en Teotitlán del Camino, Oaxaca.

Este lapso, que quizá podríamos considerar como un breve receso, fue aprovechado para ordenar materiales y lecturas enfocadas a la redacción de su tesis “Arqueología monacal: un caso en la Ciudad de México, ex Convento de San Jerónimo de los siglos XVI al XIX”, cuya defensa realizó el 14 de noviembre de 1981 ante el

jurado presidido por Arturo Romano Pacheco, Noemí Castillo Tejero, Eduardo Merlo y Gonzalo López Cervantes, quienes lo aprobaron por unanimidad y le otorgaron el reconocimiento *Cum Laude*. Antes de finalizar el año, fue comisionado para dirigir el salvamento originado por la construcción del gasoducto en su tramo Uruapan a Lázaro Cárdenas en Michoacán, trabajo que se extendió hasta 1983.

Poco antes de concluir el sexenio lopezportillista, tres proyectos coyunturales se encontraban en marcha:

Templo Mayor, Teotihuacan y San Jerónimo, los cuales, por diversas circunstancias y ante la discusión generada en su entorno, impactaron el ámbito académico. En el caso de San Jerónimo, la información derivada del proceso de investigación, tanto arqueológica como documental, supuestamente debería orientarse al análisis y discusión sobre los criterios a seguir durante el proceso de restauración, cuyo proyecto estaba a cargo de Manuel Sánchez Santoveña. Si bien muchas de las intervenciones no se apegaron a la normatividad internacional, la crítica posterior fue alimentada por los excesos en la reconstrucción; no obstante, haber realizado una excavación de tal magnitud, marcó la diferencia, ya que numerosos programas de conservación, realizados en el marco del rescate del centro histórico de la Ciudad de México, buscaron el apoyo de la investigación arqueológica. No debemos perder de vista el contexto en el que ocurrieron estas discusiones, particularmente cuando circulaban documentos de carácter internacional que pretendían regular la intervención en sitios y monumentos patrimoniales, como la Carta de Venecia y las Normas de Quito.

San Jerónimo reveló una rica información respecto a la evolución arquitectónica del conjunto conventual a lo largo de tres siglos, observada

en los diferentes niveles de piso que podían reconocerse en la “estratigrafía”, producto de las diversas modificaciones a su traza; también en cuanto a la recuperación de una importante colección de vasijas y otros artefactos relacionados con la vida cotidiana de las monjas en clausura. A ello debemos agregar, de manera significativa, el estudio de archivos y fuentes documentales, cuyo análisis puso en perspectiva otra manera de aprehender los contextos, más acorde quizás, con los planteamientos de la historia de las mentalidades o la microhistoria, por mencionar sólo algunos de los enfoques novedosos.

Resulta claro entonces, atribuir al interés de algunos arquitectos e investigadores, la organización de una modesta Sección de Arqueología Histórica al interior de la Dirección de Monumentos Históricos en 1980, aspecto que favoreció la participación de arqueólogos en diversos programas de conservación. Entre los trabajos más destacados que recordamos de aquellos años, fueron la exploración de la Acequia Real a cargo de Elsa Hernández Pons; la localización del emplazamiento ocupado por la Catedral primitiva, cuya tarea fue realizada por Alejandra Rodríguez Díez y Guadalupe de la Peña Vilchez; excavaciones en los ex conventos de San Juan de Dios y Grande de San Francisco, bajo la responsabilidad de Marisol Sala Díaz y Daniel Valencia; así como la Casa del Marqués del Apartado y el ex convento de Santa Teresa la Antigua, ambos dirigidos por Elsa Hernández Pons. Conviene acotar, como así lo señala Elsa en su balance (Hernández, 1996), que una parte significativa de los programas desarrollados al interior de la Dirección de Monumentos Históricos no se formalizaron mediante la elaboración de un proyecto, así como tampoco fueron entregados los informes respectivos, lo que ocasionó la pérdida de valiosa información.

Muy por encima de lamentaciones para quienes resulten corresponsables ante tales hechos, la experiencia mostró que el número de investigadores rápidamente resultó insuficiente para

atender la creciente demanda de rescates originada por la especulación de predios urbanos, situación que, por otra parte, impulsó la creación, en el Departamento de Salvamento Arqueológico, de la Sección de Arqueología Histórica encabezada por Guillermo, cuyo propósito, según su visión, no debería limitarse al trabajo rutinario sino que debía propiciar la formación de investigadores, altamente capacitados en este campo.

De aquellos años, sólo nos limitaremos a esbozar un recuento de su participación en la Sección, pues gran parte de los materiales se hallan dispersos o resultan de difícil acceso. Durante este lapso se efectuaron excavaciones en el anexo de la casa de los condes de Heras y Soto, entre 1983 y 1984, con el propósito de adecuar los espacios para instalar allí el Consejo del Centro Histórico de la Ciudad de México.

En 1984 se realizaron exploraciones en el atrio del ex Convento de la Asunción, en la delegación Milpa Alta. Al año siguiente, el salvamento en el antiguo Colegio Carmelita de San Joaquín en la delegación Miguel Hidalgo. Como parte de las acciones encaminadas, primero a la beatificación y después canonización de Juan Diego, se practicaron excavaciones en el predio atribuido a su casa y conocido como El Cerrito, donde se localiza la capilla dedicada a la quinta aparición de la Virgen de Guadalupe en el municipio de Cuauhtitlán de Romero Rubio, Estado de México. En el pueblo de San Mateo Iztacalco, municipio de Cuauhtitlán Izcalli, se exploró el atrio del templo parroquial con el propósito de localizar la barda. Algunos sondeos en la capilla de San Antonio y de los Santos Lugares, perteneciente al Convento Grande San Francisco, en las calles Eje Central —antes San Juan de Letrán— y Venustiano Carranza, así como en el ex Colegio Jesuita de Cristo, en Donceles 99.

En 1986 se realizaron sondeos en una construcción civil con restos de arquitectura del siglo XVIII en la calle de Limón 16, situada en el ángulo sudoeste de la Plazuela de la Santa Cruz y

Soledad de Nuestra Señora. También se trabajó en lo que fuera la residencia de los marqueses de Aguayo, localizada en República de El Salvador, Roldán y Talavera. Se iniciaron exploraciones que se extendieron por cuatro años, en el ex Colegio Jesuita de San Francisco Javier, sede del Museo Nacional del Virreinato en Tepotzotlán.

En 1987, en la casa de Leona Vicario, anexa al Palacio de Inquisición en República de Brasil y Colombia, espacio que sería destinado al Museo Juan Cordero del INBA. La casa de Torres Quintero 17, inmueble del siglo XIX atribuido al arquitecto Lorenzo de la Hidalga frente al templo de San Sebastián para instalar el Museo del Deporte. La casa de Topacio 11, en Misioneros y Topacio al sur de la Plaza del Aguilita. La casa de Regina 143 que se destinó a jardín de niños. Paralelamente a la coordinación, supervisión y apoyo a estas actividades, Guillermo fue nombrado representante, por la Dirección de Salvamento Arqueológico, ante el Consejo de Arqueología, cargo que desempeñó hasta 1989.

En 1988 se trabajó en el ex Convento de Santa Inés, en Academia 13, cuyos espacios mostraban adaptaciones atribuidas al arquitecto Manuel Tolsá y sería destinado al Museo José Luis Cuevas. En el antiguo edificio del Real Estanco de Tabaco, conocido como La Ciudadela, Carlos Salas realizó un amplio rescate. Hacia mediados de año dieron comienzo las exploraciones en el Palacio Arzobispal, en Moneda 14. Este último inmueble albergaba oficinas de la Secretaría de Hacienda y era restaurado por la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología. Anteriormente, Guadalupe de la Peña Vilchez había practicado algunas calas y pozos de sondeo en los corredores y el patio, sin embargo, la información recabada aún era insuficiente para comprender la organización de los espacios arquitectónicos. Guillermo asumió entonces la dirección del proyecto, entre cuyos resultados destacan, además de localizar restos de las construcciones civiles del siglo XVI, presumiblemente propiedad de los conquistadores Martín López y Andrés Nuñez, parte de lo que fuera

la traza del Arzobispado Metropolitano y cárcel de la inquisición; pero indudablemente, el hallazgo que acaparó la atención, fue el cuauhxicalli de Moctezuma I, cuyos resultados fueron dados a conocer rápidamente (Pérez Castro *et al.*, 1989).

En 1989 Carlos Salas y su equipo iniciaron los trabajos en el ex Convento de la Encarnación, Aduana Mayor y Consulado, sede de la Secretaría de Educación Pública, mientras Guillermo se ocupaba del salvamento en la Casa de la Primera Imprenta de América, en Moneda y Licenciado Verdad, edificio bajo la custodia de la Universidad Autónoma Metropolitana y que sería destinado a centro cultural de educación continua. En este último inmueble se reportó una pieza escultórica con la representación de una cabeza de serpiente, similar a la registrada en la casa de los Condes de Santiago de Calimaya (Pérez Castro, 1990). Esta casona es interesante ya que su fábrica original parece remontarse al año de 1524, sobre un solar cedido al conquistador Andrés de Soria y aparentemente situado sobre una estructura del recinto dedicado a Tezcatlipoca. Para 1527 la construcción albergó un obraje donde se fundieron las campanas de la catedral primitiva, por lo que el sitio se conoció como Casa de las Campanas. Hacia 1536 se transformó en el taller de imprenta fundado por Joan Paoli que funcionó hasta bien entrado el siglo XVII, cuando fue adquirido por el Convento de Santa Teresa de la Orden de Carmelitas Reformadas.

Finalmente, los últimos trabajos de los cuales tenemos referencia, corresponden al inicio de la década de los años noventa, cuando se intervino el ex Convento Franciscano de San Gregorio Magno Atlapulco, en la delegación Xochimilco, y en 1992 las excavaciones en el ex Colegio de Niñas en 16 de Septiembre y Bolívar, sede del Club de la Asociación de Banqueros.

Al recordar la sensible pérdida de Guillermo y repasar a grandes rasgos su trayectoria, quizás el mejor homenaje que podemos ofrecerle consista en revisitar, con actitud de análisis y

reflexión, no sólo la contribución que hizo a la disciplina, sino de manera particular al desarrollo mismo de la arqueología histórica, a la cual dedicó su vida. Esta posición, con toda seguridad, nos ayudará a situar en perspectiva tanto los antecedentes como la proyección de este enfoque específico a lo largo de poco más de tres décadas, donde Guillermo, sin duda alguna, fue uno de sus impulsores.

Este recuento y reencuentro a su vez, deja también de manifiesto una obra trunca, dispersa y en su mayoría inédita. Apenas en esta semblanza hemos citado unos cuantos trabajos que fueron publicados en las revistas *Arqueología* y *Actualidades Arqueológicas*, sin embargo, en los archivos de la Coordinación Nacional de Arqueología y de Salvamento, se conservan algunos escritos que Guillermo preparaba para su publicación durante los últimos años de su vida; escritos que esperaban su paciente revisión limitada por el severo padecimiento que lo sumió en la oscuridad; escritos que corregía apoyado por sus padres y hermana, quienes, transformados en amanuenses, se dedicaron a registrar la luz de su memoria.

Guillermo falleció el domingo 17 de agosto del 2003, descanse en paz...

Bibliografía

- Hernández Pons, Elsa
1996. "Arqueología histórica en México: Antecedentes y propuestas", en Enrique Fernández Dávila y Susana Gómez Serafín (coords.), *Primer Coloquio de Arqueología Histórica*, México, Conaculta, INAH, pp. 1-26.
- Matos Moctezuma, Eduardo (coord.)
1974. *Proyecto Tula, primera parte*, México, INAH-SEP.
- Núñez Montesinos, Eduardo
1996. "Entrevista con Guillermo Pérez Castro Lira", en *Actualidades Arqueológicas*, núm. 9, noviembre-diciembre, México, ENAH, pp. 13-14.
- Peña Castillo, Agustín y Ma. del Carmen Rodríguez
1976. "Excavaciones en Dainí, Tula, Hidalgo, en

Eduardo Matos Moctezuma (coord.), *Proyecto Tula, segunda parte*, México, INAH-SEP.

- Pérez Castro Lira, Guillermo
1989. "Noticias sobre la arqueología histórica", en *Arqueología*, núm. 5, México, INAH, pp. 211-216.
- Pérez Castro Lira, Guillermo *et al.*
1989. "El Cuauhxicalli de Moctezuma I", en *Arqueología*, núm. 5, México, INAH, pp. 131-151.
- Pérez Castro Lira, Guillermo
1990. "Una escultura mexicana en la antigua casa de la imprenta", en *Arqueología*, núm. 2, segunda época, México, INAH.
- Sánchez, Bartolomé
1974. "El desalojo de los chinantecos", en *Estudios Indígenas*, vol. III, núm. 4, México, INI.



Homenaje a José Luis Ramírez

Laura Concepción Pescador-Cantón*

Como poseedor de una biblioteca, Aureliano se sabía culpable de no conocerla hasta el fin; esa controversia le permitió cumplir con muchos libros que parecían reprocharle su incuria.

El tiempo no rehace lo que perdemos, la eternidad lo guarda para la gloria y también para el fuego.

“Los Teólogos”
Jorge Luis Borges

José Luis Ramírez Ramírez, mejor conocido como *Pepe*, nació en el Distrito Federal en 1945, es hijo único de padres que se dedicaban al comercio. Su primer trabajo fue en la industria textil, era tejedor de tela de punto, mientras estudiaba comercio y contaduría privada. Posteriormente, Pepe ingresó al Instituto Nacional de Antropología e Historia, en 1968, precisamente como contador privado y después empezó a hacerse cargo del Archivo Administrativo que finalmente se convirtió en el Archivo Técnico-Administrativo, gracias a los constantes esfuerzos para unir la historia de los trabajos arqueológicos con la historia burocrática relacionada con ellos.

Este conocido personaje de la arqueología nacional recibió el archivo de manos de otro compañero que le proporcionó, como única herramienta práctica para su manejo, un manual que clasificaba los ejemplares del 1 al infinito, sin que

recibiera capacitación alguna. A partir de ese momento, y trabajando bajo las órdenes del arquitecto Ignacio Marquina como jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos, José Luis Ramírez inició un largo viaje con la pesada carga de 8 mil ejemplares que incluían entonces todos los informes técnicos donde se dibujaba claramente la historia de la arqueología mexicana.

Pero él no se conformó con cuidar lo que le habían encomendado y, como un arqueólogo, se dedicó a recopilar información dispersa en otras oficinas del INAH y en otros archivos. Así, logró rescatar los informes entregados por los investigadores al entonces Departamento de Publicaciones, que llegaban directamente ahí, enviados por los propios autores, para ser publicados en los *Anales* del Instituto, aquellos de la primera época cuando los arqueólogos tenían dividida la República Mexicana por regiones atendidas por ellos utilizando el apelativo de inspectores de Monumentos Prehispánicos. Entre estos personajes se encontraban grandes nombres de la arqueología mexicana como José García Payón, Jorge R. Acosta, Pedro Armillas, Henrich Berlín, Franz Blom, Alfonso Caso, Roque Cevallos, Daniel Rubín de la Borbolla, Ignacio Marquina, Wilfrido Du Solier, Agustín García Vega, Alfonso Medellín, Hugo Moedano, Eduardo Noguera, Enrique Juan Palacios y Alberto Ruz Lhuillier.

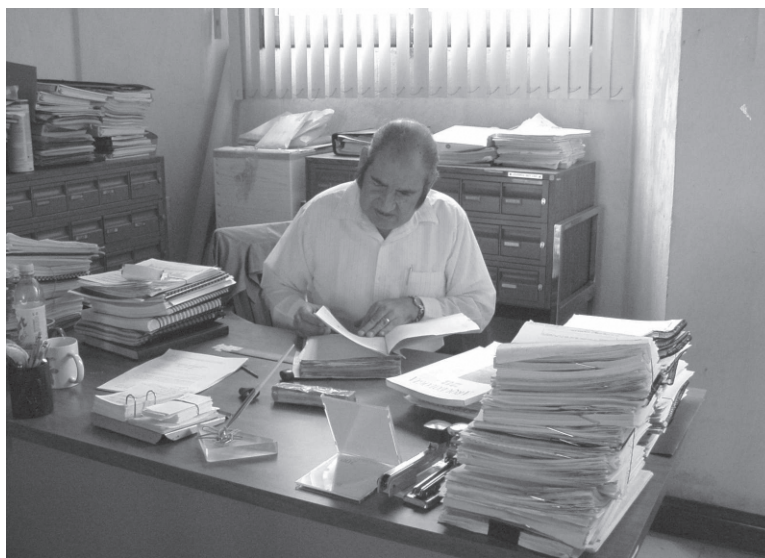
* Coordinación Nacional de Arqueología

Algunos de estos notables personajes fueron los jefes directos de *Pepe* en el Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos. Otros más fueron sus maestros y amigos, pero a quien más admira es a Jorge R. Acosta, a quien acompañaba en sus viajes a Tula y a Monte Albán a pesar de que no le daban permiso porque desde entonces ya era indispensable para el Consejo de Arqueología y para la Dirección de Monumentos Prehispánicos. Don Jorge, como él le llama respetuosamente, le insistió durante años para que lo visitara cuando trabajaba en Palenque, sin embargo, nunca pudo ir, a pesar de la insistencia y la disposición de don Jorge de pagarle el viaje completo.

El jefe de quien más aprendió *Pepe* fue de su tocayo José Luis Lorenzo, quien se caracterizaba por traerlo “cortito”; de este ilustre maestro supo que el orden y el mantener al día el archivo era la clave para acrecentarlo y conservarlo, así como para atender los requerimientos de los investigadores. De hecho, el mismo Lorenzo peleaba constantemente con *Pepe* y el motivo principal era la concepción particular que tenía cada uno sobre la propiedad y composición del archivo. Para el maestro Lorenzo, el Archivo Técnico debería estar separado del Archivo Administrativo ya que consideraba que el primero pertenecía al Consejo de Arqueología —del cual Lorenzo era presidente— y, por otro lado, el Archivo Administrativo debería estar en otra oficina. *Pepe* Ramírez siempre se negó a esta separación y desmembramiento, y su obstinación incluso pudo ocasionar que fuera separado del Instituto, y no precisamente por iniciativa de José Luis Lorenzo, sino porque en una reestructuración del INAH, el director general había decidido que parte del archivo debería ir a la Dirección y la otra parte se distribuiría en cada una de las unidades administrativas recién creadas. Sin embargo, *Pepe* se

opuso con argumentos sólidos, incluso contra la voluntad de un director general, y esto le valió amenazas sobre la permanencia en su cargo. Afortunadamente para él y para nosotros, *Pepe* logró mantener el archivo y volver a Monumentos Prehispánicos, oficina que había quedado acéfala momentáneamente de la urdimbre burocrática del instituto.

Esta misma pasión por mantener la cohesión del archivo, la ha llevado también a enriquecer el acervo a su cargo. De esta forma, el archivo ahora integra fondos especiales como el de Monumentos Prehispánicos, el cual fue publicado en 1987. Otro fondo más corresponde al de Jorge R. Acosta e incluye documentos importantes y personales generados por este gran personaje de la arqueología mexicana. La labor de incrementar el acervo también lo ha llevado a recuperar archivos y documentos personales de gente como Florencia Müller y César Lizardi. Más recientemente ha logrado que se incorpore parte del bagaje personal del doctor Román Piña Chán, otro de los investigadores prominentes del país.



Los documentos escritos no son la única información que *Pepe* Ramírez ha rescatado; también ha sido constante en la recuperación de planos y levantamientos arquitectónicos de sitios y monumentos arqueológicos y su empeño se ha

extendido a la recuperación de diapositivas y fotografías de excavaciones y materiales arqueológicos como vasijas, cuyos autores también fueron aquellos que fundaron el INAH y trabajaron durante la década de los años treinta. Su navegar lo ha llevado desde el ex Convento de Culhuacán, hasta lugares remotos en algunos estados e, incluso, hasta las casas de aquellos que fueron sus jefes y compañeros, y que ahora se han ido. Fuente inagotable, la mente de *Pepe* retiene la ubicación de documentos en otros archivos; utilizando un recurso nemotécnico ha construido lo que llama “redes”, lo que le permite orientar al usuario para que obtenga y consulte físicamente el legajo de su interés.

Pepe no se conforma con la historia de la investigación que a la fecha suma alrededor de 10 mil volúmenes solamente en informes técnicos. Al mismo tiempo, ha confeccionado y almacenado expedientes separados para tener la memoria de todas las acciones realizadas en cada una de las zonas arqueológicas del país. En éstos se puede encontrar todo lo referente a tierras, expropiaciones y operaciones de compra venta realizadas para que este patrimonio quede realmente en manos de la nación.

Asimismo, hay expedientes sobre las poligonales y las delimitaciones de cada sitio arqueológico. También hay información del mantenimiento y la limpieza de las que han sido objeto. Otros expedientes más, considerados de carácter confidencial, son los que se han ido integrando para cada uno de los arqueólogos que han trabajado en cada una de las zonas. Para *Pepe* Ramírez es importante que esta información esté separada por varias razones: para cumplir con la documentación general y, al mismo tiempo, asegurar que quien requiera de la información la tenga a la mano, pero también mantiene el secreto de la historia académica de cada uno de los investigadores del INAH o de otra institución —incluyendo la Universidad Veracruzana— que haya realizado trabajos arqueológicos en México.

Existe un mito alrededor de *Pepe* y del celo con el que resguarda el Archivo Técnico: nació cuan-

do un nuevo director general del INAH, decidió crear la Dirección —léase Coordinación Nacional— de Arqueología y Monumentos Prehispánicos transformándola en la Subdirección de Estudios Arqueológicos. Esta última contaba ya con una nueva sede, en el Centro Histórico de la Ciudad de México habiendo dejado sus oficinas de la colonia Roma, desde un año antes. Por su parte, el nuevo recinto de la Dirección —coordinación— de Arqueología, también en el Centro Histórico, fue la *Antigua Casa del Mayorazgo de Guerrero*, que en ese momento no contaba con instalaciones adecuadas para albergar el Archivo Técnico. Se dice que entonces *Pepe* decidió llevarlo a su casa, mientras se terminaba de acondicionar el espacio. En realidad, esto nunca sucedió, en cambio lo que sí es cierto es que *Pepe* esperó a la mudanza para acompañar personalmente el Archivo Técnico hasta su nueva ubicación, donde permanece hasta la fecha. En este lugar ha crecido aún más en volumen; el diminuto nicho destinado a este archivo se ha duplicado intensivamente en área —hacia arriba claro está— para poder almacenar todo lo que llega diariamente.

A *Pepe* casi todos lo conocimos desde que éramos estudiantes, siempre hemos encontrado en él la disposición y la sabiduría para enriquecer nuestros trabajos escolares y nuestras investigaciones profesionales. Quienes han demandado más de él, han obtenido mayor documentación sobre el sitio o el tema de interés particular. Otros más acuden con él para pedir información sin tener la noción clara de lo que solicitan: de repente le piden “todo lo que hay de arqueología en la Costa del Golfo” y él, pacientemente, los ha orientado para que definan precisamente qué es lo que les interesa. Esta labor va más allá de su jefatura de departamento, ya que es maestro no curricular de muchos de nosotros, porque gracias a él algunos hemos terminado tesis profesionales, artículos y libros. Nuestras obras han sido fortalecidas con la información y los documentos que poco a poco, y una vez que logramos que se involucre en nuestra investigación, nos va proporcionando. Así, nos ha hecho creer que el Archivo Técnico de la Coor-

dinación de Arqueología es una caja de sorpresas y que debe ser como un laberinto del que solamente él conoce los confines, como los bibliotecarios que retrató Humberto Eco en *El nombre de la rosa*.

Muchos de estos trabajos forman parte también del Archivo, muchos han sido regalos personales al encargado, y éste las ha ingresado para la consulta y el conocimiento de otros investigadores. También su trabajo ha inspirado tesis de maestría y doctorado que tratan sobre la historia de la arqueología mexicana. Otras publicaciones han salido de este Archivo. El incansable *Pepe* colaboró con Roberto García Moll para integrar el *Índice del Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos*, publicado por el INAH en 1987. Asimismo, aparece como colaborador en una antología de materiales arqueológicos y parte del acervo ha sido fundamental para la *Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología* del INAH y para la revista *Arqueología Mexicana*. Hoy en día, gracias a la iniciativa del licenciado José Muñoz Bonilla, entonces Director de Planeación, Evaluación y Coordinación de Proyectos, y de Beatriz Leonor Merino Carrión, y con el valioso apoyo del doctor Alejandro Martínez Muriel, coordinador de Arqueología, se inició la producción de la serie *Arqueología: diálogos con el pasado*, que es una obra dedicada a distintas zonas arqueológicas como Xochicalco, La Quemada y Monte Albán, donde se conjuntan fotografías y textos de los primeros trabajos realizados, así como información proporcionada por los investigadores que actualmente trabajan en ellas.

Lo paradójico de la vida profesional de *Pepe* es el hecho de que, a pesar de saber como nadie lo que se ha hecho en cada uno de los sitios arqueológicos, solamente ha visitado algunos de ellos. Teotihuacan, Tula y Monte Albán los conoció gracias a Jorge Acosta, su arqueólogo favorito, quien solía pedirle que lo acompañara; también conoce Xochicalco y Cantona. De Cacaxtla únicamente ha visto el domo porque se observa desde Xochitécatl, el cual visitó

cuando estaban en marcha los macroproyectos arqueológicos, entre 1993 y 1994. La costa del Golfo aún es territorio inexplorado para este personaje, únicamente conoce El Tajín, y lo hizo hasta 1995, invitado a colaborar para ordenar parte del archivo del proyecto arqueológico.

Pepe quiere jubilarse, ahora añora concretar un viaje siempre postergado por diversos motivos, que incluye ver desde Quiahuiztlan el mar donde desembarcó Hernán Cortés; observar los ladrillos de Comalcalco donde trabajó Ponciano Salazar, eterno compañero de cigarrillos y café durante las horas de oficina; recorrer las crujiás y los patios del Palacio que restauró don Jorge en Palenque y, quizá, llegar hasta la Acrópolis de Yaxchilán, lugar donde Roberto García Moll, a quien *Pepe* aprecia bastante, trabajó durante veinte años.

Pepe Ramírez ha atesorado documentos durante casi 35 años, gracias a él, generaciones de investigadores como cualquier interesado en el pasado de este país, han sido beneficiados de esta fascinación por la conservación de un archivo que conjunta gran parte del pasado prehispánico, así como la historia de cómo se ha ido reconstruyendo el México antiguo.

En su afán de mantener en uso el Archivo Técnico cuando deje el INAH, *Pepe* ha emprendido algunas actividades. Gracias a su colaboración y a la iniciativa del arqueólogo Ángel García Cook, entonces director de Arqueología, se terminaron de microfilmear los textos, existentes hasta ese momento, del Archivo Técnico; también se construye una base de datos para catálogo, consulta y restauración del acervo y, finalmente, capacita a personal para que pueda continuar con su trabajo de más de tres décadas. José Luis Ramírez Ramírez tiene la esperanza de que llegue alguien como él, que tenga la misma pasión y que haga que la memoria de la arqueología mexicana siga manteniéndose como hasta ahora y se dé a conocer al resto de la gente. Por lo pronto, creo que muchos esperamos que continúe en su lugar durante más tiempo.

informes del Archivo Técnico

Exploración del montículo de San Pedro de los Pinos, 1921*

Eduardo Noguera

Vestigios arquitectónicos¹

Por disposición de la Dirección de Antropología fui comisionado para explorar los vestigios arqueológicos descubiertos entre las poblaciones de San Pedro de los Pinos y Mixcoac, situados a un lado del camino de San Ángel y la línea de Cuernavaca.

Este montículo pasó desapercibido por muchos años creyéndose una elevación natural, hasta que en el año de 1915 fue descubierto como una construcción artificial y puesto en conocimiento de esta oficina [fig. 1].¹

El 1º de septiembre del año en curso empecé la exploración siguiendo las órdenes de esa superioridad de proceder conforme a mis propios métodos.

El monumento mide 7 m de altura, cubriendo una base aproximadamente de 100 m por lado; en su parte sur presenta vestigios de pisos revelando su carácter artificial y fue por allí que se iniciaron los trabajos de descubrimiento [fig. 2].

Desde la fecha indicada hasta el 15 de diciembre del presente año duraron los trabajos, habiendo sido suspendidos debido al material tan pobre de que estaba construido y sobre todo por los objetos encontrados que aportaban muy pocas luces para su clasificación e historia.

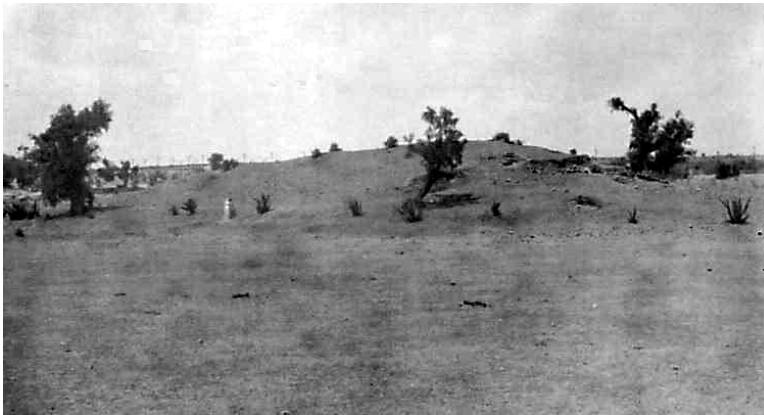
En rasgos generales puede decirse que el material de esta construcción es muy humilde, a la vez que variado. En efecto, cemento [estuco],² adobe, tepetate y piedra se halla combinada. Gran parte del exterior del edificio es de piedra, en tanto que en el interior de tepetate y de los pisos y paredes superiores, mejor construidas de concreto [argamasa], descansando sobre tierra ordinaria. Quizás las construcciones de adobe no sean más que anexos muchos años después que el edificio principal fue construido.

Como puede comprobarse, no existe plano definido en esta construcción debido a la adición [anexión o adosamiento] de uno de los edificios sobre el original [fig. 3]. El primer edificio, mejor construido, que está representado por los pisos y paredes de cemento [argamasa] y afectando sus lados [piramidales] forma piramidal construidos en tepetate, soporta una segunda construcción hecha de piedra. Los espacios

* B/311.32(251-5)/1 San Pedro de Los Pinos.

¹ El registro fotográfico original consta de 17 fotografías y un corte. Presentamos una selección de estas imágenes modificando su numeración.

² Se agregan algunas palabras entre corchetes. (N.e.)



● Fig. 1. Montículo de Mixcoac, San Pedro de Los Pinos antes de la exploración.



● Fig. 2. Lado sureste antes de la exploración.



● Fig. 3. Vista sureste.

entre una y otra habiendo sido rellenados con piedra y lodo y restos del edificio original, como ha podido comprobarse en algunos lugares en donde se encontraron pedazos de pisos y otros materiales que componían este relleno. Por úl-

timo, un tercer edificio ha sido agregado, aunque en parte se confunde con la segunda construcción. Éste está mejor representado en la parte noreste del montículo donde existen una serie de cuartos construidos con adobe.

El resto del montículo especialmente su parte oeste quedó sin explorar. En realidad poco interés presenta su construcción pobre, y la escasez de objetos encontrados predicen la inutilidad de su continuación.

Para mejor disposición [comprensión] del monumento, he dividido el plano en cuartos, o sea espacios rodeados de pared en su totalidad o en parte. Muchos de estos cuartos abarcan un área mucho mayor, ya sea porque no tengan muros circundantes y sólo su piso ha servido de base para determinar su extensión.

Cuarto I [fig. 4]. Las excavaciones dieron principio en este lugar. Gran parte del piso se encontraba destruido. En su parte oeste ostenta restos de una columna y en su centro, el piso tiene un profundo agujero de un metro de profundidad. En estos sitios se encontró gran profusión de cerámica Azteca del tipo geométrico (clasificación de Boas); en menor cantidad, cerámica de fondo rojo con gruesas líneas negras formando

diversos motivos y cerámica policroma. Además, se hallaron un buen número de clavos arquitectónicos semejantes que probablemente sirvieron para el mismo objeto que los encontrados en los braseros de Santa Teresa.

Cuarto II [fig. 4]. El nivel del piso está 30 cm más bajo que el del cuarto anterior. Se halla rodeado de muros por sus partes norte y oeste, más el piso de cemento [estuco] continúa hacia el sur y el oeste [?], pero se pierden pronto sus vestigios. Como separación del cuarto I se halla la columna antes mencionada y una saliente del muro que forma los cuartos I y II; de su lado sureste se abrió un túnel con el fin de encontrar nuevos pisos. Este túnel de 1 m de ancho se prolongó por una corta distancia hasta tropezar con una pared que corre al extremo de ese cuarto en su parte inferior y con una altura de 2 m.



● Fig. 4. Lado sur, cuartos I y II.

Cuarto III [fig. 5]. El muro oeste de este cuarto contiene una cornisa en su parte inferior, la que continúa hacia el norte y al formar la esquina se junta con el piso norte. La cornisa mide unos 40 cm de ancho. El mismo piso se prolonga encontrándose roto en la parte este. Objetos semejantes a los cuartos anteriores fueron encontrados, más un pequeño adorno de hueso, probablemente un pendiente.



● Fig. 5. Viendo al sur. Cuarto III.

Cuarto IV [fig. 6] y V. Éstos forman parte de las habitaciones exteriores al cuerpo principal. Miden [Están a] una profundidad de 5 m y se prolongan en una anchura que va disminuyendo hacia el norte. En este extremo se descubrió un caño de cemento [estuco] perfectamente construido que sale del cuarto VI (véase láms. núms. 10-11).³ Es de mencionarse la esquina sureste de estos cuartos, toda revestida de lozas labradas y muy especialmente las paredes

de forma piramidal. Con el fin de conocer la extensión de dicha pared se excavó un túnel hacia el norte y por el espacio de 3 m que se llevó el túnel se pudo comprobar la continuación de dicha pared, la que probablemente abarca toda la extensión de la construcción encerrando el cuerpo interior.

Cuarto VI. Representa una plataforma dividida en dos partes por dos salientes centrales de las que sólo vestigios quedan. De su parte noroeste, parte un pequeño canal, el que atravesando el cuarto VII en el lado norte se dirige en esa dirección encontrando salida en el centro

³ No aparecen en el original. (N.e.)

del cuarto VII, yendo a terminar por el caño del cuarto V [fig. 7].

Cuarto VII. Es en realidad parte del cuarto VI y afecta más o menos las mismas dimensiones y la misma orientación [fig. 7].

Cuarto VIII. Nuevamente presenta una plataforma circundada al sur por muros, los cuales están destruidos en su lado norte y a continuación en el cuarto IX sigue su piso encontrándose roto el norte, pero continuando en buen

estado hacia el oeste. A [el] que forma parte de este cuarto es un muro construido de tepetate al que siguiéndosele se ve que se prolonga hacia el norte y probablemente formando la pared exterior de un nuevo edificio o prolongación de este mismo.

Cuarto X. Este cuarto tiene sus pisos a un nivel inferior que el de los cuartos que lo rodean y el cemento [estuco] del piso está en mejores condiciones de preservación. Por sus lados sur y este, el paño de los muros está bien conservado, más en el norte se halla destruido. Es curioso el detalle, que en esta parte la pared no presenta paño, pero el piso continúa por debajo de la pared quizás representando la construcción de dicho muro sobre un piso que se construyó con anterioridad.

Cuarto XI. El piso se encuentra destruido en su mayor parte, aunque su nivel queda indicado por los restos que aún se conservan. El nivel del piso va progresivamente bajando hasta tropezar con el muro norte del cuarto III que está construido de lodo y piedra. Hacia el oeste se pierde el piso y se junta aparentemente con el muro del cuarto V.

Cuarto XII. Lo forma una plataforma de mayor extensión que la X. Ésta corre hacia el este y sus pisos representan dos niveles de unos 10 cm de diferencia, el que se halla irregularmente distribuido en su parte este y ya muy destruido. El paño de la pared oeste se halla en buen estado, y en el sur ostenta una saliente de unos 59 cm de extensión. En el centro de esta plataforma, representada por el cuarto XVII se halla un



● Fig. 6. Parte sureste. Cuarto IV y muro XXIII.



● Fig. 7. Centro del montículo. Cuartos VI y VII.

pequeño cuarto que contiene un piso al mismo nivel que la plataforma y sus paredes tienen paño de cemento [estuco] en su exterior, mas el interior de dichas paredes se halla destruido o no existen. Este pequeño cuarto mide 1.30 m por lado [fig. 8].



● Fig. 8. Vista general hacia el sureste.

Cuarto XV. No es más que una saliente paralela al cuarto VII que se abre sobre el [cuarto] núm. V y a nivel de los pisos de la parte superior del edificio. Su piso se halla en buenas condiciones, mas aparentemente no forma ningún cuarto [?].

Ya terminada la exploración de toda la parte superior del montículo se iniciaron las excavaciones por la parte sur. Para ello se empezó una zanja desde el nivel de la llanura en dirección al norte. A poca distancia se encontró un muro de piedra, el núm. XII⁴ que se extiende de este a oeste y siguiéndosele hacia el oeste se llegó a un recodo o rincón; el muro da vuelta y ostenta en esta parte un revestimiento de cemento [estuco] teniendo una altura de 2 m y su piso de cemento [estuco]. Por su parte posterior se siguió la exploración hasta tropezar con otro

⁴ A partir de este momento Eduardo Noguera otorga la misma nomenclatura a cuartos y muros. Tratamos de respetar el sentido que ofrece la descripción y sólo cuando estamos seguros agregamos la aclaración de que se trata de un muro o un cuarto. En el caso específico de este párrafo parece referirse a un muro, aunque anteriormente ya habla mencionado un cuarto XII. (N.e.)

recodo coincidiendo éste con el piso del cuarto II. De allí se siguió hacia el norte encontrándose el cemento [estuco] de la pared muy destruido. A pocos metros de allí se halla un muro de piedra descansando sobre tierra suelta. Detrás de este muro sigue la pared [muro] XVI,

mas a poca distancia, en su parte de enfrente, se halla una especie de columna construida con lozas bien labradas.

[Muros] XIX y XX, [cuarto XXI]. Son dos paredes de adobe que corren paralelamente de este a oeste, ya muy destruidas al extremo del [muro] XX. Al oeste se forma un cuarto de adobe, el núm. XXI. Este cuarto [XXI] está construido de adobe y sin piso, midiendo unos 2 m de alto por 3 m de largo.

En [el muro] XXII se profundizó verticalmente siguiendo el muro piramidal alcanzando una altura de 3.60 m. Al sur del cuarto IV se encuentran trazos, muros hechos de piedra y lodo que convergen diagonalmente con el muro XXII. Gran cantidad de cerámica [con decoración] geométrica, especialmente platos con soportes, fueron encontrados. La parte este del [muro] XXII es un pequeño muro de 1 m de alto, construido de adobe en su parte superior y descansando su parte inferior, construida de piedra y lodo, sobre el nivel del llano. Hacia el sur se extiende dicho muro sobrepasando el ángulo de la pared [de los muros] XII y XIV.

Hacia el este, en toda su extensión se prolongaron las excavaciones con el fin de localizar la extensión del edificio y a nivel de la llanura, pero sin lograr encontrar ningún piso u otro vestigio [fig. 9].

En toda esa extensión se sigue la zanja [cala] hacia el norte tratando de encontrar el resto de la pared [del muro] XXIV, que apareció con anterioridad y que hace ángulo con la XXIII. Esta



● Fig. 9. Corte transversal de oeste a este.

pared, la XXIV, sigue hacia el este, pero a pocos metros se encuentra destruida y terminada [?].

Como recibiera órdenes de proceder inmediatamente a hacer una serie de trincheras con objeto de localizar toda la extensión de la construcción, inicié estas excavaciones por la esquina sureste y con dirección al oeste. (Véase plano adjunto (B) indicando la dirección de las trincheras).⁵

Después de varias tentativas y haciéndose varias trincheras de ensayo, se lograron localizar los muros circundantes norte y oeste. El muro sur se halla muy adentro o está completamente destruido, pues sólo un pedazo se encontró. Los muros norte y oeste de pequeña elevación, están contruidos de piedra volcánica o con una mezcla de lodo. Abajo del cuarto XVII se halla el muro que hace esquina dirigiéndose hacia el sur y coincidiendo en material y colocación con el muro sur XXII.

Además, en el centro superior del montículo se hicieron varias excavaciones, encontrándose otras tantas series de paredes y en gran parte, a una profundidad de 70 cm, un piso de cemento [estuco] en perfecto estado de conservación.

La parte noreste, la que prometía mayor interés, presenta un grupo de cuartos sin plan determinado y probablemente contruidos en adobe.

Objetos menores [fig. 10]

Tres tipos de cerámica, clavos arquitectónicos, un reducido número de cabecitas, restos de braseros y algunas piedras labradas, fue todo lo que se obtuvo de la exploración.

La cerámica [con decoración] geométrica [con decoración] de rayas y puntos o de pequeñas estilizaciones es la predominante. Varias clasificaciones existen de esta cerámica especialmente la hecha por el doctor F. Boas en el Álbum de la Escuela Internacional, para dar mas pormenores de ella. Es del mismo tipo que el encontrado en otros lugares del valle: fondo del color natural del barro y dibujos de simples motivos repetidos de color negro. Poca variedad de formas, pero predominando platos con y sin soportes.

La cerámica del segundo tipo está representada por pocos ejemplares con fondo rojo y gruesas rayas negras formando motivos lineales. La forma más común de las vasijas de este tipo son grandes vasos cilíndricos con soporte grande.



● Fig. 10. Cerámica y objetos de piedra.

⁵ No aparecen en el original. (N.e.)

En menor cantidad, pero abundando la variedad de formas, se encontró cerámica de un tercer tipo. Su dibujo es más cuidadoso y el color más variado. Rojo, azul y blanco en distintas combinaciones forma el exterior de las vasijas. Desgraciadamente sólo pedacería se encontró para poder decir acerca de su forma; aparentemente la forma más general era de pequeñas cazuelas.

En cuanto a los clavos arquitectónicos poco hay que decir. Son del mismo tamaño, forma y materia que los encontrados en otras excavaciones, especialmente en la ya mencionada de Santa Teresa. Algunos conservan aun restos de la mezcla o pintura de que estaban revestidos y su parte más delgada, la que iba incrustada en las paredes, está lisa. Es de mencionarse el hecho que solamente en la parte sur del montículo fueron hallados.

Alrededor de siete cabecitas [de figurillas] se descubrieron. El tipo principal fue el Azteca, una de tipo Teotihuacano y otra del de transición.

El resto de los objetos presenta tan poco interés que creo más oportuno omitir su descripción para dar cabida a la historia y teoría acerca de este momento, no obstante que ya algo se ha dicho sobre este particular.

Historia

Al Sr. Fernando del Castillo se debe el descubrimiento de este monumento. En el año de 1916 dio parte a la entonces Inspección General de Monumentos Arqueológicos de la existencia de vestigios arquitectónicos en dicho lugar. Como en aquella época las condiciones económicas del país fueran precarias se decidió esperar mejores tiempos para su exploración, y sólo hasta el primero de septiembre del año en curso se inició su descubrimiento.

En el número 6, de fecha septiembre y octubre de la revista *Ethnos* aparece la historia y teoría que emite el citado señor Castillo acerca de esta

construcción. Según él, representa un templo azteca dedicado al dios Mixcoatl, patrón de esa región. Cita el mapa de Santa Cruz en donde figura este templo bajo un signo jeroglífico y en las actas de cabildo del año referentes a festividades de este lugar trata de mostrar y hacer coincidir estas ceremonias con las ofrecidas al dios Mixcoatl.

Sea esta conclusión exacta o no, no deja de tener sumo interés este descubrimiento y el trabajo del señor Castillo para averiguar el significado del monumento lleno de mérito y validez.

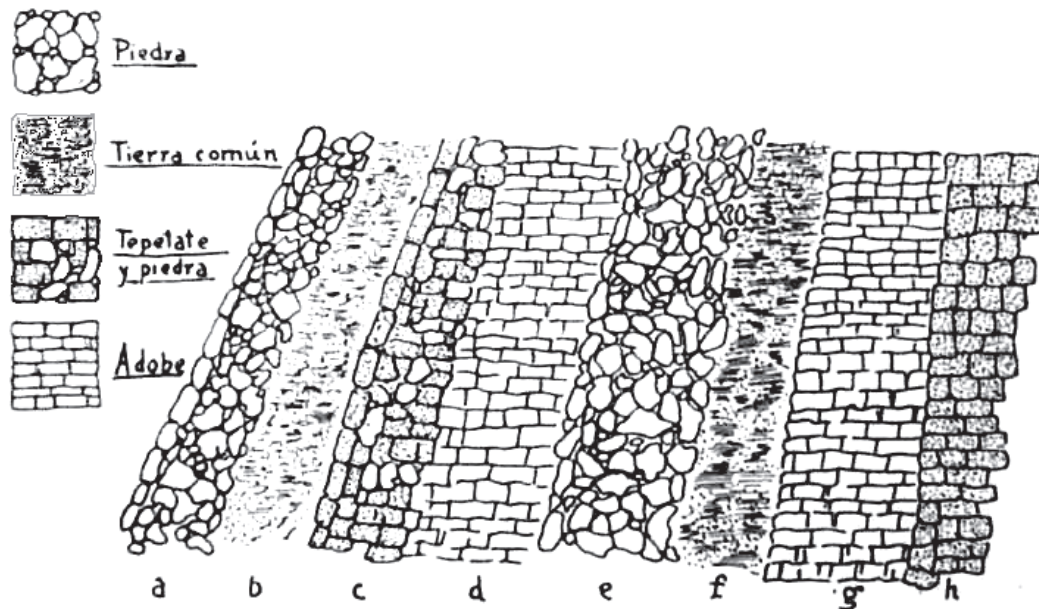
En todos los casos, no queda lugar a duda que el edificio en estudio es una construcción azteca construida poco tiempo antes de la llegada de los españoles a playas de América como lo demuestra el carácter típico azteca de la arquitectura y los numerosos fragmentos de cerámica atestiguando su origen azteca. Además, quizás por temor a que ese templo sufriese la misma suerte que otros numerosos edificios religiosos de ser destruidos por el fanatismo de los conquistadores, fue artificialmente cubierto y así en el transcurso de los años los procesos naturales, como lluvia y viento aportaron semillas que lo cubrieron de vegetación y fue olvidado por todos.

Anexo

Habiéndose suspendido los trabajos de descubrimiento en el montículo, y en vista de que no se encontraban mayores vestigios ni más objetos que ayudasen a su historia, se inició un corte transversal en dicho monumento.

Este corte se empezó a lo largo del cuarto V con dirección al oeste haciéndose una zanja [cala] de 1.59 m de ancho y con una profundidad de toda la altura de la construcción. Después de dos semanas de trabajos se suspendió el corte que ya llegaba hasta el muro XVIII.

Por el corte esquemático pudo observarse la superposición de materiales y los muros sobrepuestos [fig. 11].



● Fig. 11. Corte transversal del Montículo de Mixcoac, D.F.

A:⁶ muro exterior compuesto de piedra tallada en su exterior y el interior relleno de piedra con una mezcla de lodo. En seguida B: viene un relleno de tierra común con fragmentos de piedra. C: es otra pared de piedra y tepetate, menos bien acabada que A, pero de la misma altura e inclinación, la cual es seguida de un relleno de adobe. D: representa un relleno de adobe de bastante espesor el que separa el muro E, compuesto en su totalidad de piedra.

F: el segundo relleno de tierra seguido de G, relleno de adobe y H: un muro de tepetate.

Se pudo comprobar por medio de este corte que toda la elevación es artificial y que los muros

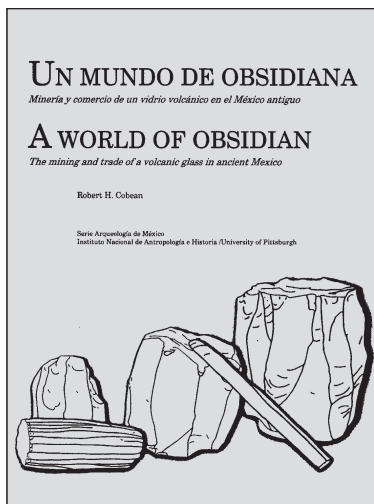
interiores servirán de soportes a los pisos y paredes superiores, pues por ejemplo, la pared interior G sostenía al muro superior sur del cuarto X.

Contrariamente a lo que se esperaba, no se encontró ningún objeto completo de cerámica o piedra en la parte interior del montículo, excepto algunos fragmentos de cerámica de tipo Azteca, pero ninguno de otra civilización. Por todo esto, es de concluirse que se trata únicamente, y como se pudo comprobar desde el principio de las excavaciones, de una construcción azteca hecha no muchos años antes de la llegada de los conquistadores.

⁶ Aparecen con minúsculas en el dibujo del corte transversal (fig. 10). (N.e.)

Un mundo de obsidiana. Minería y comercio de un vidrio volcánico en el México antiguo

Ricardo Leonel Cruz Jiménez*



Cobean, Robert H., *Un mundo de obsidiana. Minería y comercio de un vidrio volcánico en el México antiguo*, EUA, INAH/University of Pittsburgh (Arqueología de México), 2002.

Se trata de una obra editada conjuntamente por el INAH y la Universidad de Pittsburgh, dentro de la novedosa serie denominada “Arqueología de México”, colección bilingüe que se distingue por publicar obras con alto contenido académico.

Robert H. Cobean nos presenta un libro producto de cerca de tres décadas de investigaciones en torno a los yacimientos de obsidiana y la distribución de este vidrio volcánico en el espacio y el tiempo mesoamericanos; un mundo de obsidiana como apropiadamente lo dibuja el mismo autor.

* Escuela Nacional de Antropología e Historia.

En el desarrollo de esta investigación, numerosos especialistas de distintas instituciones y áreas tuvieron contacto cercano con el trabajo de Cobean; este hecho queda patente en el desarrollo del texto y en la información ofrecida por este investigador. Así, estudiosos en arqueología, geología, y ciencias nucleares colaboraron de manera estrecha con Cobean en el proceso de acopio de información en campo, análisis arqueológico y de caracterización química.

El mundo de la obsidiana, en un territorio eminentemente volcánico, como lo es Mesoamérica, hace que toda literatura escrita sobre este tema sea realmente insuficiente; el mundo del vidrio volcánico incluye aspectos de formación y naturaleza de los yacimientos, lo cual involucra a la geología y geomorfología; incluye también la presencia de la minería y técnicas de extracción, asimismo el tema de la tecnología de talla tanto en los centros de explotación como en los puntos de consumo-abandono; la caracterización química por métodos precisos y los consecuentes estudios de procedencia del material también forman parte de este mundo. Con lo anterior quiero mostrar que el estudio arqueológico de la obsidiana es un asunto complejo y que por lo mismo está sujeto a diversas aproximaciones científicas. Por tanto, no me parece casual que ya desde finales del siglo XIX Ezequiel Ordóñez haya comenzado observacio-